



Eres la pieza de un puzle.
Pero puedes decidir no encajar en él.

DOS SOLES

BETH REVIS

ACROSS THE UNIVERSE 3



Lectulandia

Amy y Elder al fin llegan a Tierra Centauri: el planeta. Su planeta. Por el camino han dejado atrás a mucha gente y se han encontrado con otra nueva: los congelados, que despiertan al fin tras el aterrizaje. La coexistencia entre nativos de la Fortuna y congelados no es fácil, y Elder sospecha que Orion estaba en lo cierto: los congelados quieren convertir a su gente en esclavos o en soldados. Pero estas diferencias se olvidan cuando la nueva colonia empieza a sufrir unos ataques que parecen orquestados... ¿Realmente será esta misión la primera en llegar al planeta? ¿Y estará Tierra Centauri verdaderamente deshabitada?

Lectulandia

Beth Revis

Dos soles

Across the Universe - 3

ePub r1.0

Titivillus 26.06.16

Título original: *Shades of Earth*
Beth Revis, 2013
Traducción: Xohana Bastida

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DOS SOLES

BETH REVIS

ACROSS THE UNIVERSE 3



Para mis lectores,
que me han seguido a través del universo.
Dei gratia.

«He amado demasiado a las estrellas
para temer ahora a la noche».

SARAH WILLIAMS



—Espera —digo con el corazón en un puño.

El dedo de Elder se queda suspendido sobre el botón de lanzamiento. Alza la mirada hacia mí; la preocupación le arruga las comisuras de los ojos y le da un aspecto triste y avejentado. El planeta brilla al otro lado de los hexágonos transparentes, azul y verde y blanco, la suma de todo lo que deseo. Y sin embargo, la emoción que se retuerce en mi estómago es el miedo.

El terror.

—¿Crees que estamos preparados? —le pregunto casi en un susurro.

Elder se endereza alejándose del panel de mando.

—Ya hemos almacenado todos los materiales de la *Fortuna* que podemos llevar con nosotros —responde—. Los hemos asegurado para que no sufran durante el aterrizaje...

—Sí, y a las personas también —asiento.

Hemos usado unos cables pesados y resistentes, como el que Elder usó para salir de la nave con su traje espacial. La gente está repartida por toda la sala: junto a las cámaras de crionización, pegada a las paredes... En cualquier rincón que proporcione algún asidero para que no salgan rebotando como pelotas de goma cuando la lanzadera llegue a Tierra Centauri. En realidad, ha sido una chapuza. Me preocupa que los cinturones con los que Elder y yo nos hemos sujetado a los asientos no sean eficaces, pero no hemos podido hacer más. Por más que nos esforzáramos, no podríamos estar mejor preparados.

Pero no me refería a eso con mi pregunta.

Lo que quería decir era esto otro: ¿estamos preparados para afrontar lo que encontremos ahí abajo?

¿Estoy preparada yo?

A lo largo de los años, incluso antes de que la *Fortuna* llegara a Tierra Centauri, sus científicos enviaron sondas de exploración al planeta. Todas indicaron que era habitable. Pero hay una gran diferencia entre un lugar habitable y un hogar.

Y además, hay monstruos.

Sacudo la cabeza para despejar los pensamientos inquietantes. Las últimas sondas mostraron la existencia de algún peligro desconocido, algo a lo que Orion se refería con el nombre de «monstruos». Algo tan peligroso que el primer Eldest decidió aprisionar a todos los habitantes de la *Fortuna* dentro de la nave en vez de aterrizar.

¿Qué es peor: enfrentarse a monstruos o vivir atrapado?

Me he pasado tres meses atrapada; para mí, las paredes de la nave no eran un hogar sino una jaula. Pero al menos estaba viva. ¿Quién sabe lo que puede albergar el planeta, qué amenazas tendremos que afrontar?

Lo único que tengo en este momento son preguntas, miedos y un gran planeta azul, verde y blanco que parece mirarme.

Debemos marcharnos. Debemos enfrentarnos al mundo que espera allá abajo. Prefiero morir rápidamente con el sabor de la libertad en los labios que hacerme vieja tratando de ignorar los muros que me aprisionan.

Me digo a mí misma que valdrá la pena. Por alto que sea el precio que tengamos que pagar, valdrá la pena con tal de escapar de la *Fortuna*. Me digo todo eso a mí misma y trato de creerlo.

Las luces del panel de control parecen hacerme guiños. Elder y yo estamos sentados justo delante. En el suelo, entre nuestros asientos, hay una palanca de metal. El puente principal —la gran sala desde la que se pilotaba la nave— tenía seis asientos y docenas de paneles de control, pero en este puente adicional solo hay dos de cada. Espero que dé la talla. Espero que la demos nosotros.

Alzo una mano temblorosa, no sé si hacia el planeta resplandeciente o hacia el panel de control, y Elder me la agarra.

—Podemos hacerlo —dice en un tono que no deja lugar a la duda.

—Tenemos que hacerlo —replico yo.

—¿Juntos?

Asiento con la cabeza.

Nuestros dos índices aprietan al mismo tiempo el botón: INICIAR LANZAMIENTO.





[2] ELDER

Una voz femenina con tintes metálicos resuena en el puente: «Despegue de lanzadera iniciado».

Amy inhala bruscamente.

«Detectada señal de sonda con indicaciones de dirección. Elija secuencia de aterrizaje: ¿manual o automática?», indica la voz. Dos botones se iluminan en el panel de control, uno con una M roja y otro con una A verde.

Aprieto la A.

«Iniciada secuencia de despegue automático», replica la voz en un tono que me parece casi alegre.

Se oye un chirrido ensordecedor, como si una sierra gigante estuviera haciendo un agujero en el techo.

—¿Qué es eso? —jadea Amy, aferrándose a su asiento como si fuera un salvavidas. Los brazos metálicos del sillón están emborronados por sus huellas dactilares, y su cuerpo se hunde en el acolchado del asiento.

Un torbellino de posibilidades recorre mi mente. Suena como si algo se rompiera, un ruido amenazador y terrorífico. La lanzadera se agita y da tirones, como si un brazo gigante quisiera desgajarla de la *Fortuna*, y el estómago se me sube a la garganta. Me hundo en mi asiento, respirando a duras penas. En el extremo opuesto de la lanzadera suenan gritos y chillidos de terror que se cuelan en el puente. Amy levanta la cara para mirarme a los ojos, pálida y preocupada.

—No pasa nada —le digo, sin saber si estoy tranquilizándola a ella o a mí mismo—. Acabamos de separarnos de la nave nodriza.

Sobre nuestras cabezas suena una especie de estallido y la lanzadera parece hundirse unos metros.

—Ahora sí que nos hemos separado —digo.

Amy suelta una carcajada aguda y nerviosa que se apaga enseguida.

«Activados reactores de separación», recita el ordenador como si no tuviera importancia. Los tres pequeños reactores que hay en la parte superior de la lanzadera se ponen en marcha y parecemos precipitarnos cuesta abajo. El panorama de la cristalera cambia; ahora solo vemos el planeta, allá a lo lejos.

—Me alegro de ver adónde nos dirigimos, al menos —dice Amy, con la vista clavada en los hexágonos transparentes.

A los lados del planeta, las estrellas titilan haciendo resaltar aún más el brillo de nuestro nuevo hogar. Algunos de los textos que leí en el archivo de la *Fortuna* describían a Tierra Solar como una canica azul y blanca. Sin embargo, esto que veo suspendido ante mí parece casi un ser vivo. Sus colores vibran frente a la nada negra del universo.

Pero, por bello que me parezca, aún no estamos allí. La lanzadera acelera repentinamente su caída, y una nueva oleada de gritos contenidos se desliza bajo la puerta.

—No veo el momento de aterrizar —mascullo.

«Comprobando el sistema de maniobra orbital», exclama el ordenador. De pronto, suena una especie de rugido y Amy se estremece.

Me gustaría abrazarla, estrecharla fuerte y susurrarle que todo va a salir bien, pero no puedo moverme. Los latidos de mi corazón me retumban en los oídos y no me dejan oír nada más. La lanzadera está programada para aterrizar sola; cuando nos acerquemos lo suficiente, captará las ondas de radio que le envían las sondas de la *Fortuna* desde Tierra Centauri, y estas la guiarán a un punto de aterrizaje adecuado para la supervivencia humana. Lo único que tenemos que hacer nosotros es sujetarnos bien y disfrutar del viaje.

Una sensación de náusea se apodera de mí; es la misma que noto —que notaba— al descender por el tubo gravitacional, cuando el impulso se mitigaba entre los niveles y bajaba por un instante en caída libre. La cabeza me da vueltas; mi cerebro chilla: ¡*Estás cayendo!* Por un momento soy presa del pánico. Agito sin control los brazos y las manos intentando agarrarme a algo y solo encuentro aire. Pero no importa: mi cuerpo acaba de darse cuenta de que no estoy cayendo, sino flotando.

—¡Frexo! —grito, mirando hacia abajo.

Estoy suspendido encima de mi asiento. Estiro el brazo y mis dedos quedan a unos milímetros del respaldo. No puedo alcanzarlo.

Amy deja escapar una risita, pero sus ojos están desorbitados por el miedo.

—¿No te ataste al asiento? —pregunta.

La melena le flota alrededor de la cara como una nube roja, pero su cuerpo está firmemente sujeto por las correas acolchadas que cruzan su pecho y su regazo.

—Yo... lo olvidé —mascullo.

Sacudo los brazos y las piernas con toda mi energía, pero no avanzo ni un centímetro. ¿Cómo pude pasar esto por alto? El replicador gravitacional se ha quedado en la nave nodriza, claro. Giro la cabeza hacia el puente y me pregunto qué estará sintiendo mi tripulación en este momento, cuando acaban de perderlo todo por mi culpa. Incluso la gravedad.

—¡Aguanta un poco! —exclama Amy con voz aún risueña.

Desabrocha sus sujeciones y empieza a elevarse en el aire. Antes de separarse de su asiento, desliza un pie bajo la correa del regazo y estira los brazos hacia mí.

—Cómo odio mi pelo... —murmura, y resopla hacia arriba para apartar los brillantes mechones de su cara.

El resto de su melena parece un halo, una maraña de brotes tiernos que tratan de separarse de su raíz. Me recuerda a la primera vez que la vi, a la forma en que su cabello del mismo color que el atardecer se arremolinaba alrededor de sus facciones como una nube de tinta.

«Detectada señal de sonda», dice el ordenador. «Identificado punto de aterrizaje idóneo. ¿Dirigir lanzadera a punto indicado? Seleccione SÍ o NO». De nuevo se encienden dos botones, uno con una N roja y otro con una S verde.

—¡Frexo! —mascullo con rabia mientras me estiro hacia el panel de control.

Es inútil: mi cuerpo no se mueve ni un centímetro.

—Estate quieto —me ordena Amy.

La correa retorcida apenas le sujeta el tobillo. Pero ni siquiera así llega a tocarme: estoy justo fuera de su alcance.

«Seleccione SÍ o NO», insiste el ordenador.

—A la mierda —masculla Amy.

Saca el pie de su asidero, se impulsa con una patada en la silla y sale disparada por el aire. Su cuerpo golpea el mío de pleno; mientras yo me precipito hacia el techo, ella rebota en sentido opuesto. Yo reboto también y descendo; aunque paso a varios metros de mi asiento, logro deslizar los dedos por el borde metálico de la consola y presionar levemente la S que centellea con urgencia.

Amy suelta un gruñido de impaciencia al salir de nuevo despedida hacia arriba. Cuando llega al techo, le da una patada para desviarse hacia su asiento.

Yo me aferro al panel y logro estabilizarme. Sin soltarme del todo en ningún momento, me deslizo hasta llegar a mi sitio, me siento y ajusto las correas rápidamente.

«Iniciando el sistema de maniobra orbital», enuncia la fría voz del ordenador, indiferente a la forma en que mi cuerpo se estremece. Aunque hubiera gravedad normal, no creo que pudiera mantenerme en pie.

La lanzadera acelera suavemente. Las estrellas desaparecen, y ahora la cristalera solo muestra el planeta. Por un momento olvido mi cuerpo: solo soy ojos, unos ojos que beben la imagen que se les ofrece. Ver el planeta así, sin la negrura del espacio a su alrededor, resulta extrañamente diferente. Me da la impresión de que los colores van a engullirnos.

—Oh —jadea Amy, alcanzando al fin un brazo de su asiento. Se acomoda con agilidad y se ajusta las correas de nuevo.

En el panel, justo delante de ella, hay una silueta de la lanzadera con tres puntos rojos que brillan encima del techo.

—Deben de ser los reactores que nos impulsan ahora mismo —dice mientras extiende la mano hacia la pantalla. Las yemas de sus dedos parecen encenderse con la luz de los pilotos.

De pronto, uno de los puntos se apaga y Amy retira la mano con un respingo. El morro de la lanzadera se eleva y el panorama cambia de nuevo. Ahora la cristalera no muestra nuestro nuevo hogar, sino el antiguo.

La Fortuna.

Sin la lanzadera que la remataba por debajo, parece incompleta, mutilada.

Un nudo me cierra la garganta. No me esperaba esto. No esperaba pensar en todo lo que estoy dejando atrás; no esperaba preguntarme si valdrá la pena.

La *Fortuna*. Mi vida entera está... estaba en esa nave. Todo: cada uno de mis recuerdos, de mis sensaciones, de las cosas fundamentales en mi vida, tuvo lugar dentro de esas abolladas paredes de metal.

Y ahora las estoy abandonando.

A la *Fortuna*... y a las ochocientas personas que se han quedado en su interior.

Una idea enloquecida me cruza la mente: extender la mano, apagar los reactores, dirigir la lanzadera de nuevo hacia la nave. No quiero irme. No quiero abandonar mi hogar.

Pero en ese momento, el punto rojo se enciende de nuevo. El techo de la nave se estremece con la energía de los reactores y la lanzadera enfila otra vez al planeta. Es demasiado tarde. No importa.

Nunca volveré a la *Fortuna*.

Los pilotos rojos inician un parpadeo rápido mientras los reactores se encienden y apagan alternativamente para colocarnos en posición de aterrizaje. Entre los zarañeos y la falta de gravedad, estoy desorientado; la única imagen que sigue fija e inmutable ante mí es la de Tierra Centauri.

—Resulta extraño... —dice Amy—. Es como si estuviéramos boca abajo para apuntar al planeta, pero no da la impresión de que estemos boca abajo.

Se pasa la mano por el pelo, pero no sirve de nada: los mechones vuelven a flotar en cuanto deja de aplastarlos.

«Iniciando ruptura de órbita», recita el ordenador.

Los tres pilotos rojos se hacen aún más brillantes y dejan de parpadear. El planeta se acerca a una velocidad cada vez mayor. Miro a Amy por el rabillo del ojo: tiene los ojos muy abiertos por el miedo y los dedos enganchados como garfios a los brazos de la silla. Pero sé que esto es lo que quiere. La única forma en que puedo hacerla feliz es regalarle Tierra Centauri; solo así podré hacerme perdonar por haberla atrapado en la jaula que era para ella la *Fortuna*, por haberla aprisionado junto a psicópatas como Luthor, junto a personas que jamás serían capaces de aceptarla.

«Ruptura de órbita casi completa. Se inicia fricción atmosférica», anuncia el ordenador.

—¿Estás preparado? —susurra Amy.

—No —confieso.

Por mucho que desee regalarle el planeta a Amy, preferiría no haber tenido que renunciar al único hogar que he conocido.

La lanzadera acelera aún un poco más, como si quisiera arrojarnos en picado sobre el planeta. Los pilotos rojos siguen brillando con intensidad, pero ahora también parpadean otras luces más pequeñas a su alrededor: reactores adicionales que incrementan el impulso de la nave.

«Interfaz de entrada en marcha», informa el ordenador.

Azul, verde, blanco... En el centro de la imagen apenas asoma el morro de la lanzadera, de un verde grisáceo que de pronto se pone al rojo. Algo plateado chispea en el borde de mi campo de visión, pero cuando me vuelvo a mirarlo, la lanzadera se sacude y mi atención se desvía. Alrededor de la cristalera resplandecen luces de un rojo anaranjado.

Miro a Amy. El crucifijo dorado que siempre lleva al cuello se ha salido de su camiseta y flota frente a su cara. Ella suelta uno de los brazos de la silla y lo aferra con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Su boca pronuncia palabras inaudibles.

El panel de control es ahora un amasijo de destellos aparentemente caóticos: los reactores se encienden y apagan en un ritmo enloquecido, haciéndonos avanzar en zigzag. Supongo que se trata de algo diseñado para frenar el descenso. De vez en cuando entreveo el planeta, pero la mayor parte del tiempo queda oculto por los destellos rojizos. ¿Se habrá incendiado la nave, o será el calor propio de la fricción atmosférica? No lo sé. El estómago se me cae a los pies mientras me pregunto cómo, en el nombre de las estrellas, se nos ha ocurrido pensar que podríamos aterrizar en esta lanzadera que no sabemos pilotar.

Algo parece golpear el costado de nuestra nave, porque de pronto se estremece y cambia bruscamente de trayectoria. Las luces se apagan y vuelven a encenderse, más erráticas que nunca, mientras la computadora anuncia con voz cantarina: «Interrumpida señal de aterrizaje. Se inicia el modo manual».

—¿Qué pasa? —chilla Amy.

Una hilera de luces rojas se enciende en el techo y nos baña en un resplandor sangriento. Vuelvo la mirada hacia Amy. Algo va mal.

«Impacto con tierra firme en T menos quince minutos», nos informa el ordenador en un tono perfectamente razonable.

—¿Cómo que impacto? —exclama Amy con voz temblorosa—. ¡Vamos a estrellarnos!

El corazón se me detiene por un instante: tiene razón. Aferro la palanca de dirección que sobresale bajo la consola y hago lo único que se me ocurre en este momento: tirar de ella con todas mis fuerzas, rogando para mis adentros que eso amortigüe el choque. La línea del horizonte aparece en la pantalla mientras nuevos pilotos se encienden en el panel.

«Altura: ochenta kilómetros sobre la superficie», nos informa el ordenador. «Iniciando la desaceleración activa».

Unas cuantas luces se apagan al mismo tiempo. La velocidad de la caída aumenta aplastándonos contra los asientos, aunque tal vez se deba a que volvemos a notar la gravedad. Amy suelta un grito inarticulado de puro terror.

La lanzadera vuelve a agitarse —¿habrá fallado un reactor, o el ordenador central?— y su rumbo se modifica de nuevo. Ya pueden distinguirse los detalles del relieve: montañas, lagos, islas...

Me pregunto contra cuál de ellos nos estrellaremos.





Dicen que, cuando te encuentras en una situación de vida o muerte, como un accidente de coche o un atraco armado, todos tus sentidos se afinan y el tiempo parece más lento.

Mientras nos precipitamos hacia el planeta, me da tiempo de pensar que no me siento así en absoluto.

Todos los sonidos parecen haberse apagado: los chillidos de los tripulantes al otro lado de la puerta, los choques de algo que espero que no sean cuerpos, el siseo de los reactores, las maldiciones de Elder, mi corazón enloquecido...

No siento nada. Ni la presión de las correas que se hunden en mi piel, ni la tensión de mis mandíbulas. Nada. Tengo el cuerpo completamente entumecido.

No huelo nada, no saboreo.

Lo único que funciona en mi cuerpo son los ojos, colmados de la imagen que se extiende ante ellos. El suelo parece abalanzarse sobre nosotros. En el amasijo de colores distingo una línea nítida: el contorno de un continente. Mi corazón se estremece por el deseo de conocer este mundo, de convertirlo en nuestra casa.

Mis ojos se beben la imagen mientras mi estómago se encoge con una certeza repentina: jamás he visto un continente con esta forma. Podría hacer rodar un globo terráqueo en todas direcciones, y al recogerlo aún podría reconocer la forma en que el sur de Europa se interna en el Atlántico, la curva del golfo de México, el extremo afilado de la India. Esta masa de tierra, sin embargo, se curva y avanza formado dibujos que no reconozco; se hunde en un mar desconocido, se extiende en penínsulas nuevas, salpica islas que no reconozco.

Y por extraño que parezca, solo en ese momento cobro conciencia de esto: puede que este mundo se convierta algún día en mi hogar, pero nunca será el hogar que he dejado atrás.

—¡Frexo, frexo, FREXO! —grita Elder, tirando tan fuerte de la palanca que todas las venas de su cuello se hacen visibles.

Intento tragar saliva: no es el momento de ponerme a llorar.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto, chillando para hacerme oír sobre los pitidos del panel de control.

—¡No sé!

Un acantilado de tierra ocre aparece frente a nosotros. Por un segundo estoy segura de que vamos a estamparnos contra él, pero pasamos casi rozándolo.

«Impacto con tierra firme en T menos cinco minutos. Abandonada trayectoria inicial de aterrizaje», explica amablemente el ordenador, y me sorprendo deseando que sea una persona para poder callarla de un puñetazo.

—¿Nos vamos a estrellar? —jadeo, apartando la mirada con esfuerzo para clavarla en Elder.

Está demudado, tenso. Sacude la cabeza y comprendo perfectamente lo que quiere decir. No es: «Tranquila, vamos bien», sino: «Ni idea, tal vez sí».

Clavo los ojos en el panel de control y advierto una pequeña pantalla circular. Muestra un diagrama del horizonte, que se agita y gira sin control.

Un pulsador destella a su lado. Leo el letrero: ESTABILIZADOR. ¿Qué hago?, me pregunto. No sé si es lo que hace falta, pero Elder está sujetando el mando con todas sus fuerzas y no creo que esto vaya a empeorar las cosas y... Lo aprieto.

El horizonte parece hundirse y luego alzarse de repente; la nave se mueve como una especie de montaña rusa giratoria. En el panel de indicadores se iluminan aún más pilotos en la base de la lanzadera: deben de ser reactores auxiliares. Las convulsiones se van calmando hasta que la nave se estabiliza por completo.

—¿Qué chulza es...? —empieza a decir Elder.

Y entonces, los motores carraspean y la nave se desploma.

Suelto un chillido, notando la sensación de caída en el estómago.

Elder aprieta de un manotazo varios botones y luego otros más. Bajamos tan rápido que las imágenes se emborronan, convirtiéndose en manchurroneos de color. Elder presiona otro botón y la caída se amortigua por un instante, pero vuelve a acelerarse

enseguida. Nos desplomamos más y más deprisa, envueltos en las llamas rojas y amarillas que dejan escapar los motores...

«Captada señal de sonda en tierra: detectado terreno apto para el aterrizaje», dice el ordenador entre el estrépito de las alarmas. «Autorización para el aterrizaje necesaria. Apriete SÍ o NO».

Una vez más, se iluminan la S verde y la N roja.

—¡Dale! —grito mientras Elder presiona la S de un manotazo.

En la parte frontal de la lanzadera aparecen llamas de un blanco azulado. La nave se sacude y frena, en un espasmo tan repentino que me deja sin aliento. Y de pronto, el resto de mis sentidos vuelve a ponerse en marcha de nuevo. Noto un sabor metálico —me he mordido el labio con tanta fuerza que me he hecho sangre— y un dolor sordo en las zonas que quedan bajo las correas del pecho y las caderas. El ruido que suena al otro lado de la puerta es ensordecedor, pero aun así distingo los gritos de dolor y pánico de cada uno de los mil cuatrocientos cincuenta y seis pasajeros que viajan en la sala de crionización.

Y entonces dejamos de movernos.

No hemos aterrizado: estamos suspendidos sobre las copas de los árboles, pero ya no avanzamos. Y no nos hemos estrellado.

La lanzadera se ha estabilizado por completo. Oigo un siseo bajo nuestros pies: los motores enfocan directamente el suelo para mantenernos en el aire.

«¿Proceder al aterrizaje? Seleccione SÍ o NO», recita el ordenador.

Elder y yo intercambiamos una mirada. En ella no hay palabras, ningún significado oculto. Solo un sentimiento compartido: el alivio.

En vez de presionar el botón en el que parpadea la S verde, Elder me agarra la mano. Sus dedos se deslizan entre los míos; están resbaladizos por el sudor, pero su tacto es firme. Ocurra lo que ocurra, por terrible que sea lo que nos espera ahí abajo, nos enfrentaremos a ello juntos. Elder lleva nuestras manos entrelazadas hasta el botón y los dos lo pulsamos.

El siseo se va apagando a medida que la lanzadera desciende lentamente. En algún momento de nuestro enloquecido aterrizaje, la gravedad ha retornado; ahora siento el peso de todo lo que me rodea y la presión férrea de las correas que me sujetan al asiento. Las desprendo rápidamente y me abalanzo sobre la cristalera. Nuestra

maniobra ha devastado la zona circundante: los árboles más cercanos son poco más que montones de cenizas, y el suelo está ennegrecido y brillante como si se hubiera derretido. Los árboles... ¡los árboles! ¡Árboles de verdad, suelo de verdad, un mundo de verdad al alcance de mi mano!

Con una convulsión que a punto está de tirarme al suelo, los reactores se apagan y caemos los últimos metros hasta posarnos en la superficie del planeta.

—Bueno, al menos estamos vivos —murmura Elder.

—Estamos vivos —repito, levantando la mirada hacia sus ojos brillantes—. ¡Estamos vivos!

Me agarra de la cintura y me levanta hasta colocarme en su regazo, y yo me siento derretir con el contacto de sus brazos tibios y firmes.

Nuestros labios se encuentran en un beso que contiene todo el miedo y la pasión que nos inspira este mundo nuevo. Nos besamos como si fuera la primera y la última vez que lo hacemos. Nuestros cuerpos se enredan con una especie de furia efervescente, nacida del miedo a la muerte que hemos sentido hace unos instantes.

Me aparto para tomar aire, le miro a los ojos y, durante el más breve de los instantes, veo solo al chico que me enseñó lo que era un primer beso y una segunda oportunidad. De pronto, la imagen se difumina y dejo de ver a Elder para ver a Orion. Me aparto apresuradamente de su regazo: sé muy bien que Elder no es Orion, pero no puedo olvidar la insistencia de Elder en que Orion viajara con nosotros en esta lanzadera, como si debiéramos recompensar sus crímenes con un planeta entero en vez de con una eternidad de hielo.

Elder trata de levantarse del asiento para abrazarme de nuevo, pero no puede.

—Maldito cinturón... —murmura mientras lo desabrocha.

Me doy la vuelta.

El mundo está ahí, al otro lado del cristal.

El mundo.

Nuestro mundo.

—Lo conseguimos —murmuro.

—Sí —responde Elder, incapaz de disimular el asombro que resuena en su voz—. Lo hemos hecho —susurra, y sus palabras son una brisa cálida que me acaricia la nuca.

Giro en redondo para mirarle a los ojos, pero mi mirada resbala por su cara y se posa en la puerta que lleva a la sala de criopreservación.

—Mis padres —suspiro.

Por fin podré volver a verlos.





[4] ELDER

Sin decir una palabra más, Amy me esquivo y echó a correr hacia la puerta cerrada. Sus pisadas retumban sobre el suelo de metal, sobreponiéndose a los gritos apagados que resuenan en la sala de criopreservación. Suelto un suspiro tembloroso: aún no me puedo creer que lo hayamos conseguido. A pesar de mi incompetencia, a pesar de ese extraño incidente que nos ha obligado a improvisar un aterrizaje de emergencia...

Me estremezco al recordarlo. ¿Qué sería eso que casi nos mata? Pareció como si algo nos golpeara...

«Aterrizaje completado», dice el ordenador. «Traspase el mando de la misión al oficial de mayor rango entre los efectivos criogenizados una vez concluya el proceso de reanimación. No abandonen la lanzadera hasta nueva orden. Gracias por colaborar en esta misión del FREX».

La voz se entrecorta y se apaga dejando la sala en silencio. En ese momento, el monitor del panel de control se enciende con una frase parpadeante:

Código Militar de Autorización: - - - - -

Al leer la palabra «militar», el estómago me da un vuelco comparable al que sentí al aterrizar hace unos minutos. El que debería estar aquí hoy es Orion, no yo. Y estaría, si no hubiera temido tanto a los militares de Tierra Solar como para tratar de asesinarlos, convencido de que nos convertirían en esclavos o en carne de cañón.

Me resulta difícil reconciliar mi imagen de Orion con la forma en que lo ve Amy: como a un psicópata asesino. Porque si yo no la hubiera tenido a ella, podría haberme convertido en alguien como él. No habría tenido más opciones: Orion... o Eldest.

Y, por duro que sea el pasado, no puedo dejar de pensar que el retorcimiento de Orion era preferible a las mentiras de Eldest.

La frase del monitor me hace guiños, esperando a que introduzca un código que desconozco. Echo una última mirada al mundo que se extiende más allá de la

cristalera, al cielo interminable, y le vuelvo la espalda. Empiezo a distinguir el miedo y el dolor que tiñe las voces de mi gente; además, el siguiente paso está en manos de los congelados, no en las mías.

Al llegar a la sala de criopreservación, veo a Amy de pie ante las cámaras de sus padres, inclinada sobre los pasajeros aún amarrados a la hilera de puertas. Cuando la gente logra retirar los cables que los sujetan, Amy los aparta sin dejar de mirar los paneles digitales de las cámaras de frío. Está tan concentrada en su propósito que ni siquiera advierte la forma en que mi gente se tambalea tratando de incorporarse.

La sala es un caos. Kit, la médico, ha organizado a un grupo de gente que va de un lado a otro desatando las correas. Enseguida me doy cuenta de que no fue buena idea amarrar a la gente así: el estómago se me sube a la garganta al ver cómo Kit encaja de un tirón el hombro dislocado de un hombre, y al mirar alrededor solo veo expresiones horrorizadas y ausentes. Me recuerdan a los vídeos de desastres en Tierra Solar que Eldest me mostraba a veces.

Una mujer empieza a chillar a mi lado. Sus gritos rebotan en las paredes de metal hasta inundar todos los rincones de la estancia.

Los ayudantes de Kit se abalanzan sobre ella y retiran el cabo que la amarra a la mujer de al lado. Es demasiado tarde: en la garganta de su compañera se ve una marca de un rojo violáceo. Las ataduras que debían salvarle la vida la han estrangulado.

Doy un paso hacia la mujer que queda con vida. Sus gritos han dado paso a sollozos desgarradores.

Amy jadea. Es un sonido casi imperceptible, pero vuelvo hacia ella, alarmado.

Ella me dedica una sonrisa triunfal, y solo entonces advierto que las puertas de todas las cámaras de criopreservación se han abierto.

—¡Frexo, Amy! ¿Tienes que hacer esto justo ahora? —exclamó, acercándome a ella a grandes zancadas.

—Sí —contesta con determinación.

—¿Y hace falta que los reanimes a todos? —insisto.

Casi puedo entender que necesite despertar a sus padres ahora mismo. Sin embargo, lo último que nos hace falta en este momento es añadir las cien voces de los congelados al estrépito que ya suena a nuestro alrededor.

Hay docenas de tripulantes heridos, y al menos uno... No, dos... No, hay incluso más de dos muertos. Acabamos de aterrizar a la desesperada; no tenemos tiempo que perder con los congelados del frexo.

Empiezo a decírselo a Amy, pero ella me interrumpe:

—¡Elder, ellos pueden ayudarnos!

Parece convencida, pero no creo que se le haya ocurrido pensar en ello hasta que yo he protestado.

Kit se acerca a la carrera. Tiene un corte en la cabeza del que gotea sangre, pero no parece nada serio.

—¿Va todo bien? —me pregunta con el ceño fruncido.

Miro a mi alrededor. Casi todo el mundo tiene los ojos vidriosos, y me doy cuenta de que se encuentran en estado de *shock*. Sí, los amarres impidieron que salieran despedidos por la sala durante el aterrizaje; pero muchos les desgarraron la piel, los asfixiaron o los golpearon tan violentamente como látigos.

—Fenomenal —gruño—. ¿No lo ves? Todo va de maravilla.

—Me refiero al aterrizaje... Yo... El planeta... —balbucea Kit, y me doy cuenta de que no sabe cómo preguntar lo que quiere saber.

Mis labios se curvan en una sonrisa torcida; por un momento, dejo de ver lo que me rodea —las paredes metálicas que encierran a mi gente, atontada y desesperada por la impresión del aterrizaje— y solo veo el cielo.

—Sí —respondo—. Eso sí que es una maravilla.

Kit exhala un suspiro de alivio. Sé lo que quería decir en realidad: ¿ha merecido la pena todo esto? Me planteo seriamente la pregunta. En mi mente aparece la imagen de Shelby, la navegadora que me instruyó sobre la maniobra de aterrizaje. Sin sus instrucciones, nos habríamos estrellado. No sé qué nos desvió antes de nuestra trayectoria, pero sí que sé esto: lo único que se interpuso entre nosotros y la muerte fueron las enseñanzas de Shelby.

Pero Shelby no está con nosotros porque yo decidí dejarla morir.

Las cámaras de frío emiten un pitido simultáneo. Con un estruendo de metal, las cajas de los congelados salen disparadas. En su parte inferior se despliegan dos patas para sustentarlas; del techo de cada cámara asoman unas palancas que alzan las tapas de

las cajas y las introducen de nuevo en sus cámaras respectivas.

Un zumbido mecánico invade la sala, apagando las exclamaciones de miedo y dolor de los tripulantes. Los brazos de metal emergen de nuevo, ahora armados con lo que parecen agujas hipodérmicas. Se sumergen en el hielo que llena las cajas y de ellas empiezan a manar estelas de burbujas.

De las juntas de las cajas gotea un líquido azulado que se acumula en el suelo. Nunca me había dado cuenta, pero frente a las cámaras el piso presenta una inclinación imperceptible que empuja el líquido hacia unos desagües disimulados.

Los ojos de Amy están clavados en las cámaras cuarenta y cuarenta y uno: sus padres.

Esto no nos hace ninguna falta en este momento. Los congelados no van a causarnos más que problemas. Tenemos que ocuparnos de los heridos.

Y a mí... a mí me hace falta Amy. La necesito; necesito que esté a mi lado, no pasmada frente a unas cajas llenas de hielo. Incluso en este momento, siento los ojos de todos clavados en mí, pidiéndome que esté a la altura de sus expectativas. Los ojos de todos... excepto los de Amy. Y no sé si podré resistir todo esto sin tenerla conmigo.

Hago de tripas corazón.

—¿Puedo ayudarte en algo? —digo volviéndome hacia Kit.

Ella me conduce hasta la pared opuesta, donde ha montado una especie de puesto de primeros auxilios. Sus enfermeros ya están ocupándose de la gente que presenta cortes y magulladuras, pero hay docenas de tripulantes que necesitan atención especializada. Los cables con que los atamos eran demasiado finos, y han producido cortes en los puntos en que estaban más apretados. Hasta yo, que no tengo ni idea de medicina, veo que mucha gente necesita puntos. Hay varios con hombros dislocados, igual que el hombre al que Kit atendió antes; además, casi la mitad de los tripulantes siguen sentados contra la pared, aunque no sé si es porque se han hecho daño en las piernas o por otra cosa menos —o más— sería.

Miro a los ojos de Kit. Está desesperada. Hasta hace unos días, solo era una aprendiz; quien debería encontrarse aquí es Doc, que sabía cómo resolver con eficacia cualquier problema. Lo malo es que Doc era un problema en sí mismo.

Kit sujeta en las manos varios parches de color verde claro. Fidus.

—No —digo tajante.

El fidus era parte de la vida en la *Fortuna*; por su culpa, los tripulantes pasaron siglos drogados y sumisos. En este mundo el fidus ya no tiene cabida, como no la tendría en cualquier mundo sin paredes ni mentiras.

Kit abre la boca para protestar, pero se contiene y se guarda los parches de nuevo en el bolsillo. Debe de ver haber visto algo del antiguo Eldest en mi actitud. Vuelvo la cabeza.

—¡Amy! —llamo con voz seca.

—Un minuto —responde ella, sin despegar la mirada de sus padres aún inertes.

—Amy —repito en tono más bajo.

Ella alza el rostro para mirarme con expresión herida.

—Necesitamos ayuda —le digo.

—He dicho que esperes un minuto.

—No. Ahora.

A juzgar por la mirada de odio que me lanza, también ella ve algo del antiguo Eldest en mí. Sin embargo, se aleja de las cámaras de criopreservación y avanza hacia nosotros. Su actitud huraña se desvanece al descubrir a los heridos que nos rodean, y me doy cuenta de que ni siquiera los había visto.

—¿Qué puedo hacer? —dice con voz sincera.

A su espalda, las capsulas gotean líquido azulado.



Kit me pide que la observe mientras le cose a un hombre una herida en la pierna.

—¿Cómo se llama? —le pregunto al paciente, más por distraerme yo que por distraerle a él. La sangre que le chorrea por la rodilla está empezando a marearme.

—Heller —farfulla.

Pertenece al grupo de tripulantes de mediana edad. A diferencia de casi todos sus compañeros de generación, que ya empiezan a parecer frágiles y avejentados, Heller está curtido, como si sus huesos fueran de metal y su piel de cuero. Observa su herida con desprecio, furioso porque su cuerpo le haya traicionado.

—¿Qué ha ocurrido, Heller? —digo.

No quiero ver cómo Kit atraviesa con el hilo de sutura la carne, extrañamente pálida y con salpicaduras rojas. Mis ojos se deslizan hasta las cámaras de criopreservación, que siguen goteando, y hago un esfuerzo por prestar atención al hombre lesionado que tengo ante mí. Me estoy permitiendo demasiadas distracciones.

—¿Y yo qué frexo sé? —gruñe—. Estaba ahí sentado, amarrado por todas partes, y una lámina de metal me dio en la pierna y me la abrió de arriba abajo.

—Fue la puerta de una de las conejeras, que salió despedida —aclara Kit mientras tira del hilo—. Ha herido a bastante gente.

—¿Qué les pasó a los conejos?

Kit señala con la cabeza la pared más cercana al laboratorio: el metal grisáceo muestra una docena de manchurroneos rojos y blancos. Me fuerzo a tragar la bilis que me sube por la garganta.

—¿Te has fijado bien en lo que he hecho? —pregunta Kit mientras remata la costura con un nudo.

—Sí. Es igual que coser tela —respondo. No es que sea una experta costurera, pero en la nave tuve que aprender a sujetarme el dobladillo de los pantalones.

—Exacto —asiente, y me pasa la aguja y la bobina de hilo—. Atiende al siguiente herido, por favor.

—¿Quieres que cosa a alguien yo sola? —exclamo con incredulidad, y ella asiente—. ¿Por qué no usas la espuma esa? —pregunto; después de que Doc me disparara, la propia Kit selló la herida con una espuma que la cerró mucho mejor que cualquier vendaje o sutura.

—Porque no tenemos mucha. Hay que guardarla para las emergencias.

—¡Esto es una emergencia!

Ella niega con la cabeza mientras se arrodilla junto al siguiente herido.

—No tanto.

Me quedo ahí plantada un momento, sin saber qué hacer conmigo misma. Elder anda cerca, pero está demasiado ocupado ayudando a la gente para hacerme caso. El corazón se me llena de orgullo al ver la manera en que se vuelven hacia él, la confianza con la que lo miran a pesar de todo lo que ha ocurrido.

Una mujer que está sentada contra la pared suelta un gemido. Sus ojos están fijos en los tres cadáveres alineados a sus pies: son los tripulantes que no han sobrevivido al aterrizaje. Durante un momento creo que gime por eso, pero luego veo el riachuelo de sangre que le baja por el brazo.

Me acucillo a su lado, pero ella apenas advierte mi presencia. Le aparto la blusa: en la parte trasera del hombro tiene un corte irregular, de un rojo que resulta chillón sobre su piel oscura.

—Voy a coserte la herida, ¿de acuerdo? —le pregunto con toda la seguridad en mí misma que soy capaz de reunir.

Ella levanta la cara hacia mí, con el miedo pintado en los ojos. Por un instante me pregunto si no querrá que la cure porque sabe quién soy y le da miedo mi aspecto, pero aparta el rostro enseguida y mueve el hombro para acercármelo, casi como si fuera un sacrificio.

—¿Sabes hacerlo? —pregunta con voz átona.

—Claro —contesto. ¿Qué le voy a decir?

Doy la primera puntada con demasiada fuerza, y el hilo desgarrar la piel. Ella suelta el aire entre los dientes apretados y, cuando trato de pedirle disculpas, sacude la cabeza sin abrir los ojos. Lo único que quiere es que acabe de una vez.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, con la esperanza de distraerla igual que he hecho con Heller.

—Lorin —contesta secamente.

Hago un intento de proseguir la conversación, pero ella mantiene los labios apretados y los ojos cerrados con fuerza. No quiere hablar.

Vuelvo a clavar la aguja y la saco. La clavo, la saco. La clavo, la saco, y entonces puedo respirar de nuevo porque ya está hecho.

—Gracias —murmura.

Rocío la herida con desinfectante y me pongo a trabajar en el siguiente herido.

Pierdo la noción del tiempo que ha pasado y del que falta para que mis padres se reanimen; mi cuerpo se mueve de forma maquinal mientras trato de separar mi mente de mis acciones. Intento olvidar que la aguja traspasa piel y carne, no tela; intento no oír el ruidito húmedo que hace el hilo al deslizarse por la piel ensangrentada. Estoy tan concentrada que cuando un chillido áspero y estridente resuena en la sala, pego un salto y dejo caer la aguja.

Miro hacia arriba como hace todo el mundo, pero solo veo el techo de metal.

—Ha sonado en el exterior —dice Elder en un susurro mientras se agacha a mi lado.

—¿Qué ha sido? —pregunto, jadeando por la impresión.

—Algo de fuera —repite.

El hombre cuya pierna estoy curando nos lanza una mirada atemorizada.

—¿Es uno de los monstruos acerca de los que nos advirtió Orion? —pregunta, y me avergüenzo al darme cuenta de que yo, y seguramente el resto de los presentes, estaba pensando en lo mismo.

Miro a mi alrededor: mil cuatrocientos cincuenta y seis pares de ojos se clavan en nosotros. En él. En Elder. Están esperando a ver cómo reacciona su líder. Si muestra

miedo en este momento, nuestra nueva vida en este planeta se teñirá de temor.

—Tengo que irme —dice, en voz tan baja que apenas lo entiendo—. Voy a salir —añade, ahora en voz lo suficientemente alta como para que lo oiga todo el mundo.

Le agarro de la muñeca, manchándosela de sangre.

—¿Por qué, Elder?

Otro chillido escalofriante resuena en lo alto. Sea lo que sea, está muy cerca.

Él me agarra de la mano y me ayuda a ponerme en pie, alejándome de mi paciente. Una enfermera se arrodilla junto a él y prosigue la cura, no sin antes desinfectar la aguja que se me ha caído.

—¿Recuerdas cómo la lanzadera se salió de su trayectoria antes? —pregunta Elder con voz suave, y yo asiento—. ¿Y si no hubiera sido un accidente?

—¿Quieres decir que alguien nos... nos atacó? —pregunto con incredulidad—. Entonces, ¿por qué te enfadaste cuando empecé la reanimación de los congelados? ¡Si nos atacan, vamos a necesitarlos más todavía!

—¡Chist! —me calla Elder mientras mira por encima de mi hombro.

Examino la sala y me tranquilizo: no nos ha oído nadie. De todos modos, el propio Elder parece darse cuenta de lo ridículo que es pensar que nos hayan atacado. Sí, es verdad que antes pareció que algo nos desviaba de nuestra trayectoria; pero esta lanzadera es vieja, y tal vez le fallara uno de los reactores. Puede haber sido cualquier cosa.

—Tenemos que saber a qué nos enfrentamos —insiste Elder, y yo me muerdo el labio—. Voy a salir, Amy.

—Vale, voy contigo —replico sin pensar. Sin embargo, en cuanto las palabras salen de mi boca, mi mirada se dirige involuntariamente hacia las cámaras goteantes: ya queda poco para que despierten.

Elder se da cuenta y posa la mano en mi brazo.

—Es mejor que te quedes —susurra, y sé que solo lo dice para que no me sienta culpable—. Yo tengo que salir.

Le miro a los ojos y me doy cuenta de que su sentido de la responsabilidad pesa más que cualquiera de mis temores.

—Bueno —accedo—. Pero al menos ve armado.





[6] ELDER

—No sé disparar —le recuerdo a Amy mientras ella rebusca en el arsenal.

—Es fácil —replica mientras me pone un arma enorme en las manos—. Ya la he cargado: dirige este extremo hacia lo que te encuentres ahí fuera y aprieta el gatillo. ¡Bang! No tiene más complicación, de verdad.

Alarga la mano hacia la estantería, agarra dos cosas verdes y ovaladas y me las entrega también.

—Estas son granadas de impacto —explica al ver mi expresión interrogante—. Si no te apañas con el arma, lánzalas: explotarán al golpear el objetivo.

Suelto un silbido de asombro. No parecen especialmente frágiles, pero la idea de que exploten al chocar contra algo no me hace sentir demasiado cómodo.

—Lleva también esto... —añade Amy ofreciéndome otra arma con un cañón del grosor y la longitud de mi brazo.

—¡Para! —exclamo—. Casi no puedo ni acarrear todo lo que me has dado. ¡Solo voy a echar un vistazo y...!

Otro chillido ensordecedor me interrumpe.

—Espera —dice Amy lanzándome una mirada suplicante.

Sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca, reteniéndome con más fuerza de la que jamás he sospechado que tuviera.

—Por favor —insiste—. Por favor, espera a que despierte mi padre. Los militares pueden hacerse cargo de lo que está merodeando por ahí fuera. Es su trabajo, Elder.

—¿Y el mío? —replico, desasiéndome con suavidad—. ¿Cuál es mi trabajo? Proteger a mi gente, Amy. Tengo que hacer esto.

La gente de la *Fortuna* necesita ver que me enfrento a este mundo y a los peligros que puede albergar. Si yo soy capaz, ellos lo serán también. Pero si me quedo aquí acobardado, esperando a que los congelados nos salven, ellos me imitarán sin pensarlo.

—Ten mucho cuidado —susurra Amy con tanto fervor como si rezara.

La miro, pero sus ojos no enfocan a los míos. De pronto, se inclina hacia mí con las mejillas encendidas y me da un beso rápido en los labios. Apenas puedo contener el impulso de abrazarla, apretarla contra mí y darle un beso digno de su rubor.

—No tienes por qué preocuparte.

Nada más decirlo, me doy cuenta de que no es verdad. Mi primera reacción cuando oí el chillido fue salir a ver qué pasaba para tranquilizar a mi gente. Ahora, sin embargo, tengo la boca seca y el estómago tan revuelto como si el miedo fuera un corrosivo. En parte, creo que mi inquietud se debe a este lugar: verme rodeado de tantas armas me recuerda que tal vez tengamos que usarlas.

Llevo la mano al intercomunicador implantado tras mi oreja izquierda y aprieto el botón. En vez del pitido de costumbre, oigo solo el chasquido del mecanismo. Frunzo el ceño y vuelvo a apretarlo, tan fuerte que el dolor me hace dar un respingo.

Claro: la red de intercom solo funcionaba en la nave. Mis dedos recorren el contorno del botón, un relieve perfectamente circular que ha sido parte de mi cuerpo desde que tengo memoria. Ahora es inútil. Frexo y mil veces frexo. El trasto está implantado en mi propia carne, sus cables se deslizan entre mis venas, y ya no sirve para nada.

Amy me agarra la mano y la aparta del botón.

—No tienes por qué decirles nada —susurra—. Todos saben lo que estás a punto de hacer por ellos.

Nunca me había sentido tan aislado de... de todo. He podido soportar el perder la conexión con la nave, pero ahora, la conexión que tenía con mi gente también se ha desvanecido.

Antes de encaminarme al puente, espero a que Amy entre en la sala de criopreservación. No creo que pueda disimular mi miedo al abrir la puerta, y no quiero que ella me vea vacilar. Aunque no conozco el código de autorización —es información reservada a los militares congelados—, Shelby me enseñó a suspender partes del sistema en caso de emergencia. No puedo hacer mucho, pero si es necesario, sé cómo sellar herméticamente la lanzadera, cómo iniciar una secuencia de

alarma o cómo poner en marcha los extintores de incendios. También sé abrir las puertas exteriores.

Me apoyo en el panel de control y atisbo el exterior a través de los hexágonos de la cristalera. Están empañados, pero aun así puedo distinguir con bastante claridad este mundo que ahora es nuestro. Toco uno de los gruesos cristales y me sorprendo al encontrarlo templado.

He visto imágenes de Tierra Solar, y sé que esos arbustos altísimos se llaman árboles y que la madera que se obtiene de ellos es el mismo material del que está hecha la mesa en la que hacía los deberes que Eldest me asignaba. Sé que el suelo, ahora ennegrecido por nuestro aterrizaje, no estará hecho de la tierra fina, rojiza y uniforme que alfombraba el nivel de alimentación.

Sin embargo, ahora no pienso en eso.

Estoy escrutando el paisaje, tratando de ver más allá del suelo quemado y las ramas retorcidas como hebras de lana, oteando el horizonte y el cielo que se extiende más allá.

Y, por mucho que fuerzo la vista, no distingo ninguna pared. Ni una sola.

Un destello oscuro atraviesa el cielo azul, tan rápido que apenas lo distingo. Mi mano aferra con más fuerza la empuñadura del arma que me ha dado Amy.

Le solicito al ordenador de a bordo que abra las puertas.

Y funciona. En el puente de mando resuena un crujido estruendoso. Me aferro al panel de control, mareado de repente. Pero no es la nave lo que se mueve, como he pensado por un instante: lo que ocurre es que se está abriendo la cristalera. Me viene a la mente lo que ocurrió hace meses, cuando el techo del nivel de mando pareció partirse por la mitad. Esto es parecido: la cristalera se ha desprendido por arriba y baja lentamente, como si tuviera bisagras en la parte inferior.

Siempre había creído que la estructura de tiras metálicas solo servía para unir las piezas hexagonales de la cristalera. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que forma parte de un mecanismo más complejo. Los hexágonos empiezan a girar y a moverse a medida que la cristalera desciende, formando una rampa que lleva de la nave a la superficie del planeta. Aunque es muy empinada, tiene la longitud suficiente para salvar el suelo quemado y llegar hasta el terreno amarillento que hay más allá.

Avanzo un paso, rozando con la mano el borde de la abertura. Las tiras de metal que siguen uniendo los cristales ofrecen puntos de apoyo, y no me resulta difícil

descender por la rampa hacia el nuevo mundo.

Una brisa templada me revuelve el pelo, trayéndome un aroma a ceniza y tierra. El ambiente es húmedo, espeso, pero la brisa resulta tan suave como los besos tímidos de Amy, y aunque apenas me acaricia la piel, me conmueve tanto como esos besos. Echo a correr rampa abajo, y solo freno cuando mis pies se posan en el suelo del nuevo mundo. El terreno arenoso cede bajo las plantas de mis pies, y por un momento siento que podría enraizarme ahí tan profundamente como lo hacen los árboles retorcidos.

Mi mirada se eleva. ¿Cómo pude creer que el cielo pintado de azul y blanco del nivel de alimentación imitaba al cielo? Ni siquiera se parecía. No había nada en él de estos matices azules y grises, de estas nubes deshilachadas que se mueven ante mis ojos. Nunca llegué a comprender realmente por qué Amy añoraba tanto Tierra Solar, por qué no podía conformarse con la *Fortuna*. Me preguntaba qué diferencia podía haber entre el aire que respirábamos en la nave y el aire de un planeta.

Ahora sé la respuesta.

Los dos soles resplandecen en el cielo, tan brillantes que, tras mirarlos un segundo, dos puntos negros quedan impresos en mi retina. Dos soles. A diferencia de Tierra Solar, Tierra Centauri pertenece a un sistema solar binario. El mayor de los dos está un poco más alto que el pequeño, de un color rojizo que me recuerda al pelo de Amy. El grande es de un blanco brillante, como su piel.

Un chillido estridente me sobresalta, y me vuelvo rápidamente para escrutar entre los árboles. Algo oscuro se mueve entre las sombras. Entrecierro los ojos para ver mejor y, de pronto, oigo otro sonido.

Es una especie de alarido brutal que resuena en lo alto.

Alzo la mirada hacia el cielo y lo veo.

Es uno de los monstruos sobre los que nos advirtió Orion.

La bestia, parecida a un pájaro, aterriza a pocos metros de mí haciendo temblar el suelo arenoso. Su cabeza alargada se eleva hacia el cielo y luego desciende para mirarme. Es mucho más alta que yo, y su pico está armado de dientes puntiagudos. Su piel escamosa, de un verde tan oscuro que parece negro, recubre todo el cuerpo salvo el extremo de las garras y de las alas membranosas. Es un monstruo aterrador, una especie de mezcla de animales de Tierra Solar: un cuerpo de lagarto rematado en una cabeza de pterosaurio, con garras de *Velociraptor* y alas de murciélago.

Me llevo la mano instintivamente al intercom para pedir ayuda. Evidentemente, no sirve de nada.

La bestia estira las alas, tan largas como dos personas y rematadas por garras ganchudas en cada una de las articulaciones. Se afianza en el suelo arenoso, se inclina hacia mí y emite un chirrido ensordecedor, un grito que me estremece hasta los huesos. Aunque está a cierta distancia —no podría tocarla ni aunque quisiera hacerlo—, siento el calor de su aliento y distingo su lengua negra y fina dentro del pico abierto.

Palpo con desesperación en busca de mi arma, de las granadas, de cualquier cosa con la que defenderme.

La criatura se inclina para tomar impulso, se abalanza hacia delante y me embiste con la cabeza, dura como el hueso. Caigo de espaldas y el monstruo me pisa cortándome la respiración.

Su cuello, largo y flexible como una serpiente, se dobla hacia mí. Por el pico abierto asoman sus dientes negruzcos, aguzados como los de una sierra y llenos de saliva espumosa.

Suena un ruido fuerte y seco. Un disparo.

La bestia levanta la cabeza en un gesto de alarma. Una bala corta el aire y se aloja en su lomo. Sus garras se contraen, rasgando mi camisa y la piel de debajo.

Se oye otro disparo; el monstruo alado deja caer todo su peso sobre mi torso, toma impulso y salta hacia el tronco de un árbol. Trato de recobrar el aliento mientras miro cómo trepa hasta las ramas superiores, se deja caer y aletea hasta elevarse en el aire. Oigo un disparo más.

—¡Métete en la nave! —grita Amy desde el puente de mando—. ¡Deprisa!

Me pongo en pie con esfuerzo. Tengo la camisa desgarrada y empapada en sangre, pero mis heridas no son nada en comparación con lo que podría haberme ocurrido. Cuando llego a la puerta que une el puente con el resto de la nave, Amy me aferra de un brazo y me hace pasar de un tirón.



En cuanto la puerta se cierra, me vuelvo hacia Elder y examino sus heridas. *He estado a punto de perderlo*, pienso una y otra vez. En mi cerebro no queda sitio para nada más, ni siquiera para la emoción de haber aterrizado, el nerviosismo por el reencuentro con mis padres o el miedo a los monstruos que hay fuera. Solo puedo concentrarme en la sangre que gotea por el pecho de Elder. Él me aparta las manos, se quita la camisa y la usa para enjugar la sangre que brota de la piel desgarrada. Las heridas no parecen profundas, pero son largas e irregulares. Me saco del bolsillo el spray desinfectante que me entregó Kit para atender a los heridos y se las curo lo mejor que puedo.

—¿Cómo supiste que necesitaba ayuda? —pregunta él, aún jadeante.

—Oí chillar a ese pterodáctilo monstruoso... Me pareció que estaba mucho más cerca que antes —hago una pausa—. ¿Qué era ese bicho?

Elder examina su camisa arruinada y sacude la cabeza.

—Supongo que uno de los monstruos de Orion —responde, pensativo—. ¿Viste algo más entre los árboles?

—No. ¿Qué había?

—Yo... no sé —la mirada de Elder se encuentra por fin con la mía—. ¿Crees que uno de esos monstruos voladores pudo chocar contra la nave cuando estábamos aterrizando? El que me ha atacado era lo suficientemente grande como para desviarnos de nuestra trayectoria.

—No sé —digo yo también.

De hecho, estoy empezando a darme cuenta de lo mucho que nos queda por saber. Para empezar, ¿qué narices era ese bicho? La cabeza puntiaguda, las alas y las garras parecían de pterodáctilo, pero había en él algo más, algo... extraterrestre.

Extraterrestre. Sí, claro: todo este planeta es extraterrestre. Trato de contener un estremecimiento y aferro el arma con más fuerza. Aún está caliente.

Tendría que haberle acertado; tendría que haber matado a ese monstruo, pero estaba demasiado asustada por la posibilidad de herir a Elder sin querer.

Y también me daba miedo el monstruo.

Elder me quita el arma de las manos.

—Voy a llevar esto al arsenal —dice—. De paso, echaré un vistazo a las demás cosas que se guardan ahí.

Yo me encamino hacia la sala de criopreservación. Trato de borrar de mi cerebro el recuerdo de la bestia, pero no dejo de verla abriendo el pico, acercándolo a la cara de Elder...

Kit se abalanza sobre mí en cuanto entro en la sala. Algunas personas me miran con expresión temerosa: saben que Elder ha salido de la lanzadera, y han oído el chillido de monstruo justo después de que Elder se fuera.

—No os preocupéis —les pido—. Elder está bien. No hay problema.

Sus miradas se tiñen de alivio. Están dispuestos a creerse mi mentira... por ahora.

—Ya casi hemos acabado —dice Kit. Se aparta un mechón de los ojos y su mano deja un rastro de sangre en la frente—. Solo nos quedan dos huesos rotos por entablillar, y luego los enfermeros y yo examinaremos a las embarazadas por si acaso...

El estómago me da un vuelco: casi había olvidado que muchas de las mujeres están embarazadas.

—¿Puedo hacer algo más? —pregunto, y Kit me dedica una sonrisa fatigada.

—Tranquila: ya nos has ayudado muchísimo.

Observo cómo se aleja en dirección a los últimos pacientes. Tengo las manos ensangrentadas y los brazos casi dormidos por el cansancio; lo único que quiero hacer es acurrucarme en una cama y olvidarme de todo lo que ha pasado hoy. Tal vez todo esto haya sido un gran error.

—¿Amy? —dice una voz que conozco bien, una voz que amo, una voz que nunca creí que volvería a oír.

Sí. Sí. ¡Sí!

Me doy la vuelta y ahí, de pie ante mí, exactamente como lo recuerdo, está él. Mi padre.

—¡Papá! —chillo, lanzándome a abrazarlo.

Sus brazos —los brazos de mi padre— se cierran alrededor de mí y me estrechan contra él, y todo va bien, todo va perfectamente porque al fin estoy con él de nuevo.

No puedo hablar. En mi garganta se apelotonan los sollozos, las carcajadas, las palabras y los gritos, y ninguno de ellos logra salir.

—Amy —repite mi padre en tono divertido—, ¿qué te pasa?

Retrocedo un paso y lo miro. Lleva una bata verde de hospital, parecida a la que Doc trató de ponerme cuando desperté. Miro alrededor y veo que casi todas las cajas están vacías: los congelados se levantan, recogen las batas de unos pequeños estantes metálicos que hay en la parte superior de las cámaras y se las ponen. Y mi madre...

Echo a correr hacia ella, esquivando cámaras abiertas y gente recién reanimada. Y aunque he soñado despierta un millón de veces que volvía a verla, lo que soñé no era nada —nada— comparado con lo que siento al verla de verdad.

Ella suelta una carcajada, y aunque su voz se quiebra por falta de uso, oigo la música que siempre ha habido en su risa mientras sus brazos me envuelven.

—Te dije que no sería para tanto —me susurra al oído.

Reprimo un sollozo: no sabe lo que ha ocurrido. Cree que yo también acabo de despertar, que he pasado todo el tiempo congelada a su lado. No sabe nada de los tres meses que viví en la nave, esos tres meses que pasé convencida de que solo volvería a verla cuando fuera mayor que ella.

Sus manos me rodean la cara y me doy cuenta de que siguen heladas. Miro sobre su hombro y observo el corredor que lleva al arsenal, al puente, al exterior. Me gustaría que Elder estuviera aquí ahora; quiero presentárselo a mis padres, hacerle entender por qué los necesitaba, convencerle de que, ahora que los tengo junto a mí, todo es más fácil. Pero no lo veo por ninguna parte.

—¡Hija! —exclama mi madre con los ojos brillantes por la emoción—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos llegado al fin!

Me estrecha de nuevo y aprieta fuerte.

—Ahí fuera hay un nuevo mundo esperando a que lo exploremos juntas —susurra.

—No sabes cuánto te he echado de menos —digo con voz rota.

Mi madre retrocede para mirarme a la cara y me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—¿A qué te refieres?

De pronto, me doy cuenta del silencio que reina en la sala. Los tripulantes de la nave observan con desconfianza cómo despiertan los congelados, y estos miran a los tripulantes con una mezcla de miedo y precaución.

Mi padre avanza hacia mí y todas las miradas se clavan en nosotros.

—¿Por qué llevas puesta esa ropa? —pregunta, examinando mi túnica y mis pantalones hechos a mano.

Me vuelvo hacia mi madre y me olvido de todo salvo de nosotros tres. Este es mi mundo: mi madre, mi padre y yo.

—Me despertaron demasiado pronto —contesto con la mirada fija en los ojos de mi madre, verdes como los míos.

Su rostro se ensombrece.

—¿Pronto? ¿Cuánto exactamente? —inquieta mi padre.

Me quedo pensativa. Al principio pensé que había despertado con cincuenta años de adelanto, y que solo podría mantener esta conversación cuando fuera casi una anciana. Luego creí que había despertado con toda una vida de adelanto, y que tal vez muriera antes de volver a verlos.

—Tres meses —respondo al fin, reparando en que la cuenta atrás ha llegado a cero.

—¿Tres meses? —repite mi madre con voz ahogada.

—Unos cien días —repongo.

La verdad es que perdí la cuenta al final, cuando me di cuenta de que el tiempo que pasara en la *Fortuna* ya no importaba porque se acabaría muy pronto.

—¿Qué ocurrió? —pregunta mi madre agarrándome de la muñeca.

Quiero contestar, pero no me salen las palabras. La mano de mi madre está exactamente en el mismo punto que la de Luthor cuando trató de inmovilizarme. ¿Qué pasó? Pasó que me prometieron un mundo... y desperté en una jaula.

Tengo muchas cosas que contarle a mi madre. Cosas que quiero, que necesito decirle.

Pero al mirarla a la cara, sé que no importan. Ahora, en este momento, solo importa esto: estamos los tres aquí, vivos, juntos. Juntos.

Mi padre se acerca un poco más y deja caer una mano sobre mi hombro. Abre la boca para hablar. No sé qué espero oírle decir, pero desde luego no es esto:

—¿Qué pasa aquí?

El momento se derrite como el hielo que gotea de las cámaras y desaparece por el desagüe.

Mi padre escruta a los tripulantes de la *Fortuna*, que presencian la escena en silencio. Están heridos, asustados.

—¿Qué pasa aquí? —repite, con un tono que transmite autoridad.

Busca un líder, pero Elder no está aquí para contestarle.

La gente de la nave no sabe cómo reaccionar. Por un momento, veo a mi familia —a mi gente— a través de sus ojos.

Son seres raros, extravagantes. Acaban de salir de sus cámaras de criopreservación, unas cámaras cuya existencia desconocía la gente de la nave hasta hacía poco, y ya hay un hombre de piel tal pálida como la mía que los mira fijamente y exige que le den información.

Si tuvieron miedo al verme por primera vez, ¿qué les hará sentir mi padre? ¿Y qué pensarán de los otros noventa y seis terrícolas que se acaban de alzar de sus sarcófagos helados para tomar el mando?

Al cabo de unos segundos, Kit se adelanta. Sin embargo, no dice nada. Sus ojos se clavan en mí. Mi padre se vuelve lentamente y examina mi cara como si esperara encontrar ahí una respuesta.

Mi madre me acaricia el pelo una vez más; luego, la tensión que hay en el ambiente la obliga a retroceder. Se coloca al lado de mi padre y me doy cuenta de que los dorsos de sus manos se rozan.

—Amy, ¿por qué estabas despierta junto a esta gente? Dime qué ocurrió —exige mi padre, bajando de volumen con cada palabra hasta casi susurrar la última.

—Ven conmigo —respondo. Prefiero mantener esta conversación en privado.

Sin hacerme caso, mi padre mira a su alrededor.

—Yo no estoy al mando —dice—. Será mejor que Robertson o Kennedy...

—Están muertos —le corto.

Su mirada se clava en mí y, por un instante, no lo reconozco. Nunca me había mirado de este modo; es la primera vez que veo a un coronel ocupar el lugar de mi padre.

—Dime qué pasa aquí —silabea, y esta vez no es una petición sino una orden.

—Pa... papá —tartamudeo—, hubo una... La nave es... No es como creíamos que sería. Estas personas nacieron en ella —explico, abarcando con un ademán a Kit y al resto de tripulantes.

Examino la cara de mi padre, esperando el momento en que por fin se dé cuenta de lo mucho que se parecen todos. Su expresión se tiñe de asombro por un segundo, y luego sus ojos se estrechan en una mirada calculadora.

—Es difícil de explicar —prosigo—. Han pasado muchas cosas y acabamos de aterrizar. La lanzadera ha tenido que efectuar un... un aterrizaje de emergencia. Mucha gente ha resultado herida. La gente de la nave tiene un líder, pero...

La mirada de mi padre se suaviza mientras me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas. Me agarra de los hombros, me atrae hacia él y, por primera vez en más de trescientos años, me siento segura.

—Tienes que contármelo todo —me dice en voz baja—. Luego hablamos. ¡Bledsoe! —exclama de repente por encima de mi cabeza.

Una mujer que está unas hileras más allá se pone en posición de firmes. Contengo una exclamación de sorpresa. La reconozco: es la mujer a la que Orion estuvo a punto de matar, la que salvamos Elder y yo mientras Theo Kennedy se ahogaba en el hielo de su cámara. Mi mente repasa una vez más el diagrama que hice hace tres meses: Emma Bledsoe, treinta y cuatro años, marine de los Estados Unidos nacida en Sudáfrica.

—Sí, señor —responde ella.

—Inicie la Operación Génesis.

No sé qué puede ser la Operación Génesis, pero es evidente que Emma Bledsoe no comparte mi ignorancia. Empieza de inmediato a decir los nombres de otros militares y les indica que formen una barrera entre los tripulantes de la nave y los congelados.

Me pongo de puntillas y observo a Kit. Se esfuerza por convencer a sus enfermeros de que sigan atendiendo a los heridos, pero noto que tiene miedo por la rigidez con la que se mueve, por su manera de recorrer la sala sin darnos nunca la espalda.

Le da miedo mi gente. Mi padre.

—Papá —digo—, hay muchos heridos. El aterrizaje fue...

—¡Señor! —le llama Bledsoe, interrumpiéndome antes de que tenga tiempo de explicar lo del monstruo alado que, según Elder, tal vez nos hiciera chocar—. Hay tres fallecidos entre los nativos de la nave —dice señalando los cadáveres; habla con voz alta y clara, pero su acento resulta extraño.

—¿Qué ocurrió? —pregunta mi padre sin mirarme siquiera, y esquivo a la gente para aproximarse a los cuerpos—. Esta mujer parece haber muerto asfixiada —masculla, moviéndole la cabeza para examinar la marca violácea de su garganta.

Observo el grupo de tripulantes y veo cómo la amiga de la muerta llora en silencio. No muy lejos está Lorin, la primera mujer a la que cosí. Se encuentra algo apartada del resto, con la mirada fija en otra de las víctimas, un hombre. Cuando mi padre y Bledsoe se aproximan a ella, retrocede presurosa. Sus ojos aterrados encuentran los míos, y le lanzo una sonrisa de comprensión.

—¿A qué obedece esto? —insiste mi padre.

—Tuvimos que amarrar a la gente para que no saliera despedida durante el aterrizaje —explica Kit, haciendo esfuerzos evidentes por mantener la voz firme—. Los correajes resbalaron hasta llegar a su cuello y...

—¿Por qué no usasteis los arneses magnéticos? —le corta mi padre con voz dura.

—¿Arneses magnéticos? —repite Kit con asombro.

Mi padre echa a andar hacia la pared a grandes zancadas, y Lorin, que se interpone en su trayectoria, suelta un chillido de puro terror y se aparta de un salto. Al llegar a su destino, mi padre se agacha, palpa los paneles de metal con la yema de los dedos, presiona algo que no distingo bien —¿una palanca, tal vez, o un resorte disimulado?

— y levanta toda una sección del revestimiento. Mete la mano y saca un puñado de correajes de tela rematados en unas hebillas grandes y negras.

—Aquí hay almacenados tres mil arneses. Deberían haber servido para asegurar a los tripulantes a la pared y al suelo en caso de aterrizaje de emergencia. ¿Por qué no los usasteis? —le espeta a Kit.

—Yo... No sabíamos que estaban ahí —responde ella en tono sumiso, con los ojos dilatados por el asombro.

No puedo despegar los ojos de los muertos. Por Dios, qué forma tan estúpida de morir. Solo porque no sabíamos de la existencia de los malditos arneses...

—El capitán debería conocer los protocolos establecidos para los aterrizajes de emergencia —responde mi padre, cortante.

Parece furioso y, aunque sigue vestido con esa absurda bata verde, su actitud respira una autoridad que jamás había percibido en él. La gente —toda, tanto los tripulantes como los congelados— le escucha con atención, pendientes de cada una de sus palabras.

—No es tan fácil —digo al fin—. No lo entiendes, papá. Las cosas...

Me dirige una mirada tan gélida que me callo al instante.

—Esto es un desastre —gruñe—. Bledsoe, ¿dónde está el personal médico?

—Aquí, señor —responde ella, apartando a tres hombres y dos mujeres de entre los congelados.

—Doctor Gupta —saluda mi padre a uno de los hombres—, organice a su equipo para ayudar con los heridos.

Los cinco sanitarios avanzan, y no me hace falta ver lo que ocurre para saber que esto no va a funcionar. A los tripulantes de la *Fortuna* aún les ponen nerviosos mi piel pálida y mi pelo rojo, y eso que han tenido tres meses para convencerse de que no soy una amenaza. Ahora me parece ver a los recién llegados a través de sus ojos, y aunque sé que es absurdo, entiendo por qué se apartan temblorosos del médico indio, por qué no entienden a la que habla con acento sureño, por qué huyen para refugiarse detrás de Kit en vez de dejar que el enfermero negro les vende las heridas. Me gustaría quedarme con ellos y ayudarlos, pero sé que no serviría de nada.

—Hay que vestirse —le dice mi padre a Bledsoe.

Ella organiza turnos para que los congelados localicen sus baúles y saquen la ropa que han traído de la Tierra. Mi padre y los demás militares se ponen el uniforme de campaña.

Las prendas, tan diferentes de la ropa que llevan los nativos de la *Fortuna*, no hacen más que poner de relieve las diferencias. Las fibras sintéticas, con sus colores chillones, resaltan como manchurroneos entre los grises y los pardos de la ropa hecha a mano en la nave.

Aunque la gente de la *Fortuna* es diez veces más numerosa que la de la Tierra, todos están apelotonados contra una de las paredes.

El ambiente de la sala es agobiante y pegajoso, y el aire apesta a sudor, a miedo y a ira.

Abro la boca para llamar a mi padre: necesito hablar con él en privado. Tengo que decirle que si no demuestra que está dispuesto a ayudarlos —si no prueba que no es una amenaza, como decía Orion—, los tripulantes lo considerarán su enemigo.

Pero antes de que pueda hacerlo, él se vuelve hacia Bledsoe.

—Vamos a inspeccionar el arsenal.

Me estremezco: que noventa y siete terrícolas se hayan despertado y pretendan hacerse con el mando ya es complicado. Añadir armas a la ecuación no va a mejorar las cosas.

La puerta del arsenal está cerrada con llave, y no se abre cuando mi padre introduce el código en el teclado.

—¿Algún problema, señor? —pregunta Bledsoe.

Él niega con la cabeza y vuelve a teclear el código. Nada. A mí no me sorprende: sé que Orion lo reprogramó hace mucho.

—Necesito hablar contigo —insisto, tratando de imitar la autoridad que resuena en su voz.

—Ahora no, Amy.

He esperado tres meses, que me parecieron una vida, para oírle decir mi nombre. Nunca pensé que estaría precedido de esas dos palabras.

—Ahora, papá.

Él se da la vuelta y me encara.

—Amy, me parece que no comprendes. Nos han enviado con una misión. Este es nuestro trabajo. Debemos evaluar la situación, contactar con el líder de los nativos de la nave y hacernos con el control del área circundante.

—Pero papá, yo...

—Amy, nada me gustaría más que pararlo todo y hablar contigo. Me encantaría poder ejercer de padre un rato, pero estamos en un momento crucial. Ahora mismo, debo averiguar por qué han cambiado este código y hablar con el líder de los nativos.

—Estupendo —dice Elder mientras abre desde dentro la puerta del arsenal—, porque creo que soy el que busca.





[8] ELDER

Lo primero que veo es el escepticismo que refleja la cara del hombre.

—Papá —le dice Amy—, quiero presentarte al líder de la *Fortuna*. Este es Elder.

Él me mira de arriba abajo, y tardo un momento en darme cuenta de que está examinando mis heridas. Me recoloco la túnica limpia, procurando no estremecerme cuando la tela roza los desgarrones que ha hecho la bestia en mi piel.

—Elder —continúa Amy—, este es mi padre, el coronel Robert Martin. Es... tras la muerte de los otros dos militares congelados, es el militar de mayor rango.

La voz se le rompe en la última frase; supongo que hasta ahora no se había dado cuenta de la responsabilidad que recae sobre su padre.

La cabeza me da vueltas. Avanzo un paso, tratando de recordar cómo se saludaban formalmente los militares de Tierra Solar. ¿Debería hacer una reverencia? No creo; parece demasiado arcaico. Aunque este hombre también parece arcaico, la verdad.

Antes de que pueda decidirme, el hombre se vuelve hacia Amy.

—No tengo tiempo para bobadas —dice—. ¿Dónde está el verdadero capitán?

Amy se yergue y lo fulmina con la mirada.

—El líder es Elder —le espeta con voz gélida.

El coronel Robert Martin me lanza una mirada desdeñosa.

—No es más que un crío.

—Señor —digo en un tono que rezuma desdén—, yo soy el líder de la *Fortuna*. Y si quiere abrir cualquiera de las puertas cerradas con llave que hay en la lanzadera, incluida la del arsenal en el que se proponía entrar hace un momento, tendrá que

mostrarme un poco más de respeto.

Una de las cejas del coronel se eleva hasta casi tocar el pelo.

—Necesito acceder al ordenador de a bordo —se limita a decir.

Pues claro que lo necesita, frexo.

Le resumo la situación: la cristalera se abrió formando una rampa, un reptil volador estuvo a punto de arrancarme la cabeza de un mordisco, el ordenador está en el puente de mando, ahora abierto al exterior, y no hay manera de defenderse de esos bichos.

—Comprendo —asiente el coronel Martin cuando acabo, como si mi descripción del monstruo le aburriera—. No se preocupe: iremos armados. Lo esencial ahora es acceder al ordenador.

Me aparto del umbral y dejo que el coronel y la mujer que le acompaña entren para examinar las armas. Amy me mira con expresión interrogante.

—No te preocupes. Déjame a mí —susurro, intentando transmitirle con la mirada que necesito manejarme yo solo con su padre. Si el coronel Martin quiere tratar con un líder, prefiero que nadie le recuerde que soy más joven que su hija.

Amy no parece muy conforme, pero asiente y regresa a la sala de criopreservación. Cuando el coronel y la mujer terminan de aprovisionarse de armas, los guío por el corredor hasta llegar a la puerta del puente.

El padre de Amy la abre sin dudar y sale. Su mano derecha reposa en la culata del arma que lleva a la cintura, en un gesto casi despreocupado. La oficial que lo acompaña, una mujer esbelta con la piel más oscura que he visto jamás, lo sigue sin dirigirme la mirada siquiera. Cierro la puerta a mi espalda, intentando olvidar lo vulnerables que somos ahora a los peligros que pueden acecharnos desde el cielo.

Me doy cuenta enseguida de que al coronel Martin y a la mujer no les impresiona el mundo que se extiende ante sus ojos. Antes, cuando la cristalera de hexágonos se separó del puente, me quedé tan extasiado por la súbita sensación de libertad que estuve a punto de echar a correr para disfrutar de cada uno de mis hallazgos. Ellos, sin embargo, mantienen una actitud ambigua, en el mejor de los casos. Una ráfaga de brisa cálida nos roza. Me dan ganas de cerrar los ojos y disfrutar del perfume a tierra y a plantas que transporta, pero ellos ni siquiera parecen darse cuenta.

—No es muy diferente de la Tierra, ¿verdad? —dice la mujer con voz grave. Tiene un

acento tan marcado que, si no estuviera acostumbrado a la forma de hablar de Amy, jamás la habría entendido.

El coronel Martin contesta con un gruñido.

—Efectivamente. Si no fuera por esta mierda de *El Señor de las Moscas* que se traen entre manos...

La mujer murmura algo que no entiendo y luego avanza hacia el final del puente. Despliega un trípode, monta encima un fusil y lo apunta hacia el cielo. Tiene otras dos armas largas y unas cuantas granadas al alcance de la mano. Al menos me hicieron caso cuando les dije que el bicho volador era peligroso.

—De modo que eres el líder de los nativos de la nave —me dice el coronel.

—De modo que usted es el padre de Amy.

—Soy el coronel Martin. Y dado que el general Robertson y el general de brigada Kennedy están fuera de servicio, soy el oficial de mayor rango de la misión. Esta es la teniente coronel Emma Bledsoe.

Me lleva unos segundos digerir la información. Así que Orion no se limitaba a matar militares: seleccionaba a sus víctimas según su posición jerárquica, empezando por las más importantes. La teniente coronel Bledsoe resulta muy diferente a como la vi bajo el hielo, pero el más sorprendente es el coronel Martin: jamás hubiera esperado que fuera tan distinto de su hija. No veo nada de Amy en sus ojos críticos y su postura tiesa.

—Yo soy Elder —digo sin más.

—¿Elder qué?

—Elder a secas. Es mi nombre y también mi cargo. Es la forma en que los tripulantes llamamos al líder de la nave.

El coronel suspira, sin dejar de mirarme. Por el rabillo del ojo veo la expresión de la teniente coronel Bledsoe; es mucho más joven que el coronel Martin, y no se le da tan bien esconder sus emociones. En sus ojos negros hay inquietud, y las arrugas que enmarcan su boca indican que está muy preocupada.

—Entonces, ¿eres tú quien está al mando de las personas de dentro? —pregunta el coronel.

—Sí.

No le digo que llevo menos de tres meses en el cargo, que mi mandato terminó con el aterrizaje de la lanzadera ni que mi gente estaba tan dividida que un tercio se quedó en la *Fortuna*. No quiero hablar ahora de esas cosas; lo que quiero es que acaben de una vez lo que han venido a hacer para que podamos marcharnos. Aunque trato de reprimirme, mis ojos se dirigen al cielo cada pocos segundos, y mis oídos se preparan para oír un chillido ensordecedor en cualquier momento. Pero no quiero que el coronel perciba mi miedo, así que hago un esfuerzo por centrarme en sus palabras.

—No puedo imaginar qué cadena de acontecimientos pudo llevar a que alguien tan joven como tú asumiera el mando —repite—. Tampoco sé por qué mi hija fue reanimada con tanto adelanto para acabar metida en este embrollo. Sin embargo, a juzgar por la torpeza del aterrizaje y por los muertos y heridos que he visto entre los vuestros, me atrevo a aventurar que las cosas no han ido muy bien últimamente.

—Basta —digo, y mi voz suena como un gruñido.

Las facciones del coronel Martin adoptan una máscara de compasión.

—Solo quería decir que... En fin, está claro que las cosas se pusieron difíciles. Y eso afectaría a todo el mundo, claro, pero especialmente a ti, al obligarte a asumir el mando a una edad tan temprana.

Le sostengo la mirada, teniendo cuidado de no traslucir mis emociones. Hay verdad en sus palabras, pero lo que dice es solo una parte de la historia. Sí, las cosas han sido duras. Sin embargo, yo asumí mis responsabilidades con plena conciencia de que sería difícil, y eso no encaja en la descripción que ha hecho de mí.

Aunque hubiera podido hacerlo, yo no habría renunciado.

—La situación que se nos presenta es simple —continúa diciendo el coronel—. Debemos nombrar un solo líder que coordine tanto a los nativos de la nave como a los terrícolas. Me atrevo a sugerir que renuncies al mando en mi favor para que podamos empezar esta misión con buen pie.

Este hombre no se parece a Eldest ni habla como él. Sin embargo, su cerebro funciona de la misma manera, pienso de inmediato.

El coronel Martin se acomoda en uno de los asientos del panel de control —el mismo que ocupó Amy durante el aterrizaje—, lo hace girar y da unos golpecitos en el asiento contiguo.

—Siéntate, hijo —dice amablemente.

Y yo lo hago. Estoy empezando a entender por qué Amy echaba tanto de menos a su padre: cuando el coronel Martin habla, su voz transmite tal seguridad que casi puedo creer que mis problemas desaparecerán a una orden suya.

Casi.

—Las cosas son muy distintas de lo que yo esperaba —dice, recalcando todas las sílabas—. Nunca supuse que yo estaría al mando.

Ni yo.

—No me siento preparado.

Ni yo.

—Pero todo ha cambiado.

Lo sé.

El coronel se reclina en su asiento y observa el cielo.

—A lo largo de la historia, las colonias siempre han tenido dificultades para sobrevivir. Cuando se colonizó América, los nuevos pobladores estaban separados por un océano y meses de viaje de cualquier ayuda que su patria pudiera ofrecerles. A nosotros nos separa una distancia mucho más vasta.

Sigo la dirección de su mirada, pero yo no estoy pensando en lo lejos que se encuentra Tierra Solar. Yo pienso en la *Fortuna*, mucho más cercana pero igual de inalcanzable.

—Muchos de los primeros colonos murieron, hijo. Por aquel entonces, la gente llamaba a América «el Nuevo Mundo». Pero no era cierto, ¿no crees? Los verdaderos pobladores del nuevo mundo somos nosotros.

—¿Por qué me cuenta esto? —pregunto; no me importa parecer maleducado.

—Hijo, necesito que pienses en lo que tenemos por delante. Me doy cuenta de que ocurrieron muchas cosas mientras los terrícolas como yo estábamos congelados, y sé que tuviste que enfrentarte a ellas. No debió de ser fácil.

«No, no, no, no, no», dijo Shelby, y yo la dejé morir.

—Y aunque tal vez no me creas —añade—, entiendo perfectamente la presión a la que estás sometido. Tu gente, los nativos de la nave... En fin, se nota que esperan que resuelvas todos sus problemas. Pero tú no puedes hacerlo, ¿verdad?

Por mi culpa, los cadáveres de tres de los míos yacen al otro extremo del pasillo. Por mi culpa, Bartie y otras ochocientas personas siguen dando vueltas alrededor de Tierra Centauri, para vivir y morir en lo que queda de la Fortuna.

—Hijo —dice el coronel Martin, y no puedo evitar que me guste cómo suena esa palabra en su boca—. Creo que sabes cuál es tu deber, ¿verdad?

«Nos convertirán en mano de obra o en soldados», dijo Orion. «Seremos esclavos o carne de cañón».

—No voy a entregarle a mi gente así, por las buenas —contesto mientras me pongo en pie y echo a andar hacia la puerta del pasillo. A medio camino, una ráfaga de viento me despeina y me da fuerzas.

—No te he pedido que lo hagas, hijo.

—Deje de llamarme así.

Yo no soy hijo de nadie.

—Elder, entonces —dice el coronel con cierta reticencia, como si pronunciar mi nombre le dejara un regusto amargo—. Elder, esto es más importante que tú y que yo. No podemos dejar que nuestros egos se inmiscuyan en nuestro deber.

—Yo no me estoy dejando guiar por mi ego, y espero que usted tampoco lo haga. Y puede que sea joven, pero en esta lanzadera hay mil cuatrocientas cincuenta y seis personas que me respaldan.

El coronel se incorpora tan bruscamente que su asiento da varias vueltas.

—Lo sé —dice sin rastro de la amabilidad de antes—. Pero pensé que podría razonar contigo...

—Y puede hacerlo —le corto—. Tiene usted razón: las cosas no han sido fáciles, y soy perfectamente consciente de que mi posición es incómoda.

¿Cómo podría no ser consciente de ello después de la rebelión de Bartie, de la reticencia de todos los que prefirieron quedarse en la nave antes que seguirme, de la muerte de tres personas que confiaban en mí?

—No quiero enfrentarme a usted —añado—, pero no creo que haya por qué elegir a un solo líder. Estoy dispuesto a dejar que nos coordine, pero no voy a pedir a mi gente que obedezca sus órdenes a ciegas.

—Entonces, ¿estás dispuesto a seguirme? ¿Respetarás mis órdenes?

—Si me parecen razonables, sí. Estoy dispuesto a apoyarle.

No sé si se ha dado cuenta de cómo he cambiado la frase —de «seguirme» a «apoyarle»—, porque no comenta nada al respecto.

—La primera orden es simple: tenemos que establecer contacto con Tierra Solar.

—Llevamos varias generaciones incomunicados.

—¿Qué?

—Hace siglos que no hablamos con Tierra Solar.

A su espalda, la teniente coronel Bledsoe abre mucho los ojos mientras masculla la palabra «siglos». El coronel, sin embargo, me mira con expresión inescrutable.

—En cualquier caso, tal vez consigamos algo si introducimos el código militar que pide el ordenador —indico, acercándome al panel de mandos.

El metal se ha calentado bajo los rayos de los dos soles. La pantalla titila, a la espera de que alguien teclee la información solicitada.

El coronel Martin se acerca a grandes zancadas, extiende la mano y de pronto parece dudar. No quiere introducir la clave delante de mí. Le miro de arriba abajo, con las cejas enarcadas en un gesto de sarcasmo, y él se vuelve hacia el ordenador y teclea rápidamente una secuencia.

La pantalla cobra vida. Me acerco para verla mejor y el padre de Amy se hace a un lado de mala gana para dejarme sitio. Durante varios minutos solo se ve un planeta que da vueltas y una barra intermitente con las palabras PROCESANDO... SEÑAL RECIBIDA... PROCESANDO. Luego, la imagen parpadea y el planeta se abre

dejando escapar un satélite. RECEPCIÓN EN MARCHA, dice ahora la barra.

El coronel se vuelve hacia mí con una sonrisa triunfal, pero yo solo tengo ojos para la pantalla. ¿Tan fácil era? ¿Solo hacía falta una clave de diez dígitos para que pudiéramos contactar con Tierra Solar, a pesar de los años luz que nos separan?

Una voz resuena en el puente, y sus palabras aparecen escritas en la pantalla a medida que las pronuncia. Por un momento olvido respirar. No hemos podido comunicarnos con Tierra Solar en generaciones. Y sin embargo... sin embargo, hay una voz que atraviesa el universo en este momento solo para hablar con nosotros.

Y lo único que teníamos que hacer para escucharla era teclear un maldito código militar.

¡Enhorabuena, tripulantes de la Fortuna! Habéis llegado sin contratiempos a vuestro destino final: el planeta que orbita alrededor de los soles del sistema binario Centauri.

La voz, grave y casi carente de acento, habla con lentitud, pero aun así agradezco la transcripción que se desliza por la pantalla.

Sabemos que vuestro viaje ha sido largo. No obstante, nos alegra anunciaros que las sondas enviadas antes del aterrizaje mostraron un mundo no solo habitable, sino rico en recursos naturales. Por ello, desde la Tierra hemos tratado de hallar formas viables de apoyar el desarrollo de la colonia que estáis a punto de fundar.

¿Quieren apoyar a la colonia? ¿Es que la nave les daba igual? Cuando la comunicación se cortó hace siglos, ¿por qué los responsables de Tierra Solar no trabajaron para restablecerla? Sé que debería estar maravillado por esta vía de comunicación que se acaba de abrir, pero la verdad es que solo siento rabia. Podrían haberlos ayudado a aterrizar; podrían habernos ayudado antes de que aterrizáramos, frexo. ¿Por qué nos abandonaron? ¿Por qué nos dejaron tirados en el espacio, dando vueltas hasta que pudimos llegar al planeta por nuestra cuenta?

En los años transcurridos desde el despegue del arca espacial Fortuna, en la Tierra se han dado enormes avances en el campo de los viajes siderales. Alrededor de Tierra Centauri ya orbita una estación espacial que nos permitirá establecer una buena comunicación entre ambos planetas. Para utilizarla, vuestra primera misión será localizar alguna de las sondas enviadas por la nave, ya que están equipadas con tecnología avanzada que facilitará el

proceso de comunicación.

El coronel Martin mira la pantalla, completamente absorto. Yo preferiría que la voz se callara un momento para poder hacerle alguna pregunta.

En el momento del aterrizaje, la lanzadera envió una señal directa al Fondo de Recursos Externos. En este instante, el personal del FREX está preparando una nave que llevará materiales y provisiones a vuestra colonia incipiente. Dados los avances tecnológicos, la nave llegará a su destino en breve.

Me quedo boquiabierto. ¿En breve? ¿Cómo que en breve? ¡A la *Fortuna* le llevó tres siglos llegar a este planeta!

Miro de reojo al coronel Martin. Sus manos están suspendidas sobre los mandos de la consola. Parece dudar entre interrumpir a la voz para pedirle aclaraciones o dejar que acabe su discurso.

La voz se hace grave al pronunciar las palabras que siguen:

Por otra parte, debemos informaros de los peligros que acechan en vuestro nuevo planeta. Para empezar, queremos recordaros que tanto la lanzadera de emergencia como la propia *Fortuna* están equipadas con mecanismos de cierre hermético. En caso de necesidad, no dudéis en encerraros en su interior hasta que la ayuda prometida os alcance.

Un zumbido de estática interrumpe el mensaje. El coronel examina los mandos, pero está claro que no sabe qué hacer con ellos.

Es de vital importancia que establezcáis comunicación con nosotros cuanto antes, usando para ello una de las sondas. Solo por este medio podremos ofreceros información ajustada acerca de la amenaza que...

Se oye un chasquido fuerte, seguido de una especie de crepitar, y la voz se corta. El ordenador emite un silbido estridente mientras la pantalla se funde a negro.

Cuando el silbido se apaga, el ambiente se tiñe de un silencio ominoso. Nos hemos vuelto a quedar aislados.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto al coronel, que se ha inclinado sobre la pantalla.

—No sé... —teclea algo, pero la pantalla sigue negra—. Tal vez dañaras el sistema de comunicación cuando estrellaste mi lanzadera.

Estoy a punto de protestar por esta apropiación de la lanzadera cuando un ruido seco me sobresalta. Me doy la vuelta: Bledsoe está acucillada en el suelo, con el brazo apoyado en la pared del puente para afinar la puntería. Sigo la dirección de su mirada y veo a la criatura que planea sobre nosotros con las garras estiradas, dispuesta a despedazarnos. Suena otro disparo, seguido de un chillido ensordecedor. El pájaro monstruoso se aleja, pero no parece herido.

—¿Qué mierda es eso? —exclama el coronel Martin, empuñando su arma con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—El monstruo que vi antes, u otro muy parecido —respondo, haciendo un esfuerzo por mantener la voz firme—. Amy dijo que se parecía a un terro... tero...

—¡Ya he visto a qué se parece! ¿Pero qué demonios es?

Trato de disimular una sonrisa irónica: por fin he descubierto algo capaz de quebrar la máscara impasible del coronel Martin.

—Antes de aterrizar, recibí un mensaje que advertía de la existencia de... —me interrumpo; parece ridículo emplear esa palabra, pero no encuentro otra más adecuada—, de monstruos.

El coronel entrecierra los ojos para seguir con la mirada a la criatura que planea en lo alto. Es enorme; a pesar de que está lejos, estamos casi cubiertos por su sombra.

Bledsoe le dispara una vez más, pero es evidente que no puede alcanzarlo desde aquí.

—Tal vez el aterrizaje forzoso fuera debido a mi incompetencia —digo—, pero creo que una de esas cosas pudo desviar la trayectoria de la lanzadera.

—No gastes munición —le ordena el coronel en tono seco a Bledsoe.

Aunque ella no cambia de posición, veo cómo su dedo se aleja del gatillo. El coronel se vuelve hacia mí.

—Deberíamos entrar —dice—. Aquí corremos peligro; además, quiero averiguar más cosas acerca de esa amenaza. Voy a formar una patrulla de siete hombres para que salgan con Bledsoe y conmigo a buscar una de esas sondas. Si la encontramos, podremos establecer un vínculo estable con la Tierra y averiguar a qué nos enfrentamos.

Echa a andar hacia la puerta y Bledsoe le sigue con paso lento, sin darse la vuelta ni bajar el arma.

—Elder, quiero que tranquilices a tu gente —me dice el coronel.

No es una petición: es una orden.

—Voy a ir con la patrulla.

Él se detiene, con la mano apoyada en el marco de la puerta.

—No quiero civiles.

—Tengo que demostrar a mi gente que estamos en pie de igualdad. Deben verme participar en las cosas importantes. Además, tengo derecho a saber qué dice el FREX.

—Desde luego —asiente el coronel—. Pero en este momento, tu gente tiene que sentirse respaldada. Debes ser el núcleo de su seguridad, el cimiento en el que puedan apoyarse.

—Yo...

El coronel abre la puerta y me empuja para que entre, con Emma pegada a mis talones. Con un último vistazo al exterior, Bledsoe cierra la puerta y bloquea la cerradura. El aire de la lanzadera tiene un sabor amargo y metálico, comparado con la brisa cálida que hemos dejado atrás.

—Te necesito aquí, Elder —insiste el coronel—. Necesito que se quede alguien en quien pueda confiar para proteger la lanzadera.

—Pero...

—Voy a dejar a tu cuidado algo valiosísimo: tu gente. Nuestra gente. ¿Estarás a la altura?

—Sí, claro —respondo—, pero...

—Estupendo: sabía que nos entenderíamos —concluye él.

Se da la vuelta y echa a andar con paso firme hacia el arsenal.

Por más que me disguste, creo que Orion estaba en lo cierto: me he convertido en una marioneta.



Salgo a toda prisa de la sala y me doy de bruces con Bledsoe. Los disparos y el grito de uno de esos pterodáctilos me han alarmado tanto que he echado a correr hacia el puente sin explicarle nada a mi madre.

—¿Qué ha pasado? —jadeo.

—Nada —responde ella con expresión sorprendida, y sigue caminando hacia los militares que están congregados junto a las cámaras de criopreservación.

Mi corazón solo vuelve a la normalidad cuando entro en el arsenal y veo a Elder y a mi padre, ambos ilesos. Mi padre está concentrado seleccionando armas. Elder parece resignado y un poco enfurruñado, pero al verme me lanza una sonrisa que vuelve a acelerarme el pulso.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunto; al pasar junto al puente me he dado cuenta de que su puerta está cerrada con llave.

—Todo va bien, Amy. Ve con tu madre —responde mi padre.

Decido ignorarle y me vuelvo hacia Elder.

—Hemos visto otro mons... —Elder se corta a media palabra—. Otra criatura como la de antes. Esta vez no se ha acercado.

Observo el arma de calibre cuarenta y cuatro que tiene mi padre en la mano.

—¿Vais a salir a cazarla? —pregunto, y él me mira con expresión sorprendida.

—No, esto es para protegernos. Voy a salir con una patrulla para buscar alguna de las sondas de la nave y restablecer la comunicación con la Tierra.

—¿Restablecer? —giro en redondo para mirar a Elder y sus ojos me dicen todo lo que necesito saber—. ¿Habéis hablado con la Tierra? ¡Es... es maravilloso! ¿Qué

dijeron? ¿Cómo están las cosas allí? ¿Qué van a hacer para ayudarnos?

—La conexión se cortó —responde Elder—. Pero dicen que van a ayudarnos. Creen... —frunce el ceño—, creen que pueden hacernos llegar materiales y equipos.

Los ojos se me abren como platos.

—¿De verdad?

Elder asiente, pero no parece ni mucho menos tan emocionado como yo. ¡La Tierra! ¡Después de todo este tiempo, hemos vuelto a contactar con ellos!

—Amy, ahora mismo tengo mucho trabajo. Ve con tu madre, anda —mi padre me ofrece el arma del cuarenta y cuatro y se centra en las granadas que hay en otro de los estantes.

—Quiero ir contigo —digo acercándome a él.

Elder me lanza una mirada de advertencia, pero no le hago caso.

—Papá, deja que te acompañe —insisto—. Necesito salir, de verdad. ¡Estamos ya en el planeta y ni siquiera he podido verlo!

—No —contesta mi padre sin levantar la vista, y su respuesta me golpea como una bofetada.

—Papá, por favor, déjame ir con vosotros —repito, desesperada—. Prometo no molestaros. Iré armada, os puedo servir de ayuda. Por favor...

Mi padre se gira y observa un momento mi expresión suplicante.

—No —dice al fin.

—¡Pero...!

—No, Amy. Vuelve con tu madre.

—¡Papá!

Elder sacude la cabeza en un gesto casi imperceptible, como si quisiera decirme que lo deje ya. Entrecierro los ojos, dándome cuenta de que mi padre tampoco le deja ir a él. Pero no es justo: él ya ha salido. Ha visto este mundo. Él, que ni siquiera quería venir a este planeta, lo ha visto ya.

Giro sobre mis talones y salgo del arsenal. Sí, sé que me estoy comportando como una cría; sé que estoy siendo irracional, inmadura y ridícula. Pero no puedo evitarlo. Cuando me asomé fuera hace un rato, no pensaba más que en salvar a Elder, pero ahora quiero ver Tierra Centauri con mis propios ojos.

No solo lo quiero: lo necesito.

Me detengo en el umbral de la sala de criopreservación, tomo aire y me obligo a ver las cosas como son. La sala está llena de personas, pero su distribución no es uniforme. Los casi mil quinientos tripulantes de la nave están apiñados contra una pared, lo más lejos que pueden de las hileras de cámaras. Los terrícolas se afanan en tareas diversas: sacar sus cosas de los baúles, extender material de laboratorio en unas mesas improvisadas hechas con las camillas, hablar entre ellos... En ambos lados de la sala se respira una energía nerviosa teñida de miedo. Todos tememos lo que desconocemos.

Emma y otros siete militares pasan a mi lado con expresión seria y salen de la estancia a grandes zancadas. Los soldados ya se han puesto sus uniformes, y están armados hasta los dientes. Recuerdo el grito rechinante de los monstruos voladores y un escalofrío me recorre la espalda. Tierra Centauri no es un parque de atracciones. Por más que me disguste, en el fondo sé que mi padre ha hecho bien al no dejarme ir con ellos.

Aun así, cuando lo reanimé no pensé que me obligaría a quedarme en la lanzadera. Reviso las cámaras de criopreservación: están todas vacías, como caracolas olvidadas que el mar hubiera llevado a la playa.

Todas... menos una: la de Orion.

Miro la puerta del laboratorio de genética, en el extremo opuesto de la sala, y echo a andar hacia allí, esquivando sin dificultad a los congelados que se interponen en mi trayectoria. Al llegar, tecleo el código en el panel y paso el pulgar por el escáner biométrico. Poca gente tiene acceso a este laboratorio, pero Elder se aseguró de que yo fuera uno de ellos.

Entro y la puerta corredera se cierra a mi espalda.

Estoy sola. Solo me acompañan mis pensamientos y un silencio apenas roto por el murmullo de fuera.

Y Orion.

Me acerco al tubo en el que sigue congelado; como se construyó más tarde que las

demás cámaras de criopreservación, no está conectado a su sistema. Mide un par de metros de alto, y tiene un ojo de buey por el que se entrevé la figura encerrada en el hielo.

Mis pasos se hacen más lentos cuanto más me acerco a él.

Aunque no me gusta admitirlo, estoy empezando a ver a Orion en las facciones de Elder.

Sin querer, poso la mirada en un cilindro refrigerado que hay al otro lado de la sala. Contiene una gelatina dorada llena de pequeños embriones que cualquiera podría sacar y convertir en un ser humano. En otro clon de Elder.

Pero no sería otro Elder: solo sería otra persona con el mismo cuerpo. La mente de Elder no tiene nada que ver con la de Orion.

Yo nunca me habría enamorado de Orion.

Cuando Elder sacó mi caja de la cámara de criopreservación, no se dio cuenta de que me despertaría y no podría volver a congelarme. Orion, sin embargo, lo sabía. Y aun así, sacó las cajas de Robertson y Kennedy de sus cámaras y dejó que murieran asfixiados por los tubos y el líquido azul que llenaban sus gargantas, con los ojos desorbitados y las manos convertidas en garras que arañaban el cristal.

Lo sabía.

Miro el cronómetro que hay bajo la cara de Orion: 05:23:34... 33... 32... 31...

Me inclino y tecleo rápidamente el código que reinicia la cuenta atrás: 24:00:00.

Veinticuatro horas más de criopreservación. Elder dijo que podía programarlo para que durara más tiempo, pero no acabo de fiarme del temporizador. Vengo a comprobarlo todos los días.

Me fuerzo a levantar la vista y mirar su cara helada, sus ojos cubiertos de escarcha. Si por mí fuera, no estaría aquí, separado del planeta por una simple capa de hielo.

Aún no puedo ver este nuevo mundo. Pero al menos puedo asegurarme de que él tampoco lo vea.



Los militares salen a enfrentarse con el nuevo planeta, y yo me permito disfrutar un momento del aire fresco antes de cerrar la puerta del puente. No sé cuánto tiempo paso ahí de pie, con la cara apoyada en el frío metal.

Ya está. Ya ha empezado.

El escaso control que tenía sobre la situación se me está escapando entre los dedos.

Cierro los ojos y suspiro. No puedo permitirme pensar así. No puedo dejarme llevar por los temores de Orion.

Un estruendo proveniente de la sala de criopreservación interrumpe mis reflexiones. Al principio pienso que no es más que el ruido normal que hacen mil quinientas personas apiñadas, pero de pronto un grito de furia se superpone a las demás voces. Me incorporo de golpe y echo a correr hacia la sala.

—¿Qué pasó? —oigo gritar a una mujer mientras me abro paso.

Al llegar a la última hilera de cámaras, veo a Amy de pie frente a una terrícola alta con brazos largos y una mata de pelo rizado que le rodea la cabeza como un balón.

—¿Qué pasó? —repite la mujer con voz apenas inteligible por los sollozos.

Amy levanta los brazos y trata de dar un paso atrás, pero la hilera de cámaras se lo impide. Los congelados se apiñan a su alrededor mientras mi gente los observa desde lejos con desconfianza.

No entiendo la contestación que Amy le da a la mujer, pero enseguida se hace evidente lo que le ha dicho.

—¿Lo... lo asesinaron? —chilla la mujer.

Frexo. Fre-xo.

Echo a andar de nuevo, apartando sin miramientos a la gente que se interpone entre Amy y yo.

Cuando llego a su lado, ella señala con la cabeza a la mujer, que está en pleno ataque de histeria.

—Es la sargento Juliana Robertson —me susurra.

Robertson: el mismo apellido que uno de los congelados a los que Orion desconectó.

—¡Mi marido! —grita la sargento Robertson.

Apoya una mano contra la portezuela cerrada de la cámara cien y se inclina sobre ella. De pronto, su mano se cierra en un puño; la mujer se da la vuelta como un torbellino, agarra a Amy de la pechera y la atrae hacia ella.

—¿Qué pasó? —la interroga con furia—. ¡Dime quién fue el cabrón que mató a mi marido!

Amy tiene los ojos desorbitados por el miedo.

—Fue... —murmura, y se interrumpe sin acabar.

Sé lo que iba a decir: «Fue un accidente». Pero Amy no sabe mentir.

—¿QUIÉN FUE? —ruge Juliana Robertson, con la cara a milímetros de la de Amy.

La aparto de un empujón, agarro a Amy por los hombros y la acerco a mí. La mujer parece olvidarse de nosotros un momento y se da la vuelta para encararse con la gente de la nave.

—¿Cuál de vosotros lo hizo, monstruos? —chilla.

Durante un instante, solo puedo pensar en lo irónico que resulta el apelativo: esta mujer los llama monstruos porque todos se parecen, y ellos veían del mismo modo a Amy porque era diferente.

—¿Quién es el cobarde que asesinó a mi pobre marido mientras dormía? —insiste ella, ciega de ira—. ¡Sal! ¡Quiero verte la cara!

Mi gente no sabe cómo reaccionar. Para ellos, los congelados son un peligro; de hecho, muchos están de acuerdo con Orion y aprueban lo que hizo. Y la sargento viste las mismas ropas verdes y marrones que los demás militares: es una soldado, entrenada para hacer daño.

Los ojos de todos se vuelven hacia mí en busca de protección.

La sargento Robertson sigue su mirada y, al posar los ojos en mí, confunde la actitud de mi gente. Para ella, el que todos me miren es una acusación, una confesión de culpabilidad.

Se abalanza sobre mí con un chillido, sin darme tiempo a reaccionar, y me golpea con fuerza el pómulo izquierdo. Me alejo tambaleante, levantando las dos manos para defenderme.

—¡No toques a Elder! —grita un antiguo alimentador llamado Heller, saltando sobre la sargento Robertson para aferrarle el brazo antes de que pueda pegarme de nuevo.

—No, espera... —empiezo a decir.

—¡No la toques! —chilla uno de los congelados, adelantándose para meterse en la refriega.

Y así, sin más, estalla el caos.

Tal vez los terrícolas sean más fieros, pero mi gente los supera en una proporción de quince a uno. A medida que la pelea se recrudece, los congelados retroceden hasta quedar acorralados frente a las cámaras de criopreservación. Los gritos ahogan todos los demás ruidos. Una mujer, que debe de ser la madre de Amy —lo sé porque tiene sus mismos ojos verdes—, la agarra de la muñeca para alejarla del gentío.

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha hecho en la garganta: yo tengo la culpa de que todos estén cayendo en esta deriva salvaje, igual que ocurrió en la nave. No soy capaz de proteger a Amy. Mi dedo aprieta instintivamente el botón de mi intercomunicador, pero es inútil: aquí no sirve de nada.

Me subo a la camilla más cercana y grito con todas mis fuerzas:

—¡Parad! ¡PARAD!

Nadie me hace caso.

Esta es una disputa hecha de miedo, rabia y desconfianza.

Los puños golpean la carne, la sangre brota de nuevas heridas. Alguien tira un asiento a un grupo de gente, y otra persona lo agarra y lo estrella contra una cámara produciendo un estruendo ensordecedor. La sargento Robertson me ve y se tira hacia mí, desgredada e histérica, pero uno de los míos la agarra y la estampa contra la pared. Me bajo a toda prisa de la camilla y me abro paso entre la gente, tratando de

esquivar los golpes que llegan de todas partes.

—¡BASTA! —ruge el coronel Martin desde el umbral.

Las personas que hay frente a él se detienen, pero el resto siguen con más furia.

—¡BASTA, HE DICHO! —grita de nuevo, caminando en línea recta entre la gente—. ¡SEPÁRENSE!

Y le hacen caso.

Los militares que se habían quedado en la lanzadera con nosotros dejan de pelear. Lo hace incluso la sargento Robertson: aunque de la nariz le caen dos hilillos de sangre y aún tiene los ojos desorbitados por la ira, abre lentamente los puños y retrocede sin decir nada.

—¿Qué pasa aquí? —exclama el coronel Martin con ira contenida, mirándonos de hito en hito.

Su mirada oscila entre la sargento y yo. A su espalda, los nueve soldados que salieron con él a buscar la sonda se despliegan entre la gente, ya casi calmada.

—Mi marido —masculla la sargento Robertson—. Está muerto, señor. Lo han asesinado.

El coronel asiente con la cabeza.

—Lo sé.

Los ojos de la sargento centellean.

—Puede retirarse, sargento Robertson. Vaya al área de almacenaje y tranquilícese.

—Señor, era... era mi marido.

—Lo sé. También era mi amigo. Puede retirarse.

—¡Lo han asesinado!

—¡Retírese! —insiste el coronel en un tono que no admite discusión.

La sargento se da la vuelta en redondo y se aleja a grandes zancadas hacia la sección en la que estaban guardados los baúles de los congelados. Bastantes soldados la siguen.

La gente de la nave me mira con expresión interrogante, y yo señalo el otro lado de la sala con un gesto de la cabeza. Se retiran sin decir nada, pero me doy cuenta de que siguen tensos, rígidos, con las mandíbulas apretadas. Siguen dispuestos a pelear: esto no es el fin, solo es un aplazamiento.

El coronel Martin viene derecho hacia mí y me fulmina con la mirada.

—¿A esto le llamas liderazgo? —gruñe en un tono apenas audible—. ¿Te parece que esto es tener control?

—No —digo, y luego, aunque la palabra se me atraganta, añado—: Señor.

Amy y su madre se acercan a nosotros y la expresión del coronel se suaviza al verlas. Respira hondo y avanza unos pasos, agitando los brazos para que la gente le preste atención.

—Escuchadme todos, tanto los nativos de la nave como los terrícolas. Tengo noticias que daros. Pero primero debo haceros una advertencia: si no trabajamos juntos, jamás seremos capaces de sobrevivir en este planeta.

Aunque ahora no grita, su voz suena alta y firme. Observo a mi gente: lo miran atentamente, cada vez más calmados, desprendiéndose de su ira para atender a sus palabras.

—Hemos encontrado una sonda a menos de dos kilómetros de aquí, en la linde del bosque en el que hemos aterrizado —explica—. No hemos podido comunicarnos con la Tierra, pero espero que muy pronto podamos establecer contacto con nuestro planeta de origen.

Inhala profundamente. Todos los ojos están clavados en él.

—Por otra parte, también hemos divisado varias criaturas como la que habéis podido escuchar desde el interior de la nave. Son animales volantes de aspecto reptiliano, y todo indica que son carnívoros, posiblemente predadores.

Al oír sus palabras, la multitud se estremece. Nuestras peores pesadillas acerca del planeta se han hecho realidad.

—No debemos olvidar jamás los peligros que nos acechan en este planeta —prosigue en tono severo—. Reservemos todas nuestras energías a luchar contra ellos... y no entre nosotros.

Mira alrededor como si quisiera evaluar los daños causados por la trifulca: mobiliario

volcado, salpicaduras de sangre, jirones de ropa...

—Es evidente que no podremos quedarnos confinados en esta lanzadera indefinidamente, a pesar de la protección que nos brinda. Por ello, nuestras primeras incursiones se dedicarán a asegurarnos la supervivencia: debemos encontrar comida, agua y cobijo. Todos, y digo todos, tendremos que colaborar en esta tarea. Comenzaremos mañana —me lanza una mirada de disgusto—. Intentad no mataros entretanto.



Después de apaciguar los ánimos, mi padre se aproxima a mí.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar con discreción? —me pregunta con aire grave.

—El laboratorio de genética —respondo señalando la puerta con la cabeza.

Al hacerlo, mis ojos se encuentran por un instante con los de Elder, que está al otro lado de la sala atestada. Si tuviéramos un minuto para nosotros, tal vez podríamos empezar a comprender este mundo; pero a Elder le esperan casi mil quinientas personas pendientes de sus respuestas, y a mí me espera una para lo mismo.

Mi padre me sigue hasta el otro lado de la sala de criopreservación. No dice una palabra, ni siquiera al ver cómo el escáner de la puerta reconoce mi huella genética. Solo empieza a hablar cuando la puerta hermética se cierra a nuestra espalda.

—¿Quién es este? —pregunta avanzando hacia el tubo de crionización.

En su interior se ve a Orion congelado a medio gesto, con las manos engarfiadas tras el vidrio y los ojos desorbitados.

—Es el hombre que mató al marido de Juliana Robertson. También trató de matarte a ti.

Se da la vuelta para mirarme.

—Parece que ocurrieron muchas cosas mientras dormía. Necesito que me lo cuentes todo.

No me hace falta preguntarle por qué me lo pregunta a mí en lugar de a Elder, pero aun así, vacilo antes de responder. ¿Minaré la posición de Elder si le explico a mi padre lo que sé, en vez de insistir en que hable con él?

Pero no, no puedo hacer eso. Mi padre debe saber la verdad acerca de Orion, y sé que a Elder le costaría reconocer todas sus faltas. Lo que necesita mi padre ahora mismo no son excusas: tiene que saber exactamente lo peligroso que era este hombre.

Así que le explico lo mejor que puedo quién era y qué hizo Orion, y por qué decidió que tenía que matar a los militares congelados si quería salvar a su gente. No le digo que Elder pretende reanimarlo para que mi padre y los demás congelados lo juzguen: no quiero verlo despierto nunca más, ni siquiera para eso. Disfrazo la verdad para que mi padre piense que el castigo de Orion es quedarse así, congelado. Quiero que pase tantos siglos atrapado en el hielo como pasé yo.

Mi padre sacude la cabeza mientras intenta comprender por qué Orion condenó a sus amigos a ahogarse en sus cápsulas. Se inclina hacia delante y me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—Has pasado por cosas muy duras, hija —susurra con voz quebrada.

Mi mano derecha se dirige inconscientemente a mi muñeca izquierda y la frota. Ahí tuve un cardenal hace tres meses, una magulladura causada cuando un hombre que se regodeaba en el mal me aprisionó contra un suelo de tierra falsa.

—Los nativos de la nave... —susurra mi padre, y pasa un brazo sobre mis hombros en un gesto de cariño—. Son diferentes de lo que esperaba, ¿sabes?

—Tampoco yo me los esperaba así.

—Cualquier cosa que puedas decirme para ayudarme a comprenderlos...

Suelto mi muñeca y me trago las palabras que querría decir.

Mi padre empieza a pasearse de un lado a otro, y me doy cuenta de que yo tengo la misma costumbre.

—Son todos parecidos, aceptan a un crío como líder y hay menos de los que cabría esperar a estas alturas —dice, sin dejar de moverse de una pared a otra como un animal enjaulado—. Si los registros de la sonda no mienten, el viaje no duró trescientos años... En realidad, parece que han sido más de cinco siglos.

Así que eso fue lo que duró la tiranía de los Eldest, mientras la *Fortuna* orbitaba el planeta: doscientos años extra. ¿Cuántos Eldest habrá habido? ¿Seis? ¿Siete, ocho? Y al fin, un Elder que se negó a perpetuar la cadena.

—¿Qué ocurrió a lo largo de esos cinco siglos? —continúa mi padre, aunque parece

hablar más para sí que para mí—. ¿Qué se han hecho a sí mismos? Es obvio que ha habido algún tipo de manipulación genética. Pero su organización social también parece haber cambiado a lo largo del tiempo...

—Es verdad que ha habido manipulación genética —digo, y mi padre me mira con una intensidad que nunca había visto en él—. Como dices, hicieron algo para que la tripulación de la nave fuera monoétnica, pero también sé que inyectaban sustancias a los embriones antes de implantarlos.

Mi padre sigue mirándome fijamente, sin decir nada; su concentración está empezando a ponerme nerviosa, y balbuceo antes de encontrar las palabras para seguir.

—Decían que era para prevenir problemas... Para la gente de la nave, las etnias son una causa de conflicto, y lo mismo ocurre con las creencias religiosas o cualquier otra cosa que pueda diferenciar y separar a la gente.

La expresión de mi padre se vuelve pensativa.

—Suenas como uno de ellos —murmura al fin.

—¿Qué dices?

—¡Fíjate en cómo has dicho eso! —exclama, y repite mis palabras con una musiquilla que me resulta familiar—. Amy, se te ha pegado su acento.

—¡Para nada!

—Sí, hija, sí.

Frunzo el ceño, malhumorada. ¿Qué más dará eso? Vale, hablo con el mismo acento que ellos. ¿Y qué?

—¿Qué más puedes decirme? —inquieta mi padre sin despegar sus ojos de los míos—. ¿Qué has aprendido desde que te despertaron?

He aprendido que la vida es muy muy frágil.

He aprendido que, aunque solo conozcas a alguien desde hace unos días, esa persona puede causarte una impresión indeleble.

He aprendido que el arte puede ser bello y desgarrador al mismo tiempo.

He aprendido que si una persona te quiere de verdad, es capaz de esperar a que tú la

quieras a tu vez.

He aprendido que la intensidad con la que deseas algo no determina el que lo consigas o no; que un «no» puede ser insuficiente; que la vida no es justa; que tus padres no siempre pueden salvarte; que, a veces, nadie puede.

—No mucho —murmuro.

—Vamos, Amy —insiste mi padre—. Cualquier detalle, por nimio que te parezca, me puede ayudar a comprender a estos nativos.

No me gusta la forma en la que dice «nativos», como si no le parecieran tan humanos como la gente nacida en la Tierra.

—Quieres averiguar cómo evitar que nos matemos unos a otros, ¿no es eso? —le pregunto. La pelea de antes nos ha impresionado a todos; somos un barril de pólvora a la espera de la chispa que lo haga estallar.

Mi padre asiente para animarme a que continúe.

—Déjanos salir, papá —digo, en un tono involuntariamente suplicante—. Deja que todos veamos el planeta. Enséñales lo que hay al otro lado de estas paredes. Esta gente ha vivido aprisionada en una jaula de metal; si abres la puerta y les dejas ver el mundo, se quedarán asombrados y se esforzarán para que esta misión sea un éxito. Si lo ven, estoy segura de que harán lo que sea para construir aquí su nuevo hogar.

—Es demasiado peligroso... —empieza a decir mi padre, pero lo interrumpo.

—Lo más peligroso que puedes hacer ahora mismo es mantener esa puerta cerrada. Si no la abres, acabarán por romper los muros a dentelladas.

Mi padre deja salir a la gente en tandas de unas cien personas, con un militar armado por cada diez. Mientras organiza los grupos, le dedico a Elder una sonrisa triunfante y él desvía la mirada con expresión agria. Me acerco a él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunto en voz baja.

—Nada —responde sin volverse.

—Eso no es verdad —replico.

Mi tono es tan enérgico que Elder se gira y me mira con sorpresa.

—No tienes derecho a ponerte de morros y decir que no te pasa nada —insisto—. ¿Por qué estás así?

—¿No te parece que esto es... manipular a la gente?

—¿El qué?

Los ojos de Elder se dirigen hacia la puerta, donde mi padre da instrucciones a los soldados que esperan ante él en posición de firmes.

—¿Te refieres a mi padre? —pregunto, atónita—. ¿Crees que está manipulando a la gente?

—Lo que está haciendo me recuerda a Eldest —contesta rehuendo mi mirada—. Está entregando a la gente algo grande para que se olviden de lo que realmente importa.

—¿Y qué crees que quiere que olviden? ¿El planeta? Porque eso es exactamente lo que les está dando. Además, no fue idea suya, sino mía.

Elder se queda callado unos instantes.

—Lo siento —murmura al fin en un tono que no suena muy sincero—. Lo siento —repite, y esta vez hay verdad en su voz—. En el fondo, no creo que tu padre sea como Eldest.

Trato de esbozar una sonrisa, pero no soy capaz. Los dos sabemos quién le ha inspirado esa idea a Elder: Orion. Incluso congelado, no podemos escapar de él.

Mi padre explica una y otra vez que los primeros en salir serán los nativos de la nave, a pesar de las protestas de los científicos como mi madre, que están ansiosos por empezar a investigar el planeta. Creo que Elder le agradece el gesto, y sé que la mayor parte de los nativos están contentos de tener esa oportunidad.

Y sin embargo, no todos la aprovechan. Solo la mitad de los nativos de la *Fortuna* se aventuran a salir al aire libre, pese a que saben que los escoltará una patrulla armada. Están aterrados, y la proximidad de las paredes metálicas entre las que ha transcurrido su vida los tranquiliza.

La lanzadera empieza a apestar a humano y a desechos; mi padre le ha ordenado a Bledsoe que saque los cuerpos de los tres tripulantes que murieron durante el aterrizaje y los entierre bien lejos, pero los demás olores son más difíciles de erradicar.

No sé cómo se las van a arreglar mi padre y Elder cuando llegue el momento de abandonar la lanzadera definitivamente. Kit parece al borde del colapso, y la reserva de mediparches amarillos que usa para contener la ansiedad disminuye de manera alarmante.

Eso sí: no hay ningún parche verde pálido —ningún parche de fidus— a la vista.

Elder y yo nos integramos en el último grupo, junto a casi todos los terrícolas. Los científicos se apiñan junto al umbral, impacientes por salir de una vez. Mi madre va cargada de tarros para capturar especímenes, y mira a todos lados con una sonrisa tan ancha que me duelen los mofletes solo de verla. Mi padre, junto a la puerta del puente, va contando a la gente a medida que pasa.

Al acercarnos a la puerta, agarro la mano de Elder. Él mira a mi padre, alarmado —ya se ha dado cuenta de que no se le escapa ni un detalle—, pero yo no le suelto.

—¿Preparada? —me pregunta Elder mientras atravesamos el umbral.

Estoy demasiado nerviosa para contestarle. Una ráfaga de calor me golpea la cara. Doy un respingo al darme cuenta de que es la brisa cálida de un atardecer veraniego, y no el aire viciado y recalentado de la lanzadera.

Emma Bledsoe hace guardia junto al panel de mandos. Con el fusil en posición, escudriña el cielo y el bosque por si aparece algún pterodáctilo monstruoso o cualquier otra cosa que pueda acecharnos en la penumbra del atardecer. Abarco con la mirada el panorama que se extiende ante mí, y ahora asimilo mucho más que la otra vez que me asomé. Entonces estaba demasiado llena de miedo —por lo que pudiera pasarle a Elder, por aquella criatura de pesadilla— y no podía fijarme en nada más. De hecho, incluso ahora tengo que hacer un esfuerzo por contener la inquietud si quiero apreciar lo que este mundo nos ofrece.

El bosque que nos rodea es distinto a todos los que he visto en mi vida. Los árboles no tienen un tronco grueso que se eleva hacia el cielo, sino docenas de troncos finos que se entrelazan. Aunque los más gruesos son apenas como mi muslo, hay muchísimos, retorcidos hasta casi anudarse. Las ramas son marañas tortuosas, rematadas en brotes verdes de aspecto deshilachado, y al fijarme veo que las hojas son finas y muy anchas, como trapos que alguien hubiera puesto a secar sobre los árboles.

—Amy, ¿vienes? —dice Elder devolviéndome a la realidad.

Avanzo un paso. Ahora veo claramente las huellas de nuestro aterrizaje: hemos devastado un buen trozo de bosque. Bajo la lanzadera, el suelo arenoso parece

carbonizado, como si lo hubieran hecho bullir y luego lo hubieran congelado de repente. Aún deja escapar hilillos de humo, y me alegro de que la rampa se extienda lo suficiente para depositarnos en una franja ennegrecida, pero menos quemada.

Cuando mis pies tocan el suelo, me estremezco.

Tierra. Lo que noto bajo las suelas es tierra de verdad. Cierro los ojos e inspiro hondo, imaginando que mis pulmones se llenan de algo más que aire: de polen, de árboles, de océanos. Cuando espiro, el sentimiento no se desvanece, sino que se hace más grande. Aire. Aire no reciclado: una brisa suave y limpia, con olor a tierra, a plantas y a promesas.

A mi alrededor se apiñan docenas de personas. Muchas de ellas ojean nerviosas el cielo o buscan refugio junto a la lanzadera, temerosas de que aparezca una criatura volante. Yo solo soy consciente de la mano de Elder en la mía y del mundo entero ante nosotros.

Y sé que lo que le dije a mi padre es cierto: nos ha dejado saborear el mundo por un momento, y ahora haremos lo que sea por moldearlo hasta convertirlo en nuestro hogar.

—Es maravilloso, ¿verdad? —susurro.

Elder asiente sin decir nada mientras sus ojos recorren las nubes, cada vez más plomizas. Sé que no lo hace por miedo a ningún monstruo: busca un techo que no está ahí, que nunca estará ahí.

—¡Cuidado!

Los dos estábamos caminando sin mirar por dónde íbamos, y hemos estado a punto de pisar a un hombre menudo que se acucilla frente a un charco de una sustancia blanca.

—¿Qué hace? —le pregunto.

El hombre —uno de los biólogos de la misión— me mira y levanta cuidadosamente lo que he tomado por un charco, revelando el molde de escayola de una huella enorme.

—El coronel Martin me ha dado permiso para iniciar la recogida de muestras de vida animal —contesta.

Reconozco esa huella: la ha dejado el reptil volador que atacó a Elder. Mientras el

biólogo manipula cuidadosamente su molde, distingo las largas heridas que las garras han dejado en el suelo. Algunas partes de la escayola quedan ocultas por terrones amarillentos, pero cuando el científico las retira con una brocha, contengo un estremecimiento: aún puedo ver esas garras hincadas en la carne de Elder.

Él se roza el pecho con gesto ausente, como si recordara de pronto los desgarrones ocultos bajo los vendajes de Kit. Sin decir nada, los dos nos alejamos mientras el biólogo se pone en pie para mostrarles el molde a sus colegas.

Me doy la vuelta para encaminarme a la nave, pero Elder me agarra del brazo y me indica que le siga. Nos aproximamos un poco más al bosque, fuera del círculo de gente.

—¿Te duele? —le pregunto.

Él deja caer la mano, que aún tenía en el pecho.

—No mucho —murmura mientras escudriña los árboles.

—¿Qué buscas?

Me mira y sacude la cabeza.

—Cuando ese bicho me atacó... —dice lentamente—. No sé, creí oír...

De pronto se agacha y examina el suelo. Cada vez hay menos luz, y las sombras de los árboles hacen difícil distinguir nada con claridad. Elder se inclina hasta casi pegar la cara al suelo.

—Mira esto —susurra.

Me acucillo a su lado. Junto a la base del árbol más cercano hay algo que podrían ser las huellas de un animal, aunque no se parece a ningún rastro que haya visto en mi vida. La mayor parte de las marcas son confusas: no sé qué animal las dejaría, pero está claro que fue y vino varias veces. Sin embargo, junto al árbol hay una huella perfecta, profundamente marcada en el terreno blando, con líneas nítidas y bordes bien dibujados: tres marcas de dedos rematadas en incisiones profundas, que sobresalen de un óvalo entrecruzado de arrugas.

Elder extiende la mano y la deja suspendida sobre la huella. El óvalo es más o menos del tamaño de su palma; los dedos alargados —las garras— son mucho más largos que sus dedos.

¿Qué clase de animal ha podido dejar una marca así? El pájaro monstruoso tenía las

garras curvas, pero las uñas de este animal parecen afiladas como navajas. Si han cortado así la tierra, podrán rasgar la piel de un humano solo con rozarla.

—Deberíamos avisar a ese biólogo para que haga otro molde —digo poniéndome en pie.

Elder asiente. Acaba de levantarse él también cuando oímos una voz grave que viene del bosque.

—No es prudente separarse tanto del grupo —dice el dueño de la voz, un chico vestido de uniforme que se abre paso entre la maleza.

Se nos acerca con paso rápido y se detiene frente a nosotros... justamente encima de la huella que Elder ha descubierto. Él suelta un gruñido de frustración, pero el chico hace caso omiso.

Parece joven; no puede ser mucho mayor que yo. Como mucho, tendrá veintiuno o veintidós años. Sus ojos son de un azul clarísimo que contrasta vivamente con su pelo oscuro. Su cara me suena: creo que es uno de los hombres que fueron con mi padre a buscar la sonda, pero no conozco su nombre ni su rango.

Al darse cuenta de que lo estoy mirando, me lanza una sonrisa rápida, se vuelve hacia la lanzadera y le indica con un gesto a mi padre que todo va bien. Muy a mi pesar, me sonrojo. El uniforme del chico es negro, sin ninguna placa ni insignia a la vista. Antes de que pueda preguntar quién es, mi padre nos interrumpe.

—¡No os alejéis! —grita desde la parte superior de la rampa.

El chico da media vuelta y continúa con su patrulla.

Elder me agarra del brazo y echa a andar hacia la lanzadera, mirando de vez en cuando a mi padre con disimulo. A medio camino, me detengo y tiro de él hacia la parte trasera de la nave: allí también hay militares, pero al menos estaremos a salvo de la mirada escrutadora de mi padre.

Y es entonces cuando veo por primera vez los soles, los dos soles. No sé cómo he podido pasarlos por alto hasta ahora —supongo que a nadie se le ocurre mirar directamente al sol—, pero ahora están bajos en el cielo, y su luz mortecina atraviesa el follaje bañándolo todo en un resplandor que es verdoso y cálido al mismo tiempo.

Dos soles.

Dos.

Sí, claro, yo ya sabía que Tierra Centauri tiene dos soles. Incluso vi las dos esferas gigantescas desde la lanzadera, al iniciar el aterrizaje. Pero ver dos estrellas enormes desde una nave espacial es muy diferente a ver dos soles desde tierra firme.

—Son... son preciosos —murmuro con reverencia, y la mano de Elder aprieta la mía en respuesta.

Me vuelvo para mirarlo y descubro la emoción que siento reflejada en su cara. Mis labios se curvan en una sonrisa incontenible, y siento que nunca podré dejar de sonreír. La mano de Elder se escurre de la mía y sube por mi brazo, dejando una estela de escalofríos a su paso.

Me falta el aliento.

Me inclino hacia él de puntillas, y la brisa cálida y terrosa del bosque parece empujarme a sus brazos. Nuestro beso ya no contiene nada del ansia con la que nos besamos en la lanzadera. Es distinto, como una ola que pasara sobre nosotros, nos rodeara de calidez y nos dejara jadeantes.

Nos miramos con los ojos encendidos.

Uno de los soles se oculta bajo el horizonte; el otro se resiste a abandonar el borde del mundo y hace un último esfuerzo por regalarnos su luz mortecina. Aparecen algunas estrellas, las más brillantes. Una de ellas, muy grande, se mueve a ojos vistas por el firmamento. ¿Será la *Fortuna*? Si tuviera un telescopio lo bastante potente, ¿podría ver desde aquí el metal desgarrado del antiguo puente?

Me pego de nuevo a Elder, pero él retrocede. Vuelvo la cabeza a tiempo para ver cómo mi padre se escabulle en silencio por la esquina de la lanzadera.

Les doy la espalda a los dos y observo cómo el segundo sol se oculta, sumiendo el mundo en la oscuridad.





[12] ELDER

Mientras caminamos hacia la rampa para volver a la lanzadera, una voz de mujer rasga el aire tranquilo de nuestra primera noche en Tierra Centauri. Es la madre de Amy.

—¡Mirad! —grita.

Amy sigue con la mirada la dirección que indica su madre y da un respingo. El suelo parece... parece brillar.

Es algo sutil, pero no cabe duda: bajo la corteza de tierra ennegrecida se adivina un brillo cálido que parece emanar del subsuelo. Me recuerda al día en que el nivel de alimentación ardió, a la forma en que las paredes del Punto de Distribución relucían como ascuas amarillentas bajo las cenizas.

—¿Por qué brilla así? —susurra Amy.

No tengo ni idea; además, estoy demasiado concentrado en lo que acabo de ver en el costado de la lanzadera. Doy un paso al frente; bajo mis pies, el suelo parece duro como el metal o el cristal, no arenoso como en el resto de la zona. Los reactores de la nave derritieron literalmente la arena al aterrizar.

Amy me sigue.

—¿Qué miras?

Lo señalo sin decir nada.

—¿El símbolo? —pregunta, y avanza algo más hasta tocar la gigantesca placa de metal con un águila de cuatro alas grabada.



Bajo ella, en letras gruesas y regulares, aparece el nombre de la nave: el nombre del hogar que he dejado atrás.

FORTUNA

—Es el símbolo del FREX —le explico—. Estaba grabado también en el nivel de alimentación. Pero eso no es lo que...

—¿En el nivel de alimentación? —me interrumpe Amy—. Nunca lo vi.

—Había un hito de piedra y metal en el punto central de la nave. Tenía una placa que decía «Punto Cero» —me encojo de hombros—. Estaba en mitad de uno de los campos donde pastaban las vacas.

Amy se estremece: nunca le gustaron las vacas de la *Fortuna*.

—De todos modos, no es eso lo que me ha llamado la atención —continúo, y señalo una zona a la derecha de la placa que queda casi oculta por la rampa—. Mira.

Dos marcas enormes y oscuras recorren esa zona en vertical. Son profundas y están bordeadas de estrías negras; parecen causadas por algún explosivo.

—¿Qué es esto? —pregunta Amy, y extiende la mano hacia una de ellas como si quisiera tocarla. No puede: está demasiado alta.

Comparo el tamaño del impacto con el de su brazo. Son casi iguales.

—No sé —mascullo—. Pero me apostaría algo a que fue eso lo que nos sacó de nuestra trayectoria.

Frunzo el ceño y examino una vez más las marcas.

En realidad, podría haberlas causado alguno de nuestros propios reactores al descolocarse durante el aterrizaje, o tal vez chocáramos contra algo duro.

O quizá fuera ese algo lo que chocó contra nosotros.

—¿Te acuerdas de cuando dije antes que uno de esos bichos pudo impactar contra la lanzadera? —le pregunto a Amy—. ¿Crees que fue eso? ¿O más bien...?

—¡Todo el mundo dentro! —me interrumpe la voz imperiosa del coronel Martin.

La teniente coronel Bledsoe y sus hombres conducen a todo el mundo hacia la rampa transparente, y la gente los obedece de buen grado.

Todos parecen contentos, ajenos a nuestras sospechas.

La madre de Amy la llama desde el borde de la zona quemada y le hace gestos para que se acerque. Amy me dirige una sonrisa de disculpa y se aproxima a ella.

—¡Esto es fascinante! —exclama su madre dándole un abrazo—. Ya he recogido un montón de especímenes; no podía esperar más. Tu padre está furioso porque he tardado mucho, pero ya se le pasará.

—¡Adentro! —grita de nuevo el coronel Martin.

Miro hacia la rampa y veo que Bledsoe nos está esperando en la parte inferior; somos los únicos civiles que quedan fuera de la lanzadera. El soldado joven con el que hablamos antes se nos acerca.

—Hay que entrar ya —dice—. No es seguro estar tanto rato en el exterior.

Amy lo mira y parpadea.

—No nos hemos presentado —dice, y algo en su voz me hace mirar con desconfianza a este intruso.

Él extiende la mano para ayudarla a subir la rampa, y la mano de ella se posa suavemente en su codo.

—Soldado Chris Smith, a su servicio —recita, con una sonrisa que me inquieta todavía más—. Estoy bajo el mando del coronel Martin.

—Como todo el mundo —responde Amy, y su cara se ilumina con otra sonrisa.

—Menos yo.

Mis dos palabras hacen que tanto Chris como Amy paren en seco. Él me mira de arriba abajo con una expresión calculadora que me enfada todavía más. ¿Quién es este tipo, y por qué se cree con derecho a juzgarme?

—Vamos —remacho, y extendiendo la mano para agarrar la de Amy.

Ella me esquivo y vuelve a mirar a Chris con interés.

—Me sorprende que dejaran integrarse en la misión a un soldado tan joven como tú —dice.

—Tengo veinte años —responde él con voz grave—. Era el mínimo exigido.

—Ibas con el grupo que fue en busca de la sonda, ¿verdad?

Antes de que él pueda contestar, la madre de Amy se acerca y le pone un bote lleno de arena entre las manos.

—Debe de contener alguna sustancia fosforescente —comenta con excitación, ajena a la conversación que acaba de interrumpir—. Quiero averiguar si se trata de un fenómeno de bioluminiscencia; sería fascinante —prosigue mientras las dos ascienden por la rampa.

Chris las mira de reojo y luego se vuelve hacia mí con cara de complicidad, pero yo me limito a fruncir aún más el ceño. La madre de Amy sigue hablando, entusiasmada por sus hallazgos.

—Puede que el fenómeno se haya desencadenado por una reacción química, como el calentamiento del terreno cuando aterrizamos... —sacude otro tarro lleno de arena, y los granitos iluminados me recuerdan a las estrellas.

Su voz se apaga cuando llegamos al final de la rampa y ve la expresión con la que me observa su marido. Me lanza una mirada recelosa, agarra más fuerte su bote y estrecha con el otro brazo a su hija, que camina ajena a todo.

Su actitud no deja lugar a dudas.

Ni siquiera confían en mí lo suficiente para transportar botes de arena.

Remoloneo en el pasillo: quiero enterarme de todo lo que pueda. La teniente coronel Bledsoe y el tal Chris se detienen al llegar al puente y se cuadran ante el coronel.

—Me gustaría investigar los problemas técnicos que estamos sufriendo —le dice el padre de Amy al soldado, quien asiente muy seguro de sí mismo.

—Por supuesto, señor —contesta—. Pero antes me gustaría enseñarle algo.

Extiende una mano y le muestra un cubo traslúcido; la luz que sale por la puerta de la lanzadera le arranca destellos dorados. El coronel se inclina sobre él, pero de pronto se da cuenta de que los estoy observando. Se acerca a grandes zancadas a la puerta

del pasillo y me la cierra en las narices.

Al entrar en la sala de criopreservación, tengo que hacer un esfuerzo por contener las arcadas. Hasta ahora he sido capaz de ignorar el hedor; pero, aunque llevamos aquí menos de veinticuatro horas, ya es casi insoportable. Me acerco a mi gente y veo que uno de los hombres —Heller, el que me defendió ante Juliana Robertson— se remueve con aire incómodo.

—Estos puntos del frexo... —masculla, rozando con la yema de los dedos el costurón que tiene en la pierna.

—Lo mejor es tratar de dormir —dice a su lado otro hombre, sin molestarse en abrir los ojos.

Heller gruñe en señal de asentimiento y deja caer la cabeza hacia el pecho.

Tienen razón: aquí dentro solo podemos dormir o preocuparnos, y yo estoy harto de preocuparme. Sin embargo, no es fácil dormir sobre el suelo de metal.

Apenas hay sitio para todo el mundo, y la situación empeora por el muro invisible que parece interponerse entre los dos grupos. Mi gente trata de dormir medio sentada, apoyándose contra los muros curvos de la lanzadera o recostándose unos sobre otros. Al otro lado de la sala, los terrícolas han aprovechado las bandejas de sus cámaras de criopreservación para hacerse unas camas improvisadas, usando mantas y sacos de dormir que han sacado de un compartimento oculto bajo el suelo. No me parecerían muy cómodas si no las comparara con nuestras condiciones; pero a la vista de cómo estamos los de la *Fortuna*, son todo un lujo.

Me gustaría poder hacer más por mi gente. Poder hacer algo, al menos.

Antes de darme cuenta de lo que hago, me encuentro caminando en dirección a Amy. Sin embargo, cuando llego a su zona veo que está discutiendo en voz baja con su madre mientras esta extiende los sacos en sus cámaras.

—No es justo —dice Amy.

—¿El qué? —responde su madre mientras alisa uno de los sacos.

Amy levanta la cara al oír mis pasos.

—Solo hay cien sacos —me explica.

—¿Por qué no te parece eso justo? —replica su madre con tono neutro, y me doy cuenta de que quiere controlar su comportamiento en mi presencia.

—Mamá, este es Elder —dice Amy cambiando bruscamente de tema—. Creo que no os he presentado antes. Elder, esta es Maria Martin, mi madre.

La doctora Martin no parece apreciar demasiado la presentación: se limita a saludarme con un gesto brusco de cabeza y me mira con cara inexpresiva. No quiero ni pensar en lo que le habrá dicho su marido sobre mí.

Se inclina de nuevo sobre el saco de Amy y vuelve a alisarlo, a pesar de que estaba perfectamente extendido. Con el rabillo del ojo veo varios tarros de arena brillante amontonados bajo su camilla y, como ella, no puedo evitar preguntarme qué los hará resplandecer de ese modo.

—Amy, el FREX nos proporcionó un equipamiento básico para el momento en el que la nave aterrizara y fuéramos reanimados —dice la doctora Martin—. ¿Cómo iba a saber el FREX cuánta gente habría a bordo de la nave en ese momento? Además, esta gente sabía de antemano que se iban a marchar de la nave nodriza, ¿no es verdad? —se vuelve hacia mí sin abandonar su máscara de cortesía neutra—. Elder y su gente tuvieron que hacer preparativos antes de abandonar la nave, y supongo que traerían lo que iban a necesitar. Al fin y al cabo, han tenido siglos para prepararse para este momento.

Me vienen a la mente los días previos al aterrizaje. Fueron caóticos. Todo el mundo estaba alterado por las revueltas en la ciudad y por la decisión de Bartie de quedarse en la nave. Algunos montaron en la lanzadera en el último segundo: aparecieron a la carrera en el estanque justo antes de que cerrara la escotilla, acarreando un puñado de cosas escogidas casi al azar. A nadie se le ocurrió que necesitaría un colchón, y los pocos que trajeron mantas o edredones lo hicieron porque eran recuerdos de familia, no porque pensaran en su utilidad práctica.

—Sobran dos sacos —dice Amy. Claro: los de Robertson y Kennedy, las dos víctimas de Orion—. Elder se puede quedar con uno —propone—, y tal vez Kit pueda usar el otro.

Niego con la cabeza: no voy a aceptar comodidades de las que mi gente carece.

—No nos hacen falta, Amy —respondo—. Tu madre tiene razón: deberíamos habernos preparado mejor antes de salir.

Ella abre la boca para protestar, pero su madre la corta.

—¿Lo ves? Los nativos de la nave están bien, lo dice él mismo. Hala, métete en la cama.

Me doy cuenta de que Amy quiere discutir, así que busco su mirada y sacudo la cabeza levemente. No quiero que discuta por mí, y desde luego no por algo tal absurdo como un saco de dormir. Ella se adelanta un paso y extiende la mano para agarrar la mía; no sé si quiere venir a mi lado de la sala o si pretende que me quede con ella en la parte de los terrícolas, pero yo sé cuál es mi sitio aquí y ella sabe cuál es el suyo. Me fuerzo a retroceder sin aceptar su mano, doy la vuelta y regreso con mi gente.

La doctora Martin ha adoptado una máscara para ocultar su recelo al hablar conmigo; bien puedo adoptar yo una para esconder lo mucho que me gustaría estar con Amy.



¡Uáaaaa! ¡Uáaaaa!

Me incorporo de golpe, enredada en el saco. Una alarma resuena en toda la sala de criopreservación, y el techo está lleno de luces rojas que parpadean amenazantes.

—¿Qué pasa? —le pregunto a mi madre frotándome los ojos.

Mi padre se levanta de un salto y echa a correr hacia el pasillo que lleva al puente. Elder sale un segundo más tarde. Me retiro el saco de las piernas y los sigo a toda prisa.

Al llegar a la puerta, Emma Bledsoe me detiene.

—El coronel Martin ya se está ocupando de... —empieza a decir, pero me libero de un tirón y me abalanzo por el pasillo, con ella pisándome los talones.

—¿Qué ha pasado? —grito para hacerme oír sobre el estrépito de la alarma.

Mi padre levanta la vista mientras Elder teclea algo en el panel de mandos del puente.

—La lanzadera ha iniciado el proceso de cierre automático —contesta Elder, y suelta una maldición al ver que la alarma sigue encendida pese a sus esfuerzos.

—¿Por qué? —ruge mi padre mirando un punto a mi derecha.

Me giro y veo a Chris de pie junto al umbral.

—Llevo toda la noche aquí de guardia, señor —farfulla—. No ha entrado nadie. La alarma se ha disparado sin más.

—Los sensores se han vuelto locos —interviene Elder—. Indican oscilaciones continuas en la presión.

—Y sin embargo, la presión es estable —observa mi padre, extendiendo una mano

como si esperara sentir algún cambio.

—Obviamente —replica Elder en tono irritado—. Por eso he dicho que los sensores se han vuelto locos.

—¿No puedes cortar la alarma de una vez? —grita mi padre.

La voz metálica del ordenador parece contestarle:

«El cierre automático de la nave se iniciará en quince minutos».

Elder alza las manos en un gesto de exasperación.

—Aunque supiera cómo arreglar esto, no podría resetearlo en quince minutos. La puerta de la lanzadera se va a cerrar herméticamente hagamos lo que hagamos.

—¿Y cuánto tiempo pasará cerrada?

Elder se encoge de hombros.

—No lo sé: depende de si el problema está en los sensores o en otra parte.

—En ese caso, tenemos que evacuar a todo el mundo —dice mi padre, mirando a Elder con el ceño fruncido.

Aunque me muerdo la lengua para no empeorar la situación, su gesto me pone furiosa. Es injusto por su parte culpar a Elder: no puede esperar que conozca a la perfección los mecanismos de una nave hecha hace siglos.

Mi padre suspira mientras alza la mirada al cielo, y me vienen a la mente los chillidos de aquellos pájaros horribles. Aquellas abolladuras en el costado de la lanzadera... ¿Será eso lo que ha causado el fallo en los sensores?

Emma parece estar pensando en lo mismo.

—Señor —interviene—, ¿qué pasa con la fauna indígena? Algunos especímenes pueden suponer una amenaza.

Mi padre parece reflexionar durante un momento, pero Chris interrumpe enseguida su meditación.

—Las consecuencias negativas de confinar a los miembros de la misión durante un período indeterminado, con provisiones limitadas y sin acceso a instalaciones de saneamiento, suponen una amenaza mayor que cualquier peligro potencial. Le

aseguro, señor, que encerrarnos a todos en la lanzadera es más arriesgado que evacuarla.

Mi padre mira a su alrededor con gesto decidido: ya ha oído bastante.

—Chris, Emma: poned en marcha el proceso de inmediato. Todos los miembros de la tripulación, tanto terrícolas como nativos de la *Fortuna*, deben abandonar este recinto a la mayor brevedad. Los efectivos militares ayudarán a organizar la evacuación, y luego se aprovisionarán de todas las armas que puedan acarrear.

«Catorce minutos, treinta segundos».

—¡Deprisa! —grita mi padre.

—Intentaré retrasar el cierre —dice Elder volviéndose de nuevo hacia el panel de mandos.

Me gustaría ayudarle de algún modo, pero sé que no haría más que estorbarle. Salgo del puente y echo a correr tras Emma; al llegar a la sala, veo que los militares ya están formados a la espera de órdenes. En cuanto Emma les dice lo que hay que hacer, se reparten por la estancia para conducir a la gente hacia el pasillo y encaminarlos a la salida. Los nativos de la *Fortuna* se apelotonan contra la pared del fondo, demasiado sorprendidos para protestar. Los científicos se ponen en pie y empiezan a recoger su instrumental.

Echo a correr hacia mi madre.

—Mamá, no hay tiempo para esto —le digo mientras le quito un microscopio de entre los dedos, asombrada de que se le haya ocurrido coger un aparato tan aparentemente absurdo.

—Amy, ¿qué ocurre? —pregunta con aire impaciente, como si todo esto no fuera más que una broma pesada que se me ha ocurrido gastarle.

La alarma se corta unos segundos para dar paso a la voz del ordenador:

«Trece minutos para el cierre de la lanzadera».

—¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! —apremio a mi madre.

—¿Por qué? —replica ella volviendo a agarrar el microscopio.

—¡Porque las puertas se van a bloquear! —grito para hacerme oír sobre la alarma—. ¡Si no sales, te quedarás atrapada aquí dentro!

Mi madre palidece.

—¿Y cuándo podría volver a salir?

—¡No sé!

Por fin parece haber captado el mensaje, porque deja el microscopio sobre una camilla y empieza a empujar a sus compañeros hacia el corredor. La puerta de la lanzadera es muy resistente; al fin y al cabo, está construida para aislar la nave del espacio. Vamos a salir al planeta con las pocas posesiones que podamos llevar encima. Si la puerta se bloquea y el ordenador se cuelga, no podremos hacer nada para volver a abrirla.

Y si no salimos, se convertirá en nuestra tumba.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —grita Emma Bledsoe a los nativos de la *Fortuna* que esperan en el fondo de la sala.

Me acerco corriendo a ellos.

—¡Tenemos que salir! —exclamo.

Todos me miran con expresión perpleja. Están dispuestos a creerme a mí antes que a Bledsoe; aunque no soy una de ellos, me conocen y, más o menos, confían en mí. Sin embargo, no logran asimilar que la lanzadera se haya vuelto en su contra: para ellos, es su única protección.

—Id con Elder, rápido. ¡Está ahí fuera! ¡Tenéis que salir! —algo de lo que digo logra penetrar en su coraza, y varios de ellos echan a andar lentamente detrás de los científicos que ya desfilan por la puerta.

Una vez que los primeros se ponen en marcha, muchos otros los siguen. Bledsoe y sus hombres empiezan a agarrar a la gente para impulsarla hacia el pasillo: nadie se mueve con la rapidez suficiente.

La alarma enmudece unos segundos.

«Ocho minutos para el cierre».

No lo vamos a conseguir. Hay demasiada gente paralizada por el miedo a salir al exterior y no poder volver a entrar.

Alguien me agarra del hombro, y al volverme veo a Kit.

—¡Dile a Elder que este grupo se queda! —chilla.

—¿Cómo? ¡No puede ser!

—¡No van a salir! ¡Están aterrados! ¡Les llevará semanas hacerse a la idea de que deben abandonar la lanzadera!

—¡No tienen otra opción, Kit! —chillo—. ¡Si no salen ahora, tal vez no puedan hacerlo jamás! ¡Es posible que se queden encerrados aquí dentro!

Un grupo de militares entre los que están Chris y Bledsoe se aproximan al grupo arrinconado contra la pared. Los nativos de la *Fortuna* los miran con ojos desorbitados por el terror. Cerca de mí hay una mujer que se pega al metal como si quisiera fundirse con él, con las manos cerradas en torno a dos remaches. Por el brazo izquierdo le corre un hilillo de sangre, y eso hace que la reconozca: se trata de Lorin, una de las mujeres a las que atendí después del aterrizaje. Aferra los remaches con tanta fuerza que algunos puntos de la herida se le han desgarrado.

—Lorin —le digo lo más dulcemente que puedo, considerando que la alarma sigue ensordeciéndonos a todos—. Tenemos que salir, Lorin.

Ella niega con la cabeza mientras pronuncia palabras inaudibles.

—No hay otra opción —insisto.

Lanzo una mirada al resto del grupo. Nunca han vivido sin paredes, pero no podemos dejar que mueran tras ellas.

—Ya está bien —gruñe Bledsoe.

Me aparta de un empujón, aferra la muñeca de Lorin y trata de llevársela a rastras. La mujer suelta un alarido y se debate con energía; cuando tropieza y cae de rodillas, Bledsoe la arrastra un par de metros, hasta que Lorin consigue liberarse y se abalanza al otro lado de la sala. Se pega de nuevo a la pared y empieza a negar con la cabeza, tan violentamente que su cráneo choca contra el metal.

«Siete minutos».

Me vuelvo hacia los militares.

—Id al arsenal —les digo—. Nos harán falta todas las armas que podamos sacar. Kit y yo nos ocuparemos de esta gente.

Bledsoe se me queda mirando como si quisiera protestar, pero acaba por levantar las

manos en un gesto de resignación e indica a sus hombres que la sigan.

—¿Cómo vas a...? —empieza Kit, pero no le doy tiempo a terminar la pregunta.

—¿Dónde están los parches verdes? —grito, ronca por el esfuerzo de hacerme oír sobre la alarma.

—¿Qué?

—¡El fidus!

Kit asiente, mete la mano en la bolsa que lleva al hombro y saca varios puñados de parches verdes. Haciendo de tripas corazón, le pego uno a cada una de las personas que se niegan a salir: mejor drogarlos, por odioso que sea el fidus, que dejarlos morir aquí. Uno por uno, empiezan a desfilar con paso cansino hacia el pasillo, y les grito que se apuren.

Solo me queda Lorin, que no hace más que tratar de esquivarme. Sin embargo, cuando la alarma anuncia el último minuto, logro inmovilizarla y le pego un parche en la mano. La mirada se le pone vidriosa al instante, y aprovecho para agarrarla del brazo y salir con ella de la estancia a toda prisa.

«Treinta segundos para el cierre», anuncia alegremente el ordenador. «Veintinueve... veintiocho...».

Echo a correr con desesperación, arrastrando el cuerpo pasivo de Lorin. Me niego a quedarme encerrada en esta maldita lanzadera.

Elder aguarda algo más allá, en la puerta del puente.

—¡Corre, Amy!

«Diez... nueve... ocho...».

Hago salir a Lorin de un empujón. Se tambalea y cae, pero ya está fuera.

«Cuatro... tres».

Me lanzo de cabeza.

La puerta se cierra con un chasquido metálico a mi espalda.

La alarma enmudece, pero los oídos me pitan tanto que aún me parece oírla.

—¿Estás bien? —me pregunta Elder tirando de mi brazo. A su lado, Kit pone en pie a Lorin sin dejar de jadear.

—Sí —susurro frotándome el codo, que debo de haberme golpeado en algún momento.

—¿Cuánto tiempo va a estar sellada esta maldita puerta? —pregunta mi padre, mirándola como si se hubiera cerrado solo para enfurecerle.

—Ya le he dicho que no lo sé —contesta Elder, tan irritado como él.

Mi padre le lanza una mirada incendiaria. La situación le pone furioso, pero no puede hacer nada por cambiarla. Miro alternativamente a uno y a otro: mi padre no tiene derecho a culpar a Elder de lo que ha pasado, y sin embargo... Sin embargo, yo también querría que Elder tuviera alguna idea sobre cómo neutralizar el cierre de la lanzadera.

Mi padre le ordena a Bledsoe que congregate a los militares y luego le pide a Elder que haga lo mismo con su gente. Elder baja la rampa seguido de Kit, quien a su vez guía a Lorin.

Hago ademán de bajar yo también, pero mi padre me pone una mano en el hombro para detenerme.

—No vuelvas a hacer algo así —me dice.

—¿A qué te refieres? —inquiero, aún frotándome el codo.

—No vuelvas a correr riesgos por esa gente. Si se hubieran quedado encerrados, habría sido por culpa suya. Pero si tú te hubieras quedado encerrada...

—Al final, todos hemos salido —le corto, entrecerrando los ojos.

—Toma —mi padre me pone algo frío y duro en la mano: es una pistola del treinta y ocho de doble acción, metida en una funda de lona—. Recuerda lo que te enseñé: aprieta el gatillo sin amartillar. Agárrala con las dos manos cuando apuntes.

—No se me ha olvidado —respondo, recordando el día en que le pegué un tiro a Doc en la rodilla. La pistola está fría e inanimada, pero el recuerdo de aquella escena continúa envuelto en un olor a pólvora y sangre que me revuelve el estómago.

—No te separes de Chris —añade mi padre en voz baja—. Me fío más de él que de cualquiera de los nativos de la *Fortuna*.

—No son malos, papá. Solo son gente.

—Pero no son nuestra gente.



El coronel Martin observa cómo nos reagrupamos desde el puente, la única parte de la lanzadera a la que se puede acceder ahora. Todo el mundo muestra la misma expresión de asombro horrorizado. Mi gente aún no ha podido recobrase del aterrizaje, y ahora se encuentran con que una alarma los ha expulsado a la intemperie.

Al ver los parches verdes pegados a los brazos y el cuello de los últimos en abandonar la lanzadera, le dirijo una mirada asesina a Kit. En el fondo, sin embargo, sé que no había otro modo de sacar a los más reticentes: si no los hubieran forzado, algunos habrían preferido morir en la lanzadera. Que tuvieran el valor necesario para montar en ella no quiere decir que lo tuvieran para abandonarla.

Trago saliva para eliminar el sabor amargo, diciéndome que los parches son una medida provisional. Si los hemos usado es porque hacían falta de verdad. Me vuelvo hacia Amy, dolorosamente consciente de lo mucho que dependo de su aprobación, pero ella no me mira. Está en el puente, de pie entre su madre y Chris. Se inclina hacia él y le dice algo que le hace sonreír.

Vuelvo la cabeza rápidamente.

—Muchas gracias a todos por haber posibilitado una evacuación rápida y eficaz — dice el coronel Martin en voz alta y clara, y sé que está haciendo un esfuerzo por disimular lo mucho que le ha irritado la lentitud de mi gente—. Lo mejor que podemos hacer en este momento es buscar cobijo para todos. Dado que ignoramos cuándo se desbloquearán las puertas de la lanzadera, no podemos contar con ella. Así pues, debemos localizar una zona que disponga de defensas naturales y fácil acceso a alguna fuente de agua.

Una oleada de excitación nerviosa se extiende entre la gente. Somos tantos que apenas cabemos en el claro dejado por el aterrizaje. Nunca creí que pudiera sentir claustrofobia fuera de la nave, pero estar rodeado de tanta gente apiñada me resulta incómodo.

—Nuestra seguridad depende de que nos mantengamos agrupados —prosigue el coronel—. Formamos un grupo numeroso. Es muy posible que las alimañas que podrían atacarnos individualmente se echen atrás ante nuestro número.

A mi alrededor, mi gente empieza a murmurar. Se han dado cuenta de que el coronel no ofrece ninguna seguridad —«es muy posible que...»—, y no se sienten nada cómodos. Muchos se vuelven hacia mí, pero yo, como un cobarde, mantengo la mirada fija en el coronel. Al final todos acaban por imitarme.

—Vamos a encaminarnos en aquella dirección —dice señalando un punto situado a nuestra derecha—, ya que la sonda indicaba la presencia de agua potable en aquella zona. El personal militar de rango uno irá en cabeza conmigo; el de rango dos se situará en retaguardia; el de rango tres protegerá el perímetro del grupo; el cuatro formará una avanzadilla.

Los militares se dispersan para cumplir las órdenes, mientras los científicos se agrupan con mi gente en el claro. Varios soldados desaparecen entre los árboles: supongo que son la avanzadilla mencionada por el coronel. Mi gente parece reacia a moverse. En la nave, cada centímetro cuadrado estaba medido y organizado. Incluso las colinas se situaban a intervalos regulares, formando hileras idénticas y simétricas. Este paisaje no podría ser más diferente: aunque está en pendiente, la inclinación es irregular y azarosa. Por todas partes se ven rocas, guijarros, arbustos y árboles altísimos esparcidos sin orden ni concierto.

—¡Perdone! —exclama la teniente coronel Bledsoe a mi espalda—. Haga el favor de no separarse de los demás, ¿quiere?

Uno de los alimentadores —un hombre llamado Tiernan— la mira durante un momento con expresión perpleja y luego sigue caminando hacia el borde del bosque. Al llegar a las sombras retorcidas de los árboles, se detiene y los mira con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Bledsoe suelta un gruñido de frustración y se acerca a él a grandes zancadas. Antes de que lo alcance, me interpongo en su camino.

—No te entiende —le digo.

—¿Por qué? —replica con irritación—. Los dos hablamos inglés, ¿no?

—Sí, pero... Es por tu acento —explico.

Habla con un deje aún más marcado que el de Amy, elevando el tono de las palabras al final de un modo que dificulta la comprensión.

—Ah... Es que nací en Sudáfrica —responde ella, y hago un esfuerzo por recordar los países del viejo globo terráqueo que había en el centro de aprendizaje—. Aunque luego me crié en el sur de Francia. Mi madre es inglesa... Ah —se interrumpe como si algo la sorprendiera—. Quiero decir que era inglesa. Mi padre era libio —remacha, pronunciando con esfuerzo los verbos en pasado.

—Ya —digo.

No quiero que se dé cuenta de que apenas recuerdo los nombres de los principales países de Tierra Solar, y que ni siquiera sospechaba que en ellos se pudiera hablar el mismo idioma de maneras tan diferentes.

Ella asiente y se vuelve para tratar de pastorear a la gente de la *Fortuna*. Me doy cuenta de que ahora les habla un poco más despacio.

Suelto un suspiro: al menos pone algo de su parte.

Agarro a Tiernan de un brazo, lo conduzco de nuevo al grupo y procuro dejar claras las nuevas consignas: avanzad sin saliros del camino, no os quedéis atrás, vigilad que nadie se retrase.

Recorro el grupo para asegurarme de que todo el mundo está listo para arrancar. Kit se sitúa atrás con la gente de los parches de fidus, los únicos que no observan boquiabiertos y fascinados este nuevo mundo. Me pregunto si recordarán algo de todo esto; cuando Kit les quite los parches, es muy posible que solo se acuerden del pánico que sintieron justo antes de que la droga entrara en su torrente sanguíneo.

Un hombre de piel y pelo oscuros se aproxima a Kit.

—Soy el doctor Gupta, uno de los oficiales médicos de la misión —dice, con un acento aún más extraño que el de Bledsoe.

Extiende la mano formalmente y Kit le choca los cinco con expresión perpleja.

—Tengo entendido que usted es colega mía, ¿no es verdad? —pregunta el hombre.

Los observo mientras echamos a andar para internarnos en la maraña de árboles. Kit parece tímida al principio, pero pronto se enfrasca en una discusión acerca de las diferencias entre la tecnología médica de la Tierra y la nuestra. Al doctor Gupta parecen fascinarle los parches de fidus, y Kit parece feliz de intercambiar opiniones con otro médico; su aprendizaje junto a Doc acababa de empezar cuando decidió venir a Tierra Centauri y dejarle atrás.

Se me dibuja una sonrisa en la cara: tal vez la gente de la Tierra y mi gente podamos encontrar puntos comunes, al fin y al cabo.

—Estos árboles me resultan familiares —dice una voz que conozco bien, y esquivo a la gente que me precede para llegar hasta Amy—. Sin embargo, también parecen diferentes.

—Lo son —contesta una voz profunda. Chris.

Aminoró el paso para no llegar a su altura. Toda la alegría que me ha dado ver a Kit hablando con ese doctor terrícola se evapora, y siento que algo se me retuerce por dentro.

—La verdad es que todo esto me sorprende —comenta Amy.

A mí también me parecen extraños estos árboles. Pero yo nunca he visto un verdadero árbol terrícola con los que compararlos, salvo en imágenes y grabaciones.

—Son como los ficus cuando se hacen grandes, ¿no crees? —continúa—. Estos tronquitos finos que se entrelazan...

No sé lo que son los ficus, pero Chris asiente como si estuviera de acuerdo.

—Y sin embargo, no son iguales —remacha—. Todo me recuerda a la Tierra, pero si lo miro más de cerca... Mira, como esto —Amy extiende la mano y arranca un pellizco de una planta fibrosa y mullida que crece en los troncos de casi todos los árboles—. Se parece al musgo que crecía en el bosque cerca de mi casa, solo que este es morado.

Chris le quita las hebras violáceas de la mano.

—Uf, se mete en todas partes —dice, acercándolo a la cara de Amy.

—¡Qué asco! —protesta ella con una risita.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

Me encantaría quitarle de las manos esa cosa morada y hacérsela tragar, pero me contengo. Me quedo atrás, echando humo, y aunque sé que no debería hacerlo, sigo escuchando su conversación.

—Me pregunto qué animales habrá en este planeta —dice Amy sin hacer caso a la cara de adoración con que la mira Chris.

—¿Aparte de reptiles voladores gigantes que tratan de comerse a la gente? —pregunta él, aún con un aire juguetón que me hace resoplar.

—Sí, aparte de esos —responde Amy mirando a su alrededor—. Tiene que haber otros pájaros o animalillos en el bosque. Alguien tendrá que comerse esa cosa morada... Seguro que entre estas ramas anida algún bicho. Ardillas, serpientes... Y también tiene que haber algo parecido a los ciervos y a los conejos, ¿no crees?

—Esto no es Tierra Solar, Amy.

—Sí, lo sé. Aun así, me da la impresión de que... no sé, de que falta algo.

—Estoy seguro de que hay otros seres —afirma Chris con firmeza—. Sin embargo, el coronel tiene razón: hay pocas criaturas que no se escondan ante el estruendo de miles de pies pisoteando el bosque. ¡Pero esos reptiles voladores tenían que alimentarse de algo antes de que el planeta se les llenara de humanos tiernos y jugosos!

Chris hace ademán de abalanzarse sobre Amy en plan fiera salvaje; ella suelta una carcajada, retrocede y tropieza con una raíz. Antes de que caiga al suelo, Chris la agarra y la atrae hacia él, envolviéndola en sus brazos musculosos.

Ya he tenido bastante. Voy a alejarme: no quiero seguir oyendo a estos dos. Sin embargo, no puedo evitar oír lo siguiente que dice Amy.

—Tus ojos...

Me detengo, incapaz de apartar la mirada.

—¿Qué les pasa?

—Son... extraños.

—Vaya. ¿Siempre les entras así a los chicos? —se ríe Chris meneando la cabeza.

—Eh, que hablo en serio —responde Amy, liberándose de un empujón amistoso.

—¿Quién te ha dicho que yo no lo hago?

—En serio, Chris. Son muy... muy azules.

—Ah, pues los tuyos son muy muy verdes —la parodia él—. No me explico cómo puedes ver con ellos.

No me quedo para escuchar la respuesta. Yo sí que veo perfectamente, y no quiero ver cómo Amy mira con arrobo los ojos de otro chico. Me abro paso hasta el borde del grupo y lo rodeo hasta situarme en cabeza, esforzándome por sofocar los celos rabiosos que se me están anudando en el estómago.

Me da igual tener un mundo entero: si no lo puedo compartir con ella, no me basta.



—¡No rompáis la formación! —grita uno de los soldados.

Freno para mirar hacia atrás. Kit tiene dificultades para controlar a la gente de los parches. Lorin es la peor: camina en línea recta, sin cambiar el rumbo cuando el resto del grupo lo hace. Uno de los médicos de la Tierra —Gupta, creo que se llama— está ayudando a Kit, pero le pido disculpas a Chris con una sonrisa y retrocedo hasta llegar junto a ella.

—¿Puedo echarte una mano? —le pregunto.

—Sí, por favor. Ayúdame a controlarlos —responde mientras se retira un mechón sudoroso de la frente. El ambiente es cálido y húmedo como el de un invernadero.

Agarro a Lorin del brazo y la pego a mí. Si uno de esos pterodáctilos decidiera atacarnos ahora, supongo que vendría justo aquí, a la cola del grupo, donde se acumulan los más débiles. Miro alrededor en busca de Elder, pero no lo veo por ninguna parte. O tal vez... Sí, allí está: encabeza el grupo, con Bledsoe y mi padre. Con los líderes.

Donde tiene que estar, me digo. Y sin embargo, preferiría que estuviese aquí detrás, conmigo.

Pero el que aparece es Chris. Me mira y luego observa a Lorin con atención.

—¿Qué le pasa a esta gente? —me pregunta, sin rastro del tono juguetón con el que hablaba hace un momento.

Abro la boca para hablarle del fidus y la cierro antes de decir nada. No estoy segura de que lo entienda, pero sé que ahora mismo nos hace falta el fidus, y hace demasiado calor para ponernos a discutir cuestiones éticas.

Un chillido estridente rasga el aire húmedo.

Freno en seco y Lorin sigue caminando, impertérrita. El doctor Gupta echa a correr tras ella mientras yo echo mano a mi pistola. Los soldados que nos rodean también empuñan sus armas.

—¡Ahí! —grita alguien.

Un ave monstruosa planea sobre nosotros en lentos círculos, como un buitre que hubiera avistado un animal muerto. Es como si hubiera detectado lo que yo estaba pensando.

Levanto el cañón de mi treinta y ocho. Ya tengo el dedo apoyado contra el gatillo cuando mi padre empieza a gritar desde la vanguardia del grupo.

—¡No disparéis! ¡No hagáis nada a no ser que nos ataque!

El monstruo suelta otro chillido y desciende algunos metros. Ahora puedo distinguir sus garras enormes y curvadas.

Suena un disparo, seguido de una maldición de mi padre. Algún militar ha perdido los nervios.

El bicho emite un chirrido furioso y cambia de rumbo con tanta brusquedad que tengo que apartar la pistola para buscarlo en el cielo. Tarda solo unos segundos en desaparecer. Enfundo el arma y, al hacerlo, me doy cuenta de que Chris no ha llegado a empuñar la suya. Supongo que no quería desobedecer a mi padre.

—¡Vamos, vamos! —nos urge mi padre con grandes aspavientos.

Apenas se oye a nadie charlar: la excitación de antes se ha apagado ante este recordatorio de los peligros del nuevo planeta. Avanzamos entre los árboles, sumidos en una especie de concentración cautelosa. Todos estamos en guardia.

A lo lejos resuena un trueno, un rumor grave que se apaga poco a poco.

Estalla un coro de gritos.

—¿Qué ha sido eso? —exclama alguien.

—¿De dónde ha venido?

—¿Qué pasa?

La comitiva se detiene: casi todos los nativos de la nave están acucillados unos junto a otros, lanzando miradas de angustia al cielo. Intento localizar a Elder entre ellos,

pero está demasiado lejos.

—¿Qué mosca les ha picado ahora? —pregunta Chris.

Los únicos que no se han inmutado por el trueno son los que llevan los parches de fidus. Kit, sin embargo, parece aterrada.

—Solo ha sido un trueno, Kit —la tranquilizo—. No hay de qué preocuparse; a menudo ocurre cuando va a llover.

Me mira y asiente, pero aún se muestra asustada.

—Estas personas han pasado toda su vida encerrados en una nave espacial —le explico a Chris mientras echo a andar entre la gente para encontrar a mi padre y a Elder—. No saben lo que es un trueno.

Las hojas de los árboles susurran y se agitan: se ha levantado una brisa que enfría mi piel sudorosa. La tormenta ya está aquí.

—¡Tenemos que seguir andando! —digo.

—¿Y si nos pilla al aire libre?

—¿Qué? ¿Qué nos puede pillar?

—¿Esa cosa del cielo?

No sé si este último se refiere al reptil volador o al trueno; solo sé que quedarnos aquí parados no es buena idea.

—¡Vamos! —grita mi padre con impaciencia—. ¡No podemos perder el tiempo!

Los ojos de Elder encuentran los míos desde el otro lado del grupo, y veo en ellos el mismo miedo que en los de los demás nativos de la *Fortuna*. Los asusta más un simple trueno que esos monstruos extraterrestres que podrían matarlos en un instante.

Me abro paso entre la gente para llegar hasta él. Me mira con expresión de agradecimiento, pero de pronto frunce el ceño en una mueca furiosa. Miro a mi espalda: Chris me ha seguido y está justo a mi espalda.

Sin rastro del miedo que lo embargaba hace un segundo, Elder se vuelve hacia su gente para animarlos a gritos y encabeza la marcha a grandes zancadas.

El cielo está cada vez más oscuro.

Las sombras de los árboles parecen tener ojos. El bosque está silencioso e inmóvil como si aguardara la tormenta... o como si nos acechara.



Todos apuramos el paso con desesperación. La lanzadera está lejos; aunque fuéramos capaces de abrir las puertas, no podríamos llegar hasta ella antes de que estalle la tormenta. El bosque parece interminable.

—¿Cuánto falta? —pregunto. Me inquieta esta humedad que se condensa en el aire y no me deja respirar.

—Hemos caminado casi dos kilómetros —responde la teniente coronel Bledsoe.

El coronel Martin examina un aparato que lleva en la mano —una especie de brújula, supongo— y luego observa los alrededores. Amy y Chris me pisan los talones, pero al menos han dejado de tontear.

—Los sensores de la sonda indicaban una fuente de agua en las cercanías —prosigue Bledsoe—. Lo ideal sería encontrar algún lugar resguardado y acampar ahí —explica, con un acento tan marcado que agradezco la lentitud con la que me habla.

Me mira como si esperara alguna respuesta por mi parte y, de pronto, me doy cuenta de que, si la hubiera conocido antes que a Amy, me habría dado miedo. En realidad, todavía me asusta un poco: sus ojos parecen demasiado grandes, como si supieran demasiado. Me tensa mirarlos. A pesar de la gracia con la que se desliza entre los árboles, no puedo quitarme de la cabeza la impresión de que esta mujer es tan bella como peligrosa.

Pero no debería pensar de este modo. Soy consciente de lo mucho que le dolía a Amy ver cómo la gente la rehuía; no quiero portarme así con nadie. Sé que Eldest, tan parecido a mí, hacía daño a la gente sin pensarlo dos veces, y también sé que Amy, tan distinta a todos los tripulantes de la *Fortuna*, nunca dañó a ninguno de ellos.

—¿Estamos seguros de que los datos registrados por la sonda son reales?

—Razonablemente.

Esta humedad... Nunca sentí nada así en la nave. El aire está tan impregnado de agua que me da la impresión de que trago en vez de respirar. La piel de Bledsoe brilla por la transpiración. Aunque Amy me ha dicho que es «negra», a mí me parece más bien de un color marrón oscuro, como la tierra del nivel de alimentación cuando acababan de ararla o los tintes más oscuros que usaban los tejedores de la nave.

—¿Te pasa algo? —me pregunta con el ceño fruncido.

Pestañeo, a punto de tropezar por la sorpresa. No me había dado cuenta de que la estaba mirando fijamente.

—Nunca había visto a nadie como tú.

—¿Tienes algo que objetar a mi aspecto? —responde en tono ligero, pero detecto un cierto filo en su voz.

Niego con la cabeza.

—Para nada. Perdón por mirarte de ese modo. Es solo que eres diferente.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa.

—Tranquilo —dice—. Yo también os miro a ti y a tu gente. Es extraño que os parezcáis tanto.

Apura el paso y empieza a dejarme atrás.

—Espere, teniente coronel Bledsoe —llamo.

Ella aminora el paso y se vuelve, con una sonrisa aún más franca que la de antes.

—Llamarme así resulta un poco largo, ¿no crees? Puedes llamarme Emma, si quieres.

—¿Emma?

—Es mi nombre de pila. A mí me suena mejor que «teniente coronel Bledsoe» —dice imitando mi acento, y suelta una risita.

Su broma me recuerda algo que Amy me dijo nada más conocernos y que me relajó de inmediato. Orion se equivocaba: no todos los congelados son malos.

La vegetación empieza a hacerse más rala. Ahora entre las ramas se distinguen trocitos de cielo, y me sorprende al constatar lo oscuro que está el cielo. Me recorre un escalofrío. Los terrícolas no parecen afectados por este cambio gradual del azul al

gris, pero yo... Me parece extraño, inquietante.

—¡Ahí está! —grita el coronel Martin desde delante.

Emma acelera y esquiva las ramas hasta llegar a la cabeza del grupo.

El coronel, subido a una roca en la linde del bosque, señala algo en la llanura que se abre ante él. Me acerco y veo una superficie azulada y vagamente circular a algo menos de un kilómetro. Un lago.

—¡Agua dulce! —exclama Emma, alborozada.

—Aún hay que analizarla —le recuerda el coronel. Sin embargo, en su rostro hay una sonrisa: para ellos, esto constituye un triunfo.

En ese momento, el cielo ruge con tanta fuerza que me tapo la cabeza con los brazos por puro instinto.

—Es un trueno —me recuerda Amy en tono suave, acariciándome un hombro.

Y entonces, un rastro de fuego —¡de fuego!— cruza el cielo, de una nube negra a otra.

—¿Qué frexo es eso? —grito, retrocediendo de un salto.

Amy se echa a reír.

—Un relámpago —contesta.

Su risa me molesta. Nunca había visto un relámpago; al menos, no al natural. Por suerte, casi ningún tripulante de la *Fortuna* ha salido todavía del bosque, de modo que solo unos pocos han podido verlo. Sin embargo, me da miedo que sus gritos espanten a los demás.

—Tenemos que ponernos a cubierto —le digo al coronel Martin en tono urgente—. Mi gente va a perder los nervios de un momento a otro.

—¿Por una tormenta? —replica con escepticismo.

—Papá, es la primera vez que ven una —le explica Amy.

—¿Qué es aquello? —pregunta Chris señalando un punto situado a la derecha del lago.

El coronel lo mira con cierta irritación, pero luego se vuelve y otea en la dirección que señala Chris. Todos lo imitamos. No muy lejos de la orilla, más allá de una llanura de color verde claro que se extiende ante nosotros, se eleva una colina bastante alta. Sus laderas son de piedra amarillenta y desnuda. Y en esa piedra hay...

—¿Casas? —exclama Emma con asombro.

—No puede ser —murmura el coronel, achinando los ojos para ver mejor.

Extiende una mano, hace chasquear los dedos y un soldado se le acerca para darle unos prismáticos. El coronel se los lleva a los ojos y suelta un taco.

—Están en ruinas. Son edificios de piedra, pero creo que están abandonados.

—Nos refugiaremos en ellos —digo.

—Ni hablar. No sabemos qué forma de vida inteligente los construyó —replica pasándole los prismáticos a Emma, quien me los entrega sin usarlos.

Me los llevo a la cara y examino el panorama. La ladera de roca está aterrizada, y cada nivel está conectado con los adyacentes por escaleras labradas en la piedra. Toda la colina es una sucesión de edificios grandes contruidos con la misma piedra amarillenta que los sustenta. En las paredes hay aberturas a intervalos regulares: son puertas y ventanas.

De escala humana.

El coronel Martin tiene razón: el lugar respira un aire polvoriento de abandono.

—El lugar parece desierto, pero tal vez no lo esté —observa el coronel—. Si hay criaturas inteligentes en el planeta, han tenido que advertir nuestro aterrizaje.

Recuerdo una vez más cómo la lanzadera se desvió de su trayectoria. ¿Sería un fallo en algún motor, un ataque de los monstruos voladores o un ataque de los seres que construyeron esos edificios?

Esto lo cambia todo.

—No me fío —concluye el padre de Amy.

Apenas ha acabado de hablar, un nuevo relámpago parte el cielo. Empiezan a caer gruesas gotas, y entre mi gente estalla un clamor de voces. Esta lluvia no se parece en nada a la de la *Fortuna*. Aquello era una ducha suave y regular que caía del sistema de aspersores instalado en el techo. Esto... esto cae sin ritmo alguno, sin orden. Las

gotas pesadas e irregulares atraviesan las hojas con un susurro, nos caen encima y estallan sobre nuestra piel y nuestro pelo, empapándonos.

—¿Y esto? ¿Qué pasa ahora? —aúlla una mujer, frotándose el cuerpo para tratar de sacudirse la lluvia. Por supuesto, es inútil: la tormenta arrecia por momentos.

Me acerco de un salto a la roca en la que sigue subido el coronel Martin.

—Oiga, le aseguro que mi gente está a punto de sufrir un ataque colectivo de pánico. Tenemos que encontrar refugio, y tenemos que hacerlo ya. Esos edificios son la única opción a nuestro alcance.

Él me mira con la misma expresión que adoptó Eldest cuando confundí las bombillas del nivel de alimentación con estrellas de verdad.

—¿De verdad prefieres que nos metamos ahí sin saber lo que puede esperarnos dentro a soportar un simple chaparrón?

—Para mi gente, esto no es un «simple chaparrón». Y usted mismo ha dicho que los edificios parecen abandonados.

—Por otra parte, los rayos suponen un riesgo —interviene Emma—. No podemos resguardarnos bajo los árboles, y quedarnos en la llanura que rodea el lago supone casi el mismo riesgo. Lo más prudente sería buscar cobijo ahí... o en otro lado.

El coronel y ella cruzan una mirada llena de significado. No sé a qué se referirá esa última observación; pero a juzgar por la expresión del padre de Amy, él sí que lo sabe, y no le gusta que Emma lo haya sugerido.

—¡Rangos uno y dos! —berrea.

Emma se pone en posición de firmes, y casi todos los militares que hay en las cercanías se congregan a su alrededor.

—Adelántense para registrar el asentamiento —ordena el coronel—. Infórmenme por radio del resultado de la inspección. ¡Dense prisa!

Emma echa a correr, seguida por los demás militares de los rangos uno y dos. Chris no debe de pertenecer a ninguno de ellos, porque se queda junto a Amy.

El coronel Martin no parece muy contento. Suspira y se encamina por el sendero de hierba aplastada que han dejado sus hombres. Sin la protección de los árboles, mi gente está más nerviosa y asustada que nunca. Echo a andar tras el coronel, pero cada pocos pasos miro hacia atrás tratando de localizarlos a todos.

Oigo un ruido de pasos a mi espalda y Amy aparece a mi lado, jadeante. Vuelvo la cabeza, pero no encuentro al omnipresente Chris.

—¿Qué son esas construcciones? —me pregunta, y me doy cuenta de que si jadea es por la expectación, no por el cansancio.

—No lo sé —refunfuño. Odio la rabia infantil que me invade al ver a Amy junto a Chris, pero no puedo evitar sentirla.

Cuanto más avanzamos a campo abierto, más acelera mi gente. Al cabo de un par de minutos, estamos todos trotando por un prado de hierba alta que nos azota las piernas al correr. Las semillas húmedas se pegan a nuestra piel y nuestras ropas, y los tallos que quebramos en nuestra carrera ciega dejan escapar un dulce olor vegetal.

El transmisor que el coronel lleva al hombro emite un crujido.

—Todo despejado, señor —dice Emma con voz distorsionada por la estática.

El coronel vuelve la cabeza.

—¡A los edificios! —grita, animándonos por gestos a que aceleremos.

Es el empujón que le hacía falta a mi gente. En unos segundos, muchos de ellos nos adelantan, corriendo tan deprisa como pueden en su afán por escapar de la tormenta. La lluvia arrecia; ahora cae tan fuerte que apenas puedo ver lo que tengo a unos metros. Amy agarra mi mano con la suya, resbaladiza, y me atrae hacia ella.

Un relámpago cruza el cielo. Miro a Amy y veo su imagen congelada por un instante, casi como cuando la conocí.

La gente, aterrada, se desboca a nuestro alrededor. Se oyen gritos inarticulados de puro miedo: muchos se están dejando llevar por sus instintos más primarios.

Amy, no. Amy corre atravesando la lluvia, con la boca abierta en una sonrisa y los ojos centelleantes, disfrutando de cada segundo.



Solo necesito una palabra —torrencial— para describir dos cosas: la alegría que siento en este momento y la lluvia que nos empapa. Esto, justo esto, es lo máximo que quiero del mundo: espacios abiertos, lluvia fresca, libertad para correr.

Llegamos al asentamiento demasiado pronto para mi gusto.

Los terrícolas entran en los primeros edificios, con paso inestable por el cansancio. Parecen malhumorados por la lluvia: para ellos, no es más que una molestia. Los nativos de la *Fortuna* están despavoridos, pero no tanto como para alojarse junto a los congelados. Pasan corriendo junto a los edificios en los que se han refugiado los terrícolas y entran en los que hay a continuación, llenando cada uno hasta los topes antes de ocupar el siguiente. Se quedan todos de pie y observan cómo la lluvia chorrea por las paredes de los edificios contiguos, tan apiñados que ni siquiera se pueden sentar.

Me detengo ante el poblado y extiendo los brazos para sentir cómo cae la lluvia sobre mí, mientras Elder me observa con desconcierto. Entrecierro los ojos para protegerlos de las gotas y examino las edificaciones. Parecen muy antiguas, más que ningún edificio de los que he visto en mi vida. Me recuerdan a las viviendas trogloditas de Mesa Verde, excavadas directamente en la roca de una ladera.

—¡Refúgiate! —me grita Emma mientras pasa junto a mí a la carrera.

Ella y otros tres o cuatro militares están revisando los edificios uno a uno; supongo que quieren comprobar si todos hemos llegado sin problemas.

Elder me agarra del brazo y tira de mí hacia el edificio más cercano, uno de los que están llenos de nativos de la *Fortuna* temblorosos y asustados.

—Vamos mejor por allí —le digo, tirando de él en dirección opuesta.

No me apetece apretujarme contra un montón de gente: si algo sobra aquí, es espacio. Estamos rodeados de edificios vacíos, con las fachadas amarillentas oscurecidas por

la lluvia. Elder vacila, pero entrelazo mis dedos con los suyos y él estrecha mi mano en respuesta.

Subimos los escalones de piedra que conducen al siguiente nivel. Casi todos los edificios son de dos plantas; la segunda, más pequeña que la primera, está rodeada por una terraza cuadrangular. Las calles están pavimentadas con losas grandes, y son bastante anchas: si no fuera por las escaleras, habría sitio para que pasara un coche pequeño.

Otro relámpago cruza el cielo.

Todos los edificios están en penumbra. Aunque no tienen cristales en las ventanas ni puertas en los umbrales, me da la impresión de que el aire de su interior está polvoriento, estancado. Los huecos negros de las puertas parecen fauces. Me detengo: de pronto se me han quitado las ganas de avanzar. No quiero estar aquí, en este lugar con casas de escala humana... en un planeta en el que no hay más seres humanos que nosotros.

Elder me tira del brazo y me hace entrar en la casa más próxima.

—¿Pasaba mucho esto en Tierra Solar? —me pregunta, alzando la voz para hacerse oír sobre un nuevo trueno.

Noto que la boca se me ensancha en una sonrisa.

—No todos los días, pero tampoco era raro. ¿Te gusta? —pregunto, y él me mira como si estuviera chalada—. Al menos, después de la lluvia hará más fresco. En la Tierra no era raro que estallaran tormentas en lo más caluroso del verano. Debemos de estar en el verano de Tierra Centauri.

—Entonces, ¿el verano es una estación en la que cae fuego del cielo todo el tiempo?

Suelto una carcajada, pero luego veo que Elder está serio y me contengo.

—No, no es tan frecuente. Se acabará enseguida, ya lo verás. Y no es tan peligroso, de verdad.

Salgo de un salto al exterior y me pongo a dar vueltas bajo la lluvia para que vea que lo que digo es verdad. Echo la cabeza atrás y giro cada vez más deprisa sobre el pavimento resbaladizo.

Elder me sujeta cuando estoy a punto de caerme.

La lluvia cae tan fuerte que noto el impacto de cada gota. Los dos estamos

empapados.

—¡Esto es una locura! —grita Elder—. ¡Tenemos que ponernos a cubierto!

Me agarra del hombro y trata de llevarme de nuevo al interior del edificio, pero yo le agarro de la cintura y tiro de él hacia mí.

Estalla otro relámpago. Todo se ilumina durante una décima de segundo, cada gota brillante y congelada a mitad de camino, y luego el mundo se oscurece mientras ruge el trueno.

En este momento, no pienso; ni siquiera siento. No tengo tiempo para ser tímida ni suave.

Solo puedo besarle.

Mis labios se aprietan contra los suyos, mis brazos lo envuelven hasta pegarlo tanto a mí que ya no queda sitio ni siquiera para las gotas de lluvia. Mis dedos se enredan en su pelo y luego se deslizan por su nuca. Sus brazos se tensan y me aferran más y más fuerte.

Todos mis sentidos se avivan: siento el roce de la lluvia al resbalar sobre mi piel, noto el eco lejano del trueno. Pero todo eso queda sofocado por la sensación de estar con Elder, por su tacto, su olor, su sabor.

El resplandor de otro rayo ilumina la oscuridad de mis párpados. Siento que me electrifica y lo mismo le ocurre a Elder, porque sus besos se hacen voraces. Lo aferro del mismo modo en que me aferra él a mí: con ansia, con anhelo, con un hambre insaciable.

Siempre bajo la lluvia.

Me pongo de puntillas para llegar mejor a sus labios. Mis pies resbalan en el suelo mojado, pero Elder me levanta sin esfuerzo y empieza a dar vueltas lentamente conmigo en brazos. Su risa se entrelaza con las gotas de lluvia y me salpica el corazón.

Me estremezco, sintiendo de repente el frío de mi pelo empapado. La tormenta ha empezado a amainar tan abruptamente como estalló. El cielo ya está más claro, se respira un aire más fresco. Alzo la cabeza y pestaño al encontrar la luz de los dos soles.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Elder, y caigo en la cuenta de que he soltado un suspiro.

—No sé... Esperaba ver el arco iris.

Él abre mucho los ojos y me mira, atónito.

—Entonces... ¿existen de verdad los arcos iris?

—¡Claro! —me río.

Elder sacude la cabeza, como si tuviera que hacer sitio dentro de su mente para alojar la idea.

No parece haber nadie más que nosotros en el segundo nivel de la ciudad, y me permito el lujo de sentir que estamos solos por una vez. La lluvia ha refrescado el aire y lo ha cubierto todo de un aura fresca, resplandeciente.

También ha dado paso a nubes de insectos.

Aplasto un mosquito, o algo que se parece mucho a un mosquito, y de pronto oigo un zumbido que viene de algún lugar cercano. Echo a andar siguiendo las fachadas y encuentro un árbol a unos metros. Es como los del bosque, solo que más pequeño, y de sus ramas cuelgan unas preciosas flores moradas que parecen atraer a un enjambre de insectos.

Extiendo la mano hacia una de las flores. Cuando estoy a punto de rozar los pétalos, un chillido estridente rasga el cielo. Retraigo la mano; siento la necesidad instintiva de protegerme, pero sé que es imposible.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Elder en voz baja, aunque los dos sabemos perfectamente lo que ha sido.

Escruto el cielo, pero no veo nada. Elder suspira y se acerca al árbol.

—Creo... creo que estas flores han salido de la cosa morada que crece en los árboles.

Tiene razón: el musgo que vimos antes es del mismo tono que estas flores, con sus bordes lilas que se oscurecen en el centro hasta llegar a un púrpura aterciopelado. Lo examino y me doy cuenta de que está formado por hebras enroscadas sobre sí mismas que ahora, con la lluvia, se han desplegado para convertirse en flores finas como el papel de seda.

—Son preciosas —musito.

—¿Te gustan? —pregunta Elder con una sonrisa pícara.

Antes de que pueda contestarle, extiende el brazo y arranca una.

—Aquí tienes. Es lo menos que puedo hacer, después del lío que monté la última vez que te regalé flores.

Lo miro, intrigada —¿cuándo fue la última vez que me regaló flores?—, y luego agacho la cabeza para inspirar el aroma dulzón y pegajoso.

Sonrío.

—Me recuerda a...

Mis piernas ceden.

Caigo al suelo con los ojos abiertos. No puedo alargar los brazos para amortiguar la caída; no puedo tensar el cuerpo ante el impacto inminente.

No siento nada.

Me quedo tumbada sin cerrar los párpados. Estoy boca abajo, con la cara casi metida en un charco de agua y barro. Veo espirales marrones y negruzcas. Algo me entra en un ojo y los párpados se me cierran en un movimiento reflejo.

El agua se cuela por mi boca entreabierta, me entra en la nariz, se desliza por uno de mis oídos.

Intento gritar, moverme, pero no puedo, y es igual que cuando estaba congelada, atrapada en el hielo sin poder moverme, y no puedo, no puedo, y tampoco puedo respirar. *Tengo que respirar*, pienso, pero solo hay agua, y entonces mi cerebro reacciona y parece gritar: *No respire, no respire*. Pero lo único que funciona en mi cuerpo son los movimientos inconscientes, como los latidos demasiado rápidos de mi corazón o los esfuerzos de mis pulmones por respirar.

Y de pronto hay aire.

Y de pronto ya no hay nada.



La voz de Amy se corta de repente y sus ojos se ponen en blanco. Su cuerpo parece aflojarse y cae al suelo, inerte. Durante un momento la miro, paralizado por el horror: está boca abajo, tirada sobre un charco. La superficie del agua estalla en una nube de burbujas y luego queda inmóvil de nuevo.

—¿Amy? —exclamo arrodillándome a su lado—. ¡Amy!

Le doy la vuelta y le retiro el agua embarrada de la cara.

—¡Amy, despierta!

La agarro de los hombros y la sacudo, pero parece una muñeca de trapo.

—¡AMY!

Nada. Un hilillo de agua sucia le resbala por la comisura de la boca. Le presiono en la zona del diafragma y logro sacar más agua, pero Amy no se mueve. Le levanto los párpados con cuidado. Sigue sin reaccionar.

El corazón me late desbocado. ¿Qué le ha ocurrido? Está...

Le apoyo la cabeza en el pecho y suelto un gemido de alivio. El corazón le late, gracias a las estrellas.

¿Qué hago?

La cojo en brazos y me pongo en pie. Tengo que ir en busca de ayuda.

Bajo las escaleras a trompicones, gritando el nombre de Kit. No puede estar muy lejos. La gente asoma la cara por los huecos de las ventanas y las puertas para verme pasar. Al darse cuenta de que llevo en brazos el cuerpo inconsciente de Amy, muchos sueltan una exclamación, una palabrota, un jadeo de asombro. Pero ninguno de ellos es Kit, ninguno sabe curar, ninguno puede salvarla.

—¡KIT! —berreo.

Una silueta esbelta y oscura aparece por una esquina: es Emma, patrullando junto a Juliana Robertson.

—¡Socorro! —grito, con tal urgencia que incluso la sargento Robertson palidece y me mira con el rostro demudado.

Y entonces Kit dobla la esquina. Se acerca a mí corriendo, pero al distinguir a Amy frena en seco.

—¿Qué le ha pasado? —resuella.

—¡Cúrala, Kit! —respondo, con la mente en blanco.

—Venid —dice Emma.

La sargento Robertson y ella echan a correr hacia los primeros edificios, en los que se han cobijado los terrícolas. Yo las sigo a toda prisa. En cierto momento resbalo sobre el pavimento húmedo, pierdo pie y caigo al suelo, retorciéndome para proteger el cuerpo de Amy. Noto algo húmedo en el muslo y me doy cuenta de que me he hecho una herida, pero no le presto atención. Kit me ayuda a ponerme en pie y echa a correr a mi lado mientras comprueba el pulso en la muñeca de Amy.

Emma y la sargento Robertson entran en el primer edificio de la fila, que es algo mayor que el resto. Al cabo de unos segundos, el coronel Martin sale a grandes zancadas.

—¿Qué ha ocurrido? —ruge.

No me detengo. Amy necesita que la vea un médico, que le den algo, que la ayuden de algún modo. El coronel mira su cara pálida e inerte cuando paso a su lado, suelta un taco y echa a correr junto a mí.

—¡Quédate ahí! —me grita cuando cruzamos el umbral.

Oigo un grito de mujer. Me arrodillo y dejo a Amy con cuidado en el suelo de piedra.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta su madre con voz tensa.

Kit se acucilla junto a Amy, le levanta los párpados con mucha más suavidad de la que yo empleé antes y le ilumina las pupilas con una pequeña linterna. Otras dos personas —una chica de ojos estrechos y un hombre menudo— se arrodillan a su lado y empiezan a examinarla también. Deben de ser médicos terrícolas.

—¿Y Gupta? —grita el coronel—. ¡Necesitamos al director médico! ¿Dónde se ha metido?

—Hace un rato que no le veo —musita la chica de ojos estrechos.

—¿Qué ha pasado? —repite la madre de Amy con voz casi llorosa.

—No lo sé —respondo, en un tono que es casi una súplica—. Estábamos en la segunda fila de edificios, junto a un árbol, y...

—Podría ser cualquier cosa —dice el hombre menudo.

Habla con un acento extraño. *Es aún más fuerte que el acento de Amy*, pienso, y por alguna razón, esa idea me produce una punzada en el pecho.

—Tal vez el agua de lluvia contuviera algún tipo de toxina —prosigue el médico—. O puede ser la reacción a la picadura de algún insecto.

—¡Sí! Había muchos insectos, cositas negras que volaban por todas partes —exclamo, y el médico asiente.

—Tal vez alguno le haya inyectado una sustancia tóxica para los humanos. Cualquier ser vivo de este planeta, por inofensivo que parezca, puede suponer una amenaza para nosotros. Aún ignoramos cómo va a reaccionar nuestro organismo ante ellos.

—¿Qué es esto? —pregunta Kit.

La miro: tiene agarrada la mano de Amy, en la que aún hay adheridos varios pétalos de color púrpura.

—Una flor. La olió y justo entonces...

—... perdió la consciencia —completa Kit, y yo asiento.

—¡Despertadla! —berrea el coronel Martin.

La médico terrícola apoya un estetoscopio contra el pecho de Amy.

—¡Tú! —grita el coronel acercándose a mí, y oigo cómo gime su mujer—. ¡Tú eres el responsable de que mi hija se haya puesto en peligro!

Lo miro sin pestañear. Sus palabras son cuchillas que me desgarran la piel.

—No sé qué le pasa —murmura la médico.

—¿Dónde está Gupta? ¡Lo quiero aquí! —grita el coronel, y su mirada se centra en la sargento Robertson—. ¡Vaya a buscarlo ahora mismo!

Me aproximo a Amy —sé que no puede verme ni oírme, pero quiero tocarla— y el coronel me estampa las manos en el pecho y me lanza a la pared opuesta de un empuellón.

—Sal de aquí —masculla con los dientes apretados, remarcando cada sílaba.

Avanzo un par de pasos y le miro a los ojos, asombrado por su reacción.

—Esto es culpa tuya. Si Amy muere, te haré responsable —gruñe—. No has sabido cuidar de ella; no sabes cuidar de nadie. ¡Sal de aquí inmediatamente! —exclama, y me vuelve a empujar contra la pared.

Kit —la única persona de la *Fortuna* que hay en la estancia— levanta la mirada, pero está demasiado ocupada para ayudarme.

Observo la escena: la figura pálida y yerta de Amy en el suelo; su madre que llora junto a ella; su padre, a punto de estallar de ira.

Echo a correr y no paro hasta estar bien lejos del edificio. Las palabras del coronel Martin se han clavado en mi corazón, y mi mala conciencia le echa sal a la herida.



Tengo la boca algodonosa, como si me la hubieran rellenado con trapos. La abro y mis labios chasquean. La lengua me pesa tanto que no puedo moverla.

Algo se retuerce en mi mano. El movimiento me sobresalta y trato de mover el brazo, pero los músculos apenas me responden. Hago un esfuerzo por incorporarme y no lo logro: aunque estoy destapada, me da la sensación de que hay algo pesado sobre mi pecho.

Mi madre está dormida junto a mí, agarrándome la mano. Eso es lo que noté antes. Cierro mis dedos sobre los suyos.

Sus párpados se estremecen y luego se abren de golpe, como si de pronto hubiera recordado algo de una importancia vital. Vuelve la mirada hacia mí y da un respingo.

—¿Amy? —jadea.

—Dime, mamá —contesto con voz áspera.

—¡Amy! —grita ella, y se lanza sobre mí para abrazarme.

Mi padre aparece en el umbral oscuro. Tiene los ojos húmedos, y cuando abre la boca para hablar parece como si la voz no le saliera. Nunca le he visto tan emocionado.

Recorro la habitación con la vista. ¿Dónde está Elder?

—¿Qué os pasa? —pregunto, arqueando la espalda para desentumecerla.

Hace fresco y la habitación está en penumbra. ¿Me habré quedado dormida hasta el anochecer? No, no puede ser: ahora hay más luz que hace un momento. Es el amanecer: he dormido casi todo un día y la noche siguiente.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —dice alguien.

Me vuelvo y veo a una médico de la Tierra. La doctora Watase, creo.

Agacho la cabeza y miro mi mano, cubierta por la de mi madre. Al hacerlo, caigo en la cuenta de que mi cuerpo está respondiendo por mí: lo último que recuerdo es agarrar la flor que me dio Elder con esa misma mano.

No. Me estremezco y trago saliva para despejar una oleada de náuseas. Mi último recuerdo es que perdí el control de mi cuerpo igual que cuando me congelaron. Y luego sentí que me ahogaba, igual que cuando desperté.

Las sensaciones desfilan por mi mente y me envenenan el alma.

Miro a mi alrededor: todos están esperando a que conteste.

—La flor —respondo sin más, porque sé que no les preocupan mis sentimientos: lo que necesitan es un diagnóstico médico—. La olí y me desmayé.

Escruto los rincones oscuros de la estancia, decepcionada. No puedo creerme que Elder me haya dejado aquí y se haya ido.

—Eso suponíamos —dice la doctora Watase señalando una hilera de flores moradas en el suelo—. Aunque no hemos podido comprobarlo científicamente, nuestras observaciones indican que esta planta es carnívora. Cuando se humedece, florece y emite una neurotoxina que duerme a los insectos, haciéndolos caer dentro de la corola.

—Y la gente avispada, como yo, cae redonda al suelo —digo en el tono más ligero del que soy capaz.

Mi intención era rebajar la tensión del ambiente, pero no lo logro: todos me miran y asienten con gravedad ante mis palabras.

—Exacto —confirma la doctora, dándome golpecitos maternales en el hombro.

Me gustaría mirarla con expresión irónica, pero no tengo fuerzas.

—Me muero de hambre —digo.

—Estamos todos igual —repite mi padre—. Si la lanzadera no se abre en las próximas horas, tendremos que obtener comida en el terreno.

Cierro los ojos. En la *Fortuna*, al menos, no pasábamos hambre. Si morimos todos de inanición, será en parte por mi culpa.

—¿Cuánto tiempo pasé dormida? —pregunto para pensar en otra cosa.

—Casi veinticuatro horas —responde la doctora.

Examino la estancia y trato de hacerme una idea de lo que ha pasado desde que me desmayé. Toda la gente que hay en la sala es terrícola. Tienen aspecto fatigado, incluso mi padre: está claro que han dormido con la ropa puesta, y dudo que ninguno haya comido nada desde ayer. De hecho, no creo que hayan salido del edificio siquiera.

Me siento y mi espalda cruje; este suelo no es la cama más cómoda para dormir veinticuatro horas, a pesar de que mis padres me han preparado un colchón de prendas sueltas. Hago ademán de ponerme en pie, y la doctora y mi madre se acercan para ayudarme. Pero no hace falta: los efectos de la flor se están desvaneciendo rápidamente, y me hace falta estirar los músculos.

Doy varios pasos sin despegarme de la pared, rozando con los dedos la piedra amarilla y polvorienta. Las dimensiones de la estancia son las mismas que tendría una sala de estar grande en la Tierra, y las ventanas y las puertas tienen proporciones inconfundiblemente humanas. Al fondo de la sala arranca una escalera que debe de llevar a la segunda planta.

—Qué extraño —murmuro.

Mi madre asiente: no le hace falta preguntar a qué me refiero.

—Mucho —responde, y luego baja la voz hasta convertirla en un susurro—. Tu padre está preocupado.

Me detengo junto a ella y las dos le observamos. Está frente a la puerta de salida, hablando con Bledsoe en voz apagada. Los dos parecen cansados y de mal humor. Al cabo de unos segundos, mi padre se vuelve hacia nosotras y nos dedica una sonrisa mustia que no le llega a los ojos.

Parece abrumado. De pronto recuerdo dónde he visto esa expresión: es la misma que tenía Elder tras la muerte de Eldest, una mirada de animal acorralado.

Mi padre gira la cabeza y continúa hablando con Bledsoe.

Sigo los bordes de una de las piezas que forman la pared. De cerca, se ve que están hechas con ladrillos o piezas grandes de piedra del mismo color pajizo que el terreno. Alguien construyó este poblado, alguien que sabía lo que hacía. Sin embargo, lleva tanto tiempo abandonado que en sus piedras apenas resuena un eco de vida.

Mi mano llega hasta la ventana y noto una depresión en el alféizar. Forma un cuadrado perfecto grabado en la piedra.

—No sabemos para qué podía servir eso —dice mi madre observándolo—, pero hay una forma igual en cada una de las ventanas.

La doctora Watase se nos acerca.

—Evidentemente, estas construcciones son obra de una forma de vida inteligente —dice—. La teoría más extendida entre los científicos de la expedición es que quienes crearon el poblado colocaban en esos cuadrados un ídolo de algún tipo. Tal vez fuera una deidad solar, porque todas las ventanas están orientadas para obtener el máximo de luz diurna.

Bledsoe se cuadra y sale del edificio. Esquivo a la doctora Watase, me acerco a mi padre y lo abrazo como hacía cuando aún creía que era capaz de solucionar cualquier problema. Su expresión se suaviza.

—Me alegra que estés bien, Amy —dice, y me planta un beso en la coronilla.

—Pues claro que estoy bien —repongo haciendo un esfuerzo por sonreír.

Él me abraza aún más fuerte.

—Esto... esto no es en absoluto lo que yo esperaba.

—Papá, recuerda que fui yo quien decidió acompañaros. Yo tuve la última palabra.

Abre la boca para replicar algo, pero ya sé lo que va a decirme: que no tendría que haber podido elegir; que quedarme habría sido mucho mejor para mí.

No le doy la oportunidad de hacerlo.

—Estoy aquí, papá. Y me alegro de haber venido, de estar con mamá y contigo.

Él me estrecha una vez más y luego deja caer los brazos.

—¿De qué hablabas antes con Bledsoe? —le pregunto.

—De un par de problemas en los que estamos trabajando.

—Cuéntamelos, anda.

Él me observa desde arriba y sé que me ve como a una niña: su hija.

—Cuéntamelos —insisto—. Tal vez pueda ayudarte.

Para mi sorpresa, hace un esfuerzo por borrar su expresión escéptica.

—Verás: en primer lugar, la sonda nos está dando problemas. No hemos podido comunicarnos con la Tierra.

El corazón se me detiene.

—Quieres decir que no habéis podido volver a comunicaros, ¿no? Porque después de aterrizar establecisteis contacto, ¿verdad?

—Sí, claro —responde él en voz baja, casi como si hablara para sí.

Se queda un momento callado y luego prosigue.

—En cualquier caso, el sistema de comunicaciones de la lanzadera ya no funciona, y no logramos dominar el de la sonda.

—¿Qué le pasa? —pregunto, y me muerdo el labio. No estoy segura de querer oír su contestación.

—Establecimos una línea de contacto, pero hasta ahora no hemos recibido ninguna respuesta —explica, con una expresión que no me tranquiliza en absoluto.

—Entonces es que la sonda está rota, ¿no?

Mi padre se encoge de hombros.

—Creo que podremos arreglarla. Al fin y al cabo, Amy, es muy antigua —dice—. Pero ese es solo uno de los problemas.

—¿Cuáles son los otros?

—Han desaparecido dos personas: una nativa de la nave y el doctor Gupta. Creemos que la mujer se perdió y que el doctor Gupta fue a buscarla, pero...

—¿Desde cuándo faltan?

—Desde el día de la tormenta.

Mi padre aparta la mirada. Su preocupación es evidente, pero no creo que tenga el regusto ácido del miedo que me está empezando a revolver el estómago.

Llevan desaparecidos casi veinticuatro horas.

—¿Cómo se llama la mujer? —pregunto, deseando que no sea Kit.

—No sé, algo parecido a Laura o a Lauren...

—¿Lorin? —pregunto en un susurro.

—Exacto.

La imagen de Lorin me viene a la mente: su parche de fidus en el brazo, la docilidad con la que se dejó guiar por mí hasta que la solté. Si se perdió en medio de aquel caos de lluvia y truenos fue por mi culpa.

Mi padre me mira a la cara y se da cuenta de lo que estoy sintiendo.

—No te preocupes, hija —dice apretándome el brazo—. Ayer por la noche, cuando nos dimos cuenta, estaba demasiado oscuro para buscarlos bien. Pero Robertson ha salido en su busca, y es una rastreadora excelente; verás cómo los encuentra ahora que los soles están altos.

El receptor que lleva mi padre al hombro emite un crujido, y él se aleja y se lo lleva al oído.

—Las hemos encontrado, señor —dice la voz de Emma, desfigurada por la estática.

—¿A Gupta y a la nativa de la nave?

—No, a Gupta no. A la nativa y a Robertson.

—Excelente. Diles que vuelvan al poblado.

—No puedo, señor.

—¿Cómo?

—Las dos están muertas, señor.



Lo primero que siento al ver a Amy subir la escalera que lleva al segundo nivel del poblado, con la melena roja sacudiéndose al ritmo de sus zancadas, es alivio.

Está viva. Ha despertado, está bien, está VIVA.

Lo segundo que siento es miedo.

Porque su expresión me dice que algo va horriblemente mal.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Mis padres acaban de marcharse junto a varios soldados y científicos —responde con voz entrecortada—. Me han dicho que no me mueva, que no te lo diga...

El corazón se me sube a la garganta.

—¿Que no me digas qué?

—Han encontrado a Lorin.

—¿Y...? —pregunto.

Kit y yo nos pasamos casi todo el día de ayer haciendo una lista detallada de los tripulantes que vinieron en la lanzadera. Cuando nos dimos cuenta de que faltaba Lorin, los dos nos sentimos dolorosamente responsables; no podemos permitir que vuelva a ocurrirnos algo así.

—Eso es bueno, ¿no? —insisto al ver que Amy no dice nada.

—Está muerta.

Me tambaleo como si me hubieran dado un golpe.

—¿Muerta? ¿Cómo?

Amy sacude la cabeza.

—Solo sé que la han encontrado muerta. También está muerta Juliana Robertson, que había salido a buscarla a ella y al doctor Gupta. No sé qué les habrá pasado. El doctor Gupta sigue sin aparecer. Me he enterado de que...

Se ha enterado de que Lorin ha muerto y, aunque su padre se lo ha prohibido expresamente, lo primero que ha hecho es venir corriendo a contármelo.

—¿Dónde están?

Amy extiende las manos con las palmas hacia arriba.

—No lo sé, Elder. Cerca del lago, creo.

—Tengo que ir —mascullo, y Amy me agarra del codo.

—No puedes hacerlo. Mi padre se pondría furioso...

—¿Y qué? —replico, tratando de calmar el torbellino de pensamientos que me giran en la cabeza.

Las amenazas de este planeta son mucho más serias de lo que había previsto. El reptil volador que trató de comerse mi cara, las huellas en el bosque, las flores que casi matan a Amy... Y ahora, dos personas muertas.

Desconocemos demasiadas cosas. Nuestra ignorancia acabará por matarnos.

Nuestra ignorancia...

Sin embargo, hay una persona que sabía. Alguien conocía los peligros que encerraba este mundo, y tal vez sus conocimientos puedan salvarnos ahora.

Me vienen a la mente las últimas palabras grabadas por Orion en los flexibles que dejó para Amy. Su voz temblaba, rota por el miedo: «¿Es tan insoportable la vida en la nave como para exponernos a los monstruos de abajo? ¿Merece la pena que arriesgues tu vida y las de todos nosotros?».

Mi mirada se encuentra con la de Amy.

Orion lo sabía.

—Orion —susurro.

Él puede contarnos la verdad. No dejaremos que nos enrede con acertijos y mensajes ocultos: le obligaremos a que nos diga todo lo que sabe. Si no lo hace...

La cara de Amy se demuda.

—Orion —musita—. Elder, Orion... No... Nos olvidamos de su temporizador.

Frexo. Frexo. Frexo. Orion.

Con las prisas del cierre de la lanzadera y el miedo a la tormenta, nadie volvió a acordarse de él.

Amy y yo salimos a la carrera del poblado y nos internamos en el bosque, sin molestarnos en alzar la mirada para ver si hay más monstruos voladores al acecho. Por un momento pienso que no vamos a ser capaces de encontrar el camino, pero enseguida descubro que la marcha de mil quinientas personas deja un rastro difícil de pasar por alto. Si el trayecto nos pareció tan largo a la venida, fue porque éramos muchos y no sabíamos adónde íbamos: lo único que sabíamos era que la sonda había detectado agua en las cercanías. Ahora, sin embargo, somos solo dos, y llegamos a la lanzadera mucho antes de lo que yo había supuesto.

Amy sube la rampa en cuatro zancadas e intenta abrir la puerta del puente.

—Sigue bloqueada —gruñe.

Me dejo caer en el asiento que hay frente al panel central. Tiene que haber algo que podamos hacer. Deslizo los dedos por los controles de los sistemas interiores y programo un análisis completo de todas las operaciones de la lanzadera.

—¿Por qué no estabas allí? —pregunta Amy mientras me acomodo en el asiento, impaciente por ver los resultados del análisis.

—¿Dónde? —pregunto sin despegar los ojos del panel de control.

Los sensores vuelven a funcionar correctamente. Pero entonces, ¿por qué siguen bloqueadas las puertas?

—Conmigo, cuando me desperté.

Mi mano se detiene sobre los mandos. ¿Le cuento que me he pasado toda la noche sentado junto al edificio en el que estaba ella, atento al más mínimo sonido que salía por la ventana por si la oía despertarse? ¿Le cuento que lo primero que hice cuando

amaneció, antes de ver cómo estaba mi gente y de hablar con Kit, fue ponerme de puntillas para ver su cara a la luz de la mañana? ¿Que apenas dormí, devastado por la conciencia de que, por segunda vez, había estado a punto de matarla?

—Tendría que haber estado allí —contesto—. Lo siento mucho.

Amy suspira. Me vuelvo hacia ella: sus ojos están clavados en la puerta.

—Vamos a abrir de una vez este trasto —masculla, y sé que es una forma de aceptar mis disculpas.

Me agacho y examino la parte inferior del panel hasta encontrar una cajita con el rótulo «Fusibles y sensores». Los cables de los sensores que miden la presión del aire están rodeados de cinta aislante negra. Debieron de pelarse hace años y alguien hizo una reparación de emergencia; no me extraña que fallaran. Toco la cinta y me sorprendo al encontrarla aún pegajosa. Es muy raro, porque debe de llevar aquí varias generaciones.

No sé qué pudo frexar los sensores, pero, en cualquier caso, ahora parecen ir bien. Y si los sensores están operativos, es muy posible que logre revertir el cierre de la lanzadera.

Gateo para salir y al incorporarme veo que en la pantalla parpadea un recuadro: «Introduzca el código militar de autorización». Mierda: no conozco esa secuencia que tan bien parece saberse el coronel Martin. Tecleo como loco, tratando de encontrar alguna manera de saltarme esta pantalla. Tiene que haber alguna manera: al fin y al cabo, Orion consiguió abrir todas las puertas cerradas que había en la *Fortuna*, incluidas las de esta lanzadera.

Y si Orion pudo hacerlo, yo también puedo. Me vuelvo hacia la unidad central del ordenador y busco la base de datos donde se almacenan todas las claves tecleadas a lo largo del tiempo. Solo me lleva unos minutos detectar una combinación que se repite una y otra vez: K-A-Y-L-E-I-G-H. No hace falta ser un genio para deducir que Orion reprogramó el ordenador de forma que se desbloqueara también con esta clave. La elección de la palabra es muy propia de él: Kayleigh, la pobre chica cuyo cadáver apareció flotando en el estanque que ocultaba la escotilla de acceso a la lanzadera.

Me abalanzo hacia el teclado que hay junto a la puerta y Amy se aparta de un salto para dejarme pasar. Introduzco el código a toda prisa y los cerrojos se descorren con un chasquido.

Abro la puerta de golpe. Estoy a punto de entrar cuando Amy me aferra del brazo.

—Si está despierto —susurra—, tenemos que volverlo a congelar.

—¡No, frexo! Si está despierto, tenemos muchas cosas que preguntarle. Orion es el único que sabe lo que hay en este planeta, Amy. Nadie más conoce esa información. Sabía que nos encontraríamos con monstruos, sabía cómo serían. Tal vez sepa la forma de combatirlos.

—Vale: le interrogamos y luego volvemos a congelarlo —replica Amy; su tono es frío, pero sus ojos están llenos de miedo y dolor—. No voy a permitir que lo sueltes, Elder. Imagina el caos que puede provocar... Imagina lo que le hará a la gente de la Tierra.

No me molesto en contestar. Amy nunca podrá ver en Orion nada que no sea maldad. Ella no ve lo que veo yo. Ella no se ve reflejada en él.

Me suelta el brazo y yo doy un paso adelante.

—No vas a volver a abandonarme, ¿verdad?

Me quedo helado. Lo ha dicho con voz tranquila y queda, apenas más que un susurro, y en su tono hay una tristeza que jamás había oído.

Sin esperar mi respuesta, Amy me aparta del umbral y entra en la lanzadera.

En los pasillos reina un silencio inquietante. El aire parece estancado. Incluso nuestros pasos suenan extrañamente amortiguados.

Me asomo a la sala de criopreservación. Una parte de mí espera ver a Orion ahí sentado, esperándonos.

Pero no está. Claro que no está.

—Aquí dentro —musita Amy aproximándose a la puerta del laboratorio.

El ambiente se hace más sofocante cuanto más avanzamos. ¿Cómo hemos podido plantearnos siquiera el vivir aquí dentro?

Amy se acerca al escáner biométrico de la puerta y apoya el pulgar. Cuando la puerta empieza a abrirse, suelta el aire como si hubiera contenido la respiración.

Entro en el laboratorio detrás de ella.

—¿Dónde está? —pregunta Amy mirando el tubo de crionización.

La última vez que estuvimos aquí, la cara de Orion se distinguía al otro lado del cristal. Ahora... ahora no se ve nada. El tubo está vacío, sin rastro de hielo ni de Orion.

—No puede ser —murmuro.

Amy se acerca a la pared y empieza a examinar los rincones, como si creyera que Orion puede estar oculto detrás de la bomba de fidus. Yo me acerco al tubo de crionización, con el estómago encogido por el miedo. El temporizador muestra un número parpadeante: 00:00:00. Se nos ha acabado el tiempo.

La puerta del tubo se abre con un silbido de aire a presión.

Orion está acurrucado en el suelo. Tiene la piel tan roja como si le hubieran raspado la epidermis; a primera vista parece un montón de carne cubierto con trapos, más que una persona. Se estremece y solo entonces me convengo de que está vivo.

Amy resuella. La miro de reojo: en sus ojos, muy abiertos, hay una mirada de horror. Se tapa la boca con una mano. Por mucho que odie a Orion, es imposible mirar a este caparazón que fue una persona y no sentir lástima.

—Orion... —susurro.

Una mano temblorosa se extiende hacia mí, aún húmeda por el líquido espeso y azulado del que estaba lleno el tubo.

La agarro y noto que la carne cede bajo mis dedos como una esponja húmeda. Cuando tiro de ella para ayudarle a ponerse en pie, Orion abre la boca y deja escapar un grito sordo y rasposo que me pone los pelos de punta. Es como un estertor agónico.

Se está muriendo.

La idea me golpea como una maza, tan fuerte que estoy a punto de vomitar. Sin embargo, sé que es verdad.

Se está muriendo.

Observo la torpeza con la que trata de incorporarse, aferrado a mi mano, y pienso en lo atrofiados que deben de estar sus músculos. Revivo mentalmente el momento en

que lo congelamos —en que lo congelé—: lo empujamos al interior del tubo y activamos sin más el proceso de crionización. No preparamos su organismo. No le colocamos sensores en la piel para ajustar el proceso de reanimación. No le echamos gotas en los ojos ni le introdujimos sustancias especiales en el sistema circulatorio. Ni siquiera lo desvestimos.

Más allá de su mano aferrada a la mía, un hilo de sangre asoma por su bocamanga. Su piel se ha fundido con el tejido, y ahora se desgarras como si fuera papel húmedo.

Amy empuja una camilla con ruedas hasta situarla a nuestro lado. En cuanto Orion logra ponerse en pie, le ayudo a avanzar los dos pasos que le separan de la camilla para que pueda sentarse.

Se queda ahí, jadeante y encorvado. Su pelo cuelga en mechones de los que caen gotas espesas y azuladas. El pecho se le hunde al respirar, como si estuviera exhausto y necesitara dedicar toda su energía a llevar aire a sus pulmones. Engarfia los dedos y se lleva las manos a la cara.

Solo entonces le miro a los ojos.

Siguen casi fuera de sus órbitas, igual que cuando estaba congelado. Los iris están cubiertos de una película opaca, que podrían ser cataratas si no fueran del mismo azul celeste que las motas que salpicaban el líquido de criopreservación.

Sus manos, aún engarfiadas, se deslizan por sus mejillas y se detienen sobre su boca.

Mascullo algo ininteligible.

Noto cómo Amy tiembla a mi lado, contemplando esta sombra que apenas es humana.

Orion deja caer los brazos a los lados.

Me inclino hacia él y trato de encontrar su mirada. Es imposible: sus ojos están perdidos en el vacío.

Se ha quedado ciego.

Ciego. Herido. Agonizante.

Y no podemos ayudarlo.

Yo no quería hacerle esto. ¿Pero qué importancia tiene eso ahora? Ya está hecho.

Y el responsable soy yo.



Quiero que se lance sobre nosotros.

Quiero que ruja, que nos ataque, que vuelque la camilla y trate de matarnos.

Porque ese es el Orion que puedo comprender.

No sé qué sentir hacia un Orion torturado, un Orion para el que existir es un tormento inhumano, un Orion que se muere ante mis ojos.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta con un graznido.

Al mover los labios para pronunciar esas cuatro palabras, las comisuras se le agrietan y empiezan a sangrar.

—Has estado congelado —contesta Elder con voz suave y calmada, como si quisiera tranquilizar a un animal asustadizo.

El cuerpo de Orion se sacude en un espasmo, y me lleva unos segundos darme cuenta de que es un intento de carcajada.

—Frexo... ¿Cuánto tiempo he pasado en el tubo?

—Tres meses.

Sus hombros se encogen un poco más, como si envejeciera esos tres meses en un instante.

—¿Dónde estamos?

Sé que no se refiere a la parte de la nave en la que nos encontramos. Quiere saber si seguimos a bordo de la *Fortuna* o hemos llegado a Tierra Centauri.

—Hemos aterrizado —responde Elder.

—¿Por qué? —replica y, para mi sorpresa, en su tono no hay ira ni reproche.

—No teníamos elección.

Miro a Elder. Estoy empezando a dudar de que eso sea verdad. Él esboza una sonrisa amarga, como si albergara las mismas dudas.

—¿Por qué me duele tanto? ¿Por qué no veo nada? —musita Orion con una voz teñida de temor.

Algo se resquebraja en mi corazón.

—Tu procedimiento de crionización no fue el más adecuado.

—No... —Orion traga saliva, e incluso ese simple gesto parece producirle un dolor insoportable—. No me encuentro bien.

—Lo sé —contesta Elder suavemente—. Lo sé... Y lo siento.

La cara de Orion se vuelve hacia nosotros y, por un momento, pienso que sus ojos velados se centran en mí. Pero no, es imposible: está ciego.

—No te culpo —dice con voz algo más enérgica.

Elder agacha la cabeza. Tal vez Orion no lo culpe, pero él se culpa a sí mismo.

—Puede que lo mereciera —continúa Orion—. Tampoco la culpo a ella.

El corazón se me detiene: está hablando de mí.

—Esa chica... Me alegro de que la encontraras, Elder. Me alegro de que despertara. Yo ya había intentado cambiar las cosas, tú lo sabes bien. Pero no tenía a nadie como ella. Lo único que conseguí fueron nuevas cicatrices —se roza el cuello con las yemas de los dedos—. Cicatrices: es lo único que se me da bien —se cubre los ojos con las manos y deja caer la cabeza hacia delante—. No deberíamos estar aquí.

—No nos quedaba otra op... —repite Elder, pero Orion le corta.

—Eso no es verdad, y tú lo sabes —toma aire y suelta una tos borboteante—. Pero una vez que viste el planeta, no fuiste capaz de ignorarlo. Sé lo que sentiste; recuerda que yo lo vi también. Pero tuve el sentido común de esconderlo por el bien de la gente que vivía en la *Fortuna* —vuelve a toser, y con el aire sale una bocanada de sangre que le salpica los labios hinchados—. Supongo que no me he ganado el derecho a verlo, ahora que estamos en él.

Me recorre un escalofrío: en su voz resuena una añoranza sin fondo.

Y por primera vez, me doy cuenta de que tengo algo en común con Orion.

—Yo también tengo cosas que lamentar —añade.

Elder abre la boca como si quisiera decir algo, pero no le sale la voz.

A Orion se le está escapando la vida ante nuestros ojos. De sus ojos caen dos hilillos de sangre, y el chorro que escapa por su boca es cada vez más copioso.

—No me quedé junto a los congelados para ver cómo morían —grazna, como si hubiera leído mis pensamientos hace unos minutos—. Si los hubiera visto, quizá no habría sido capaz de hacerlo.

—Orion... —masculla Elder—. Orion, necesitamos que nos ayudes.

La mano de Orion palpa la camilla como si quisiera asegurarse de sus dimensiones.

—Estoy... estoy tan cansado...

—¿Qué sabes acerca de los monstruos que viven en este planeta? —inquire Elder, ahora en un tono lleno de urgencia.

Sé lo que piensa: no podemos dejar que Orion muera y se lleve consigo todos sus secretos.

—Esclavos o carne de cañón —dice Orion, reclinándose para tumbarse—. Te lo dije... Esclavos o carne de cañón.

—No, Orion. No hablo de los congelados. Sé que son peligrosos, pero... ¿qué puedes decirme de las criaturas que habitan este planeta? Tú sabías que algo terrible nos esperaba aquí. ¿Qué es, Orion?

Orion se convulsiona. ¿Otra carcajada, o algo peor?

—¡Dímelo! —exclama Elder—. Orion, me lo tienes que decir. ¡Tenemos que saber a qué nos enfrentamos! ¡Ya ha muerto gente, Orion!

—¿Y qué? Yo también me estoy muriendo —jadea.

—¡Tienes que contármelo! —grita Elder aferrándole un brazo.

La carne se deforma bajo sus dedos, y la boca de Orion se abre para dejar paso a un

grito que su garganta ya no puede emitir. Elder le suelta el brazo como si quemara, mientras Orion se retuerce por el dolor.

Al cabo de unos segundos, Orion parece calmarse.

—No me digas que no los has encontrado, principito —dice con un hilo de voz, y carraspea—. ¿Es que no seguiste las pistas que te dejé?

—Ahora no tenemos tiempo para esos juegos —replica Elder en tono suplicante, como si estuviera a punto de romper a llorar—. Por favor, Orion, dime lo que sabes.

Orion hace un esfuerzo por volver a sentarse, pero no es capaz. Vuelve el rostro lentamente hacia Elder; tiene los ojos cerrados, como si abrirlos supusiera un esfuerzo excesivo para él.

—Muéstrame este mundo —dice, vocalizando despacio para asegurarse de que lo entiende—. Por favor.

En su voz no hay rastro de súplica: es una simple petición, expresada de forma clara y sentida.

Elder lo mira, vacilante. Pero yo entiendo a Orion: solo hablará si lo sacamos al exterior.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta tan sigilosamente como puedo, indicándole a Elder con un gesto que me siga. Él se agacha para agarrar las esquinas de la camilla y echa a andar empujándola. Solo se oye el rumor de nuestros pasos y el chirrido suave que hace la camilla al rodar.

Y los resuellos de Orion, desesperado por aferrarse a la vida un momento más.

Cuando Elder maniobra para salvar el recodo que hace el pasillo antes de desembocar en el puente, Orion se desliza por la superficie metálica. Extiende un brazo para agarrarse y da un respingo. Luego inhala con un ruido cavernoso y escupe sangre; puede que antes tuviera algo resquebrajado por dentro, pero ahora está definitivamente roto.

Aunque hemos dejado abierta la puerta del puente, tengo que ayudar a Elder a salvar el reborde del umbral. Me vuelvo, agarro el borde de la camilla y la levanto a pulso. Si Orion tenía alguna duda sobre si Elder estaba solo o acompañado, esto acaba de despejarla. Sin embargo, no dice nada al respecto.

Cuando nos asomamos al exterior, Orion se alza con dificultad sobre los codos y

levanta la cara hacia los soles. Se han elevado bastante desde que entramos en la lanzadera, y ahora asoman sobre las copas de los árboles.

Me vuelvo hacia él y lo observo: aunque el contacto con el aire libre lo ha revitalizado, ahora parece más menudo. Sus ojos, de nuevo muy abiertos, giran en sus cuencas haciendo un esfuerzo inútil por distinguir lo que le rodea. Por un momento me apiado de él, pero el sentimiento se desvanece cuando recuerdo los ojos desorbitados del cadáver de Theo Kennedy.

Se recuesta y extiende un brazo, con los dedos extendidos como si quisiera aferrar el calor de la mañana. Inspira una bocanada de aire fresco y sus fosas nasales se ensanchan; por un momento, todo él parece pendiente de su olfato. Cuando se levanta una brisa cálida y suave, Orion inclina la cabeza en la dirección de la que viene y ladea la cabeza para oír mejor el murmullo de los árboles.

Todo su ser está concentrado en los sentidos que le quedan, ávido de absorber este mundo.

Su brazo desciende lentamente. Las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisa.

Luego suelta un suspiro prolongado, y me doy cuenta de que con él escapa la poca vida que le quedaba.

La luz opaca de sus ojos se apaga lentamente hasta desaparecer.



—Está muerto.

Oigo las palabras de Amy, pero no logro comprender su significado.

No puede estar muerto. Sus ojos ciegos siguen fijos en el mundo que se extiende frente a él, tratando de absorber una imagen que nunca verá.

No me veo capaz de cerrarlos.

—Él era yo, ¿sabes?

Un yo que se enfrentó solo a la verdad. Un yo que cometió crímenes por proteger a su gente. Todo lo que hay de bueno en mi vida vino de él, y yo no le devolví nada a cambio.

—Técnicamente éramos la misma persona —insisto.

—Lo sé —responde Amy.

—Lo siento —le susurro al cadáver de Orion.

Tal vez fuera un asesino, pero no se merecía morir así.

No merecía que le entregáramos el planeta para arrebatárselo acto seguido.

Me apoyo en la pared y me dejo caer, con la espalda apoyada en la superficie de metal.

No quiero mirar a los ojos de Amy. Todo esto ha sido un error. No deberíamos estar aquí. Jamás deberíamos haber abandonado la *Fortuna*.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —me consuela Amy—. No vamos a dejar que muera nadie más.

Se sienta a mi lado y apoya su cabeza en mi hombro. Nos quedamos así unos minutos, sin decir nada. No hago más que dar vueltas a la idea de que no puedo proteger a mi gente si no sé a qué nos enfrentamos. Entonces, Amy se remueve a mi lado y pienso en todo lo que yo tengo y Orion no tuvo.

—Elder, ¿qué te llamó antes Orion?

—¿A qué te refieres?

—Orion nos proporcionó otra pista —dice ella, con una súbita urgencia en la voz—. Antes de morir... —se pone en pie de un salto sin acabar la frase.

—¿De qué hablas, Amy? —pregunto mientras me pongo yo también en pie, con el corazón alborotado y las rodillas temblorosas.

—¡Una pista! No sé si fue a propósito o no, pero nos dio una pista.

—¡Amy, no sé de qué hablas!

—Piensa, Elder —me urge Amy mirándome con los ojos encendidos—. Piensa en la sucesión de pistas que dejó para nosotros.

Por mi mente desfilan imágenes de las pasadas semanas. El cuadro de Harley, el intercom de Amy, los libros de Shakespeare y Dante... Y sí, también había otro libro...

—Lo has olvidado, ¿verdad? Claro, estabas demasiado ocupado con los trajes —dice ella con una sonrisa maliciosa.

—¿Trajes? ¿Qué trajes?

Me agarra de la mano y me arrastra de vuelta al pasillo.

—¿Te acuerdas del día en que descubrimos dónde se guardaban los trajes espaciales? En la sala había un libro. Me di cuenta enseguida de que nos lo había dejado Orion, pero dentro no había ninguna pista. ¿Recuerdas el título?

Niego con la cabeza: en aquel momento, solo podía pensar en salir de la *Fortuna* y ver el universo que se extendía al otro lado de aquellas paredes de metal.

—Yo sí que me acuerdo —repite Amy con una sonrisa satisfecha—. Era un libro muy conocido: *El principito* —se vuelve hacia mí con tanta precipitación que la melena le azota la cara—. ¿No te das cuenta? ¡Es lo que Orion te ha llamado hace un rato!

—Principito... —mascullo, contagiado por un momento de su optimismo.

Pero no, no puede ser.

—Amy, no creo que eso sea una pista —digo—. Orion se estaba burlando de mí diciéndome que, aunque yo sea el líder, nadie me toma en serio. Además, ya encontramos la pista que contenía aquel libro.

Ella arruga la frente en un esfuerzo por recordar.

—¿Y qué pista era?

Me encojo de hombros.

—Nada, solo un párrafo subrayado.

—No, no. Me refiero a lo que indicaba esa pista. Mira, Elder: cada pieza de los rompecabezas de Orion tenía una razón de ser. Cada una llevaba a otra; Orion no dejaba nada al azar. ¿Qué función cumplía esa pista?

—Bueno, estaba junto a los trajes espaciales.

—Sí, pero no fue lo que nos llevó hasta ellos; la pista que nos permitió descubrirlos estaba en el soneto.

—¿Y...?

—Pues que tuvimos que pasar algo por alto. Orion sabía algo más, algo relacionado con la nave o la misión que nosotros no llegamos a averiguar. Nos saltamos una pista, Elder.

Tiene razón. Cuando encontramos aquel libro, yo no le hice caso: estaba demasiado ocupado con los trajes espaciales, y luego, con el descubrimiento del planeta. Amy tampoco le prestó atención, porque justo entonces yo estuve a punto de morir. Las cosas se precipitaron... y nosotros dejamos escapar algo, alguna información de Orion sobre los peligros de este planeta.

Echo a andar rápidamente hacia la sala donde se guardan los trajes espaciales, la primera después del puente. Sigue abarrotada de materiales que trajimos de la *Fortuna*. Me quedo mirando las cajas de provisiones, los paquetes de telas, medicamentos y equipos varios que pensamos que podríamos necesitar.

Y en ese momento, lo veo con total claridad.

—El libro no puede seguir aquí, Amy.

Ha sido una tontería venir: si lo hubiera pensado dos veces, me habría dado cuenta de que *El principito* ya no está en esta sala. Antes de llenarla de materiales e incluso de jaulas con animales vivos, la vaciamos por completo; está claro que, en un momento u otro, alguien tuvo que encontrar el libro y tirarlo o llevarlo a otra parte. Ahora mismo podría estar guardado en cualquier parte de la *Fortuna*, o destruido y convertido en compost para los campos de cultivo.

Sí, puede que *El principito* contuviera una última pista. Pero, fuera lo que fuera, ya no se encuentra a nuestro alcance.

Amy suelta una carcajada.

—Ay, hombre de poca fe... —se ríe—. Yo estaba en esta sala cuando guardaron aquí los materiales. Estuve a punto de llevar el libro al archivo, pero... —se interrumpe y recorre con la mirada los montones de cajas—. Aúpame, ¿quieres?

—¿Qué? —farfullo.

—Que me aúpes con las manos.

Se acerca a una caja y se apoya en ella como si quisiera comprobar que aguanta su peso. Me acerco y formo un estribo con las manos; ella se sube a la caja y se encarama a la pila contigua.

—Amy, ¿se puede saber qué haces?

Ella sigue avanzando sobre los montones de cajas, mascullando cuando pierde pie o resbala.

—Me dijiste que no gastara espacio en nada que no necesitáramos para sobrevivir —explica al fin—. Y yo pensaba hacerte caso, pero... —llega a la pared y su voz se apaga.

Ahora, su cabeza está al mismo nivel que la pantalla que hubiera debido mostrarme cómo usar los trajes espaciales.

—... pero no fui capaz de desprenderme de este libro —remacha.

Fuerza los dedos bajo la pantalla y esta se levanta revelando un hueco rectangular. En él hay un libro pequeño, con un dibujo de un chico rubio de pie sobre un planeta lleno de cráteres.

Amy lo agarra, retrocede con cautela, salta al suelo y me ofrece el libro. Encima del dibujo aparece el título: *El principito*. A continuación aparece un nombre impronunciable, supongo que el del autor.

Voy pasando las páginas hasta encontrar la pista de Orion, ese texto subrayado que Amy vio pero que a ninguno de los dos se le ocurrió desentrañar.

—A mí —dijo el principito— no me gusta condenar a muerte.

—Es una advertencia —mascullo después de leerlo.

—Tiene que significar algo más —protesta Amy, que lo ha leído asomada sobre mi hombro—. Orion nunca nos hubiera dejado una pista que no remitiera a otra cosa, y mucho menos la hubiera sacado a relucir mientras agonizaba y tú le interrogabas acerca de los peligros del planeta. Estaría loco, pero se tomaba sus pistas muy en serio. En este libro tiene que haber algo relacionado con los peligros de Tierra Centauri.

No sé cuánto de esto es pura lógica y cuánto responde a nuestros deseos de hallar respuestas; lo que sí sé es que no tenemos nada más a lo que aferrarnos.

Cierro el libro y examino la cubierta. Aunque Orion me llamara principito, no creo tener nada en común con el de este libro. El chico del dibujo está solo en su reino de roca polvorienta; no sabe lo que es tener a más de mil personas pendientes de él. Podría abandonar su planeta de un salto y recorrer brincando el universo; de hecho, cuando hojeo el libro compruebo que eso es justamente lo que hace. Su planeta es tan pequeño que no tiene gravedad con la que atraparlo. En mi caso, sin embargo, no es solo la gravedad lo que me atrapa.

Empiezo a leer la historia, pero no me puedo concentrar mientras Amy rebulle impaciente a mi lado. Parece una bobada: hay un sombrero, una rosa y un zorro, unidos por una sarta de sinsentidos. Cuando llego al final, cierro el libro y se lo devuelvo a Amy.

—Aquí no hay nada —le digo.

Ella meneaba la cabeza y vuelve a abrirlo.

—Tiene que haber algo.

Pasa las páginas hasta llegar a la mitad, donde Orion subrayó la frase. Recorre el trazo grueso y profundo con la yema de los dedos; luego pasa un par de páginas y examina una ilustración que muestra a un hombre fornido con una capa de estrellas,

sentado sobre un planeta aún más pequeño que el del Principito.

Y entonces ahoga un grito.

—¿Qué pasa? —pregunto acercándome más a ella.

—Mira —responde, y da la vuelta al libro para que pueda ver bien el dibujo—. ¡Mira, Elder!

Y entonces lo veo.

La pista no está en el texto, sino en esta ilustración.

—Es un rey —explica Amy—. Cree que es el rey del universo.

La capa lo envuelve y cae formando pliegues por los lados del planeta. Bajo su corona dorada, el rey frunce el ceño; por alguna razón que no sabría explicar, su rostro arrugado me recuerda a Eldest.

Justo en el punto donde debe estar su corazón hay dibujada una estrella. Es parte de la ilustración original, una de las estrellas que decoran la tela; pero dentro de ella, en tinta negra desvaída, alguien ha trazado un corazón.

—Y mira aquí —dice Amy señalando la parte inferior del planeta-trono.

Una frase escrita en letra menuda se curva a lo largo del borde inferior de la esfera:

¿Quiénes son los verdaderos monstruos?



«Quiénes». No pone «Qué son los monstruos», sino «Quiénes son».

Elder suspira y cierra el libro de golpe.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Que esto no nos lleva a ninguna parte —responde, mirando el libro con el ceño fruncido—. No es más que otra adivinanza del frexo. Y aunque consiguiéramos averiguar a qué pista remite, no podríamos acceder a ella.

—No estés tan seguro —replico, aunque en el fondo sé que tiene razón.

Elder toca con gesto ausente su intercom, ahora inútil.

—Amy, esto no sirve para nada. La respuesta a este acertijo está en órbita alrededor del planeta, en algún rincón de la *Fortuna*.

—Sí que sirve —me empeño, a pesar de que todo apunta a lo contrario.

Él ni siquiera me responde. Cuando alzo la mirada, veo que me observa con expresión seria.

—Dime, Elder —mascullo mientras juego con un mechón de pelo, nerviosa ante la intensidad de su mirada.

—Yo no quería irme —responde, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Cómo?

—Cuando perdiste el conocimiento... Yo no quería irme de tu lado. Traté de quedarme contigo, pero tus padres...

—Ay, Elder —suspiro, sintiéndome estúpida por habérselo reprochado antes.

No necesito tenerlo junto a mí las veinticuatro horas del día para saber que quiere estar conmigo. Supongo que mi reacción de esta mañana se debe a que, aunque no fuera consciente de ello, yo también quiero —necesito— estar a su lado.

—Hablando de tus padres, deberíamos volver —dice con voz átona—. Tu padre querrá saber que la lanzadera está abierta.

Asiento con la cabeza, me meto *El principito* debajo del brazo y echo a andar detrás de él. Aunque hayamos encontrado lo que vinimos a buscar —una pista que pueda conducirnos hasta las respuestas que necesitamos—, me invade una sensación de derrota.

Al llegar a la rampa, Elder se detiene junto al cadáver de Orion y lo observa. Doy un respingo: entre la sombra que desdibuja los rasgos de Orion y los mechones que casi tapan la cara de Elder, se diría que el uno es el reflejo del otro. Aprieto el libro contra mi pecho y respiro hondo para despejar la impresión.

—¡Amy! —exclama de pronto una voz masculina.

Elder retrocede y se coloca delante de mí, como si quisiera defenderme de algún enemigo. Es absurdo: si fuera un enemigo, no sabría cómo me llamo.

Chris aparece entre los árboles que bordean el claro.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta, en un tono que mezcla la sorpresa con la suspicacia.

—Yo estoy en mi lanzadera, como puedes observar —responde Elder con voz firme—. Y tú, ¿qué haces aquí?

—El coronel Martin me ordenó que comprobara si seguía cerrada. ¿Qué es eso? —pregunta Chris señalando el cadáver de Orion.

Elder le cuenta lo que ha pasado... más o menos. Le dice que Orion era un nativo de la nave que fue congelado por sus delitos, pero omite toda mención a las pistas.

—Deberíais volver al poblado —dice Chris cuando Elder termina la explicación—. El coronel Martin ha convocado una reunión general de todos los colonos. Me ha enviado para ver si podía llevarle un amplificador de voz, pero empezará a hablar en cuanto yo vuelva.

Sube la rampa a grandes zancadas y entra al puente, evitando rozar a Orion o la camilla en la que reposa. Se acerca a un panel que hay en la pared, lo desliza y extrae un aparato que le pasa a Elder, quien me lo entrega a mí. Yo lo aprieto con ambas

manos contra mi pecho, sobre el ejemplar de *El principito*. Chris se queda mirando el libro unos segundos, pero no se molesta en hacer preguntas.

—¿Qué hacemos con...? —dice Elder señalando el cuerpo de Orion, incapaz de acabar la frase.

—Yo me ocupo —responde Chris—. Ya... ya he ayudado con las otras dos.

Juliana Robertson y Lorin.

Muchos muertos.

Demasiados.

Y ni siquiera sabemos qué les ocurrió.

—¿Habéis averiguado qué las mató? —pregunta Elder, que claramente está pensando lo mismo que yo.

—Fue un ptero —responde Chris.

Al ver nuestras caras de asombro, se explica.

—Así han bautizado a los monstruos volantes. Supongo que es una abreviatura de pterodáctilo o pterosaurio. Se parecen tanto a aquellos bichos...

No puedo evitar figurarme cómo serían los últimos momentos de las dos mujeres: garras, dientes afilados como los de una sierra... Hago una mueca y me esfuerzo por pensar en otra cosa.

—Venga, marchaos —insiste Chris—. El coronel aún no se ha dado cuenta de que faltas, Amy, pero no creo que tarde mucho.

Hago un gesto de asentimiento: mi padre se pondrá furioso si descubre que he vuelto a la lanzadera, especialmente después de lo de las flores moradas. Agarro a Elder de la mano y tiro de él suavemente en dirección al poblado. Chris se queda de pie en el puente.

—¿Qué crees que hará con él? —dice Elder, tropezando con una raíz que no ha visto porque no deja de mirar atrás.

—¿Con quién?

—Con Orion.

—Enterrarlo, supongo. Eso hicieron con los que murieron durante el aterrizaje.

Elder frunce el ceño. Se detiene y hace ademán de volver sobre sus pasos, pero enseguida recapacita y retoma el camino del poblado.

—No me gusta —susurra.

—¿Qué... qué ritos funerarios practicabais vosotros? —pregunto, sin saber bien cómo plantear la cuestión.

Sé que en la sociedad de la nave no había ninguna religión, pero nunca he tenido muy claro qué se hacía con la gente que moría. El cuerpo de Harley se perdió en el espacio, y nunca llegué a ver qué ocurría con los demás. Cuando conocí a Steela, una mujer a la que mataron simplemente porque era mayor, Doc me insinuó que los cadáveres se reciclaban, pero creo que casi nadie —ni siquiera Elder— sabía que aquello se hacía. Creo que esa fue la vez que más cerca estuve de la verdad.

—Los enviábamos a las estrellas —responde Elder—. No hacíamos nada parecido a los rituales religiosos sobre los que leí en el archivo; no rezábamos ni nada por el estilo. Pero, aunque no creyéramos en dioses, todos podíamos apreciar lo bello que era flotar libremente durante toda la eternidad, salir de los confines de la nave y vagar por el universo.

Traga saliva y me doy cuenta de que tiene los ojos enrojecidos.

—Ahora que no podemos soltarlos entre las estrellas, ¿qué vamos a hacer con nuestros muertos? —se pregunta—. Enterrarlos es justo lo contrario de lo que hacíamos...

—Mi madre me habló una vez de un físico muy famoso que decía que todos estamos hechos de la materia de las estrellas —respondo, haciendo memoria para recordar la cita textual—. Según él, las partículas que nos componen son las mismas que componen el universo. Así que tal vez no importe si se entierra a la gente o se la manda al espacio; puede que las dos cosas conduzcan a las estrellas, al fin y al cabo.

—Sea como sea, estarán muertos —masculla Elder con amargura.

—Todos moriremos algún día.

Tal vez lo único que haga soportable esa idea sea la consciencia de que solo al morir podremos retornar a las estrellas.

Cuando llegamos al final del bosque, vemos que la gente ya se está congregando en

el prado que hay entre los árboles y el poblado. Se oye un murmullo constante, demasiado confuso para identificar ninguna palabra. Pero no me hace falta entenderlos para saber qué es lo que sienten: miedo.

Empiezo a rodear la muchedumbre para ir hacia los edificios, pero Elder me agarra de la mano y la aprieta. Lo miro y comprendo lo que me quiere decir: él va a quedarse aquí. Su gente lo necesita. Asiento sin decir nada y prosigo, esquivando corrillos que hablan con expresión grave.

—¡Amy, al fin! —exclama mi madre con alivio—. ¿Dónde te habías metido? ¿Estabas con ese tal Elder? ¡No sabes lo preocupada que me tenías! La próxima vez que quieras hacer algo así, avisa al menos a Chris o a otro soldado para que te acompañen.

—Solo he ido a... —empiezo a decir, mientras me devano los sesos en busca de alguna mentira convincente.

No hace falta: mi madre no me escucha. Ni siquiera ha advertido el castigado ejemplar de *El principito* ni el amplificador de voz que llevo en las manos.

—Chris me ha dado esto para que se lo traiga a papá —digo al fin, mostrándole a mi madre el amplificador mientras oculto el libro detrás de mi espalda.

Mi madre asiente y me hace entrar en el primer edificio.

Freno en seco.

Hay dos cuerpos tendidos sobre el suelo polvoriento. Uno tiene la cara más o menos cubierta, pero identifico la mata de pelo rizado que asoma bajo la chaqueta de Juliana Robertson. El resto del cuerpo apenas parece humano: está desgarrado y sanguinolento, como si una fiera se hubiera cebado en él. No cabe duda: la ha matado un pterio.

Lorin, a su lado, parece dormida.

No lo está.

—¿Y el doctor Gupta? —pregunto, y mi madre suelta un suspiro.

—Aún no lo sabemos, pero... la verdad es que no tenemos muchas esperanzas. Cuando encontramos a la pobre sargento Robertson, tuvimos que recoger las partes de su cuerpo que había esparcidas por la zona. Al principio pensamos que... que algunos de los miembros pertenecían al doctor Gupta. Pero no es así.

La miro a los ojos, esperanzada, pero su expresión me lo dice todo.

—Es posible que no quede nada de él. Me refiero a que tal vez el monstruo se lo haya... Ay, Amy...

—¿Creéis que se lo ha comido? —jadeo.

Mi madre me mira sin decir nada.

—¡Amy! Te estaba buscando —exclama mi padre mientras baja del primer piso—. ¿Has visto a Chris? Todo el mundo está esperando que empiece a hablarles.

¿Esa es su prioridad en este momento? No me lo puedo creer. Rodeo los dos cuerpos para acercarme a él.

—Toma —digo ofreciéndole el amplificador, y trago saliva para contener una náusea—. Por cierto, Elder ha conseguido abrir la lanzadera.

—¿De verdad? —contesta mi padre con expresión satisfecha—. Ah, muy bien. Ya era hora de que empezaran a funcionar las cosas.

Se da la vuelta y regresa al piso de arriba. Me giro para hablar con mi madre, pero ya no está a mi lado; supongo que habrá salido para escuchar el discurso.

Estoy sola con los dos cadáveres: uno destrozado, el otro intacto. El único ojo que le queda a Juliana Robertson parece seguirme mientras salgo corriendo de la sala.



El coronel Martin nos observa desde la azotea del edificio más cercano, empuñando el amplificador de voz. Mi gente se remueve inquieta. En la lanzadera había una línea invisible que separaba a los nacidos en la Tierra de los nacidos en la nave. Ahora, los científicos están de pie delante de los edificios y los militares se alinean frente al bosque, atrapando a mi gente en medio.

—Atención, miembros de la colonia —comienza el coronel, y mis labios se tuercen en una sonrisa amarga.

Sí, ha sido muy astuto al llamarnos «colonia» como si todos formáramos parte de lo mismo.

—Es mi deber informaros de un acontecimiento lamentable —continúa—. Ayer noche, encontramos a dos miembros de nuestro grupo que se habían extraviado: una era terrícola, y la otra era nativa de la *Fortuna*. Ambas estaban muertas.

Se levanta un coro de exclamaciones, y el coronel alza una mano para pedir silencio. Toda la gente de la nave estaba al corriente de que Lorin había desaparecido, pero eso no es lo mismo que enterarse de que ha muerto.

—Este terrible accidente nos recuerda que nuestro nuevo planeta está lleno de amenazas por descubrir. Algo tan simple como oler una flor puede haceros perder el conocimiento; alejaros del grupo puede conducirlos a las fauces de una bestia salvaje y despiadada.

Miro a mi alrededor: todos observan al coronel con el rostro demudado por el terror. Me pregunto si es consciente de lo que acaba de hacer. No hay peor miedo que el miedo a lo desconocido, y gracias a sus palabras, mi gente está convencida de que el planeta entero está erizado de peligros incógnitos.

—Para minimizar los riesgos —prosigue—, el personal militar que tengo a mi cargo impondrá una serie de medidas: toque de queda, normas que regulen los movimientos

de los colonos, etcétera.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento. No sé si desconfío de sus palabras por los años que he pasado con Eldest, por mi experiencia con Bartie o por el hecho de que, en un rincón de mi mente, puedo oír lo que diría Orion si estuviera aquí. Sea como sea, no logro despejar el recelo que me revuelve el estómago.

—Hemos logrado abrir de nuevo la lanzadera; pero si algo nos ha enseñado nuestra evacuación forzosa, es que no resulta aconsejable confinar a toda la colonia en un espacio tan reducido. Así pues, de ahora en adelante solo usaremos la lanzadera como espacio para el almacenaje y la investigación científica. Todos nosotros, tanto los terrícolas como los nativos de la *Fortuna*, nos instalaremos en este poblado. Aunque tendremos que repartirnos el espacio, gozaremos de una privacidad mucho mayor que la que nos ofrecería la lanzadera.

En este punto estoy de acuerdo con él: la primera noche fue horrible para todos.

—Mañana, a primera hora, empezaremos a instalarnos. Recoged todo lo que creáis que vais a necesitar para la vida diaria y llevadlo al alojamiento que os sea asignado. Mi personal distribuirá alimentos a mediodía, y al mismo tiempo os comunicará vuestras nuevas tareas.

Entrecierro los ojos.

—Todos tendremos que poner algo de nuestra parte. Para sobrevivir necesitamos cubrir nuestras necesidades básicas, y eso requiere de un esfuerzo conjunto.

Creo firmemente que lo que dice es verdad.

Pero también creo que es el primer paso para que se cumpla la predicción de Orion.

Carne de cañón, me advirtió. *O esclavos*.

Cuando la gente empieza a desfilar hacia la lanzadera, guiados por una patrulla, yo me dirijo al poblado para hablar con el coronel. Lo encuentro saliendo del edificio en el que se aloja.

—Ah, Elder —me saluda—. Hubiera querido hablar contigo antes del discurso, pero no te encontré.

Asiento sin darle importancia: prefiero ir al grano.

—¿Cómo piensa dividir el trabajo? —le pregunto.

Él extiende una mano y Emma, que está a su espalda, le entrega un cuaderno.

—He hablado con Cat, vuestra médico... —empieza.

—Kit —le corrijo automáticamente.

—Eso, Kit. Me dijo que había recopilado en una lista las capacidades de cada uno de los nativos de la nave, y accedió amablemente a compartirla conmigo. Me gustaría que los granjeros comenzaran a trabajar de inmediato; creo que en esta zona es verano, pero tal vez estemos a tiempo de plantar alguna cosecha tardía.

—Me parece bien —digo, sorprendido por lo razonable de su enfoque.

—Las demás tareas que necesitamos abordar ahora mismo son de carácter manual —prosigue—. Hay que despejar un camino entre la lanzadera y el poblado. También debemos instalar letrinas urgentemente. Por último, antes de salir de la lanzadera vi que había una bomba de agua y tuberías, y me gustaría usarlas para traer agua al asentamiento.

Asiento con la cabeza.

—Puedo ayudar a distribuir las tareas entre mi gente —digo—. Sin embargo, antes quiero saber qué hará su gente, coronel.

—La principal tarea que encomendó el FREX a nuestra colonia era descubrir nuevas fuentes de materias primas, así que me gustaría que hubiera presentes algunos geólogos durante la excavación de las letrinas. Los demás científicos se ocuparán de trabajar en sus áreas respectivas, y el personal militar se distribuirá por la zona para proteger a todos los colonos.

—¿Protegerlos de qué? ¿De los pteros?

—Exacto.

El coronel se pone en jarras y me mira interrogante, como si quisiera oír mi opinión sobre las medidas que propone. Tengo la incómoda sensación de que está usando las palabras para envolverme, como una araña con su tela.

—¿Y no cree que tal vez haga falta protegernos de lo que construyó estos edificios?

—Te recuerdo que fuiste tú quien propuso que nos refugiáramos aquí —replica sin perder comba—. Y he de reconocer que fue buena idea. Por lo demás, nada nos lleva

a pensar que las formas de vida que crearon estas estructuras sean hostiles hacia nosotros; de hecho, es muy posible que hayan desaparecido del planeta.

Lo miro y aguardo a que continúe, pero no parece tener nada más que decir.

—¿Ni siquiera le intriga saber cómo eran, o son? —pregunto, sin disimular el asombro que me produce su indiferencia—. Eran de tamaño humano, construyeron edificios que se adaptan perfectamente a nuestras necesidades y no queda ningún rastro de ellos. ¿Me va a decir que no le importa?

—Lo que me importa —repite con voz grave— es el futuro de esta colonia. El pasado de este planeta me parece secundario.

—De modo que quiere letrinas y muestras de suelo —gruño—. Y, corríjame si me equivoco, no cuenta con que nadie de su gente agarre una pala.

—Podemos proporcionaros herramientas adecuadas, pero no tenemos mano de obra suficiente para...

Lo interrumpo con un ademán. *Tendrías que haberlo supuesto*, resuena la voz de Orion en mis oídos.

—Entonces, solo trabajaré mi gente. ¿Es eso?

—Nosotros solo somos cien... Noventa y siete, de hecho.

—Ya. Y los noventa y siete querrán mear en las letrinas, ¿no?

—Os ayudaremos. Asignaré algunos hombres para que colaboren en la instalación de las tuberías y, como dije antes, los geólogos trabajarán mano a mano con quienes caven las fosas para recoger muestras de suelo. Tenemos que unir nuestras fuerzas, Elder.

Lo observo. No detecto condescendencia en su tono; hay una preocupación auténtica en su voz, y su expresión sincera es la misma que he visto en la cara de Amy cada vez que me ha hecho una promesa. Está diciendo la verdad.

Suspiro. ¿Me mostraría tan desconfiado si las palabras de Orion no resonaran en mi cabeza, si no lo hubiera visto morir hace menos de una hora?

—De acuerdo —murmuro—. Lo entiendo: debemos cooperar.

Pero desearía que esas palabras no sonaran tan ominosas.

Amy me sale al encuentro mientras ayudo a distribuir el almuerzo, un paquete de comida deshidratada tan seca como insípida. Mi gente acepta agradecida los paquetes y se acomoda para comer en algún rincón de los edificios que ahora son su hogar.

La miro: lleva *El principito* en una mano.

—Tenemos que hablar con Kit —me dice en un susurro—. Trabajó con Doc, que era quien manejaba los intercomunicadores; tal vez sepa cómo amplificar la señal del tuyo para que puedas comunicarte con la nave. Si logramos hablar con Bartie u otra persona de las que se quedaron allí, tal vez averigüemos dónde escondió Orion la pista siguiente...

—No, Amy —la interrumpo con voz fatigada.

Acomodo la bolsa de comida sobre mi hombro y me dirijo hacia el siguiente edificio. Ella me pisa los talones.

—¿Por qué no? —replica—. Merece la pena intentarlo.

—Tal vez —contesto, sacando paquetes de la bolsa y distribuyéndolos entre la gente—. Pero tenemos cosas más urgentes que hacer. No puedo dejar que mi gente se muera de hambre.

—¡Elder! —exclama Amy, asombrada—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Tampoco puedes dejar que se los coman los pteros!

Estoy demasiado cansado para discutir. Sigo repartiendo paquetes sin decir nada, y ella se marcha enfurruñada con su libro.

Después del almuerzo, acompaño al primer grupo que va a trabajar en las letrinas: no quiero pedir a mi gente que haga nada que yo no estoy dispuesto a hacer. Agarro un pico y me paso las horas siguientes descargando en la tierra la frustración que he sentido al ver la expresión herida de Amy. Al principio, mi gente se queda paralizada por el terror cada vez que oyen un ruido desconocido o ven una sombra. Pero a medida que avanza la jornada, se dan cuenta de que la mayor parte de esos sustos son causados por el trajín de los geólogos, y se concentran en acabar cuanto antes la tarea a pesar del calor que hace.

Al cabo de un rato, me quito la camisa: el calor es agobiante, casi tanto como antes de que estallara la tormenta. Una gota de sudor resbala por mi nuca mientras clavo el pico por enésima vez en el suelo amarillento y arenoso.

Pero esta vez, la pieza de metal no se detiene: se hunde en la tierra y, de pronto, el terreno de alrededor se agrieta y se derrumba. Caigo rodeado de terrones, y a juzgar por los gritos, no soy el único al que se ha tragado el suelo. Por un momento me da la impresión de que la gravedad ha desaparecido como cuando aterrizamos, pero solo tardo un segundo en chocar contra una superficie dura y fría. Trato de recuperar el aliento, notando cómo el polvo se posa en mi piel pegajosa. Todo está en penumbra.

—¿Qué frexo es esto? —exclama Tiernan, que hace un segundo cavaba a mi lado.

Los dos miramos a nuestro alrededor y luego alzamos la mirada. Nuestro agujero ha atravesado el techo de un túnel: una galería de unas dimensiones que me ponen los pelos de punta.

—¡Elder! —grita otro alimentador asomándose tras un montón de tierra.

—¿Estáis todos bien? —pregunta un ingeniero terrícola desde arriba—. ¡Que alguien avise a los médicos!

Echo un vistazo alrededor y trato de evaluar los daños. Hay tres alimentadores heridos: uno tiene una raja en el hombro, otro cojea y el tercero tiene un raspón en la cara. Estamos todos cubiertos de barro. Al menos, el aire aquí es mucho más fresco. Calculo a ojo la altura del túnel: hemos caído unos siete metros, no más.

Los otros —somos diez en total— se congregan a mi alrededor. El blanco de sus ojos parece relucir en la oscuridad.

—Nos sacarán enseguida —les digo.

Alzo de nuevo la mirada y todos me imitan. La gente de arriba ya está asegurando una cuerda para rescatarnos.

Vuelvo a examinar el túnel.

—¿Qué frexo será esto? —murmuro.

Tiernan toca la pared y me mira con los ojos muy abiertos.

—Desde luego, no se ha hecho solo —dice.

Paso la mano por la superficie de tierra apisonada: es tan lisa como si la hubieran pulido. Sobre nuestras cabezas, la gente llama a gritos a los médicos y a los militares, tratando de organizarse. Pero aquí, en el silencio de abajo, el túnel se pierde en una oscuridad llena de misterios.

—¿Quién construyó esto? —musito.

Avanzo un paso. En cuanto me aparto del agujero, la negrura es tan intensa como si devorara la luz. El techo del túnel forma una bóveda, pero su suelo es plano. Dos hendiduras profundas y paralelas lo recorren. Calculo la anchura: unos tres metros. La criatura que ha hecho esto tiene que ser enorme. Por mi mente se precipita un remolino de imágenes de pesadilla: gusanos el doble de grandes que yo, topos gigantescos que podrían partirme con sus dientes afilados...

—¡Elder! —grita una voz profunda que parece cortar la oscuridad.

Levanto la mirada y veo al coronel Martin asomado al agujero.

—¿Hay algún herido? —pregunta.

—¡Tres!

—¡Bajamos!

Apenas he tenido tiempo de apartarme cuando una docena de sogas caen al túnel, y por ellas bajan otros tantos soldados vestidos de camuflaje. Se dirigen en primer lugar a los tres heridos, pero me doy cuenta de que están ansiosos por sacarnos a todos cuanto antes. Observo sus caras y, por primera vez, veo miedo en ellas. Todos miran nerviosos a su alrededor mientras amarran a mi gente e indican a los de arriba que los suban.

Sin hacer caso de sus indicaciones, me agacho y examino las hendiduras del suelo. Son perfectamente regulares, como si las hubiera causado un vehículo con ruedas. Toco la tierra del fondo y me sorprendo al encontrar un tacto suave y liso. Escarbo un poco con los dedos y saco... algo.

Es un objeto del tamaño de mi mano, fino y transparente como el cristal. Lo levanto para examinarlo a la luz y su superficie emite un brillo dorado.

¿Una escama?, pienso. Desde luego, eso es lo que parece. Mis gusanos imaginarios se desdibujan y son reemplazados por una serpiente monstruosa con escamas cristalinas.

Alguien me arrebató la escama de la mano. Estoy a punto de protestar cuando el culpable me agarra del cuello de la camisa y me levanta de un tirón. Es Chris.

—¡No es prudente estar aquí abajo! —grita.

Me empuja hasta la abertura, me encaja una soga bajo los brazos y hace una señal a

los de arriba para que me suban a pulso.

Al alcanzar la superficie pestañeo, cegado por la luz de los soles. Los médicos terrícolas me llevan con Kit, que me examina rápidamente para asegurarse de que no me ha pasado nada. Yo no dejo de mirar el agujero. Chris aparece al fin y se dirige de inmediato hacia el coronel. Los dos hablan unos segundos y, antes de que se separen, distingo un brillo que cambia de manos. Le ha dado la escama que he encontrado en el túnel.

—Me alegra comunicaros que no se han producido lesiones serias —grita el coronel, y la gente que se agolpa a nuestro alrededor aplaude y vitorea—. No obstante, vamos a suspender el trabajo por hoy para que el personal militar pueda examinar este... este curioso accidente geológico. Aunque no creemos que suponga ningún peligro, nos tomamos muy en serio la seguridad de la colonia, y queremos asegurarnos de que todo está en orden antes de continuar la excavación.

Mi gente se dispersa, encantada —trabajar con este calor es muy duro—, pero yo me quedo para vigilar de cerca al coronel. Ha hecho desaparecer la escama en uno de sus muchos bolsillos, y no hace ningún esfuerzo por disimular que el túnel está vetado a los civiles.

—¿Qué animal podría excavar un túnel tan grande? —pregunto.

Hasta ahora no hemos visto muchos animales —solo criaturas menudas que se escurrían entre el follaje antes de que pudiéramos examinarlas—, y no me parece posible que los pteros caven galerías subterráneas. Además, la escama no recordaba en nada a su piel rugosa.

De pronto me viene a la mente el extraño rastro que Amy y yo encontramos el día del aterrizaje. Aún nos quedan muchas cosas por descubrir.

El coronel observa cómo sus hombres descienden al agujero, sin molestarse en contestarme.

—Este túnel está muy cerca del poblado —insisto—. Tal vez debiéramos buscar otro lugar en el que refugiarnos.

Los labios del coronel se afinan.

—Esto es un asunto militar, Elder —dice finalmente—. Nosotros determinaremos si hay riesgo o no.

—¿Ya está? —replico—. ¿Eso es todo lo que piensa decirme?

Él me mira de soslayo, pero sus ojos no encuentran los míos.

—Necesito que te centres en tu gente, Elder —responde—. Yo me centraré en el planeta.

Esa no es una respuesta válida, y los dos lo sabemos.

Con la excavación cerrada, lo único que puedo hacer es ayudar al equipo que está instalando las conducciones de agua. Ya han colocado la bomba en el poblado; solo hace falta tender una línea de tuberías desde el lago para que tengamos agua corriente. Esto es mucho menos fatigoso, y su simple monotonía me resulta reconfortante. Mi cuerpo funciona solo, arrastrando trozos de tubería para conectarlos con los ya instalados, mientras mi mente da vueltas a los secretos de Tierra Centauri. La reticencia a hablar del coronel es uno de esos misterios.

Al cabo de un rato, se nos acaban las tuberías.

—Voy al lago para ayudar a los que han empezado por el otro extremo —le digo al ingeniero terrícola que dirige el proyecto, y él frunce el ceño.

—El coronel Martin dijo que nadie debía ir al lago.

—Pues está lleno de militares.

—Se refería a...

Se refería a mí y a mi gente. El lago nos está vetado, igual que el túnel.

—Si todos ayudamos, acabaremos antes de la cena —digo.

Un soldado se adelanta y bloquea el camino. Según su placa, se llama Collins.

—Nadie puede ir al lago —gruñe.

—¿Por qué?

—Es peligroso.

—Si es por eso, ¿por qué no vienes con nosotros?

—Es peligroso.

Levanto las manos con las palmas hacia delante, pidiéndole sin palabras que deje de repetirse.

—Vale, vale, eso lo he entendido. Pero tú llevas un arma bien grande, y cuando lleguemos a la orilla allí habrá otros seis o siete soldados. Estaremos tan protegidos como si no hubiéramos salido de la lanzadera.

Collins niega con la cabeza. Observo la línea severa de su boca, la fuerza con la que aferra el arma. No va a darse por vencido.

—Está prohibido —dice.

—¿Prohibido? —repito despacio, estrechando los ojos.

—Sí —responde.

Ahora parece nervioso. Mejor.

—¿Sabes quién soy? —le pregunto en voz baja.

—Sí, señor. Y si tiene algo que objetar, le sugiero que hable con el coronel Martin.

—Lo haré —replico, y luego me vuelvo hacia mi gente—. ¡Podéis recoger! ¡Nos vamos! —grito.

Ellos se miran, contentos, y emprenden el camino de vuelta al poblado.

Contemplo cómo caminan, parado en el borde del prado que se ha convertido en una frontera para nosotros. Solo puedo pensar en una cosa.

¿Qué intenta escondernos el coronel?



Aún estoy absorta en *El principito* cuando mi madre se asoma a la sala en la que me he escondido. Cierro el libro rápidamente, pero no hace falta: ella ni siquiera lo ha mirado.

—¡Ha llegado el momento! —exclama, tan contenta como un niño que anunciara la llegada de Papá Noel.

—¿De qué?

—¡De hacer ciencia! —responde con voz de anuncio televisivo, y no puedo contener una carcajada.

Meto *El principito* con disimulo bajo el saco de dormir que me he traído de la lanzadera. Tal vez Elder tenga razón: no puedo pasarme las horas muertas buscando pistas que pueden no estar ahí, especialmente en estos días cruciales del comienzo.

Mi madre me lleva sin perder un segundo a la lanzadera para que la ayude en sus investigaciones. Chris nos escolta, aunque hay tanta gente circulando entre el poblado y la lanzadera que me parece totalmente innecesario. Apenas se ven pteros en el cielo y, aunque de vez en cuando se vislumbran otras criaturas —borrones de pelo pardo o plumas oscuras que asoman entre las ramas—, el ruido y el trajín general parecen espantarlos.

Además, aún llevo al cinto la pistola del treinta y ocho que me dio mi padre.

Mi madre no deja de parlotear sobre «la multitud de especímenes por descubrir que hay en este mundo nuevo». Cuantas más veces repite que le encantaría conseguir un ejemplar de ptero para diseccionarlo, más ganas tengo de ir con Elder para hablar acerca de la pista de Orion.

Al llegar, veo que la sala de criopreservación se ha transformado en un laboratorio improvisado. Las bandejas que no hace tanto soportaban el peso de personas congeladas ahora sirven para guardar equipamiento científico. En las paredes faltan

muchos paneles metálicos, revelando nichos que contienen microscopios, quemadores y todo tipo de instrumental. Algunos biólogos están preparándose para salir al bosque y obtener moldes de las huellas que encuentren; me pregunto si encontrarán más como aquella de tres dedos que Elder descubrió el primer día.

Cuando abro la puerta del laboratorio de genética para que puedan pasar mi madre y Chris, lo primero que veo es el tubo que contenía a Orion, ahora seco y vacío. Me parece inquietante, como si estuviera esperando a atrapar una nueva víctima, así que le doy la espalda. En un rincón hay varios científicos; Kit debe de haberles abierto la puerta, o tal vez Elder haya desconectado la cerradura biométrica. Dos de ellos —la doctora Engle y el doctor Adams, que llevan años trabajando en el equipo de mi madre— están de pie ante los cilindros que se alzan junto a la inservible bomba de fidus.

Los cilindros contienen embriones de las especies que el FREX consideró potencialmente útiles para el nuevo mundo. Hay ganado: vacas (normales, no los extraños híbridos que criaban en la *Fortuna*), cabras, cerdos... También hay predadores menudos, como lincees o aves de presa, y bandejas llenas de algo con aspecto de huevas que deben de ser reptiles o insectos.

El doctor Adams saca un embrión de un tubo, usando una herramienta con aspecto de cuchara, y se lo entrega a la doctora Engle. Esta mete el grumo en una probeta y suelta un suspiro satisfecho.

—Ya tenemos otro caballo —dice.

—¿Y eso qué es? —pregunto señalando una hilera de unas veinte probetas ya metidas en una incubadora.

—Perros —contesta el doctor Adams—. Mastines, para ser más exactos. Estamos haciendo una selección de animales que puedan ayudar en las labores del campo o, si las cosas se ponen difíciles, servir de comida.

No me quiero imaginar cómo sería comerse un perro o un caballo; en cualquier caso, es difícil hacerse a la idea de que esos grumos alargados se convertirán en animales vivos. Recorro los estantes con la mirada y me topo con otro tubo que está lleno de una gelatina casi dorada. Sé lo que contiene: decenas de clones de Elder.

—Amy, hija —dice mi madre, y me sobresalto al oírla—. ¿Nos puedes ayudar a la doctora Engle y a mí?

Cruzo la sala hasta llegar a la última hilera de cilindros y Chris me sigue sin decir nada. Debe de ser la primera vez que entra aquí, porque lo mira todo con los ojos

muy abiertos, como si no quisiera perderse detalle.

—Tú eres amiga del chico que lidera a los nativos de la *Fortuna*. ¿Te ha dicho qué es esto? —me pregunta mi madre, y por un momento pienso que está hablando de los clones de Elder.

La doctora me saca de mi error señalando la bomba de fidus.

—Sí —mascullo de mala gana—. Sé exactamente lo que es.

—Parece una bomba de agua, pero dentro hay restos de una sustancia que no logramos identificar...

Fidus.

—No es nada importante. Olvidadlo —la interrumpo.

Aún no he acabado de hablar cuando me doy cuenta de mi error: no hay como decirle a un científico que deje algo en paz para que insista hasta la extenuación. Suelto un suspiro fatigado y decido contar la verdad.

—Era una bomba, sí. El anterior líder de la nave la usaba para distribuir una droga a todos los tripulantes. Elder la rompió y ordenó que dejaran de drogar a la gente. Era una sustancia muy tóxica; deberíais tener cuidado con ella.

La doctora Engle parece aún más intrigada que antes.

—¿Qué tipo de droga era? ¿La desarrollaron ellos? ¿Tenía aplicaciones médicas, o era puramente recreativa?

Mi madre la corta en seco.

—No tenemos tiempo para eso, Maddie —dice con autoridad; no en vano es la coordinadora de la misión científica—. Tenemos tareas mucho más urgentes que atender.

La doctora Engle asiente con reticencia y va a ayudar al doctor Adams. Mi madre se saca de la mochila una bolsa grande de lona, con compartimentos especiales para guardar tarros de especímenes, y me la da.

Ya estamos casi fuera del laboratorio cuando advierto que Chris no viene con nosotras. Me doy la vuelta para avisarle y lo veo parado delante de la bomba de fidus, frunciendo el ceño como si se enfrentara a un rompecabezas.

—¡Vamos, Chris! —grito, y él da un respingo y me sigue hasta el puente.

La perspectiva de explorar el bosque es tan emocionante que me pongo a dar saltitos. Chris me mira con una sonrisa. Su nariz se arruga un poco cuando sonrío, iluminando de un modo extraño sus ojos casi transparentes.

—¿Qué pasa? —me pregunta, y solo entonces me doy cuenta de que llevo un rato mirándolo con fijeza.

—Nada —digo, ruborizada.

Mi madre nos espera en lo alto de la rampa, protegiéndose con una mano de la luz de los dos soles.

—Quiero recoger tantos especímenes como sea posible. Me parece fascinante ver tantas plantas semejantes a otras de la Tierra, y me gustaría secuenciar sus genes para determinar si son verdaderamente similares. Además, obviamente, debemos aprovechar cualquier ocasión que se nos presente de capturar especímenes animales —dice con los ojos brillantes; creo que nunca la había visto tan animada—. Hemos colocado lazos en toda esta zona, y, como sabéis, hay un grupo buscando huellas. Sin embargo, sería fantástico observar alguna criatura en su hábitat natural.

Chris y yo bajamos la rampa tras ella y la seguimos hasta el bosque. Una vez allí, avanzamos en dirección opuesta al poblado con la esperanza de que haya más animales en las zonas poco frecuentadas. Chris camina con el fusil en las manos; solo lleva dos armas cortas, una en el cinturón y otra a la altura del pecho, pero me doy cuenta de que va armado hasta los dientes con granadas, cuchillos y al menos un machete.

—¡Amy, ven! —llama mi madre.

Rodeo un árbol para llegar a su altura: está arrancando hebras de musgo púrpura de un tronco, así que le ofrezco un tarro pequeño para que las guarde.

—Ya tenemos varias muestras de esta planta, porque el doctor Card quiere tratar de replicar la neurotoxina. Pero me gustaría extraer algunas células para hacerles un análisis completo.

—Huy, qué emocionante —digo con voz átona.

—¡Puede que lo sea! —exclama ella mientras me entrega el tarro—. ¿Quién sabe lo que puede contarnos el ADN de esta linda florecilla?

Entrecierro los ojos para examinar la planta. Aunque sé que se despliega hasta formar una flor tan grande como mi mano abierta, ahora mismo no es más que una hebra de hilo morado.

Mi madre sigue raspando muestras de musgo y líquen y las guarda en tarros.

—¡Qué diversidad biológica en un trozo tan pequeño de terreno! —se admira.

Hago un esfuerzo por ver el mundo a través de sus ojos, como si el menor detalle pudiera contener un descubrimiento extraordinario. Estoy a punto de lograrlo cuando oigo algo que me deja helada.

Un poco más allá, entre los árboles, algo emite un sonido escalofriante, un borboteo horrible.

Chris avanza de inmediato para interponerse entre el tronco y yo, colocando el fusil en posición de disparo con un movimiento fluido. Mi madre, paralizada, me mira y luego fija los ojos en el cañón del arma.

Un crujido fuerte. Y luego, un ruido rasposo, como si arrastraran algo por el suelo cubierto de hojarasca.

El corazón me late tan fuerte que casi noto cómo golpea las costillas. Aquí cerca hay algo. Y sea lo que sea, es grande.

Recurro a toda mi fuerza de voluntad para no echar a correr mientras Chris avanza sigiloso, con el fusil preparado. Dejo en el suelo la bolsa de los tarros, con cuidado de que no entrechoquen, y aferro mi treinta y ocho con manos sudorosas. Me permito un momento para sentir el arma —el peso del metal, el poder que hay encerrado en ella— y luego la empuño con ambas manos, apoyando el índice de la derecha en el gatillo.

Mi madre me mira y niega con la cabeza, pero se detiene al darse cuenta de que tenemos muchas más posibilidades si yo también estoy armada. Chris se interna lentamente en el follaje y nos indica que le sigamos con un movimiento de cabeza.

Un nuevo ruido se cuela entre los árboles, como si algo se desgarrara.

Estamos muy cerca.

Crujidos de hojarasca. Un animal, no cabe duda.

Piso una rama que se parte con un chasquido. Se hace un silencio antinatural. El animal, sea lo que sea, nos ha oído.

Chris aparta una rama.

Y entonces lo vemos.

El doctor Gupta, o lo que queda de él, yace en el suelo cubierto de hojas. Un ptero, bastante más pequeño que el que atacó a Elder, inclina la cabeza y nos observa, intrigado.

Cuando se cansa de mirarnos, dobla su largo cuello y arranca otro pedazo del doctor Gupta con sus dientes de sierra. Su pico se tiñe de sangre.

El doctor Gupta parpadea.

Parpadea.

Está vivo, está vivo y consciente, y puede sentir —sentir— cómo el ptero lo devora.

Está vivo.

El ptero prosigue con su almuerzo, y un crujido seco resuena entre la vegetación cuando parte el fémur del doctor Gupta. El monstruo alza la cabeza y la sacude como un perro que jugara con un hueso, hasta que la pierna se desprende del torso.

Un gemido leve, casi inaudible entre el ruido que hace el ptero al masticar, escapa de los labios agrietados del doctor.

Chris y yo disparamos al mismo tiempo.

Mi primera bala da en una de las alas del ptero y desgarrar la membrana que la recubre. La criatura deja caer la pierna y se enfrenta a nosotros. De su pico gotean sangre y saliva. Lo abre y suelta un chillido casi humano.

Vuelvo a disparar.

El pecho del ptero estalla y el animal cae fulminado. Sus alas membranosas se agitan un momento y luego quedan inmóviles. Está muerto, sé que está muerto; pero aun así, le pego un último tiro en la cabeza.

Bajo el arma, jadeante. El olor de la pólvora se mezcla con el tufo metálico de la sangre. Miro a Chris: tiene los ojos clavados en el doctor Gupta.

Y entonces me doy cuenta de que él no ha apuntado al ptero.

En la sien del doctor se abre un agujerito redondo del que cae un hilo de sangre.



No sé cómo escapar a la vigilancia de los militares para ir al lago; tal vez pueda hacerlo cuando oscurezca, pero a la luz del día es imposible. Tampoco podría explorar el túnel aunque quisiera hacerlo: los soldados han colocado grandes planchas de metal sobre el terreno que cedió, y luego han instalado las letrinas justo encima. El coronel ha actuado rápidamente para ocultar nuestro descubrimiento. Hay algo ahí que no quiere que veamos, y lo mismo pasa en el lago.

Pero creo que sé cómo desvelar sus secretos, o al menos parte de ellos.

Mi primer impulso es buscar a Amy. Aún no le he dicho nada de la escama traslúcida que encontré. Pero lo último que necesito en este momento es llamar la atención del coronel, y sé que no le hará ninguna gracia verme con su hija.

Me cruzo con Kit en uno de los caminos pavimentados de la colonia.

—Cuídate, ¿quieres? No te ocupes solo de los demás —le digo, al ver que camina sin mirar por dónde va.

Ella levanta la cabeza y me doy cuenta de que estaba repasando una vez más la lista de tripulantes que hicimos tras la desaparición de Lorin.

—Lo mismo digo. En vez de descansar después del derrumbamiento del túnel, te pusiste a trabajar en la conducción del agua. No hace falta que te esfuerces tanto, Elder.

—Sí que hace falta —farfullo.

Tengo que dar ejemplo a mi gente.

Kit se ajusta la bata blanca que le han dado los científicos terrícolas, y me doy cuenta de que tiene todos los bolsillos llenos de parches. La mayor parte son de color verde pálido.

—Tenemos que acostumbrarlos a vivir sin fidus —digo, malhumorado.

—Tienes razón. Pero todavía no... —responde Kit con voz suave.

Dejo que siga con su trabajo, sintiéndome culpable por no ayudarla más. Sin embargo, lo principal en este momento es averiguar qué trata de esconderme el coronel Martin; no voy a permitir que las mentiras gobiernen nuestra colonia igual que gobernaron la *Fortuna*.

Llego al segundo nivel del poblado y me alegro al comprobar que mi gente se ha atrevido a expandirse un poco. Aun así, sigo siendo el único inquilino del tercer nivel.

Me detengo y observo los edificios vacíos, preguntándome por qué sus habitantes los abandonarían. ¿Morirían todos, tal vez en las fauces de los pteros, o se marcharían a otra parte? ¿Y cómo pudieron hacer unas estructuras tan perfectamente adaptadas a nuestras necesidades humanas?

Ese es el verdadero misterio, la cuestión inquietante que nadie está dispuesto a abordar.

Sin darme cuenta he llegado al límite superior del poblado. Los últimos edificios no son más que montones de escombros, como si los hubiera arrasado alguna fuerza desconocida. Me estremezco y trato de desterrar esa idea de mi cabeza.

¿Qué haría Amy si viera este lugar? Seguramente trataría de encontrar alguna relación entre esta escena y *El principito*...

Empiezo a trepar por las ruinas. Los soles están a punto de ponerse; el cielo se oscurece por momentos y el aire se enfría. Para encontrar lo que busco, necesito un poco de luz del día.

Al otro lado de los escombros encuentro un sendero que asciende por la falda de la colina. En realidad, llamarlo sendero es demasiado optimista, porque parece poco más que el rastro dejado por algún animal. Asciendo más y más, aferrándome a las rocas quebradizas y a los arbustos escuálidos como si forcejeara con la ladera.

De pronto, me encuentro en la llanura pedregosa que forma la cima.

Lo que antes me parecía una colina ahora me parece una montaña; estoy sin aliento, y los músculos de las piernas me duelen a rabiar. Tiene chulza que a Amy le guste tanto correr.

Oteo los alrededores. Este es el punto más elevado al que he subido hasta ahora. El

temor me paraliza por un instante: estoy tan cerca del cielo, tan expuesto en este risco pelado, que para un pterosaurio sería fácil atraparme en un vuelo rasante. Entonces me fijo en el paisaje que se extiende ante mí y me olvido de tener miedo. Desde aquí se ven claramente todos los alrededores.

Y esa es justamente la razón por la que quería venir.

El aire se enfría bruscamente cuando algo grande tapa los rayos de los soles. Me encojo instintivamente, pero cuando me atrevo a mirar hacia arriba solo veo una nube.

La colonia está a mi izquierda, y más allá, larga y rígida como un dedo acusador entre los árboles, se encuentra la lanzadera. Se ve claramente la cicatriz que ha dejado nuestro aterrizaje en el terreno, una zona carbonizada que parece brillar a la luz del ocaso. Sigo con la mirada el límite del bosque, buscando lo que sé que hay más allá, a su derecha.

El lago.

No entiendo el afán del coronel Martin por mantenerlo oculto, porque es igual que cualquiera de los lagos que he visto en las imágenes de Tierra Solar. Forma un círculo casi perfecto de algo más de un kilómetro de diámetro. Una orilla acaba en la falda de una colina, y la otra es de la misma tierra amarillenta que parece formar la superficie de este planeta. Cerca del borde, el agua es de un azul pálido, pero se va oscureciendo en el interior hasta tomar un tono casi negro en el centro. Casi parece un ojo que me mirara. Me pregunto qué profundidad tendrá. Los rayos de los soles producen destellos en la superficie y, por un instante, me da la impresión de que el ojo me hace un guiño.

Una nube de puntitos rosáceos se mueve en el agua; debe de ser un banco de peces. No son tan rápidos y coloridos como las carpas que había en el estanque de la *Fortuna*. Desde aquí parecen pequeños, pero calculo que deben de medir al menos medio metro de ancho, y arrastran tras de sí una especie de tentáculos. Están suspendidos cerca de la superficie, y se expanden y encogen como si respiraran. De pronto, el banco entero se desliza hacia la derecha en un movimiento tan repentino que, por un instante, dudo de mis ojos.

Me acerco al abrupto borde de la llanura y aguzo la mirada. ¿Qué peligro puede justificar que el coronel nos prohíba ir al lago?

Al fondo, cerca del horizonte, se extiende otro bosque de árboles más altos y oscuros que los que hemos visto hasta ahora. Más allá, la vista se me pierde en una cadena montañosa. La colina en la que me encuentro ahora es poco más que un bache,

comparada con esos gigantes de piedra.

Este mundo es enorme, inabarcable, real. Y ahora formo parte de él.

Un destello a medio camino entre el bosque y el lago me llama la atención. Entrecierro los ojos para ver mejor, pero no distingo qué lo causa: está demasiado lejos, y los árboles se interponen en mi perspectiva. Sin embargo, tiene que haber algo ahí que refleje la luz de los soles ponientes.

Y entonces caigo en la cuenta: lo que el coronel pretende mantener oculto no es el lago, sino otra cosa que hay un poco más allá. Algo que él encontró el primer día, pero que no ha vuelto a mencionar desde entonces.

La sonda.



Miro a Chris boquiabierta, con la pistola aún caliente en la mano caída.

—Tuve que hacerlo —murmura, con una mirada que suplica comprensión.

Y yo lo comprendo. Sin los tres meses que he pasado en la *Fortuna*, tal vez no me identificara con él. Pero ahora me doy cuenta de que el doctor Gupta estaba viviendo un tormento inimaginable y, de todos modos, no podría haber sobrevivido a sus heridas. Lo que ha hecho Chris es un acto de piedad, algo justificado y muy muy valiente.

Enfundo mi pistola y avanzo hacia él. Los músculos de sus brazos están tensos, pero noto cómo sus manos tiemblan cuando le saco la pistola de entre los dedos.

—Gracias —le digo, esperando que se dé cuenta de mi sinceridad.

Por primera vez desde que los dos hemos apretado el gatillo, sus ojos se centran en algo que no es el cuerpo mutilado del doctor Gupta. Me rodea con sus brazos fornidos y me estrecha en un abrazo que me deja sin respiración, aferrándose a mí como si yo fuera al mismo tiempo su juez y su salvadora.

Cuando mi madre se acerca, Chris me deja ir de mala gana. La miro: sus facciones componen una máscara de científica objetiva y templada, pero en sus ojos hay un destello de pánico. Siempre ha sido así. Cuando no sabe cómo reaccionar ante algo personal, se esconde tras su personaje de investigadora.

Es ella quien encabeza la marcha cuando emprendemos el camino de vuelta. Al llegar, ordena a un grupo de soldados y trabajadores que se dirijan al claro que acabamos de abandonar y que lleven los dos cuerpos al laboratorio. Comunica a sus colegas la muerte del doctor Gupta en tono tranquilo y razonable, y luego empieza a despejar el laboratorio de genética para efectuar la autopsia del doctor y la disección del ptero.

En ningún momento me mira a los ojos.

Cuando acabamos de preparar el laboratorio, se detiene un momento y se permite exhalar un suspiro largo y tembloroso.

Al otro lado de la puerta se oye una conmoción: acaban de traer los dos cuerpos. La gente suelta exclamaciones de horror al ver al ptero —*Y eso que era pequeño*, pienso — y se lamenta al descubrir el cadáver mutilado del doctor. Muy pocos de ellos habían visto el cadáver de Juliana Robertson.

Mis ojos se encuentran con los de mi madre y de pronto la veo a ella, a ella de verdad, con todos los miedos y las contradicciones que guarda en su interior.

Y entonces me doy cuenta de que necesita esa máscara fría, ese caparazón que es la doctora Maria Martin, para protegerse del horror de lo que ha visto.

No es la única que necesita protegerse de ello.

Me vuelvo para mirar a Chris: el dolor por lo que ha hecho lo envuelve como un manto. No lo esconde; quizá no pueda hacerlo. El corazón me da un vuelco al ver cómo endereza la espalda y se acerca con pasos lentos a la puerta.

Mi madre se le adelanta y la abre.

—Lo primero que debemos hacer es un análisis toxicológico. Aunque el doctor Gupta estaba vivo, no reaccionó mientras el ptero lo... se lo comía —dice con voz rota—. Hay que averiguar por qué.

—¿Sería por culpa del musgo morado? —sugiero.

Mi madre niega con la cabeza.

—Solo emite la neurotoxina cuando florece, y no era el caso. Además, el doctor Gupta estaba despierto y consciente, hasta cierto punto. Cuando tú te viste afectada por las flores, Amy, caíste en una especie de coma.

Los portadores depositan el cadáver en una de las camillas metálicas, y me pregunto si será la misma en la que se tumbó Orion para morir. El ptero es demasiado grande para dejarlo en una sola camilla; tenemos que juntar cuatro, y aun así, sus patas y alas sobresalen por los lados.

—Debemos informar de esto al coronel Martin —indica uno de los militares, y mi madre asiente sin decir nada.

Cuando el hombre acaba de hablar por el transmisor, mi madre le pide que despeje el laboratorio.

—Voy a comenzar la autopsia de inmediato —explica.

El militar la mira con sorpresa.

—Eh... ¿No es evidente lo que le mató?

—Sí, pero quiero hacerle la autopsia de todos modos —responde ella con una sonrisa forzada—. Por favor, abandonen la sala.

El hombre parece asombrarse aún más ante la rotundidad de mi madre, pero aun así, se da la vuelta y echa a andar hacia la puerta.

—Tú puedes quedarte si quieres —dice mi madre cuando Chris hace ademán de salir.

Luego me mira a mí, y sé que en sus ojos hay una pregunta. Asiento: yo también me quedo. Los tres hemos sido testigos de algo horrible; parece lógico que lo compartamos hasta el final.

La puerta del laboratorio se cierra con un susurro y nos quedamos solos con los dos cuerpos: los restos de lo que fue un humano y el cadáver maloliente del monstruo que lo devoró.

Mi madre vuelve a suspirar. Parece más entera que hace un momento.

—Tráeme esa bandeja —me dice señalando una cubeta plana que hay en la encimera.

La recojo y se la llevo.

Resulta duro mirar los restos del doctor, pero no tanto como cuando aún estaba vivo. Recuerdo su mirada perdida y sacudo la cabeza, tratando de despejar la imagen. Tenía una expresión tan vacía, tan carente de alma... Y aunque su actitud no sugería que estuviera sufriendo, me estremece pensar en lo que tal vez sintiera sin poderlo expresar.

Mi madre elige una jeringuilla y extrae sangre del torso del doctor. Me obligo a mirar cómo obtiene muestras de diversas partes del cuerpo, pero al cabo de unos minutos, me rindo y hundo la cara en el hombro de Chris para no ver más.

—Voy a hacer un inmunoensayo —explica mi madre mientras atraviesa el laboratorio con la bandeja llena de muestras—. La verdad es que no creo que nos ofrezca mucha información; solo podemos contrastar lo que hallemos con las sustancias tóxicas existentes en la Tierra, y no conozco ninguna droga que... que produzca efectos similares a los que observamos en el doctor.

Traduzco la frase para mis adentros: no conoce ninguna droga que te haga aguantar impertérrito mientras un bicho te come vivo.

—Entonces, ¿por qué se molesta en hacerlo? —pregunta Chris.

Mi madre lo mira con sorpresa.

—Porque al menos tenemos que intentarlo.

Deja la bandeja en la encimera y agarra algo oscuro: la bolsa de tela en la que guardé las pocas muestras que pudimos recoger. Deben de haberla traído los hombres que recogieron los cuerpos.

—Afortunadamente, disponemos de un generador de analitos —explica mi madre como si hablara a una clase llena de estudiantes—. A partir de las muestras, obtendremos analitos que podremos contrastar con la sangre del doctor Gupta.

Abre un tarro, saca una hebra de musgo morado y nos la muestra con aire satisfecho. Chris la mira con el ceño fruncido.

—¿No había desechado las flores moradas como causa del estado del doctor?

—No estoy dispuesta a afirmar nada que no haya probado empíricamente —responde mi madre, concentrada en montar los aparatos.

Unos minutos más tarde, el generador suelta un pitido. Me aparto para dejar que mi madre vea bien la pantalla.

—¿Pero cómo...? —murmura con aire preocupado.

—¿Qué pasa? —pregunto, consciente de la cercanía de Chris.

—Que esto no tiene sentido.

—¿Por qué? —balbuceo.

Mi madre aprieta un botón y la máquina escupe un papelito con cifras. Se lo acerca a los ojos y vuelve a leerlo con expresión alarmada.

—En el cadáver hay trazas de material MG —murmura—. Y son recientes.

—Eme... ¿Emegé? —repite Chris, confundido.

—Modificación genética —aclara mi madre—. Material de modificación genética...

Y parece desarrollado en la Tierra.



Espero hasta que oscurece.

—¿Elder? —susurra Amy.

Me apoyo en la parte exterior del alféizar y me ajusto los tirantes de la mochila. Pesa: está llena de cosas que llevo todo el día recopilando a escondidas.

Amy se ha fabricado una especie de madriguera dentro del edificio, usando varias tiendas de campaña para crear paredes improvisadas. Me pregunto de dónde habrán salido las tiendas; supongo que serán parte de esos materiales que tan celosamente se guardan los terrícolas.

—¿Has dicho algo, Amy? —pregunta una voz femenina al otro lado de la pantalla de tela.

Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—¡No, mamá! —responde mientras sale con sigilo del saco de dormir—. Elder, ¿qué haces aquí? —bisbisea—. ¡Ya sabes que hay toque de queda!

Sí, lo sé: la patrulla que recorre la colonia por orden del coronel ha estado a punto de pillarme.

Amy deja en la repisa el libro que estaba leyendo. *El principito*, cómo no.

—Quiero acercarme a la sonda —contesto en voz baja—. Tu padre nos esconde algo, y tengo intención de descubrir qué es.

Amy me agarra de la muñeca.

—Elder, no —dice, olvidando la cautela por un momento.

—Tengo que hacerlo.

—Es muy peligroso —susurra.

En sus ojos hay una expresión angustiada. Me vienen a la mente los rumores que han circulado todo el día por la colonia: la gente dice que ha aparecido otro muerto en el bosque, un terrícola.

—Tengo que hacerlo, Amy —repito—. Tu padre no confía en mí, y estoy seguro de que no me cuenta toda la verdad.

—Mi padre...

—¿Te ha enseñado la escama de cristal que encontré? —pregunto sin darle tiempo a terminar la frase, y ella frunce el ceño.

—¿Una escama?

Le cuento cómo fue la caída en el túnel y le describo mi hallazgo. Su expresión de asombro lo dice todo: su padre no le ha contado nada a nadie.

—No podemos seguir a ciegas —remacho—. Tengo que averiguar qué está pasando, Amy.

Ella se muerde el labio y luego asiente.

—Vale. Voy contigo.

—Ya era hora de que lo dijeras —respondo con una sonrisa.

Recoge del suelo un cinturón del que cuelga una funda con un arma, se lo ajusta a la cintura y se pone una blusa sobre la camiseta. Luego se acerca a la ventana, se aúpa con las manos en el alféizar, saca las piernas y salta al suelo sin hacer ruido.

—¿Tienes algún plan? —susurra mientras nos alejamos del poblado.

—Sí: seguir las conducciones de agua hasta llegar al lago y luego torcer en dirección al bosque. Ahí es donde está la sonda... u otra cosa que el coronel quiere ocultarnos.

Amy frunce el ceño.

—Elder, puede que haya una razón lógica para prohibir el acceso a esa zona. Al fin y al cabo, ni mi padre es Eldest ni esto es la *Fortuna*.

Sigo andando sin responder. Rodeamos las letrinas y seguimos la tubería que lleva al lago. Cuando ya estamos bastante lejos de la colonia, Amy me toca el brazo.

—Hoy vi morir a un hombre —dice, y freno en seco—. Me hubiera gustado que estuvieras a mi lado —añade.

Alguien que no la conociera podría pensar que es un bicho raro, pero yo entiendo lo que quiere decir. Nos hemos pasado los últimos tres meses juntos, encerrados tras los muros de la nave. Ahora, los dos dudamos si estábamos juntos porque queríamos... o porque no teníamos más remedio.

—Lo siento —murmuro, y no me refiero solo a lo de hoy.

—¿Y si mi padre prohíbe acercarse a la sonda porque es peligroso? —pregunta Amy sin mirarme. Sus dedos rozan la culata de su arma, y me doy cuenta de que la pistola la reconforta más que yo.

No volvemos a hablar hasta llegar al lago, y aun entonces lo hacemos en voz baja.

—Aquí no hay ningún sitio en el que refugiarse: estamos expuestos a cualquier peligro —dice Amy—. ¿Aún te extraña que mi padre quiera mantenernos alejados?

Saca la pistola de la funda y camina con ella agarrada. Tiene razón: en esta llanura despejada, un pterópodro podría atacarnos con facilidad.

—Amy, el motivo no es ese.

Ella lanza una mirada al cielo.

—Elder, esos pteros... No sabes lo horribles que son.

Hay pánico en sus ojos, un brillo febril que nunca había visto en ellos. Pero a pesar de la tensión de su cuerpo, su mano sostiene el arma con pulso firme.

—Vamos, Elder. Quiero acabar cuanto antes —dice Amy, observando el horizonte con los ojos entrecerrados.

Yo también me esfuerzo por otear el paisaje en penumbra. Algo más allá, una silueta rectilínea se recorta contra el cielo, casi oculta por una peña. Si no estuviéramos en este punto, pegados a la bomba de agua, no la veríamos.

Miro a Amy: su cara, aún más pálida que de costumbre, parece brillar en la oscuridad.

Avanzamos despacio, con cuidado de no desviarnos demasiado. Es difícil, sobre todo cuando nos acercamos al bosque y los árboles empiezan a interponerse en nuestra línea de visión. La linde describe una curva hacia fuera y luego vuelve a retroceder.

Intento hacer un mapa mental de los alrededores: la lanzadera a la izquierda, el lago a la derecha, el poblado que ahora es nuestro hogar a mi espalda. Y algo —algo desconocido— delante.

—Fíjate en lo llano que es el terreno ahí —comenta Amy sin alzar la voz, aunque a estas horas no puede haber nadie cerca.

Estamos rodeados de espigas altas, que ondean con la brisa igual que un tejido. Pero en el lugar que señala Amy no hay espigas, no hay árboles, no hay nada. Solo hay algo oscuro e inconfundiblemente artificial que resalta entre las líneas sinuosas de la naturaleza. Tiene un perfil quebrado, con varios rectángulos —¿edificios?— colocados en hilera.

—Vamos —me urge Amy.

Atravesamos corriendo el campo abierto, y no puedo dejar de pensar en lo vulnerables que somos —que es Amy— en esta zona llana. Mi cuerpo se tensa, anticipando la aparición de un pterio entre las estrellas demasiado brillantes.

Nos detenemos de golpe justo antes de que acabe la zona herbosa.

—¿Qué es esto? —susurro, tan bajito que apenas oigo mi propia voz.

Amy da un paso al frente y pisa la superficie oscura. Su pie produce un ruido seco, muy diferente al del suelo arenoso. Está pisando asfalto. La sigo, contemplando con asombro los edificios que interrumpen la línea del horizonte.

—Es una especie de complejo militar —susurra Amy—. Parece como si lo hubieran construido en el lugar donde debería estar la sonda.

—¡Pero la sonda tiene que estar aquí! —protesto: esta es la dirección que tomó el coronel Martin el primer día, siguiendo las indicaciones de la brújula que recogió en la lanzadera.

Tropiezo con algo que sobresale del suelo y los dos nos agachamos para examinarlo. Es un rectángulo enorme de metal bruñido, rodeado de asfalto. Tiene que haber algo debajo, algún almacén o túnel al que podríamos acceder si supiéramos cómo abrir el panel.

—Mira las líneas que hay pintadas —me dice Amy al oído.

Sí: en esta zona, el suelo está cubierto de rayas de un blanco resplandeciente, algunas paralelas y otras entrecruzadas. Algo más lejos, se adivinan más paneles metálicos.

Amy toma aire bruscamente y me aprieta el brazo.

—Es un aeródromo, Elder —dice—. Y debajo tiene que haber aviones o algo así.

Tiene sentido: las naves deben de estar guardadas bajo los paneles de metal, en hangares subterráneos. Cuando los dueños del complejo quieran usarlas, solo tienen que elevarlas hasta la superficie y usar la explanada como pista de despegue.

—¿Quién ha construido esto? —dice Amy con voz áspera.

No sé qué contestarle; este lugar no recuerda en nada al poblado. Los edificios en los que nos refugiamos son poco más que ruinas polvorientas, deshabitadas desde hace muchos años. Aquí, sin embargo, flota un olor inconfundible a aceite de motor y goma quemada: se diría que alguien ha usado la pista de aterrizaje hace poco.

Le indico a Amy que me siga hasta uno de los edificios más pequeños, un rectángulo de una planta con las paredes forradas de vidrio y metal. Ella vacila antes de seguirme. Quien construyera todo esto posee una tecnología mucho más avanzada de lo que dan a entender las ruinas de piedra que hemos visto hasta ahora.

—Mira —susurro acercándome a una ventana y señalando el interior del edificio—. Un sistema de comunicación.

En la pared opuesta hay un panel de control no muy diferente al de la lanzadera. No es que supiera manejar aquel a la perfección, pero al final conseguí dominarlo. Y creo que también podría dominar este.

—La puerta está cerrada —dice Amy, sacudiendo en vano el picaporte.

Señalo con la cabeza un rectángulo que hay junto al marco, a la altura de mis ojos. Se parece a los escáneres biométricos de la *Fortuna*, pero es algo más pequeño, como si hubiera que apretar el dedo contra él en vez de deslizarlo.

—Por intentarlo... —suspira Amy, y posa el pulgar en el rectángulo.

Al cabo de un segundo, una palabra se ilumina sobre su dedo: HUMANO. La puerta se abre con un chasquido.

—¿Un escáner que solo deja pasar a los humanos? —me asombro mientras entro en la sala.

Amy me lanza una mirada de preocupación. Si el edificio se abre solo para los humanos, es que está diseñado para dejar fuera a otros seres.

A otros seres que no son humanos.



Mi primer impulso al entrar es encender la luz. Mi mano resbala sin encontrar nada por la superficie lisa donde habría normalmente un interruptor. Claro: es absurdo suponer que quien construyó esto dispone de electricidad, como nosotros.

Sin embargo, sea electricidad o no, disponen de algún tipo de energía: en cuanto Elder cierra la puerta a su espalda, un panel pequeño se desliza en el techo dejando al descubierto un cuadrado brillante. Es una especie de bombilla plana que ilumina la estancia con tanta eficacia como un fluorescente, pero sin emitir el sutil zumbido de la corriente eléctrica. Pestañeo, deslumbrada por el resplandor blanquecino.

—¿Tú... tú crees que mi padre sabe que esto está aquí? —pregunto en voz baja.

Elder no me responde: no le hace falta. Pues claro que mi padre lo sabía. Si no, ¿por qué nos habría prohibido venir?

Sobre el dintel de la puerta hay una bandera azul celeste con dos círculos de distinto tamaño bordados. El más grande está un poco descentrado; el pequeño se sitúa debajo de él, a la derecha. Es la primera vez que veo una bandera con ese diseño.

—Mira —dice Elder con un hilo de voz.

Sigo su mirada y lo veo: ahí, grabado en una placa metálica sobre el panel de mandos, hay un símbolo que los dos conocemos bien.



—¡El FREX construyó este complejo! —exclamo, olvidando por un momento todas las cautelas.

Elder se inclina para examinar la placa y lee en voz alta las palabras que hay grabadas bajo el símbolo: «La presente placa marca el lugar donde aterrizó en el año 2310 CE una sonda enviada por la misión interestelar *Fortuna*. Esta sonda proporcionó la información necesaria para el desarrollo de la primera comunidad humana extrasolar: la colonia *Explorer*, fundada en 2327 CE. Sirva esta placa como recordatorio y homenaje a los tripulantes que perecieron en la nave *Fortuna* durante la fallida misión inicial. 2036-2336 CE».

—Creen que estamos muertos —digo.

Señalo la última fecha: 2336. Es el año en que la *Fortuna* hubiera debido aterrizar.

Pero no lo hizo.

—Encontraron la sonda —dice Elder en tono grave—. Pero no nos encontraron a nosotros.

Pienso en el tubo gravitacional y en los flexibles que se usaban en la nave: avances desarrollados mientras yo dormía.

—La tecnología avanza exponencialmente. Mis abuelos pagaron miles de dólares por un ordenador que era más grande que la tele de mi casa, con una memoria muy inferior a la de mi antiguo teléfono móvil —digo; sé que estoy desbarrando, pero no puedo dejar de hablar—. Mis abuelos compraban la música en CD en vez de descargarla, mis bisabuelos usaban casetes, mis tatarabuelos usaban discos de vinilo...

Elder me mira con los ojos muy abiertos y expresión seria: sabe adónde quiero llegar.

—El primer avión se construyó a principios del siglo xx —continúo—, y el primer hombre que pisó la Luna lo hizo en los años sesenta.

La tecnología ha seguido un proceso de avance constante, cada vez más rápido.

Miro a mi alrededor, a esta unidad de comunicación moderna e impecable.

No somos la primera colonia de la Tierra que ha llegado a este planeta.

—Hemos llegado tarde a nuestro propio aterrizaje —dice Elder con voz hueca, y roza con las yemas de los dedos un piloto que parpadea debajo de la placa—. Este es un radiolocalizador como los que había en nuestras sondas. Por eso la lanzadera aterrizó aquí.

En medio de un mundo que ya nos ha dejado atrás.

La primera sonda llegó al planeta veintiséis años antes del aterrizaje previsto de la *Fortuna*. A los responsables del FREX debieron de gustarles los resultados que arrojó, así que enviaron una nave más rápida que colonizó el territorio antes de que nosotros llegáramos. Si las casas del poblado son de una escala perfecta para los humanos, no es porque en Tierra Centauri hubiera seres nativos con un tamaño y unas necesidades iguales a los nuestros, sino porque quienes las construyeron... eran humanos. La primera colonia —la primera de verdad, que aterrizó mucho antes de que lo hiciéramos nosotros— se estableció allí.

Hace tantos años de eso que el poblado ya no es más que una ruina.

¿Y qué pasó en el intervalo? Pues que la primera colonia progresó hasta convertirse en una sociedad tecnológica, dejando atrás sus antiguas viviendas de piedra.

No debería estar tan sorprendida; al fin y al cabo, es lógico que siguieran diseñando naves espaciales después de que la *Fortuna* despegara. Al cabo de unos años, debieron de conseguir que las naves fueran mucho más rápidas. Y cuando comprobaron los datos enviados por nuestra sonda y se dieron cuenta de que el planeta poseía recursos valiosos, enviaron otra expedición.

¿Por qué esperar a que aterrizáramos, pudiendo aprovechar de inmediato las materias primas que ofrecía el planeta?

—Toda nuestra misión ha sido inútil —digo—. Lo que hemos hecho, las cosas que hemos sacrificado... no han servido para nada. Los terrícolas ya ha conquistado este planeta: vinieron, vieron y se fueron. Y ahora estamos aquí solos. ¡Toda esa mierda para nada! —grito—. Qué estupidez, qué desperdicio... ¿Cómo no iban a desarrollar naves más veloces durante los siglos que pasamos recorriendo el espacio? ¡Quinientos años antes de que la *Fortuna* despegara, Shakespeare aún vivía! ¡Estamos tan desfasados para la Tierra como Shakespeare, joder! ¡Nuestra lanzadera es como un carruaje de caballos!

Elder me agarra las manos, y solo entonces me doy cuenta de que estaba haciendo aspavientos histéricos.

—No podían contactar con nosotros —sigo; tengo la voz rota por las lágrimas, aunque no sé por qué lloro exactamente—. La comunicación se cortó incluso antes de que la nave llegara aquí. Tal vez nos vieran llegar; pero al ver que no nos poníamos en contacto ni aterrizábamos, debieron de pensar que estábamos muertos. Es lógico: si no dices nada durante dos o tres siglos, la gente puede pensar que estás muerto. Lógico...

Me viene a la mente la sensación de estar congelada, tan vívida como si acabara de

despertar. Mi mente había bloqueado esos recuerdos, los había rebajado a la categoría de sueños; pero aquí, ahora, bajo un cielo salpicado de estrellas que brillan como ojos abiertos, solo puedo pensar en lo que sentía mientras estaba sepultada en el hielo, consciente pero inmóvil. Recuerdo el silencio, la sensación de aislamiento absoluto. Recuerdo lo atrapada que me sentía y la frustración de no poder hacer nada —nada, ni siquiera pestañear— para evitarlo.

Y pienso que todo aquello fue inútil, absurdo.

Por primera vez desde que salí de la nave, siento claustrofobia.

—Eso no es lo más importante ahora, Amy. Lo que deberíamos preguntarnos es dónde se encuentran los colonos —dice Elder, mirando por la ventana como si esperara descubrir una ciudad al otro lado del cristal—. Si estuvieran en las cercanías, ya habrían tratado de ponerse en contacto con nosotros; desde este complejo tuvieron que vernos aterrizar. Si son humanos (y, a juzgar por esta placa, sí que lo son), es seguro que querrán ayudarnos.

Sin embargo, no ha venido nadie.



La cara de Amy está blanca. No pálida, sino blanca como el papel.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Mi padre... —susurra ella.

La miro, expectante.

—Él lo sabía; lo sabía y se lo calló. Lo de la colonia original, lo de este complejo... Esto es lo que trataba de ocultarte, de ocultarnos —lanza un suspiro trémulo—. De ocultarme.

No sé qué responder. Lo que dice es cierto: no cabe duda de que su padre ha escondido la verdad.

—¿Por qué? —dice con voz estrangulada.

Me pongo frente a ella y le levanto la barbilla para mirarla a los ojos.

—No lo sé, Amy, pero seguro que tiene sus razones.

—Orion tenía sus razones —replica—. Eldest tenía sus razones.

—El coronel Martin puede ser muchas cosas, pero no es ni Orion ni Eldest —sentencio.

Pero mientras pronuncio esas palabras, me doy cuenta de que no me las creo del todo. El padre de Amy ya ha demostrado que está dispuesto a manipularnos con mentiras y medias verdades.

Amy da media vuelta y su melena roja le oculta los rasgos como un cortinaje.

—¿Crees que la primera colonia fue... fue exterminada por los pteros?

—Ahí fuera hay más cosas que los pteros —replico, pensando en el rastro que encontré junto a la lanzadera y en la escama que me quitó el coronel.

—En el cadáver del doctor Gupta había restos de material de modificación genética —dice Amy—. Puede que la primera colonia aplicara técnicas transgénicas aquí, en Tierra Centauri. ¿Y si los pteros son una creación de los primeros colonos? ¿Y si diseñaron su propia destrucción sin saberlo? —suelta un jadeo entrecortado, y me doy cuenta de que está conteniendo el llanto—. Estamos solos —musita—. La colonia que llegó antes que nosotros... No sé qué pasaría, pero creo que todos murieron. Y a nosotros va a pasarnos lo mismo.

—Nosotros no...

—¡Sí! —exclama ella con voz desgarrada, y cuando se da la vuelta veo un destello de pánico en sus ojos.

—Amy —susurro mirándola a la cara—. Yo estaré siempre a tu lado. Si pasa algo malo, nos ayudaremos el uno al otro. Lo sabes, ¿verdad?

Ella vacila antes de asentir con la cabeza.

En este momento parece tan frágil que verla me parte el corazón. En el fondo, los dos sabemos que no podremos hacer nada si las cosas se tuercen de verdad.

Pero también sé que haré todo lo posible por protegerla, me cueste lo que me cueste.

—Amy —repito—, Amy, te qui...

Ella pega sus labios a los míos, interrumpiendo lo que estaba a punto de decirle. Le devuelvo el beso, tratando de expresar en él lo que no me deja decir con palabras. Sus brazos se cierran alrededor de mi cuello, estrechándome aún más contra ella. Nos besamos con desesperación, con un hambre que tal vez nunca podamos saciar.

Pero no soy estúpido.

Aunque casi todos mis pensamientos se han derretido en el calor del beso, me doy cuenta de que no me ha dejado terminar de decirle que la quiero. Tampoco ella me lo ha dicho nunca.

No me importa.

No son más que palabras. Pronunciarlas o no es algo accesorio. Lo que hay en nuestros corazones es real; da igual que lo nombremos o que lo dejemos existir en la oscuridad y el silencio.

Tardamos un buen rato en separarnos. Miro a Amy: el color le ha vuelto a las mejillas y sus manos ya no tiemblan.

—Todo va a ir bien —digo con toda la convicción de la que soy capaz, y ella aprieta la mandíbula y asiente.

—Esto es una estación emisora —afirmo señalando el panel de control que hay bajo la placa del FREX—. De hecho, se parece bastante a la unidad de comunicación que teníamos en la *Fortuna*.

Pues claro que se parece: tanto la una como la otra fueron diseñadas por el FREX.

—¿Crees que podríamos contactar con la nave? —pregunta Amy—. Me gustaría pedirles que nos ayuden con la pista de *El principito*.

Niego con la cabeza. Aunque lograra aislar su frecuencia, tendría que conectar directamente con la red de intercomunicadores; todos los demás sistemas de comunicación desaparecieron junto con el puente. Pero entonces miro a Amy de reojo y la veo casi contenta, como si la perspectiva de hablar con la gente de la *Fortuna* le diera energías renovadas. Vuelvo a concentrarme en la emisora. Recuerda tanto a la tecnología de la nave... ¿Por qué no intentarlo?

Acerco una silla de respaldo recto que hay contra la pared, me siento frente a la consola y examino los mandos con detenimiento. Reconozco algunos: ese dial sirve para buscar señales, aquel otro ajusta la longitud de la emisión... Sin embargo, hay otros —un pomo con un rótulo que pone «Ansible», un indicador con una aguja que oscila sin parar...— que no me suenan de nada.

Amy acerca otro asiento y se acomoda a mi lado. Roza una pantalla con los dedos y esta se enciende mostrando un menú de opciones. Parece como si en esta unidad se mezclaran la tecnología antigua y la nueva.

El dedo de Amy se desliza por la pantalla hasta detenerse encima de una palabra: «Intercepción».

Me mira de soslayo. Esto no presagia nada bueno.

Presiona la palabra y la pantalla se oscurece. En la parte superior aparece una línea roja con el subtítulo «Frecuencia», y en la inferior, otra amarilla que pone «Volumen».

Una voz de hombre empieza a hablar, y el corazón se me desboca por un momento hasta darme cuenta de que el sonido viene de la propia consola. Las dos líneas —la amarilla y la roja— suben y bajan al ritmo de la voz. En el centro de la pantalla aparece algo escrito: es la transcripción del mensaje que estamos oyendo.

¡Enhorabuena, tripulantes de la Fortuna! Habéis llegado sin contratiempos a vuestro destino final: el planeta que orbita alrededor de los soles del sistema binario Centauri.

El alma se me cae a los pies.

—Sé lo que es esto —susurro.

—¡Nos estamos comunicando con la Tierra! —grita Amy.

Sabemos que vuestro viaje ha sido largo. No obstante, nos alegra anunciaros que las sondas enviadas antes del aterrizaje mostraron un mundo no solo habitable, sino rico en recursos naturales.

Amy se vuelve hacia mí, rebosante de alegría.

Y entonces descubre mi expresión.

En el momento del aterrizaje, la lanzadera envió una señal directa al Fondo de Recursos Externos. En este instante, el personal del FREX está preparando otra lanzadera que llevará materiales y provisiones a vuestra colonia incipiente.

—¡Vienen a ayudarnos! —insiste Amy, resistiéndose a abandonar la esperanza—. ¡La Tierra va a venir en nuestra ayuda!

—No, Amy.

—¿Qué dices? Acaban de...

—Amy, ¿cómo se titulaba este mensaje?

Ella frunce el ceño y piensa un momento.

—Intercepción, creo.

Deslizo el dedo por la pantalla y el mensaje vuelve a empezar:

¡Enhorabuena, tripulantes de la Fortuna! Habéis llegado sin contratiempos a vuestro destino final: el planeta que orbita alrededor de los soles del sistema binario Centauri.

—Pero... —balbucea.

—Es una grabación.

Tengo el estómago revuelto. Este es el mismo mensaje que sonó cuando el coronel introdujo su código de autorización en el panel de mandos de la lanzadera. Entonces, tanto él como yo pensamos que nuestro interlocutor nos hablaba en directo. Pero solo era una grabación. Y no venía de la Tierra, sino de esta emisora.

Escuchamos la grabación hasta el final. El mensaje que oímos el coronel y yo se interrumpía antes de entrar en detalles acerca de los peligros que nos acechaban. Este se corta exactamente en el mismo punto, chasquido y chisporroteo incluidos.

Hasta este momento no había perdido la esperanza de que, a pesar de todo, el mensaje proviniera de la Tierra.

Ahora lo dudo mucho.

—¿Quién ha podido preparar esto? —masculla Amy, y de pronto sus ojos se abren de par en par—. No habrá sido... No habrá sido mi padre, ¿verdad?

Niego con la cabeza: aún recuerdo la esperanza que había en el rostro del coronel cuando el mensaje llegó a la lanzadera.

—No: la primera vez que oímos esto, él acababa de despertar. No tuvo tiempo de preparar algo así.

Toqueteo la pantalla para volver al menú. La etiqueta «Intercepción» solo contiene el mensaje que acabamos de escuchar. Leo las demás: «Negociaciones comerciales», «Condiciones de trabajo», «Especificaciones para la manufactura», «Sistemas de control»... De cada una de ellas cuelgan varios títulos de mensajes, seguidos de unos códigos numéricos que no logro comprender.

Retrocedo al menú superior y veo una etiqueta que dice: «Imagen en tiempo real». Le doy un codazo a Amy para llamar su atención.

—Imagen en tiempo real... ¿de qué? —pregunta.

—¿De la gente que construyó este complejo, quizá?

Doy dos toques leves a la etiqueta y bajo ella aparece un submenú: «Agricultura», «Instalaciones médicas», «Comunidad», «Mantenimiento», «Motor», «Control».

Amy me lanza una mirada interrogante, pero yo estoy tan desconcertado como ella. Toco la última palabra de la lista; la pantalla se vuelve negra y en ella aparece un rótulo parpadeante: «ERROR». Me encojo de hombros y lo intento con la primera, «Agricultura».

Esta vez, la pantalla no se oscurece. Ante nuestros ojos aparece un panorama de colinas suaves, uniformes, distribuidas regularmente. Campos de cultivo rectangulares en los que crecen cereales y hortalizas. Un paisaje agrícola diseñado a la perfección, salpicado de vacas y ovejas transgénicas que pastan bajo un cielo metálico pintado de azul.

Vuelvo a tocar la pantalla y la imagen es sustituida por el submenú.

—Elder, eso era... —murmura Amy, pero no es capaz de pronunciar las dos últimas palabras.

Sí, era la nave. De pronto, las etiquetas que brillan ante mis ojos cobran sentido. Voy abriendo las pantallas rápidamente: «Instalaciones médicas» muestra la fachada del hospital; «Comunidad» muestra la ciudad; en «Mantenimiento» se ve el nivel de navegación; «Motor» remite al reactor nuclear que proporciona luz y energía a la nave. Si «Control» da paso a una pantalla negra es porque debía de mostrar el puente de mando, y esa parte de la nave ya no existe. Doc la hizo explotar.

—Nos vigilaban —digo con un hilo de voz, horrorizado—. Llevaban años vigilándonos.

—Pero ¿quién?

No lo sé. Quien construyera este complejo, supongo. Los primeros colonos... o los seres que los exterminaron, esos seres no humanos a los que el escáner de la puerta prohíbe el paso.

Vuelvo a entrar en «Comunidad». La ciudad parece distinta. Las calles están sucias y abarrotadas, y la gente —mi gente, los que he dejado atrás, los que decidieron quedarse con Bartie— parece desesperada. Algunos se mueven muy rápido, avanzando de un lado a otro como si sus vidas dependieran de ello. Otros están inmóviles, tirados en el suelo o apoyados en los edificios. Se han rendido.

—¿Qué les ocurre? —murmuro.

Me gustaría pasar al otro lado de la pantalla para ayudarlos. Pero cuando mis dedos rozan el cristal en un ademán inconsciente, la pantalla vuelve al submenú.

Amy apoya la mano en mi hombro; creo que quiere apartarme de ahí. Al fin y al cabo, no puedo hacer nada por ellos. Yo estoy aquí y ellos siguen allí, orbitando a cientos de kilómetros de altura. No puedo llegar hasta ellos; no puedo salvarlos.

Les he fallado.

Entro en «Mantenimiento» para ver el nivel de navegación. Todas las puertas de las salas y los laboratorios están abiertas, pero no parece haber nadie. ¿Será de noche en la nave? No, imposible: en la pantalla de la ciudad se veía la lámpara solar encendida. Pero entonces, ¿dónde se han metido los navegadores? Retrocedo y entro en «Motor»: esa sala también está desierta. La imagen muestra tanto el motor como la puerta hermética del fondo, tras la que se esconden los restos del puente. Aguzo la mirada: sí, parece bien cerrada. Examino las pantallas que muestran las constantes del motor. No las veo bien, pero parece que todo funciona.

¿Por qué no hay nadie aquí?

Y entonces algo me llama la atención, un resplandor rojizo que late en el propio motor. De pronto me doy cuenta de qué lo emite: es un piloto enorme, pero queda fuera del ángulo de visión. Se me seca la boca mientras imagino el alarido ensordecedor que tiene que estar sonando en el nivel de navegación. Ha saltado la alarma.

La alarma que avisa de que el motor está a punto de entrar en fusión.

Me acerco para ver mejor. Ya he comprobado que no puedo ampliar la imagen, pero me esfuerzo por extraer de los píxeles toda la información que contienen, por reconstruir lo que ha pasado. Amy se inclina también, y su pelo rojo barre la pantalla antes de que se lo recoja tras la oreja.

Cuando Doc voló el puente, el motor quedó momentáneamente expuesto al espacio exterior y a la succión del vacío. Aunque es un aparato diseñado para resistir el paso de los siglos, ya ha sobrepasado la vida útil que tenía asignada. No sería extraño que el accidente lo hubiera dañado. Además, nosotros nos fuimos poco después de la explosión. Nadie debió de molestarse en revisar el funcionamiento del motor en el caos de los días que siguieron. Sé que algunos navegadores lo hicieron justo antes de que partiéramos, pero no creo que fueran muy concienzudos. ¿Y si pasaron algo por alto?

Pero si el motor se apaga, la vida en la *Fortuna* también lo hará.

Es así de simple.

Extiendo la mano para apagar el monitor. No quiero ver esto. No quiero cargar con esta culpa.

Van a morir por culpa mía.

La idea hace que me estremezca; mis dedos rozan la esquina de la pantalla y esta cambia para mostrar el hospital. Hago ademán de cerrarla, pero Amy me agarra la mano antes de que pueda hacerlo.

—Espera —dice, absorta en el monitor.

Aparto la mirada: lo último que necesito ahora es ver la efigie de cemento del Eldest original.

—Una capa de estrellas... —susurra Amy, y me agarra del brazo—. ¿Qué lleva puesto el hombre de la estatua?

No me hace falta mirarlo para contestar.

—La toga ceremonial de Eldest.

Amy me lanza una mirada de perplejidad, y caigo en la cuenta de que ella nunca lo vio vestido así. Yo me puse la toga una vez, cuando reuní a los tripulantes para anunciar que teníamos el planeta al alcance de la mano, pero Amy no acudió. Temía lo que pudiera hacerle la multitud... y con razón.

—Es una capa de lana gruesa que Eldest vestía en ocasiones especiales —le explico, recordando las briznas de hierba bordadas en la parte inferior y las estrellas que decoraban los hombros.

Estrellas... estrellas en los hombros...

—¡Elder, *El principito*! —exclama Amy—. ¿Lo recuerdas? El dibujo mostraba un rey, ¡y Eldest era como un rey! Y Orion trazó un corazón sobre su capa, ¡su capa de estrellas!

Dirijo la mirada a la estatua. Es una figura de cemento, diseñada por el Eldest primigenio al que representa. Si alguien guardaba algún secreto acerca de este planeta, era el primer Eldest: él diseñó el sistema de gobierno basado en Eldests y Elders, él decidió que la nave se quedara en órbita en vez de aterrizar. Pero dudo mucho que tomara esa decisión por capricho: debía de tener alguna razón de peso. ¿Y qué mejor sitio para guardar un secreto que el corazón de una efigie de cemento?

—Todo encaja —dice Amy lentamente, como si pensara en voz alta—. La última pista, la que podría indicarnos qué pasa aquí... está dentro de la estatua.

—Sí, dentro de la estatua —repito—. Y la estatua está en una nave que orbita en el espacio.

Amy suspira: todo esto no nos lleva a ninguna parte.

Algo se mueve a la derecha de la pantalla, y entrecierro los ojos para tratar de distinguirlo. Es una persona que avanza por el jardín del hospital. El camino describe una curva y el caminante se pierde de vista durante unos segundos, pero reaparece un momento después. Se dirige a la estatua.

Al llegar, se detiene delante de ella. Es Bartie.

Alza la cara y observa el cielo metálico. La cámara lo enfoca directamente. Sus rasgos muestran un rictus triste y cansado; tiene ojeras, y una cicatriz reciente le cruza la mejilla. Está demacrado, con el pelo sucio y desgredado. No hay rastro de su guitarra. Arrebatarme el mando no le ha sentado bien.

—¿Qué hace? —pregunta Amy.

Bartie parece hablarle a la estatua. Me viene a la cabeza una imagen de mí mismo escrutando la figura de cemento. Los brazos abiertos del Eldest primigenio me parecían benevolentes, y sus rasgos estaban lo bastante desgastados para imaginar en ellos una expresión comprensiva mientras yo me debatía por estar a la altura de mis responsabilidades.

Bartie se lleva una mano al bolsillo y saca algo. Por un segundo pienso que es un flexible, pero lo que sostiene es más pequeño y oscuro. Es negro, de hecho. Un cuadrado negro.

Un mediparche.

Amy ahoga un grito.

Ahora sé en qué está pensando Bartie y por qué ha acudido a la estatua del primer Eldest.

La nave se está muriendo y él lo sabe. Está tratando de decidir cuánto esperar antes de distribuir entre la gente los mediparches negros. Los mediparches que matan.



Sin decir nada, Elder se abalanza fuera de la sala y echa a correr hacia el poblado. Apenas puedo seguirle.

—¡Elder, espera! —jadeo.

Él aminora el paso, pero no se detiene. Corre envarado, con la espalda rígida. Cuando trato de tocarle el brazo, lo aparta con brusquedad. Le agarro la muñeca con firmeza y le obligo a encararme de un tirón.

—También podemos salvarlos a ellos —le digo.

Elder deja escapar una risa seca y amarga, casi un ladrido que resuena en el aire nocturno. Los dos nos quedamos inmóviles, esperando oír en cualquier momento los chillidos de un ptero. Pero, tras unos segundos de silencio absoluto, vuelven a oírse los suaves murmullos de la noche: los gorjeos roncoss de algún pájaro, las pisadas casi inaudibles de los animales menudos que se escabullen por el bosque... Que no hayamos visto muchos no quiere decir que no estén ahí.

—Podemos salvarlos, Elder —susurro con convicción.

—Ni siquiera podemos salvarnos a nosotros mismos —responde él entre dientes.

—Estamos a punto de desvelar el último secreto de Orion —replico—. Y tenemos la emisora del complejo. No vamos a dejar que mueran ahí arriba.

—¿Ah, no? ¿Y qué frexo vamos a hacer para no morir nosotros aquí abajo?

El corazón se me detiene por un momento.

—Amy, en este planeta hay algo... algo malo —dice Elder, con los ojos perdidos en el bosque oscuro que arranca a mi espalda—. Algo que acabó con la primera colonia.

—Los pteros...

—El escáner de ese edificio no estaba diseñado para impedir la entrada de pteros — replica.

Tiene razón: ese mecanismo servía para protegerse de... de algo diferente. Elder me lanza una mirada huidiza.

—Amy, sé que hay otras cosas —insiste, y sé que está pensando en la escama que encontró en el túnel.

Sí, a mí también me asusta todo esto. Hay muchas cosas que no entendemos en este planeta, cosas que podrían matarnos antes de que podamos desvelarlas.

—¿Recuerdas aquella pisada? —me pregunta Elder.

Asiento con la cabeza. ¿Cómo podría olvidar las hendiduras causadas por esas tres garras? Elder se acerca a mí y baja todavía más la voz.

—Yo... creí ver algo que se movía en el bosque justo antes de que el ptero me atacara. Tal vez lo que vi era el ser que controlaba al ptero.

Una imagen cruza vertiginosa por mi mente: un alienígena de piel verde y ojos saltones, con pies rematados en garras. Un ser taimado que vigila y espera al momento más propicio para atacar a sus víctimas.

Pero no, no quiero pensar en eso. No puedo pensar en eso. Ya he tenido bastante por esta noche.

Doy media vuelta y los dos seguimos caminando en silencio hacia el poblado, sin detenernos hasta llegar a unos metros de mi edificio. Todo está tranquilo y oscuro. Elder se pega a mí y me aparta el pelo de la cara.

—Alto —gruñe una voz femenina.

Hago ademán de volverme y noto el tacto frío de un arma en la nuca. Suelto las manos de Elder y levanto los brazos.

—¿Amy? —dice la voz, y la presión desaparece de mi nuca.

Me giro y veo a Emma Bledsoe, con uniforme de camuflaje. En la mano derecha empuña una pistola semiautomática.

—¡Bledsoe, casi me matas del susto! —exclamo.

—¡Chissst! ¿Quieres que los demás centinelas descubran la tontería que estáis

haciendo?

Miro de reojo a Elder. ¿De verdad sabrá Bledsoe lo que hemos hecho esta noche?

—Si no podéis vivir el uno sin el otro, al menos escondedlos en uno de los edificios —refunfuña Bledsoe—. Como sigáis escapándoos de la colonia para daros besitos, lo menos que os puede pasar es que os dispare un centinela. Yo misma pensé que... —se interrumpe—. Que erais un enemigo.

Estrecho los ojos. ¿A qué tipo de enemigo se refiere? Está claro que no sabe dónde hemos estado, pero también está claro que sabe más de lo que dice. Claro: ella acompañó a mi padre el primer día, cuando fueron a buscar la sonda y se encontraron con un complejo de alta tecnología en su lugar.

Es consciente de lo mucho que mi padre nos está ocultando.

Al ver que Elder y yo nos quedamos callados, Bledsoe frunce el ceño.

—Vosotros... no habíais salido aquí solo para enrollaros, ¿verdad?

—¡No! —exclamo—. Emma, queríamos...

Ella me interrumpe con un ademán.

—No sé lo que pretendíais hacer ni quiero saberlo. Pero sé que los dos sois avisados, así que sospecho de dónde venís —se vuelve y echa una mirada fugaz en dirección al complejo—. No salgáis de noche —insiste con tono enérgico—. Ahí fuera hay cosas que no os gustaría encontrar.

Elder asiente con expresión seria y hace ademán de marcharse. Yo voy a hacer lo mismo cuando Bledsoe me agarra del brazo.

—Amy, tengo que decirte algo importante —susurra con urgencia—. No te va a hacer gracia oírlo, lo sé, pero no debes confiar en...

—¿Quién anda ahí? —grita mi padre a cierta distancia.

Unos pasos se acercan deprisa. Son mi padre y Chris, los dos en uniforme de campaña.

—Bledsoe, ¿qué pasa?

Ella se endereza; su advertencia tendrá que esperar a otro momento.

—Señor, he encontrado a los dos chicos aquí fuera —hace una pausa—. Estaban besándose —añade en tono levemente acusatorio.

Doy un respingo, pero en el fondo le estoy agradecida: prefiero que diga eso a que le cuente su sospecha de que hemos descubierto el complejo.

Aun así, a mi padre no le hace mucha gracia.

—Yo acompañaré a Amy a nuestro alojamiento —gruñe—. Chris, ¿puedes escoltar al chico hasta su edificio?

—El chico puede ir solo —replica Elder en tono seco, y mi padre le lanza una mirada despectiva.

—En la oscuridad hay muchas cosas que deberías temer.

—Sé lo que debo temer —contesta Elder sin inmutarse—, y no es precisamente la oscuridad —espera un segundo y luego añade—: Tampoco creo que deba temerle a usted.

Chris posa una mano en su hombro y lo empuja suavemente hacia el poblado, pero Elder se libera con brusquedad.

Mi padre espera a que los dos se hayan perdido de vista y a que Bledsoe haya reanudado su patrulla antes de volverse hacia mí.

—¿En qué estabas pensando, Amy? —pregunta, y me sorprende la ira que hay en su voz—. ¡Este planeta es peligroso!

—No habíamos salido del poblado —protesto, aprovechándome de su ignorancia.

—¿Y cómo puedes besar a uno de ellos?

Me quedo helada. De pronto la noche parece extrañamente silenciosa, como si estuviera en suspenso.

—¿Qué has dicho? —pregunto con voz sorda.

—Amy, esos nativos de la nave... No deberías juntarte tanto con ellos —dice mi padre, empezando a dar vueltas frente a nuestro edificio.

—No sé qué decirte, papá. La verdad es que Elder es bastante más comunicativo conmigo de lo que eres tú últimamente, ¿no te parece?

—No son como nosotros —gruñe él como si no me hubiera oído.

—¿Por...? —pregunto en tono gélido.

—¿Tú los has visto? ¡Son todos iguales! ¡Se creen que un chaval es su líder! Son raros, Amy, raros y diferentes. Por Dios, ¿es que no te das cuenta?

—¡No sabes de lo que hablas! —estallo en voz más alta de lo que pretendía; a este paso, vamos a despertar a toda la colonia—. Son personas, papá. Buenas personas.

Él sacude la cabeza con pena, y ese gesto atiza mi enfado más que cualquiera de sus palabras.

—Ay, Amy... Ni siquiera deberías estar aquí.

Algo hace clic en mi cabeza.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué me dejaste elegir? —le espeto, elevando la voz con cada palabra—. ¿Por qué lo pusiste en mis manos? Podrías haber hablado conmigo, haberme preparado. Pero no: esperaste a que mamá estuviera congelada, te congelaste tú y me dejaste sola, diciéndome que decidiera si renunciar a todo por vosotros o no. Y cuando decido que sí, que renuncio a todo, ¡resulta que no debería haberlo hecho! Si no querías que viniera, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me dejaste elegir? ¿Por qué me dijiste que dependía de mí, si ni siquiera empaquetasteis mis cosas? ¿Te crees que no me di cuenta de que mi baúl estaba vacío?

Estoy jadeante, la cara me arde y mis manos están cerradas en puños.

Mi padre suelta el aliento.

—Lo siento mucho, Amy —masculla—. Le prometí a tu madre que no trataría de convencerte de que te quedaras. Además, me daba miedo decirte lo que pensaba por si decidías llevarme la contraria. Solo quería que tomaras una decisión de la que no te arrepintieras más tarde.

—Sí, ¿y sabes qué? La tomé.

—Yo no sabía que las cosas se iban a complicar tanto. Esta misión no se está desarrollando como yo esperaba... Tampoco esperaba que tú despertaras con tanta antelación. Todo sería más fácil si eso no hubiera ocurrido. Tal vez así te dieras cuenta de que los nativos...

—No sigas por ahí —le corto—. Los nativos de la nave, como tú los llamas, no tienen nada que ver con esto.

—Te odian, Amy —mi padre me mira con fijeza, como si me desafiara a apartar la mirada—. Veo perfectamente cómo se estremecen cuando nos acercamos a ellos, el recelo con el que nos miran... Nos tratan como si fuéramos monstruos.

—Elder no me odia —replico; tal vez sea lo único de lo que puedo estar segura.

Mi padre suelta una carcajada que parece un relincho.

—Elder es un adolescente, hija. ¿Cómo va a odiarte? ¡Sus hormonas piensan por él!

Me estremezco como si mi padre me hubiera abofeteado.

—Amy, no puedes confiar en ese chico. Y no se te ocurra... No te voy a permitir que te ilusiones con él. Has dejado que esos tres meses que pasaste en la nave, antes de aterrizar, eclipsen todos los años que viviste en la Tierra. Pero eres una de nosotros. Eres mi hija, mi niña.

—Ya no —replico con frialdad, rodeándolo para entrar en el edificio.

Él me agarra y tira de mí con fuerza. Por un momento tengo la aterradora sensación de que me va a pegar, pero lo que hace es abrazarme con tanta fuerza que casi me sofoca.

—No voy a dejar que te vayas furiosa conmigo, Amy —murmura, con la boca enterrada en mi pelo—. Podemos discutir, podemos pelearnos, pero no permitiré que creas que no te quiero.

Su abrazo se relaja y me aparto un poco, aturdida por sus palabras: mi padre nunca ha sido un sentimental.

—Este mundo es peligroso, hija; nunca podemos estar seguros de lo que va a pasar. No soporto ver cómo te marchas enfadada conmigo: te quiero demasiado para permitirlo.

Levanta el dedo meñique y me mira, esperando a que lo rodee con el mío. El hielo que se había formado en mi interior empieza a derretirse.

—Yo también te quiero —digo, haciendo una vez más el gesto con el que siempre hemos sellado nuestras promesas—. Te lo prometo.

Y es verdad: le quiero.

Pero eso no quiere decir que confíe en él.



A la mañana siguiente me despierto de golpe, alarmado por las pisadas que resuenan en la escalera de la calle. Estiro el cuello, dolorido. He dormido en un colchón hecho de ropa tirada en el suelo, pero tengo que idear algo mejor. Y no solo para mí: las pobres embarazadas deben de estar hechas polvo.

—¡Elder! —exclama Amy mientras entra corriendo en mi habitación.

Noto que mi boca se ensancha en una sonrisa bobalicona. No me importa levantarme temprano si Amy es mi despertador.

Entonces me fijo en su cara.

—¿Qué pasa? —pregunto levantándome de un salto.

Elijo una túnica arrugada del montón de prendas y me la pongo rápidamente. El aire está húmedo y bochornoso, a pesar de lo pronto que es.

—Kit... —jadea Amy—. Ven, Elder.

Echo a andar tras ella, poniéndome los mocasines sobre la marcha.

—¿Le ha ocurrido algo? —pregunto con el corazón en un puño.

Hay poca gente en la que confíe más que en Kit. Además, la considero mi amiga. Si está en algún aprieto...

—No lo sé —responde Amy señalando el pie de la colina, donde el coronel Martin parece dar órdenes a Emma y a Chris.

—¿Cómo que no lo sabes? Amy, ¿está bien Kit?

—No lo sé, Elder —repite, y me tira de la mano para que me dé prisa—. Esta mañana, mi padre fue a hablar con ella para que le mostrara la lista de tripulantes.

Creo que quería asignar tareas estables a la gente. Pero no pudo encontrarla por ninguna parte: ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —repito estúpidamente.

¿Cómo puede ser? Aún es muy temprano. Los soles acaban de salir.

—Mi padre piensa que ha ido a dar una vuelta y que volverá pronto.

—Kit nunca se iría sin avisar.

Amy me lanza una mirada fugaz.

—Sí, lo sé.

—Te dije que no molestaras a Elder con esto, Amy —dice el coronel en tono severo al vernos llegar.

—Papá, Kit no ha podido marcharse sin más. Si falta es que le ha pasado algo.

La miro de reojo: los dos sabemos que hay muchas posibilidades de que sea demasiado tarde.

—Yo ya me he ofrecido para ir a buscarla —interviene Emma con el ceño fruncido.

—Y yo ya le he dicho que no hace falta —replica el coronel—. He mandado una patrulla a la lanzadera para que comprueben si Kit se encuentra allí...

—No estará —le corto.

—No tenemos tiempo de suspender todos los trabajos solo porque una mujer ha decidido dar un paseo... contraviniendo mis órdenes expresas, por cierto.

—¡Papá, escúchanos! —dice Amy, en un tono tan enérgico que el coronel da un respingo—. Es imposible que Kit se haya ido de paseo. Si la conocieras, te darías cuenta.

Él se queda pensativo, y en ese momento Chris se adelanta para situarse a su lado.

—Puede que esté en las letrinas —sugiere.

—No está, ya las he comprobado —contesta Amy—. Tenemos que salir a buscarla.

—Al menos vamos a esperar a que la patrulla vuelva de la lanzadera —dice el coronel, con menos convicción que antes—. No sería raro que hubiera ido allí a recoger suministros médicos...

—Imposible —sentencio—. La conozco desde hace años: sé que nunca se habría marchado sin decírmelo antes. Si no está en la colonia es que le ha pasado algo, no lo dude.

Una sombra de duda atraviesa la cara del coronel. No quiere creer que Kit se ha ido contra su voluntad; no quiere que su desaparición le pese en la conciencia. Si alguien —algo— la ha secuestrado, es que sus hombres no la han protegido como debieran. Sé cómo se siente, pero no tengo tiempo de consolarle.

—Si no hace algo de inmediato, lo haré yo —añado—. Voy a montar grupos de rastreo.

—Yo te ayudo —salta Amy.

—Yo también —se une Emma, mirando con expresión agria al coronel y a Chris.

Nos ponemos a trabajar de inmediato. En cuanto se corre la voz de que Kit ha desaparecido, empiezan a llegar voluntarios para los grupos de búsqueda. En menos de una hora tenemos más de cien personas dispuestas.

El coronel Martin observa el grupo congregado en la llanura herbosa. Todos sus miembros comparten el mismo aire determinado y adusto. Casi todos se han provisto de armas caseras: palas, guadañas y, en algunos casos, ramas gruesas que hacen las veces de garrotes.

—No tienen por qué llevar esas cosas: mis hombres tienen armas de fuego —me dice.

Es obvio que le pone nervioso ver a mi gente armada. Archivo la información por si puede serme útil en el futuro.

—Las armas de fuego no salvaron a Lorin, ni a la sargento Robertson, ni a ese doctor terrícola —replico.

He preguntado a mi gente hasta localizar a la última persona que vio a Kit: es Willow, una mujer embarazada que la llamó en mitad de la noche porque tenía contracciones.

—Me dio un mediparche y se fue —explica.

—¿Y no viste a nadie más?

—Solo a uno de ellos que estaba patrullando —contesta, y sé que se refiere a un militar terrícola.

Willow mira alrededor y señala a Chris, que espera detrás del grupo con expresión preocupada.

—Ese era.

Me acerco a él y le repito lo que acabo de escuchar.

—Sí, la vi —responde Chris, con las manos levantadas como si quisiera defenderse de la acusación implícita en mis palabras—. Fue justo antes de que acabara mi turno.

—¿La acompañaste de vuelta a su edificio? —pregunto, y él palidece.

—No, yo... creí que...

—Fue entonces cuando la atraparon —le interrumpo fulminándolo con la mirada: le encargaron que protegiera a la colonia, y dejó que una persona de mi gente pagara el precio de su incompetencia.

Pero eso no responde a la pregunta que verdaderamente importa: ¿quién se llevó a Kit, y por qué?



Estoy observando cómo Elder da instrucciones a los primeros grupos cuando mi padre me agarra del brazo.

—Tú te quedas, Amy —dice.

Le miro a los ojos, demasiado asombrada para contestar.

—Puedes ayudar de otras maneras —argumenta—. No quiero que vayas con ellos.

—Pero es que yo sí quiero —rebato, furiosa—. Kit es amiga mía.

Mi padre me mira con incredulidad, como si no creyera que su hija puede ser amiga de una chica de la nave. Es la misma mueca que adopta cuando me ve con Elder.

Cierro los puños, indignada.

—¿Vas a pasar de Kit solo porque no es de tu gente? —gruño.

—No es eso, hija —responde él en un tono que no sé descifrar, tal vez de pena o de remordimiento—. Ya he estado una vez a punto de perderte, Amy —añade acercándose más a mí—. Cuando Elder te trajo después de que olieras la flor, creí que te había perdido. No voy a dejar que eso ocurra otra vez.

Me vuelve a abrazar casi tan fuerte como ayer.

—Anda, ve al laboratorio con tu madre —añade después de soltarme—. Chris se quedará con vosotras para protegeros —levanta la cara para mirar algo a mi espalda y, al girarme, veo que mi madre se acerca—. Cuidados mucho, ¿eh, chicas?

Los grupos ya han empezado a dispersarse. Suelto un suspiro y voy con mi madre al edificio en el que nos alojamos. Mientras ella se prepara para otra jornada en el laboratorio, yo me pregunto si mi padre pensará ir al complejo que descubrimos ayer. ¿Habrá algo allí que permita localizar a Kit? Espero que sí; me da igual que mi padre

nos lo haya ocultado, siempre y cuando nos ayude a encontrar a Kit y traerla sana y salva.

—Bueno, antes de meterme en el laboratorio voy a revisar lo que hicieron ayer los geólogos —dice mi madre—. Amy, ¿quieres acompañarme?

Niego con la cabeza.

—Yo iré con usted, doctora Martin —se ofrece Chris.

Aunque me reconforta tenerlo con nosotras, no deja de resultarme extraño que nuestro protector sea poco mayor que yo.

Apenas han salido del edificio, Emma Bledsoe entra en la sala.

—¿Estás sola? —pregunta con su acento cantarín, y yo asiento.

Cruza la estancia de tres zancadas y me pone algo en las manos. Lo examino: es un cubo transparente que me cabe justo en la palma de la mano.

—Quiero que lo tengas tú —me dice—. Escóndelo.

—¿Por qué? —pregunto, empezando a examinarlo.

Parece hecho de cristal, pero en su interior hay unas manchitas doradas que resplandecen al sol creando un torbellino hipnótico.

—Estos días os he observado a Elder y a ti —responde, y lanza una mirada rápida a la puerta—. Sé que no estáis dispuestos a creeros sin más todo lo que os cuentan, y me da la impresión de que ahora mismo nos hace falta más gente como vosotros.

—¿Lo dices por...? —mi voz se apaga; no estoy segura de querer oír esta verdad—. ¿Lo dices por mi padre?

—Tu padre es un buen militar —repite—. Y, como tal, está tratando de cumplir la misión que se le encomendó.

Cierro los dedos alrededor del cubo. ¿Qué tiene que ver esta cosa con nuestra misión?

—A lo largo de mi vida he estado en muchos países —prosigue Emma, cambiando de tema repentinamente—. Y ahora estoy en un mundo diferente. Sin embargo, nunca he sentido *dépaysement*.

—¿Depes... qué? —farfullo.

—*Dépaysement*. Es una palabra francesa que significa... estar desubicado, o algo así —Emma sacude la cabeza y sus rizos oscuros rebotan contra sus mejillas—. No, no es eso exactamente. Se refiere a lo que uno siente cuando no está en su tierra, en su hogar.

—No lo entiendo —repongo; no es que no comprenda la palabra, es que no entiendo a qué viene todo esto.

—Ya hace muchos años que me di cuenta de que la palabra «hogar» no designa un sitio, sino un grupo de gente. Por eso no me importó enrolarme en esta misión: lo importante no era adónde iría, sino con quién estaría.

Se queda callada e inclina la cabeza. Sí, yo también lo oigo: mi madre y Chris vienen de vuelta.

—Te doy esto —explica Emma mientras señala el cubo que aún tengo en la mano— porque a ti y a ese chico no os importan ni la misión militar ni los intereses del FREX. Lo único que os importa es convertir este mundo en vuestro hogar.

—Y a ti, ¿qué es lo que te importa? —digo, tratando de encontrar su mirada.

—Eso no es relevante —contesta con tristeza—. Yo soy militar: debo obedecer las órdenes. Vosotros no —lanza una mirada furtiva a su espalda—. Date prisa, escóndelo.

En su voz hay tal urgencia que giro sobre mis talones y me precipito a mi habitación hecha de tiendas de campaña. Una vez ahí, observo todo rápidamente y oculto el cubo dentro de mi saco de dormir.

—Amy, ¿dónde estás?

Salgo de mi rincón. Emma ya no está.

—¿Preparada, hija?

Cuando llegamos a la lanzadera, estoy casi empapada de sudor. Por un momento deseo que otra tormenta refresque el ambiente, pero luego recuerdo los grupos que han salido a buscar a Kit y me doy cuenta de que es mejor que no llueva.

El cuerpo del doctor Gupta ya no está en el laboratorio. Es mejor así: no sé si podría aguantar verlo de nuevo. Estaba tan destrozado, separado en tantos trozos... Igual

que el de Juliana Robertson. Trago saliva, intentando olvidar los crujidos húmedos que hacía el ptero al comerse al doctor.

Me viene a la mente Lorin, la tercera baja. A ella no la mató un ptero; el horror de las otras dos muertes nos ha hecho olvidar que el cadáver intacto de Lorin es, de lejos, el más terrorífico de los tres.

—Los geólogos tienen que obtener más muestras si quieren que mis análisis sean relevantes —explica mi madre, levantando a la luz un tubo lleno de un líquido viscoso. Es de un rojo muy oscuro, casi negro.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Sangre de ptero.

Vuelvo la cabeza: se han llevado el cuerpo del doctor, pero el del monstruo sigue tendido sobre las cuatro camillas. Mi madre ya lo ha diseccionado, a pesar del hedor que despedía, y ha pesado y guardado sus órganos internos. Sin embargo, aún no ha terminado con él.

Agita el tubo, y la sangre del ptero despide tal hedor que tengo que contener una arcada. Cuando me tapo la nariz con el dorso de la mano, Chris me lanza una mirada de complicidad.

—Quiero que hagas tú el inmunoensayo de esta muestra —me indica mi madre—. Hasta ahora nos hemos centrado en las víctimas; vamos a ver qué nos revela el asesino.

—¡Pero si sabemos perfectamente que lo maté yo! —protesto.

Sin molestarse en contestar, mi madre me entrega el tubo y empieza a darme instrucciones. Me resigno y me pongo manos a la obra.

Al acabar, mi madre se acerca a la pantalla del analizador y lee en alto los resultados.

—Da negativo en todo... salvo en material MG.

La miro, boquiabierta. Ayer por la noche no hablaba en serio al sugerir que tal vez estos monstruos hubieran sido creados por los primeros colonos. La modificación genética es una técnica creada en la Tierra, en Tierra Solar. No tendría por qué estar presente aquí, y menos en una criatura originaria de este planeta. Sin embargo, tampoco debería hacer aparecido en la sangre del doctor Gupta.

—¿Y no puede ser que el material provenga...? —Chris se remueve, incómodo—.

¿No podría provenir del doctor?

Mi madre sacude la cabeza.

—Era demasiado pronto: la criatura murió sin que le hubiera dado tiempo a digerir su presa.

Lo sabe bien: acaba de diseccionarla, y en el estómago encontró varios trozos del doctor.

—Entonces, ¿qué? —intervengo—. ¿Cómo es posible que un ptero tenga material MG en su torrente sanguíneo? ¿Puede haberse originado en el planeta?

Mi madre mira el tubo de sangre con tanta intensidad como si así pudiera arrancarle sus secretos.

—No creo —dice al fin—. Antes hablé con Frank, uno de los geólogos. Al parecer, están encontrando minerales que nunca habían visto antes. ¡Elementos nuevos que habrá que añadir a la tabla periódica! Este es un planeta nuevo, diferente; no es probable que vayamos a encontrar nada exactamente igual que en la Tierra, y menos material MG que, al fin y al cabo, es algo artificial.

No me hacen falta más análisis: si la sangre del ptero contiene material MG es porque ya ha habido humanos en este planeta. Y esos humanos debieron de hacer algo parecido a lo que estamos haciendo ahora nosotros con los perros y los caballos. Solo que ellos fueron demasiado lejos y crearon monstruos; unos monstruos que tal vez los borrarán de la faz del planeta, dejando solo ruinas detrás.

Mientras observo cómo mi madre prepara el resto de los aparatos, me doy cuenta de que no sabe nada del complejo que hay más allá del lago. Está convencida de que somos los primeros humanos en llegar al planeta. Abro la boca, decidida a contarle la verdad que mi padre le ha ocultado, pero no me salen las palabras. Solo puedo esperar que sus análisis revelen algo nuevo, algo que pueda salvarnos.

Ella se afana, con las mandíbulas apretadas en un gesto voluntarioso. Me recuerda a Emma Bledsoe y a lo que me dijo esta mañana. Es como si todos supiéramos que hay algo raro en este planeta, algo que no encaja, pero no fuéramos capaces de identificarlo.

Al cabo de varias horas, la puerta del laboratorio se abre. Chris se levanta de un salto, sobresaltado: se había quedado dormido mientras mi madre y yo trabajábamos. Elder entra en la sala y mira en derredor con aire confundido.

—Yo... El coronel Martin me dijo que viniera —explica en voz innecesariamente alta.

Sus ojos encuentran los míos y su boca se curva en una sonrisa de alivio que no llega a sus ojos. Parece fatigado, y no me extraña: lleva días resistiéndose a la autoridad de mi padre, levantando los velos que cubren este planeta para encontrar debajo más medias verdades y peligros.

—¿Y Kit? —pregunto, y él se encoge de hombros con tristeza.

—Ni rastro de ella. Entonces, ¿queríais verme?

Mi madre se adelanta.

—Lo siento mucho —dice—. Le pedí a Bob... al coronel Martin que te enviara aquí, pero eso fue antes de que nos enterásemos de la desaparición de vuestra médico. Me sorprende que te lo dijera ahora; desde luego, no era mi intención interrumpir las batidas.

—No pasa nada —responde él en voz baja—. Teníamos que parar para comer, de todos modos.

—Ah, en ese caso... Tranquilo, solo nos llevará un momento —dice mi madre, y le hace un gesto para que la siga al otro lado del laboratorio.

Se detiene frente a los tubos de embriones, y Elder gira la cabeza para lanzarme una mirada inquisitiva. Ahora lo entiendo: mi madre va a hacerle la pregunta a la que no quise responder yo el otro día.

—Hemos comenzado el proceso de incubación de los embriones —explica mi madre—, pero nos faltan datos sobre algunas de las especies. ¿Tú tienes idea de lo que guarda cada contenedor?

—Sí —responde Elder con una cortesía teñida de recelo.

—Ah, estupendo. Entonces, ¿qué tenemos aquí? —inquire mi madre.

Se detiene frente al cilindro en el que decenas de clones humanos —decenas de Elders— flotan en una gelatina dorada. Sí, todos son copias del Eldest primigenio con secuencias genéticas exactas; sin embargo, ninguno de ellos es este Elder, mi Elder.

—Son... —empieza Elder, pero la voz parece atascarse en su garganta—. Son embriones humanos. Clonados.

Mi madre retrocede, asombrada.

—¿Humanos? El FREX no dijo nada acerca de conservar embriones humanos...

—No son del FREX —responde Elder rápidamente, sereno de nuevo—. Los crearon los tripulantes de la *Fortuna*.

Para ser exactos, los creó el primer Eldest: fabricó cientos de copias de sí mismo para asegurarse de que él, y no otro, sería el dictador eterno de una *Fortuna* inmutable.

—¿Y para qué...? —mi madre se interrumpe y busca las palabras adecuadas—. Lo siento si te parezco insensible o ignorante, pero ¿cuál es su propósito?

Elder fija la vista en la gelatina dorada. ¿Su propósito? Fabricar más personas iguales a él: recambios. En su día, Eldest le amenazó con reemplazarle, con matarle y empezar desde cero con un nuevo embrión de los que guarda este cilindro. Y no hubiera sido la primera vez: ya lo había hecho con Orion...

—Ninguno en concreto —contesta con voz hueca.

—¿Puedo...? No te ofendas por lo que voy a preguntarte, por favor, pero ¿podría eliminarlos? Están ocupando un espacio precioso.

Elder asiente sin despegar los ojos del tubo. ¿Qué se sentirá al ver decenas de yoes en potencia? Me imagino a mi madre extrayendo uno de los grumitos y metiéndolo en la incubadora de embriones, junto a los perros y los caballos. Nueve meses más tarde, un pequeño Elder aparece. Tiene los ojos de Elder, la cara de Elder... ¿y el alma de Elder? No: el alma no.

—Ah, estupendo —repite mi madre.

Se vuelve hacia el tubo, levanta un pequeño panel disimulado en la base y aprieta un botón. Se oye un zumbido suave.

—Solo tardará un momento —indica, retrocediendo para situarse junto a nosotros.

El fondo del tubo se abre con un chasquido leve, y su viscoso contenido desaparece por alguna conducción que debe de llevar a la cámara donde se incineran los desechos.

En unos segundos, el cilindro está vacío y limpio.

—Muchas gracias —dice mi madre, y vuelve a concentrarse en el análisis de la sangre del ptero.

Un crujido de estática rompe la tensión que mi madre ha creado inadvertidamente. Elder y yo nos volvemos hacia Chris, que está muy rígido, con el transmisor pegado a la oreja. No se oye lo que le dicen, pero su mirada se centra en Elder.

Sé lo que ha pasado antes de que me lo diga.

Han encontrado a Kit.



Traen el cuerpo de Kit directamente a la lanzadera, y me alegro absurdamente de estar ya aquí para recibirlo.

Tiene el pelo enredado, lleno de tierra, hojas y ramitas. Una mancha de lodo marrón oscuro recorre un lado de su cara y desciende por la bata de laboratorio, antes tan blanca. Estaba tan orgullosa de esa bata que le habían regalado los terrícolas... Al verla así de contenta, pensé que acabaríamos por entendernos, por colaborar en armonía. Ahora esa idea ha saltado en pedazos. Y no es lo único: en el pecho de Kit se abre un cráter rojo y negro, como si su corazón hubiera estallado.

No ha sido una muerte accidental.

Kit no ha muerto en las garras de un monstruo, no ha sido devorada.

La ha matado un arma, y alguien ha tenido que empuñarla.

Un asesino.

—¿Quién ha hecho esto? —pregunto, encarándome con el coronel.

Él levanta las manos en son de paz.

—No lo sabemos.

—¡Mi gente no ha podido hacerle una herida así! —grito, y señalo la herida que se abre en el tórax de Kit como una boca hambrienta—. Alguno de los militares... En la sala de armas...

—Elder —dice el coronel con voz solemne—, ninguna de nuestras armas podría causar una herida como esa.

Me vuelvo para mirar a Amy y ella asiente en silencio para corroborar la afirmación.

Los porteadores dejan el cuerpo de Kit en una camilla metálica, cerca del ptero que Amy mató. Los ojos me arden tanto que lo veo todo borroso. Kit era amable y bondadosa, y su único propósito en la vida era ayudar a los demás. Como yo, se vio obligada a asumir responsabilidades antes de estar preparada para ello, e hizo todo lo que pudo para compensar el legado de un predecesor que abusó de su autoridad.

Y todo, ¿para qué? Ahora está muerta.

No es justo. Me doy cuenta de que es un pensamiento pueril, una rabieta, pero no puedo evitarlo. No. Es. Justo.

—Fijaos en la lesión —dice la madre de Amy inclinándose sobre el cadáver.

—Es casi como si le hubieran disparado una bala explosiva —indica Amy.

Me lanza una mirada huidiza y sé que está pensando lo mismo que yo: aunque no haya ningún arma capaz de hacer algo así en el arsenal de la lanzadera, tal vez sí la haya en el complejo que descubrimos. O entre las manos del alienígena que nos acecha ahí fuera.

La madre de Amy se afana en silencio, preparando el instrumental para una nueva autopsia. El coronel y sus hombres se excusan y se van, pero yo me quedo. Quiero ver esto. Quiero saber qué —quién— asesinó a Kit.

Chris se queda también; al fin y al cabo, tiene que proteger a Amy y a su madre. Pero no me gusta el modo en que mira a Amy, como si la considerara suya. Cuando a mitad de la autopsia su cara se pone casi verde, no puedo evitar una sonrisa maliciosa.

La madre de Amy examina cuidadosamente la superficie del cuerpo, recogiendo muestras con bastoncillos de algodón, recortando trozos de uña y raspando la piel en algunos puntos. Guarda todas las muestras con cuidado, las etiqueta y se las va pasando a Amy, quien las almacena sin decir nada.

De vez en cuando, la mirada de Amy se encuentra con la mía desde el otro lado de la camilla. No nos hace falta hablar para saber lo que sentimos: compasión, ira. Kit no hubiera debido morir de este modo.

Los ojos del cadáver se abren una y otra vez, a pesar de los esfuerzos de la doctora Martin por cerrarlos. Cuando le abre la herida para examinar el interior, la boca de Kit se abre como si fuera a gritar.

Trato de emborronar conscientemente mi visión; no quiero identificar las formas y

colores de los órganos, los huesos, los vasos sanguíneos, los músculos, la grasa, todas esas cosas que nunca deberían aparecer a la luz, que deberían quedar siempre ocultas bajo la piel viva. Mis ojos vagan una y otra vez hacia el pecho de Kit, ahora un hueco de carne quemada y sangre ennegrecida en el que podría meter la cabeza.

La doctora Martin ilumina la herida con una pequeña linterna y le pide a Amy que le alcance unas pinzas. Extrae algo que no logro distinguir, lo guarda en una bolsita y se lo entrega a su hija.

—A ver si puedes averiguar qué es esto —le dice.

Amy se lleva la muestra a la mesa de trabajo y yo voy tras ella. Es un gesto de cobardía, pero creo que no puedo soportar ni un segundo más la visión de esta Kit sin vida.

—¿Qué es? —pregunto.

—Una especie de astilla —responde, usando otras pinzas para extraer lo que parece un trozo alargado de cristal.

Sus bordes parecen muy afilados, y su punta es tan fina como la de una aguja. Amy la sujeta en alto, procurando no apretar para que no se rompa. De pronto, la astilla resbala de las pinzas y cae en la superficie de metal. Contengo el aliento, esperando oír un tintineo de cristal roto.

Pero no se rompe.

Amy la recoge con las pinzas; ahora aprieta tanto que las manos le tiemblan por el esfuerzo. La astilla sigue intacta.

La deja en la mesa y saca un destornillador de un hueco en la pared. Apoya la punta en el centro del cristal y presiona la empuñadura con una mano; con las dos manos; con todo su peso.

El cristal no se rompe.

Finalmente, Amy coloca la astilla sobre una placa de metal y la sitúa bajo la lente de un microscopio. La examina un momento y se aparta para dejarme a mí. Podría ser un cristal normal y corriente, si no fuera por las finísimas vetas doradas que lo recorren. Son tan delgadas que ni siquiera se aprecian bien por el microscopio. Me recuerdan a algo...

—Desde luego, ninguna de nuestras armas puede causar una herida así ni deja astillas

de cristal incrustadas —dice Amy en voz baja para que no la oigan su madre ni Chris.

—Entonces, los que la han matado tienen armas más eficaces que las nuestras. ¿Es eso lo que quieres decir? —susurro.

Ella asiente en silencio, con la cara crispada por la preocupación.

Empiezo a pasear de un lado a otro, una costumbre que me ha pegado ella. Nos enfrentamos a un enemigo más inteligente y veloz que nosotros, un enemigo que dispone de armas letales y no duda en usarlas. Y no me refiero solo a la bala explosiva que ha matado a Kit: creo que también controlan a los pteros.

Pero si son tan astutos como parece, deben de tener alguna razón para eliminar a unas personas y no a otras. Ayer noche podrían habernos matado a Amy y a mí; pero en vez de hacerlo, se llevaron a Kit.

¿Por qué?

Han matado al doctor Gupta, un médico que no participaba en los análisis científicos. A Juliana Robertson, que era militar. Y a Lorin, la pobre Lorin, que ni siquiera debió de enterarse porque estaba drogada con fidus.

Paro en seco.

La ropa ensangrentada y embarrada de Kit está tirada en una esquina. Echo a correr hacia ella, en un arranque tan repentino que la madre de Amy suelta un gritito de sorpresa. Los tres me observan, desconcertados, mientras registro los bolsillos de la bata blanca. Los dos más grandes están llenos de mediparches de distintos colores: malvas para el dolor, amarillos para la ansiedad, azules para los trastornos estomacales...

No hay ninguno verde.

Sin embargo, me consta que Kit tenía docenas de parches de fidus; los vi ayer, sin ir más lejos. Los llevaba siempre encima porque aún se los aplicaba a quien se lo pedía, a pesar de mis débiles protestas.

Ahora no queda ni uno solo.

Lorin llevaba un parche de fidus. El doctor Gupta estuvo hablando con Kit acerca del fidus mientras atravesábamos el bosque en dirección al poblado. Quizá los alienígenas —porque, cuanto más lo pienso, más me convengo de que nos enfrentamos a un enemigo no humano— se dieran cuenta de que Lorin estaba

drogada y se la llevarán por eso. Como el doctor Gupta estaba con ella, tal vez lo secuestrarán para sacarle información sobre el fidus. En cuanto a la sargento Robertson... Bueno, ella salió para buscarlos.

Puede que los encontrara y muriera por ello.

Pero ninguno de ellos pudo dar mucha información a los alienígenas acerca de la droga que mantenía a Lorin en su estado de docilidad.

Kit sí que conocía el tema. Sabía exactamente lo que ocurre cuando se aplica un parche verde claro en la piel de una persona.

He conseguido llegar al planeta, pero no logro escapar del fidus.



Cuando al fin salgo del laboratorio con mi madre, estoy agotada. Y seguimos sin tener idea de qué, o más bien quién, mató a Kit.

Lo único que sabemos con certeza es que algo —alguien— nos tiene en su punto de mira.

Después de aterrizar, sentí miedo hacia el planeta. Pero el planeta no es un ser consciente; temerlo es como temer a la naturaleza. No planea nuestra muerte, aunque está claro que puede causarla.

Ahora, mi miedo se está convirtiendo en terror. La idea de que hay algo concreto, inteligente y maligno que está matando a los nuestros me parece aterradora, pero cierta. Las teorías de Elder sobre seres alienígenas cada vez me convencen más.

Al menos, me reconforta saber que Chris me guarda las espaldas.

Salgo de la lanzadera con el estómago revuelto, pero al llegar al poblado me doy cuenta de que estoy muerta de hambre. Me acabo mi ración de comida en un abrir y cerrar de ojos; en cualquier caso, supongo que es mejor no saborearla. Me dan ganas de pedir más, pero las resisto. Tenemos que racionar las provisiones: aún no hemos comprobado con certeza si crecen vegetales comestibles en el planeta, y es demasiado pronto para saber si nuestros cultivos prosperarán.

Cuando me escabullo a mi habitación, estoy a punto de dormirme de pie. Extiendo el saco de dormir, que dejé arrebujado esta mañana, y al hacerlo noto algo duro dentro.

Es el cubo de cristal que me dio Emma.

Y ahora brilla.

Me da tal susto que lo dejo caer. Miro cómo rebota en el suelo, con el corazón en un puño porque estoy segura de que se va a romper. Pero no lo hace: al acercarme para examinarlo, veo que ni siquiera se ha agrietado.

Igual que la astilla que sacó mi madre de la herida de Kit.

—Amy, ¿qué ha sido eso? —pregunta mi padre.

—Nada, solo se me ha caído el... —miro alrededor, desesperada por encontrar una excusa convincente—. La linterna.

Contengo el aliento: el golpe ha sido mucho más fuerte que el que habría hecho una linterna, pero mi padre parece satisfecho con la respuesta.

Recojo el cubo y lo examino de cerca. Las espirales doradas brillan tanto que iluminan toda la habitación. Reluce como una bombilla, pero no está nada caliente.

—No malgastes las pilas —dice mi padre desde el otro lado de la pared de tela.

Vuelvo a meter el cubo en mi saco y la habitación queda a oscuras.

—Buenas noches, corazón —me dice mi madre con voz somnolienta.

—Buenas noches —mascullo, con la vista clavada en el cuadradito de luz que se adivina bajo el tejido del saco.

Me gustaría preguntarle a Bledsoe qué me ha dado, pero no sé en qué edificio se aloja, y tampoco quiero llamar la atención sobre el cubo. A juzgar por la forma en que me lo entregó, debe de ser algo secreto, una especie de clave para comprender este mundo.

Vuelvo a recordar la astilla que encontramos en el pecho de Kit. Si este cubo de cristal puede iluminar mi habitación, es seguro que contiene algún tipo de energía. Y si esa energía explotara...

Miro el punto del suelo en el que lo dejé caer, horrorizada. Si se hubiera roto, ¿me habría volado las piernas, igual que voló el pecho de Kit?

Tengo que hablar con Elder.

Antes de escaparme, compruebo que mi pistola está dentro de la funda, con el seguro quitado. Retuerzo la boca de mi saco de dormir y lo saco por la ventana con cuidado hasta notar que se posa en el suelo. Luego apoyo las manos en el alféizar y me alzo a pulso. Mis rodillas tropiezan con el borde de la depresión cuadrada que hay en la piedra, y tengo que contener un taco.

Me escabullo entre las sombras. Elder y yo llevamos unos días enfrentándonos por tonterías, cada vez más separados por nuestras diferentes prioridades y por la gente

que nos rodea. Sin embargo, en un momento como este, mi primer impulso es buscarlo; a la hora de la verdad, no hay nadie en quien confíe más que en él.

Apenas ha caído el ocaso, pero después de la muerte de Kit, nadie se atreve a violar el toque de queda. Chris está de guardia en el primer nivel del poblado; voy tan distraída que estoy a punto de toparme con él de narices. Por suerte reacciono a tiempo y me oculto tras una esquina, conteniendo el aliento. Él pasa a menos de un metro, caminando con seguridad aunque no lleva linterna. Cuento hasta diez, salgo de mi escondite y subo las escaleras que llevan a los niveles superiores.

Encuentro a Elder despierto, paseando de un lado a otro por su habitación. Al oírme entrar, levanta la mirada y sonríe.

—Estaba tratando de encontrar algún modo de llamarte —dice.

—Baja la voz —susurro, mirando la puerta de reojo; el incidente con Chris me ha puesto los nervios de punta—. Vamos al piso de arriba.

Todos los edificios siguen a grandes rasgos el mismo diseño: una sala grande en la planta baja y varias habitaciones más pequeñas en la planta superior. Mi padre decidió usar el piso de arriba de nuestro edificio para almacenar nuestras cosas. Cuando le ayudé a llevarlas, me di cuenta de que la pared trasera de la última habitación era de roca viva, sin ventanas. Esta casa debe de tener una estancia igual. No es que ofrezca una gran privacidad, pero no hay nada mejor a nuestro alcance.

—¿Qué te preocupa? —pregunta Elder mientras subimos las escaleras.

Me dirijo al cuarto sin ventanas y dejo el saco de dormir en el suelo. Tras rebuscar en su interior, saco el cubo de cristal.

—Me lo dio Emma Bledsoe —explico.

Elder lo mira, boquiabierto. Le da la vuelta sobre mi mano, y un caos de sombras y luces danza por las paredes.

—No es la primera vez que veo este objeto —susurra—. Vi a tu padre y a Emma manejarlo la primera noche que pasamos en el planeta.

—Pues ahora ella me lo ha entregado... Mira: es como la astilla que encontramos en la herida de Kit.

La luz y las sombras se deslizan por la cara de Elder, dando a sus rasgos un aire enigmático que me asusta un poco. Extiende una mano para tapar el cubo y la luz

atraviesa su piel y su carne, bañándolos en un resplandor rojizo.

—¿Cómo funcionará? —pregunta.

Me viene a la cabeza el leve resplandor de la arena que había bajo la lanzadera, aquella primera noche. El cristal se hace con arena derretida. Los reactores de la nave derretieron el terreno, y eso hizo que el suelo brillara como este cubo de cristal...

—¿Energía solar? —sugiero—. Tal vez este cristal atrape la luz del sol.

—Sí, podría ser —repite Elder, dando vueltas al cubo como si esperara encontrar un interruptor.

Se me ocurre algo de pronto.

—Esas depresiones cuadradas de las ventanas... —digo, frotándome la rozadura que me he hecho antes con una de ellas—. Los científicos dicen que debían de servir para colocar alguna estatuilla, pero ¿sabes qué? Son del mismo tamaño que este cubo.

Elder roza su superficie suave con las yemas de los dedos.

—Los dejaban allí por la mañana para que se cargaran de luz y brillaran por la noche. Sí, parece lógico —me mira a los ojos—. ¿Recuerdas la luz que se encendió en la unidad de comunicación del complejo?

—¿Crees que también era del mismo material?

—Sí. Seguro que la parte superior de la lámpara queda expuesta al sol durante el día, para cargarse. No me extrañaría que todos los aparatos funcionaran con energía solar: los ordenadores, la emisora...

La luz del cubo se debilita. Esta mañana apenas pudo cargarse de sol antes de que lo ocultara dentro del saco.

—El único dato que se repite una y otra vez desde que aterrizamos —prosigue Elder — es que el FREX encontró materias primas muy valiosas en este planeta. Cada vez que alguien habla sobre la misión lo menciona, incluido tu padre. ¿Y si esta fuera esa materia prima?

—Tiene sentido —repongo—. La energía solar sale gratis... Y con una buena cantidad de estos chismes podría iluminarse una ciudad.

—Lo malo es que si se rompe... —Elder inclina la mano, pero no lo suficiente para que el cubo se caiga—. ¡Bum!

Está pensando lo mismo que yo: esto fue lo que mató a Kit. Los seres que fabricaron este cubo también deben de hacer balas. Aunque el material no parece muy frágil, han debido de encontrar alguna forma de hacer que explote; eso explicaría la horrible herida de Kit.

—Creo que hay algo más, Amy —dice Elder, y me explica su teoría sobre el fidus como hilo conductor que une a todas las víctimas—. Lo malo es que no sé cómo probarlo —remacha.

La luz del cubo ya arroja tantas sombras como luces.

Recuerdo la mirada vacía del doctor Gupta mientras el ptero se lo comía; el cadáver intacto de Lorin; las muestras de sangre de los dos que se conservan en el laboratorio de la lanzadera...

Y entonces caigo en la cuenta.

—Yo sí que sé cómo probarlo —digo.



Guardo el cubo de cristal mientras salimos a escondidas del poblado. Cuando ya estamos dentro del bosque, lo saco: aunque Amy va armada, quiero ver si se acerca a nosotros algún enemigo, sea pterio o alienígena. No es que el cubo dé mucha luz, pero al menos aclara nuestro entorno.

Mientras avanzamos entre la vegetación, pienso en lo cómodo que parecía el saco de dormir de Amy y en lo agradable que sería si el saco, con ella dentro, pudiera pasar la noche en mi edificio. Sin embargo, la idea se me va enseguida de la cabeza. El bosque resulta mucho más inquietante ahora que durante el día. Cuando Amy y yo escapamos del poblado ayer noche, estábamos convencidos de que lo más peligroso de este planeta eran los monstruos voladores; ahora sabemos que hay algo más, algo letal, y esa conciencia da un aspecto amenazador a todas las sombras.

Al acercarnos a la lanzadera, distinguimos un brillo suave en la zona en la que está posada. Amy tiene razón: los cristales que contiene la tierra de este planeta atrapan la energía solar de un modo u otro. Doy un respingo al recordar el motor de la nave y el piloto rojo que destella para avisar de la fusión inminente. Si hubiera algún modo de llevar la energía de este planeta a la nave para alimentar sus sistemas...

Pero aunque pudiéramos hacerlo, ¿cambiarían tanto las cosas? La única diferencia sería que Bartie podría esperar unos años más antes de distribuir los parches negros entre la población. La tripulación de la *Fortuna* está atrapada en una ratonera; como dijo Amy cuando nos fuimos sin ellos, lo único que pueden hacer es esperar a que les llegue la muerte.

Tengo que ayudarlos.

Amy me conduce al laboratorio de la lanzadera. Cuando pasamos por la puerta de la sala de armas, se me ocurre que podría entrar y elegir un arma para mí. Tras un instante de duda, sigo andando: prefiero las respuestas a las armas.

—Llevo varios días ayudando a mi madre en sus experimentos —explica Amy.

Elige un bastoncillo largo con algodón en los extremos y se dirige a la bomba de fidus, un amasijo de cables y piezas rotas. Al llegar, levanta la tapa de la abertura por la que Eldest echaba el fidus. En la conducción aún queda un charquito viscoso, con los bordes secos y descascarillados. Amy mete el bastoncillo en la abertura y lo saca con el extremo empapado en líquido oscuro. Luego, moviéndose con rapidez para evitar que el fidus gotee, escurre la muestra en un cuenco pequeño y mete el cuenco en una máquina.

—Esto es un generador de analitos —aclara tras ponerlo en marcha—. Cuando acabe, podremos saber si hay rastros de fidus en cualquier sustancia que analicemos.

El aparato suelta un pitido.

—Listo —dice Amy—. Ahora necesitamos alguna muestra para comparar los resultados.

Abre un refrigerador pequeño y saca varios cuencos que parecen contener sangre. Todos están etiquetados: «Raj Gupta»; «Juliana Robertson»; «mujer nativa de la Fortuna»; «médico nativa de la Fortuna».

—Ni siquiera se molestaron en averiguar cómo se llamaban Lorin y Kit —digo con amargura, y Amy agacha la cabeza.

—Lo siento.

Elige la muestra de Lorin y la introduce en el aparato.

—Sabemos que llevaba un mediparche de fidus, así que el análisis tendrá que dar positivo.

Esperamos a que la máquina lleve a cabo su tarea y luego nos acercamos al mismo tiempo para leer los resultados.

—Es una concentración muy alta —comento—. Es imposible que un solo mediparche contenga tanto fidus.

Amy frunce el ceño.

—Sí, es verdad. Una dosis tan alta la habría...

—... la habría matado —completo.

—El cuerpo de Lorin no tenía daños externos —susurra Amy, abriendo mucho los ojos ante la revelación—. La vi antes de que la enterraran y parecía estar simplemente

dormida —sacude la cabeza y sus rasgos dibujan una mueca de pena y rabia—. Tenía el mismo aspecto que el cadáver de Steele, la mujer que Doc asesinó con una sobredosis de fidus.

—Analiza las demás muestras.

La sangre del doctor Gupta da positivo; la concentración de fidus no es tan alta como en el caso de Lorin, pero debió de ser suficiente para que se dejara devorar vivo sin pestañear. También hay fidus en la sangre de la sargento Robertson, y me pregunto si sería eso o el ptero lo que la mató. Tal vez sufriera la misma suerte que el doctor Gupta, sin el consuelo de una bala en el cerebro que terminara con el tormento.

—La sangre de Kit está limpia —informa Amy.

—Entonces, lo que la mató fueron las balas... o los cristales solares, o lo que sea que usan esos alienígenas —respiro hondo—. Amy, ¿cómo puede haber fidus en este planeta? Hasta donde yo sé, la sustancia se sintetizó en la nave. Y la nave nunca llegó a aterrizar.

—¿Y si el primer Eldest lo hizo? ¿Y si la nave aterrizó y luego se puso de nuevo en órbita?

Niego con la cabeza.

—No lo creo: la *Fortuna* solo fue diseñada para llegar a Tierra Centauri. Si hubiera aterrizado no habría podido despegar más tarde, entre otras cosas porque carece de la energía necesaria para hacerlo. Y antes de que me preguntes por la lanzadera, te diré que no puede volver a acoplarse a la nave una vez separada de ella. Tú misma oíste los chirridos del metal al romperse durante la separación... Además, lo de la energía vale también en este caso. En resumen: la *Fortuna* y sus componentes solo pueden hacer un viaje de ida.

—Entonces, ¿qué?

Ninguno de los dos puede responder a esa pregunta.



Cuando salimos de la lanzadera, el cubo ya no emite ninguna luz. Los dos estamos pensativos y nerviosos. Los ruiditos del bosque nos asustan, las sombras nos sobresaltan.

Al llegar al límite del poblado, alguien me llama por mi nombre.

—¡Chris! —exclamo en un grito ahogado al ver cómo sale de entre las sombras.

Elder suelta un bufido.

—¿Qué hacéis aquí? —inquire Chris mirándonos de hito en hito.

—Nada que te importe —le espeta Elder, interponiéndose entre él y yo como si quisiera protegerme.

—Te acompaño a tu edificio, Amy —dice Chris como si no le hubiera oído, ajustándose la correa del fusil.

—No hace falta —gruñe Elder.

Le pongo la mano en el brazo para apaciguarlo: sé que no le hace gracia esta situación, pero ahora mismo no tengo fuerzas para enfrentarme a mi padre si las cosas se ponen difíciles.

—Ve a tu casa, Elder —susurro—. Yo iré con Chris a la mía.

—Amy... —empieza a protestar Elder, pero le pongo la mano en la boca para cortarle. Él aparta la mirada y se encamina hacia las escaleras a grandes zancadas.

—Me da la impresión de que no le caigo bien —comenta Chris al ver cómo se aleja.

Contengo una risita.

—Es verdad —confirmo—. Pero se le pasará, no te preocupes.

Él menea la cabeza con expresión escéptica.

En vez de conducirme a mi edificio —es el más cercano, y solo tardaríamos cinco minutos en llegar si fuéramos directamente—, Chris tuerce a la derecha como si quisiera rodear el poblado.

—Amy, hay algunas cosas que querría comentarte... —dice, pasándose las manos por el pelo como hace Elder cuando le preocupa algo.

De pronto, se detiene y alza la mirada hacia las estrellas.

—Dime, Chris —le animo.

Él se queda callado durante uno o dos minutos y luego me mira.

—Creo... creo que puedo hablar contigo, Amy. Tú no eres como tu padre.

Sus palabras me dejan helada. ¿Está insinuando que no se fía de él? Emma me vino a decir lo mismo esta mañana, pero oírlo de boca de Chris —que es la mano derecha de mi padre desde aquella primera expedición a la sonda— me impresiona mucho más.

La sonda... Chris también tuvo que ver el complejo cuando fue allí con mi padre.

—Sé lo que vas a decirme —susurro, haciendo caso omiso de la expresión de alarma con la que me mira de repente—. Elder y yo hemos estado en el complejo. Sabemos lo que hay allí.

Él me mira, desconcertado.

—No sé por qué mi padre lo mantiene en secreto... —continúo, mirando a sus ojos increíblemente azules—. Gracias de todos modos.

—¿Por qué me das las gracias? —responde él con un hilo de voz.

—Por confiar en mí lo suficiente para decírmelo.

Le agarro suavemente de un codo y espero a que se reponga de su asombro. Cuando estoy segura de que me presta atención, prosigo.

—Gracias, en serio. Tu confianza significa mucho para mí.

Si mi padre se entera de que Chris me ha revelado su secreto, sé que lo considerará como una traición imperdonable. Sin embargo, todo indica que los datos que se está reservando son aún más importantes de lo que Elder y yo sospechamos; tan

importantes como para hacer que Chris y Emma se rebelen a sus espaldas.

—¿Por qué mi padre nos oculta la existencia del complejo? —pregunto—. ¿Tiene algo que ver con los alienígenas?

Los ojos de Chris se abren de par en par.

—¡No te asustes! —exclamó conteniendo una carcajada—. Elder y yo hemos deducido que los asesinos de Kit tienen que ser criaturas originarias de este planeta... De hecho, sospechamos que fueron también ellos quienes exterminaron a la primera colonia.

Alzo la mirada para examinar la mole oscura del poblado, recortada frente al resplandor de las estrellas.

Chris extiende la mano y me acaricia la cara. Sus dedos se deslizan por mi mejilla hasta enredarse en mi pelo. Al volverme hacia él, la intensidad de su mirada me corta el aliento.

—Amy Martin, eres única en tu especie —susurra.

Me acerca más a él y yo le dejo hacer, atraída como si yo fuera un imán y él estuviera hecho de hierro.

—Me ayudas a conservar la esperanza —musita, y el roce cálido de su aliento me eriza los pelos de la nuca.

Por un momento que se me hace eterno, creo que va a besarme y descubro que estoy dispuesta a responder.

Pero no lo hace.

Apoya su frente en la mía y los dos nos quedamos así, inmóviles bajo la luz de un millón de estrellas, abrazados como si eso pudiera protegernos de los peligros y los engaños de esta Tierra.



Me despierto antes de que amanezca y me quedo tumbado, observando cómo la luz de la mañana avanza lentamente por el techo. Sé que tengo mucho que hacer, pero solo soy capaz de pensar en Kit. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que dependía de ella, tanto como Eldest dependía de Doc. Todos dependíamos de ella, en realidad. No sé cómo vamos a organizarnos en su ausencia.

Pero aunque no sé cómo, sé que tenemos que hacerlo.

Lo primero que hago después de levantarme es ir a la lanzadera para inspeccionar las medicinas que Kit guardaba allí; prefiero usar nuestras cosas y no las de los médicos humanos. Mi humor empeora según avanzo por el bosque. Tanto pensar en mediparches me recuerda inevitablemente a Bartie y a la reserva de parches negros con los que la gente de la nave se suicidará si el motor llega a apagarse por completo.

Me detengo al llegar al puente. La puerta que da acceso al interior de la lanzadera está entornada, y al otro lado se oye una discusión.

De pronto identifico claramente una de las voces: es Amy, casi aullando de rabia.

Abro de un golpe y me abalanzo por el pasillo. Aún es temprano para que haya mucha gente en los laboratorios, pero eso no me reconforta demasiado. Sigo las voces que vienen del laboratorio de genética.

—¿Es que quieres que cunda el pánico? —berrea el coronel Martin.

—¡Tienen derecho a saber lo que está pasando! —responde Amy, indignada.

Avivo el paso y mis pisadas resuenan aún más fuerte en el suelo metálico de la sala de criopreservación. La puerta del laboratorio está abierta. Al oírme, el coronel se da la vuelta y pone los ojos en blanco.

—El que faltaba —resopla.

—¿Se puede saber qué ocurre? —jadeo, y él se aparta para dejarme ver lo que hay a su espalda.

El cuerpo sin vida de Emma Bledsoe yace en una camilla. Aunque estoy sin aliento por la carrera, la respiración se me corta al verla. Emma era amable y generosa; era la única terrícola en quien sentía que podía confiar.

Aparte de Amy, claro.

—¿Cómo ha muerto? —pregunto con voz hueca, examinando el cadáver. Emma parece dormida.

—Aún no hemos identificado la causa —contesta la madre de Amy.

En vez de mirarla, me vuelvo hacia la propia Amy y le hago una pregunta silenciosa: ¿ha sido el fidus? Ella se encoge de hombros y señala con la cabeza el aparato que usamos ayer. Su motor emite un zumbido suave: aún no ha arrojado resultados.

—Bledsoe estaba de guardia —explica el coronel de mala gana—. Debe de haberse topado con algún peligro no identificado. Por cosas como esta es por lo que insistimos en que nadie se aventure solo por los alrededores: aún no conocemos todos los peligros que nos acechan.

—¡Papá, su muerte no ha sido accidental! —grita Amy con impaciencia—. ¡Hemos encontrado flores moradas en su ropa! Alguien la dejó fuera de combate.

—¿Para asesinarla? —replica el coronel en tono irónico, como si la idea fuera absurda.

—Emma sabía muy bien lo peligrosas que eran esas flores; vio lo que me hicieron a mí.

—Estás desbarrando, hija —afirma el coronel haciendo un gesto despectivo con la mano.

Amy le agarra la muñeca y le mira fijamente a los ojos.

—Tienes que escucharnos, padre —silabea.

Me mira de reojo y yo asiento con la cabeza: ha llegado el momento de jugárnosla.

—Emma sabía algo —explica Amy—. Me avisó de que desconfiara de alguien, pero no llegó a decirme de quién. Al principio pensé que hablaba de ti, pero ya no estoy tan segura.

El coronel Martin no parece nada impresionado; de hecho, su expresión escéptica se acentúa como si creyera que Amy exagera o incluso miente.

—También me entregó un cubo de cristal —prosigue Amy, y su padre da un respingo.

Todos guardamos un silencio cada vez más tenso mientras ella explica lo que hemos averiguado acerca del cubo y sugiere que podría estar relacionado con la bala que mató a Kit.

—En este planeta hay alienígenas, ¿verdad? —digo yo cuando Amy termina de hablar—. Hay seres inteligentes que saben fabricar armas contra las que no podemos defendernos.

—No sabes de lo que hablas —replica el coronel en tono desdeñoso.

—¡Para de una vez, Bob! —le espeta la madre de Amy, furiosa—. ¡No es momento de andarse con secretos! ¿Qué sabes acerca de todo esto? ¿Qué nos has estado ocultando a todos?

El coronel nos mira, acorralado. Al ver que no parece dispuesto a contestar, lo hago yo por él.

—Hemos ido al complejo que hay cerca del lago. En la puerta de la unidad de comunicación había un escáner biométrico que solo dejaba pasar a los humanos. La conclusión lógica es que ahí fuera hay algo, algo inteligente, que no es humano.

—Esto es una insubordinación que no pienso aceptar —protesta el coronel sin mucha convicción.

—Por supuesto que va a aceptarla, ¿y sabe por qué? Porque esos seres, sean lo que sean, están eliminándonos uno a uno.

Enumero los nombres de las personas que han muerto hasta ahora, y al llegar al de Emma observo la sombra de culpabilidad que oscurece sus ojos.

—Lo peor de todo —remacho— es que creo que usted sabe por qué los han matado.

—¿Es eso cierto? —interviene la madre de Amy—. ¿Estás protegiendo a esas criaturas? —exclama, asqueada.

El coronel reacciona como si lo hubieran pinchado.

—¿Cómo voy a proteger a unas criaturas que no existen? —ruge—. ¡No sé más que

vosotros sobre los seres que habitan en este planeta! —hace una pausa y se vuelve hacia mí—. ¿Y qué es eso del complejo? ¿Quebrantaste el toque de queda para ir allí?

No me molestó en negarlo.

—Entonces sabrás que no hemos podido contactar con la Tierra —deduce el coronel, y su mujer ahoga una exclamación.

—Pero ¿no dijiste que...?

—Al principio creímos que lo habíamos logrado —explica él—. Luego descubrimos que se trataba de un mensaje grabado con anterioridad.

—Y no habéis establecido contacto desde entonces...

El coronel asiente con un gesto seco.

—¿Qué le preocupaba a Emma? —pregunta Amy—. ¿Por qué estaba tan asustada?

El coronel extiende las manos con las palmas hacia arriba.

—No lo sé —reconoce en tono derrotado—. Y tampoco sé por qué ha muerto; tal vez averiguara algo que yo desconozco. Pero si fue así, no llegó a decírmelo. Y ahora es demasiado tarde para que lo haga.



Mi padre sale del laboratorio seguido de cerca por Elder. Sé que Elder no va a dejarle escapar sin que conteste a las muchas preguntas que tiene que hacerle, y eso me produce una satisfacción teñida de amargura: ya es hora de que el coronel nos proporcione alguna respuesta.

Mi madre, por su parte, parece disgustada por este giro de los acontecimientos, o tal vez la entristezca la perspectiva de examinar el cadáver de otra amiga.

Se acerca al cuerpo de Emma y lo cubre con una tela blanca.

—No puedo —susurra—. Tengo que hacerme a la idea primero. Cada vez que le miro, te veo a ti.

—¿A mí? —repito con asombro, y ella asiente.

—Sí, a ti cuando Elder te trajo después de que olieras esa flor —me mira con los ojos vidriosos, y ruego para mis adentros que no se ponga a llorar—. Aquel día creí que te habíamos perdido. Y ahora... Desde que aterrizamos, hemos sufrido una baja diaria —traga saliva—. Siempre supimos que este mundo podía ser peligroso, pero yo jamás sospeché que lo fuera tanto.

Se aparta de la camilla, se acerca a mí y me envuelve en un abrazo que solo puedo describir como desesperado.

—Estoy empezando a desear no haber venido —musita.

Sus palabras me producen tal desconcierto que apenas sé cómo reaccionar.

—¡Pero si esta misión era tu mayor objetivo en la vida! —exclamo—. ¡Empezaste a trabajar en el proyecto antes de que yo naciera!

Mi madre esboza una sonrisa llorosa.

—Sí, es verdad. Pero la clave está en esas palabras: «antes de que yo naciera». Después de tenerte... ¿Cómo te pude pedir que lo dejaras todo para acompañarnos? Este era mi sueño, no el tuyo.

Ahora sí que me he quedado sin palabras. Me pregunto si mi padre habrá llegado a revelarle que me ofreció la posibilidad de quedarme en la Tierra.

Ella se aparta un poco y me pasa un brazo por los hombros.

—A pesar de todo, me alegro de que estés aquí —murmura.

Los ojos empiezan a picarme por las lágrimas reprimidas, así que sonrío y entierro la cara en el hueco de su hombro.

De pronto sé lo que le tengo que decir. Me aparto un poco y clavo mis ojos en los suyos.

—Yo también me alegro, mamá —le digo.

Y es verdad: a pesar de todo —del miedo, de los muertos...—, no me arrepiento de haber venido. Aparto la mirada y mis ojos tropiezan con la tela bajo la que reposa Emma. Recuerdo lo último que me dijo y me invade la certeza de que es verdad.

Cuando mi madre y yo rompemos nuestro abrazo, ella parece haber recobrado las fuerzas. Verla así me da fuerzas a mí también.

Se da la vuelta y se dispone a comenzar esa autopsia que no quiere hacer. Yo me acerco al generador de analitos y compruebo si la sangre de Emma contiene fidus.

Cuando obtengo el resultado, no me sorprende ver que es positivo.



El coronel deja bien claro que no quiere hablar conmigo, pero a mí me da igual. Camino pegado a sus talones mientras sale de la lanzadera y se interna en el bosque.

Al final se da la vuelta y se encara conmigo, exasperado.

—¿Quieres saber lo que yo sé? ¡Pues sígueme! —exclama.

Lo miro, boquiabierto: no sé qué me esperaba de él, pero desde luego no era esta reacción.

Tuerce bruscamente y echa a andar entre los árboles. Aunque no seguimos ningún sendero, sé perfectamente que nos encaminamos hacia el complejo.

Avanzamos callados, casi al trote. Algunas ramas nos azotan la cara y las plantas trepadoras se enganchan en nuestra ropa, pero no aminoramos el paso. Al llegar al complejo, un soldado nos ve y se cuadra. Es Chris.

—¿Qué hace usted aquí a pleno sol... a plenos soles? —le espeta el coronel.

—Tenía la esperanza de... Estaba buscando a Emma —explica.

—Ha muerto —masculla el coronel—. Abra la unidad de comunicación.

Chris me lanza una mirada inquisitiva, sorprendido de que el coronel me haya dejado acompañarle hasta allí.

—Después de usted, por favor —dice, y se hace a un lado para que su superior pueda acercarse a la puerta y posar el pulgar en el escáner.

Por el rabillo del ojo veo que sigue mirándome, y me pregunto si habrá dejado pasar al coronel para poderme examinar detenidamente. ¿Estará calibrando mis fuerzas?

Me aparto de la cara el flequillo sudoroso y entro, haciendo un esfuerzo por ignorarle.

Él se queda parado en el umbral, pero el coronel Martin vuelve la cabeza y le indica con un gesto que pase.

—Entra tú también, hijo —dice en un tono casi afectuoso—. Verás: el joven Elder encontró el complejo y logró entrar aquí. Al hacerlo, se dio cuenta de que el primer mensaje que recibimos en la lanzadera no era real, sino una grabación.

Chris aguarda con gesto impasible, pero me doy cuenta de que su mirada se desvía inconscientemente hacia mí.

—Esto es lo que hemos averiguado hasta el momento —prosigue el coronel—. Sabemos que una colonia se estableció en el planeta antes que nosotros; ellos crearon el poblado en el que nos alojamos y construyeron este complejo.

Sus hombros se encorvan y, de pronto, me parece tan viejo y cansado como si sus espaldas soportaran todo el peso del mundo... de los dos mundos.

—También sabemos que aquellos colonos murieron —añade.

Me aferro al borde de la consola. Me gustaría preguntar por qué, pero mis labios no pueden formar ni siquiera esas dos palabras. No hace falta: el coronel me ofrece la respuesta sin que yo diga nada.

—Examinando esta sala, hallamos unas grabaciones muy reveladoras... Bueno, en realidad fue Chris quien las encontró —dice, y me sorprende ver un destello de compasión en su mirada.

Se vuelve hacia la pantalla táctil, pero en vez de desplegar el menú como hicimos Amy y yo, abre un armarito que hay a la derecha de la consola y extrae un rectángulo plano que parece hecho de plástico. Al verlo, me vienen a la mente los mediparches negros de Bartie y el estómago se me encoge.

El coronel introduce el rectángulo en una ranura que se abre en el borde de la pantalla. Me recuerda a las tarjetas de memoria que se usaban en la *Fortuna* para almacenar grandes cantidades de información.

—Esto es lo que sabemos —dice el padre de Amy antes de dar un toque en la pantalla, que se ilumina y muestra una foto de un cubo como el que Emma le dio a Amy—. En esta zona del planeta, el terreno posee componentes que, procesados de la manera adecuada, dan lugar a un material capaz de almacenar eficazmente la energía solar. Los primeros colonos lo descubrieron, y durante muchos años fabricaron cristal solar, que enviaban a la Tierra. El complejo en el que nos encontramos era una estación de transporte; desde aquí, el cristal viajaba a una estación espacial

automatizada que aún sigue en órbita alrededor del planeta. Allí se almacenaba antes de enviarlo a la Tierra.

—¿Una estación espacial? —repito, incrédulo—. No vimos nada así al aterrizar.

El coronel me mira con las cejas enarcadas.

—Este planeta es muy grande —repite.

Desliza un dedo por la pantalla y esta se oscurece.

—¿Y qué les ocurrió a los primeros colonos? Antes dijo que todos habían muerto. ¿Qué acabó con ellos?

El coronel mira a Chris, y me da la impresión de que los dos están tratando de decidir qué parte de la verdad contarme. Estoy a punto de exigir una respuesta a mi pregunta cuando el coronel se acerca al otro extremo de la consola y se detiene frente a la emisora. Gira un dial con un letrero que pone «Ansible» y un zumbido de estática inunda la sala.

Pero hay algo más en el zumbido. Presto atención y logro distinguir algunas palabras apenas inteligibles.

«... peligro excesivo... órdenes de... vida humana de nuevo en... *Fortuna*... sobrevivir a... ayuda viene de camino...».

Aguzo el oído; entre el zumbido de fondo y el extraño acento de quien habla, es difícil entender nada.

—Suenan en bucle —explica el coronel cuando el mensaje empieza a repetirse.

—¿Viene de Tierra Solar?

Él asiente.

—No es lo mismo que una comunicación directa, pero al menos indica que se han enterado de nuestro aterrizaje y nos envían ayuda.

Suelto un bufido desdeñoso.

—No podemos esperar trescientos años.

—No creo que tengamos por qué hacerlo, siempre y cuando logremos amplificar la señal lo suficiente para contactar directamente con la Tierra —se gira hacia la

pantalla y la roza con un gesto rápido—. No acabo de entender cómo funciona esta tecnología, pero Chris me ha explicado lo suficiente para que me haga una idea: tesseractos, agujeros de gusano... Lo esencial es que, gracias a ella, los viajes espaciales son ahora mucho más rápidos que cuando se construyó la *Fortuna*.

—¿Cuánto más rápidos? —jadeo, impresionado por la noticia; pese a todo, tal vez haya esperanza para nosotros.

—Como para ir de la Tierra a Tierra Centauri en una semana. Una vez logremos contactar, espero que la expedición de ayuda llegue a la estación en unos días. Desde allí podrá alcanzarnos.

—Y entonces comenzaremos la evacuación —añade Chris, y me sobresalto al oír su voz: estaba tan concentrado en las novedades que había olvidado su presencia.

El coronel tamborilea con los dedos en el borde del panel de mandos; si la sala no fuera tan reducida, creo que ya estaría caminando de un lado a otro. Al cabo de un momento, se detiene y le lanza a Chris una mirada tormentosa.

—No —le corrige—. Entonces comenzará nuestro contraataque.

—¿Cómo? —balbuceo mirando de soslayo a Chris, que parece tan sorprendido como yo.

—No sé qué criaturas pudieron exterminar a la primera colonia de la faz de este planeta, pero como bien dices, tienen que ser inteligentes. Prueba de ello es la forma en que están seleccionando a sus víctimas entre los nuestros para matarlas de una en una. No es un ataque indiscriminado; no están defendiendo su tierra, ni han tratado de acercarse a nosotros en son de paz. Han pasado directamente a asesinar a mi gente... y a la tuya, Elder.

Pienso en Lorin, en la mirada inexpresiva de Kit, en el cráter que se abría donde hubiera debido latir su corazón.

—No sé qué está matando a mi gente, pero pienso acabar con ello antes de que pueda atacar de nuevo —prosigue el coronel Martin, con voz ronca por la furia—. Voy a vengar a la humanidad —remacha, y sus palabras son al mismo tiempo promesa y amenaza.



Mi madre y yo trabajamos en silencio el resto del día, demasiado apenadas para concentrarnos en otra cosa. No hago más que darle vueltas al asunto del fidus. Si lograra averiguar de dónde proviene, tal vez pudiera deducir cómo ha acabado en el organismo del doctor Gupta, de Lorin, de Juliana Robertson... y de Emma.

Un buen rato después de la hora de la cena, alguien llama a la puerta del laboratorio. Aún no me ha dado tiempo de levantarme cuando Elder abre y se asoma. Solo me hace falta ver su expresión y su mirada huidiza para saber que algo no marcha bien.

—Necesito... necesito hablar contigo —masculla.

—¿Ahora? —pregunta mi madre desde el otro lado del laboratorio—. Amy, aún no hemos terminado el trabajo que...

—Eso puede esperar —la interrumpo, y dejo en la mesa la probeta que estaba manejando.

Mi madre vuelve a protestar, pero la puerta se cierra a mi espalda y silencia su voz.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con nerviosismo.

Elder se limita a sacudir la cabeza. Entiendo lo que quiere decir: aunque ya es tarde, hay mucha gente alrededor. Los geólogos han improvisado un laboratorio en la zona de las cámaras de criopreservación, y no hacen más que ir de un lado a otro examinando montoncitos de tierra y charlando animadamente.

Salimos en silencio. Elder solo empieza a hablar cuando estamos a medio camino de la colonia. Aminora el paso y se vuelve hacia mí; parece desesperado.

—Amy... —empieza, pasándose las manos por el pelo—. Frexo, Amy, este planeta no es en absoluto lo que nos hicieron creer que era.

Doy un paso hacia él, deseando ser capaz de borrar la angustia de sus ojos.

—Lo sé —susurro, y él da un respingo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta con urgencia—. ¿Qué has encontrado en los cuerpos?

—Dime primero lo que te preocupa.

Él aparta la mirada.

—No debería haber interrumpido tu trabajo...

—No pasa nada. Tranquilo —le digo, y acaricio su brazo hasta que vuelve a mirarme—. Es solo que... —Muevo los hombros para desentumecer la espalda—. Los datos que estamos obteniendo mi madre y yo no tienen ningún sentido.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre ha analizado el ADN de los pteros. Según ella, parte proviene de Tierra Solar, parte de Tierra Centauri y el resto es material MG.

—¿Desarrollado en Tierra Solar? —pregunta, en voz tan alta que un pajarillo rojo echa a volar desde un arbusto cercano y se aleja entre gorjeos de indignación.

—Es... es como *Parque Jurásico* —digo, y me quedo esperando a que Elder me mire con la sonrisilla que siempre pone cuando digo algo que se le escapa.

Pero no lo hace: está demasiado distraído por lo que acabo de decirle. Aprieta las mandíbulas y su nuez se mueve cuando traga saliva. Vuelvo a acariciarle el brazo en un intento de despejar las nubes tormentosas que parecen envolverlo.

—Y tú, ¿qué has descubierto hoy? —le pregunto.

—Prefiero hablar en otra parte.

Echa un rápido vistazo a nuestro alrededor, me agarra de la mano y reemprende la marcha a paso tan rápido que casi tengo que correr para seguirlo.

Sin embargo, cuando el poblado aparece ante nuestros ojos, frena en seco. Sigo su mirada: mi padre está en el umbral del primer edificio, protegiéndose los ojos con una mano. Supongo que espera vernos aparecer a mi madre y a mí. El corazón se me acelera: desde que descubrí que nos mentía, no soporto estar con él. Al ver que empieza a volverse en nuestra dirección, Elder me arrastra hasta la sombra de un árbol cercano y se pone el dedo en los labios para pedirme silencio.

Tras unos minutos, oímos que mi padre entra de nuevo en el edificio.

Miro a Elder y le doy las gracias en silencio. Sé que tendré que enfrentarme a mi padre en algún momento, pero aún no estoy preparada para hacerlo.

Él me indica por señas que lo siga hasta el edificio donde se aloja. Mientras subo las escaleras detrás de él, me doy cuenta de algo: no lo ha hecho solo por mí. Él tampoco quiere ver a mi padre.

—¿Qué ocurrió después de que salierais de la lanzadera? —pregunto, con el estómago repentinamente revuelto.

Él sigue andando sin decir nada hasta que entramos en el edificio.

—Tu padre me llevó al complejo.

—¿De verdad? —repongo, aliviada por haber dejado atrás los secretos.

Los ojos de Elder se estrechan.

—Sí, y me contó todo lo que sabe sobre la gente que construyó aquellos edificios y este poblado. Todos murieron, Amy. Los primeros colonos fueron eliminados por una fuerza alienígena, desde el primero hasta el último.

Trago saliva; de pronto estoy al borde del llanto. Ya lo habíamos supuesto, pero oír a Elder decirlo con tanta crudeza...

—Y tu padre... —masculla Elder, como si su sola mención le produjera repugnancia—. Está empeñado en vengarse, Amy. Su primer pensamiento al enterarse... Lo primero que se le ocurrió pensar fue que hay que frexar a los alienígenas. Masacrarlos.

La cabeza me da vueltas al oír hablar de los alienígenas como de una realidad, en vez de una hipótesis. Ya no hablamos de monstruos como los pteros: ahora estamos barajando que haya una especie inteligente, algo que nos acecha entre los árboles y se desliza dejando rastros extraños. Algo cubierto de escamas duras y cristalinas como la que Elder encontró.

Algo que quiere matarnos por el mero hecho de estar aquí.

—¡Es como si Eldest hubiera vuelto! —se indigna Elder—. ¡La primera reacción de Eldest ante cualquier cosa que le causara problemas era eliminarla! ¿Que Orion preguntaba demasiado? Pues que lo matara Doc. ¿Que aparecías tú, tan diferente a los demás tripulantes? ¡Solo había que lanzarte por la escotilla y arreglado!

—Mi padre no es Eldest —replico.

—¡Y un frexo! ¡Los problemas no se resuelven matando a la gente, pero eso no hace que él renuncie a intentarlo! —gira sobre sus talones para encararme y solo entonces me doy cuenta de lo furioso que está—. Esclavos o carne de cañón, justo como Orion suponía.

Doy un respingo.

—No digas tonterías, Elder —le espeto, usando las palabras como un escudo entre él y yo.

Sus rasgos están contraídos por la rabia; me pregunto cuánto rato habrá pasado rumiando estas ideas, incapaz de enfrentarse a mi padre y sin saber a quién más contárselas. Si se las dijera a su gente, todos se volverían locos de pánico y se rebelarían, como hicieron con Bartie. Y ahora que Kit no está, Elder ha tenido que guardarse toda su preocupación y su ira hasta poder hablar conmigo. No es extraño que haya acabado por explotar.

—Mi padre no es Eldest —repito, pronunciando las palabras lenta y deliberadamente—. No le dejaremos serlo.

Eso le hace frenar en seco.

—Elder, mi padre es un alto mando militar, y sé bien lo cabezota que puede llegar a ponerse. Pero en el fondo no es malo, te lo aseguro.

Está claro que no me cree. Y tal vez tenga razón: yo no puedo ser objetiva. Sin embargo, sé que mi padre es mejor persona de lo que Elder cree.

—Además —continúo—, el verdadero problema no es él.

Ahora sí que me hace caso. Me observa expectante, aguardando a que continúe. Cierro los puños para que Elder no se dé cuenta de lo mucho que me tiemblan las manos.

—La verdad, no sé qué me esperaba de este planeta —digo en voz baja—. Pensé que podríamos enfrentarnos a los monstruos sobre los que nos advirtió Orion, pero... —dejo que mi voz se apague—. Elder, tengo miedo. Me aterroriza pensar que hay fidus en este planeta. Eso es peor que cualquier monstruo. Si de verdad hay alienígenas, y tienen fidus... —se me quiebra la voz.

Elder oyó que mi padre hablaba de enfrentarse a los alienígenas y se rebeló instintivamente contra ello. Pero si esos seres disponen de fidus, no podríamos plantarles cara ni aunque quisiéramos hacerlo.

—Tendríamos que habernos quedado en la *Fortuna* —digo con la cabeza gacha; me cuesta admitir que estaba equivocada, que el encierro era mejor que esta situación, pero tengo que hacerlo.

—No —replica Elder en un murmullo ronco—. Pase lo que pase, mereció la pena salir de la nave.

No contesto. Elder me levanta la barbilla para mirarme a los ojos. Al advertir mi mirada perdida, me acaricia la cara hasta que me fijo en él. Por eso sé que dice la verdad cuando repite:

—Mereció la pena, Amy.

Cierro los ojos, notando que mi cuerpo se derrite en una oleada de alivio. Poco a poco me doy cuenta de lo pegados que estamos, del calor que emana del cuerpo de Elder.

Cuando vuelvo a abrir los párpados, veo en los ojos de Elder la misma hambre que hay en los míos.

Me roza el pómulo con dedos temblorosos y recoge un mechón de pelo detrás de mi oreja. Luego traza con la mano el contorno de mi mandíbula y me alza suavemente la barbilla.

Cierro los ojos.

Nuestros labios se encuentran. Su boca sabe a cosas que no tienen sabor: calidez, vida, verdad, bondad, amor.

Mis sentidos se van apagando hasta que solo queda el tacto.

No hay nada salvo este beso, y dentro de él, la conciencia de que Elder me desea —me necesita— tanto como yo lo necesito a él.

Solo se aparta de mí para susurrarme una pregunta y esperar a mi respuesta:

—¿Estás segura?

Antes, la primera vez, cuando estaba en la Tierra con mi novio Jason, creí que estaba segura. Pero ni él me lo preguntó ni yo le dije nada: lo hicimos todo en silencio, a tientas, intentando torpemente dar una expresión física a nuestros sentimientos. No fue una elección: fue una acción irreflexiva, un simple reconocimiento de nuestro deseo.

Hasta ahora no me he enfrentado a muchas decisiones. Respondo a las situaciones, reacciono, pero nunca he establecido el rumbo de mi vida para avanzar hacia él con la determinación de un capitán que se interna en una tormenta. Cuando mi padre me dio a elegir entre viajar en la *Fortuna* o quedarme en la Tierra, la decisión que tomé no fue verdaderamente mía. Me limité a aceptar un destino que creía inevitable.

Fue solo Elder —siempre Elder, solo él— quien me pidió que decidiera quién y qué soy. Quien me pide que decida lo que quiero hacer.

—Sí, Elder. Elijo esto —digo en un susurro entrecortado por el anhelo—. Te elijo a ti.

Nunca he deseado nada con la intensidad con que le deseo en este momento. Los dos subimos lentamente a su habitación del segundo piso, donde mi saco ya está extendido en el suelo. Doy las gracias al giro del destino que me hizo dejarlo aquí ayer.

Y caemos el uno en el otro. Las demás voces de mi cabeza —el miedo, las dudas, las preocupaciones— se apagan. Me muero cuando acaba cada beso, y vuelvo a la vida jadeante cada vez que empieza el siguiente. Cierro los ojos y dejo que el mundo desaparezca a nuestro alrededor.

Solo quedamos él y yo, y en medio de los dos, este sentimiento que no puedo nombrar en voz alta, pero que mi corazón identifica sin lugar a dudas: amor.

Me estremezco al quitarme por fin la ropa. El sudor que me baña la piel hace que el aire de la noche parezca aún más fresco. Pero entonces Elder me toca y mi piel se enciende bajo las yemas de sus dedos.

Le beso con ansia, y sus manos resbalan por mi espalda hasta llegar a mis caderas; sus manos fuertes, que —lo sé muy bien— no me dejarán ir a no ser que yo quiera hacerlo. Siento una extraña mezcla de temor y confianza ciega.

Me mira a los ojos una vez más. En su mirada sigue brillando la misma pregunta. Pero yo estoy más allá de las preguntas. Estoy en un lugar en el que solo hay respuestas, y mi respuesta es esta: «Sí».



La despierto con un beso. Ella arruga la nariz y me da un manotazo, sin abrir los ojos. Le doy un beso diferente y ella abre los párpados, sorprendida, y vuelve a cerrarlos con un suspiro satisfecho.

Se me escapa una sonrisa. Pase lo que pase, sé que no se me va a borrar del todo en mucho tiempo.

—¿Qué hora es? —pregunta ella, somnolienta.

—Solo ha pasado una hora.

—Hummm... Voy a dormir más —murmura arrebujándose contra mí.

—Tienes que marcharte, Amy —la apremio, aunque es lo último que me apetece decirle en este momento—. Tus padres se van a preocupar.

Me lanza una mirada incendiaria.

—Eh, no la tomes conmigo —bromeo, levantando las manos en son de paz—. Sabes que tu padre enviará todas sus tropas en tu busca si se despierta y no te ve en tu cama.

Amy pone los ojos en blanco, pero se levanta y se viste rápidamente. Me levanto, la atraigo hacia mí y le doy un último beso.

—Para que te acuerdes de mí —susurro, y ella se ríe suavemente en respuesta.

—Como si pudiera olvidarte.

Al segundo siguiente, ya no está.

Por mi mente desfilan todas las cosas que me preocupan desde las revelaciones del

coronel.

El fidus.

Los alienígenas.

La guerra.

Amy.

Es difícil pensar en cosas malas cuando solo pensar en su nombre me recuerda todo lo bueno de la vida. Echo a un lado el saco de dormir y me dirijo a la ventana del segundo piso, estremecido por el fresco de la noche. Quiero ver su pelo rojo antes de que desaparezca del todo en la oscuridad.

La busco con la mirada entre las sombras, y lo que veo me encoge el estómago.

No está sola.



La brisa de la noche me pone la carne de gallina, pero no me importa: lo que acabo de vivir me da calor.

—Amy —susurra alguien a mi espalda.

Me vuelvo con una sonrisa, esperando encontrar a Elder. Para mi sorpresa es Chris quien aparece entre las sombras.

—¿Qué haces tú aquí? —susurro.

Él se encoge de hombros y me lanza una sonrisa traviesa.

—Soy tu guardaespaldas, ¿recuerdas?

Resoplo con impaciencia, pero no protesto cuando empieza a bajar las escaleras a mi lado.

Al cabo de unos metros, él se vuelve hacia mí: se ha dado cuenta de que mis pasos son cada vez más lentos.

—No te apetece volver con tus padres, ¿verdad? —pregunta en tono serio, y yo niego con la cabeza.

Él hace una reverencia burlona.

—De acuerdo —dice en tono decidido—, déjame a mí. Inventaré alguna excusa para convencer a tu padre de que tienes que acompañarme a la lanzadera.

Se dirige a mi casa con paso rápido y desaparece por la puerta. Al cabo de un momento, oigo el murmullo de dos voces masculinas, la suya y la de mi padre. No logro entender lo que dicen, pero a los pocos minutos, Chris sale solo del edificio.

—Gracias —murmuro mientras caminamos hacia la lanzadera.

Tierra Centauri no es el mejor lugar para dar paseos nocturnos, pero ahora mismo los pteros y las tinieblas me producen menos rechazo que los embustes de mi padre.

—¿Sabes qué? —digo cuando estamos a punto de llegar—. Se me ha ocurrido otro análisis que tal vez sea útil.

Chris se echa a reír.

—¡Tu madre y tú habéis hecho como cien análisis diferentes en el día de hoy! ¡No puede haber nada más que analizar en vuestros botecitos!

Le doy un empujón amistoso y reboto contra su hombro, que es firme como una piedra.

—Sígueme la corriente, anda —le pido, y subo la rampa con decisión.

La idea que se me ha ocurrido puede parecer absurda, pero no perdemos nada por probarla. Mi madre analizó la sangre del ptero para ver si tenía material MG, lo que le llevó a descubrir su mezcla de ADN terrícola y nativo. Yo analicé la sangre de las víctimas para ver si contenía fidus. Sin embargo, nunca se nos ocurrió buscar fidus en la sangre del ptero.

—Seguro que es una bobada, pero... —le digo a Chris, aunque en realidad me quiero convencer a mí misma.

Al fin y al cabo, ¿qué probabilidades hay de encontrar fidus en el organismo de un ptero? Parece imposible... Y sin embargo, si el fidus aparece naturalmente en este mundo, ¿por qué no comprobarlo?

Saco del refrigerador la sangre del monstruo y preparo el aparato.

—¿Qué haces? —me pregunta Chris, intrigado.

—Elder y yo nos dimos cuenta de que todos los muertos estaban... —me interrumpo; me cuesta decir «drogados»—. Estaban contaminados por una sustancia que anulaba su voluntad. Si Elder está en lo cierto, y en este planeta hay seres inteligentes que nos están atacando deliberadamente, podrían haber inyectado esa sustancia también a los pteros para controlarlos y dirigir sus ataques.

—Me parece difícil controlar a un animal salvaje —responde Chris, escéptico.

No sabe lo que puede hacer el fidus.

Espero sentada en el borde del asiento a que la máquina pite para señalar el final del inmunoensayo. Y aunque casi lo esperaba, el resultado no deja de ser una sorpresa.

Positivo.

El organismo de los pteros no solo contiene una mezcla de material genético: también está contaminado con fidus. La primera vez que uno de estos bichos le atacó, Elder creyó ver otro ser que los observaba, y más tarde encontró allí unas huellas de tres dedos. Los alienígenas nos vigilaron desde el principio, y ya no dudo de que sepan controlar a los pteros para hacer que nos ataquen.

—¿Encontraste lo que buscabas? —pregunta Chris.

—Sí. Ya podemos volver a casa.

Por alguna razón que no entiendo del todo, el haber averiguado algunas de las verdades ocultas de este planeta hace que me resulte más fácil enfrentarme con mi padre.

Chris se detiene y me mira.

—¿A casa? —repite—. Solo llevas aquí unos días. ¿De verdad te sientes ya como en casa?

El tono de su pregunta deja claro que a él no le ocurre lo mismo. Pero yo sí que me siento en casa. En mi casa.

Cuando salimos de la lanzadera, ya es noche cerrada. Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse a la oscuridad, después de la luz del laboratorio. Chris se detiene y dirige la vista al cielo estrellado.

—Es un mundo muy bello, ¿verdad?

—Sí —respondo simplemente.

Se vuelve hacia mí y me observa con una intensidad que me sorprende. Nunca había visto una mirada tan indómita en sus ojos.

—Sígueme —me indica, y me agarra de la mano.

Bajamos la rampa deprisa, casi a la carrera. Al llegar abajo, Chris se aleja del camino que lleva al poblado y entra en el bosque.

—¿No es peligroso hacer esto? —susurro, rozando la culata de la treinta y ocho con

mi mano libre.

—Todo es peligroso —responde él.

Nos internamos más y más entre los árboles; pronto estamos pisando terreno que nadie de los nuestros ha explorado aún. Estoy a punto de liberar mi mano de un tirón y volver a la carrera cuando Chris se detiene.

—Cierra los ojos —me dice.

Suelto una risita nerviosa.

—En serio —insiste él—. Cierra los ojos.

Vacilo un momento y luego hago lo que me dice.

Me agarra con delicadeza la mandíbula y me hace girar hasta quedar de cara a la brisa fresca.

—Ahora... —me susurra al oído, y me estremezco por el cosquilleo de su aliento—. Ahora escucha.

Respiro lentamente y aguzo el oído.

Al principio no oigo nada, pero al cabo de unos segundos distingo un murmullo de agua: ¿un arroyo?, ¿una cascada pequeña?

Y luego, el rumor lejano de la hojarasca; un chirrido como de cigarras; un ruido seco que suena igual que el croar de una rana.

Abro los ojos lentamente.

—Este mundo... —susurra Chris, buscando mi mirada con la suya—. Es un hogar por el que merece la pena luchar, ¿verdad?

Asiento sin decir nada.

—Cueste lo que cueste —añade Chris.

Tiene una expresión extraña, como si algo le atormentara pero no se decidiera a hacer nada para evitarlo. Me pregunto si sabrá más acerca de la muerte de Emma de lo que yo pensaba, o si habrá averiguado qué era lo que la tenía a ella tan preocupada.

Y entonces, sin darme tiempo a apartarme ni decir nada, Chris se inclina sobre mí y

posa sus labios en los míos. Su gesto me sorprende tanto que la boca se me abre, y él aprovecha para deslizar su lengua entre mis dientes y profundizar en el beso, primero de forma vacilante y luego con determinación. Es casi como si quisiera convencerme de algo mediante este beso, como si quisiera reclamarme para sí. Me ruborizo, mareada por un momento.

Hace algún tiempo, pensaba que mi amor por Elder no tenía valor si él era mi única opción.

Y aquí está Chris, solo unos años mayor que yo, inteligente, fuerte y valiente.

Tenía otra opción y no me daba cuenta.

Apoyo los brazos en su pecho y le empujo suavemente hasta romper el beso. Retrocedo varios pasos tratando de recobrar el aliento, de ordenar mis pensamientos, de calmar mi corazón alborotado.

—Yo... lo siento —dice Chris de inmediato.

Me alegro de que todo esté tan oscuro; prefiero que no vea lo ruborizada que estoy.

—Pensé que... —balbucea—. No importa. Lo siento, Amy —repite—. Hace un rato vi que salías de la casa de Elder, pero no creí que... No sabía que fuerais algo más que amigos. Tenía la esperanza de...

—No pasa nada —respondo, aún jadeante.

Me doy la vuelta para retroceder por donde hemos venido y tropiezo con una raíz. Chris se abalanza hacia mí, más rápido de lo que hubiera creído posible, y me sujeta para que no me caiga.

—Gracias —digo, y él me suelta y retrocede con torpeza.

—¿Amigos? —dice: es una propuesta de paz, una disculpa.

La acepto.

—Amigos —respondo.

Pero no puedo evitar darme cuenta de que se queda pegado a mí, como si solo le hiciera falta una insinuación de que quiero ser algo más que eso para rodearme con sus brazos.



Me visto rápidamente y bajo las escaleras a toda prisa. Cuando llego al límite del poblado, Chris y Amy ya han atravesado el prado y se internan en el bosque. Deben de dirigirse a la lanzadera; tal vez a Amy se le haya ocurrido hacer algún análisis nuevo. Sí, tiene que ser eso.

Me detengo. Si los sigo, me oirán al cruzar el prado. Además, sería una imprudencia: meterme en el bosque desarmado y solo tal vez sea la mayor estupidez que podría cometer en este momento.

Y sin embargo, tengo la chulza de dudarle por un instante.

Al final me contengo y vuelvo al poblado. Trato de convencerme de que debo estar al lado de mi gente, pero no dejo de pensar en Amy. Por más que lo intento, no logro desterrar de mi mente la pregunta de qué estarán haciendo Amy y Chris, solos, en la oscuridad. Juntos.

Bordeo los edificios donde roncan los terrícolas y me interno en la zona ocupada por mi gente. En cada edificio hay al menos una persona despierta. Heller, el antiguo alimentador, está sentado en el escalón del umbral, mirando el cielo. A su espalda se distinguen las siluetas de unas veinte personas dormidas. No tienen camas, pero han intentado acomodarse lo mejor posible sobre un montón de ropa y mantas.

—No puedo quitármela de la cabeza —dice Heller en voz baja cuando paso a su lado.

Dudo mucho que se refiera a la misma chica en la que yo estoy pensando, así que le pregunto de quién habla.

—De Lorin —responde. La primera que murió en este planeta; la víctima inicial de una amenaza que aún no hemos podido identificar—. Era una buena persona. No hubiera debido morir.

—No creo que lo uno tenga mucho que ver con lo otro —replico, y él suspira sin despegar la mirada del cielo.

Me pregunto si buscará la *Fortuna*, si deseará encontrarse aún allí.

Cuando acabo la ronda, vuelvo a la entrada del poblado y me acerco al edificio en el que Amy vive con sus padres. Me asomo con disimulo a su ventana y veo que no ha llegado todavía. ¿Cuánto tiempo llevan fuera? ¿Habrán tenido algún problema? No sé qué me da más miedo: si la idea de que les ha pasado algo o la de que están tan a gusto el uno con el otro que no quieren regresar.

Algo brilla un poco más allá. Me agacho y avanzo sin hacer ruido hasta la ventana por la que sale el resplandor.

—Estoy harta de mentiras —dice la madre de Amy, y la aplaudo mentalmente.

Me pongo de puntillas y atisbo el interior de la casa para ver con quién está. Como era de esperar, su interlocutor es el coronel Martin.

—No habrá más —responde él en tono sincero—. Solo intentaba cumplir órdenes.

—Tú y tus órdenes... —replica ella, en un tono exasperado pero casi comprensivo—. Entonces, ¿todo es por esto?

La luz de la estancia se hace más brillante, y veo que la doctora sostiene en la mano algo pequeño y plano que parece relucir. Contengo una exclamación: es la escama que encontré en el túnel y que el coronel me arrebató.

—¿Quién habría pensado que esto puede ser tan valioso? —se extraña la madre de Amy.

—Creo que... —el coronel se interrumpe—. ¿Qué ha sido eso?

Aguzo el oído hasta descubrir lo que le ha alarmado: en el otro lado del edificio suena un ruido de pasos.

—Debe de ser Amy; ya es hora de que vuelva —le tranquiliza su mujer.

La luz disminuye de intensidad y me doy cuenta de que han guardado la escama.

Rodeo con sigilo el edificio y llego a la fachada justo a tiempo de ver cómo Amy y Chris se detienen y se dan la vuelta para mirarse. Me aprieto contra la pared para que no me vean.

—Gracias por acompañarme —dice Amy—. En cuanto a lo de antes...

¿Antes? ¿Cómo que antes? ¿Qué ha pasado en el bosque?

—Olvidalo, ¿vale? Aunque... —dice Chris, removiéndose como si estuviera incómodo.

Y entonces...

... inclina la cabeza hacia Amy...

... cierra los ojos y se acerca un poco más...

Mis manos se cierran hasta convertirse en puños y, por un momento, lo veo todo rojo. Voy a arrancarle la cabeza a este cretino del frexo.

Amy da un paso atrás y ladea la cabeza.

—Amigos, ¿recuerdas? —le dice con voz suave.

Mis músculos se aflojan de golpe. Menuda chulza tengo.

Los labios de Chris dibujan una sonrisa desganada.

—Sí, amigos —responde, y se queda mirando cómo Amy desaparece por la puerta.

Sin embargo, su manera de mirarla deja claro que haría cualquier cosa por redefinir el término.



Al día siguiente me despierto bastante antes de que amanezca. El suelo está frío y duro, pero eso no es lo que me impide dormir. Lo que necesito no es mi saco: es Elder. Los recuerdos de anoche se precipitan por mi cerebro y me arrancan una sonrisa tontorróna.

Al cabo de un rato, oigo un murmullo de voces y aparto la pared de tela.

—Buenos días, corazón —dice mi madre al verme—. ¿Quieres café?

Asiento mientras bostezo y me acerco a la mesa. Mi madre llena una taza de metal con el agua que guardamos en un balde y echa en ella unos polvos.

—Casi como en casa —bromea mi padre, y extiende el brazo para que brindemos con las tazas. Luego le da un sorbo al «café» y pone una cara tan cómica que se me escapa la risa.

El desayuno consiste en comida deshidratada, suministrada por el FREX: huevos en polvo que hay que mezclar con agua, galletitas saladas que saben a cartón... Me pregunto cuántos paquetes más nos quedarán en reserva. Los terrícolas los racionan con cuidado y procuran ocultarlos a la vista de los nativos de la nave, que han traído sus propias provisiones, aún menos apetitosas.

Mi padre moja una «tostada» en el «café», como solía hacer en la Tierra.

—Bueno —dice mi madre, sacudiéndose la blusa para retirar las migas—, me voy al laboratorio.

Al oírla me viene a la cabeza lo que descubrí ayer por la noche con Chris. Estoy a punto de contárselo, pero en el último momento me muerdo la lengua. Aún no estoy lista; quiero hablar con Elder primero.

Mi padre se asoma a la puerta y luego se vuelve hacia mi madre.

—No encuentro a Chris —le dice—. Yo te acompañaré al laboratorio. ¿Vienes, Amy?

No quiero ir aún, pero los acompaño a la puerta para despedirme de ellos. Los soles están empezando a asomar y por el poblado empiezan a oírse los ruidos que hace la gente al levantarse, el rumor de sus pasos y sus saludos. Me asombra comprobar lo poco que hemos tardado en acostumbrarnos a esta vida de colonos, lo deprisa que hemos convertido esto en nuestra casa.

Sonrío.

Y entonces, el bosque explota.

Mi padre reacciona de inmediato: se tira al suelo arrastrándonos a mi madre y a mí y nos cubre la cabeza con las manos. El aire parece arder encima de los árboles, y el terreno —la roca maciza de la que está hecha la colina— se estremece y gruñe debajo de nosotros. Por todas partes se oyen chillidos de pánico, semejantes al grito mudo que resuena en mi corazón mientras miro a mi alrededor preguntándome dónde estará Elder. Oigo un pitido estridente, pero no sé si es real o una señal de que me han estallado los tímpanos.

Una nube oscura se eleva sobre el bosque, ocultando los soles y sumiendo la colonia entera en la sombra. El cielo arroja fragmentos de piedra y madera como si granizara; los trozos más grandes no llegan hasta nosotros, pero aun así, las calles del poblado quedan salpicadas de ramas rotas y medio carbonizadas.

—Por Dios, ¿qué ha sido eso? —ruge mi padre.

Los militares empiezan a acercarse a la carrera. Aún no han llegado todos cuando un segundo estallido, este más leve, sacude de nuevo las copas de los árboles.

No puedo despegar los ojos de la extensión carbonizada que hay en medio del bosque.

Justo donde estaba la lanzadera.



Los soldados tratan de detenerme, pero tendrían que pegarme un tiro o atarme a un árbol para conseguirlo. En cuanto oigo la explosión y me doy cuenta de lo que ha pasado, salgo de la colonia y me precipito hacia la lanzadera. Amy lleva días encerrándose todas las mañanas con su madre en el laboratorio. Si estaba allí cuando la lanzadera ha saltado por los aires... Frexo. El corazón me salta en el pecho y los ojos me queman solo de pensarlo. No, no puede estar allí.

Alcanzo al coronel y a la patrulla que lo acompaña antes de que entren en el bosque.

—¿Dónde está Amy? —farfullo, aterrado.

Él me mira como si no entendiera mis palabras.

—¿Amy?

—Sí, ¿está bien?

—Claro que está bien, pero no ha venido.

Las rodillas se me aflojan al oírlo. Gracias a las estrellas...

El coronel me aparta de un empujón y sigue andando, sin molestarse en ordenar a sus subordinados que me lleven de vuelta al poblado. Me rehago lo suficiente para seguirlo. A medida que avanzamos, el humo se hace más abundante. Cada vez cuesta más respirar.

Seguimos caminando en un grupo compacto, conmigo en el centro. Todos van armados menos yo, y apuntan hacia delante con los cañones como si fueran sus ojos.

Al llegar al lugar de la explosión, el humo es tan espeso que apenas nos deja ver nada. Los ojos me lloran mientras avanzamos paso a paso; cuando una ráfaga de aire se lleva gran parte de la nube que nos envuelve, doy gracias en silencio al inquieto aire de los planetas.

Los árboles se han convertido en tocones ennegrecidos. El mismo suelo está removido como si acabaran de ararlo, pero tiene un aspecto carbonizado.

Nos detenemos al llegar a la lanzadera.

Su silueta elegante y alargada ha quedado dividida en tres trozos. El puente es el que más lejos ha llegado, pero no parece haber sufrido muchos daños; es como si un niño caprichoso lo hubiera partido y lo hubiera tirado hacia los árboles. El resto de la nave presenta una enorme grieta longitudinal, y su parte superior se ha separado y abierto como una flor de metal humeante.

—Desplegaos. Comprobad si hay heridos. Buscad cualquier rastro de los responsables —ordena el coronel.

La zona del suelo sobre la que estaba la lanzadera —la extensión de arena cristalizada por el fuego de los reactores— se ha cuarteado, formando terrones de cristal calcinado que ya no refleja la luz solar. ¿Habrà sido la explosión lo que ha destrozado así el suelo? ¿O habrán usado los alienígenas el cristal que había en él para provocar el estallido?

Rodeo el cascarón vacío de la lanzadera, ese amasijo de chatarra humeante. Las cámaras de criopreservación han saltado por los aires, y el suelo está lleno de fragmentos del cristal de las cajas. El laboratorio está partido por la mitad; los cilindros que se alineaban en el fondo se han abierto, y de ellos gotea un líquido amarillento y lleno de grumos. De las incubadoras en las que los científicos habían metido los embriones de perro y caballo ni siquiera queda rastro.

Casi todas nuestras reservas de comida estaban aquí, y los equipos que se han perdido son irremplazables. Y no es lo único irremplazable que se ha perdido: en la lanzadera también estaba —y el pensarlo me produce un dolor casi físico— el último cuadro de Harley, el que pintó para Amy. Ella lo había guardado aquí para que estuviera más seguro. Ahora es ceniza.

Tropiezo y estoy a punto de caer sobre una gruesa placa de metal. En el lado de arriba tiene grabados un águila con cuatro alas y la palabra *Fortuna*, casi ilegible por la carbonilla.

Aunque no fuera gran cosa, la lanzadera era mi última conexión con la *Fortuna*, lo único que me quedaba de la nave a la que consideraré mi hogar.

Ahora ni siquiera me queda eso.

Levanto la placa con el pie para darle la vuelta y descubro algo debajo: un objeto

transparente y curvado.

Lo agarro con cautela y me doy cuenta de que es perfectamente esférico. No recuerdo haber visto nada semejante en la lanzadera.

Un rayo de sol lo ilumina en ángulo y en su interior se desata un torbellino dorado. Energía solar.

Frexo.

—¡Coronel Martin! —llamo, nervioso.

Un soldado levanta la cabeza y me mira. Cuando ve lo que sostengo en las manos, echa a correr mientras llama al coronel a gritos.

La esfera es del tamaño aproximado de mi cabeza, pero se nota que está hecha de un cristal muchísimo más fino que el del cubo de Amy. Es visiblemente frágil; de hecho, me asombra haberlo encontrado intacto.

—Me cago en la... —exclama el coronel al verme—. ¿Cómo se te ocurre coger eso?

—No sabía lo que era —me justifico.

Tengo las manos sudorosas; la esfera se me va a resbalar de un momento a otro.

—Déjalo en el suelo con cuidado... eso es... con cuidado... —me indica—. Apartaos de aquí, rápido.

Por el rabillo del ojo veo cómo todos retroceden con nerviosismo y buscan refugio. Doblo las rodillas y voy bajando las manos tan despacio como puedo. Cuando solo me faltan dos o tres centímetros para llegar al suelo, vacilo. Mi cara está a treinta centímetros de una bomba de cristal como las que deben de haber usado para volar la lanzadera.

—Ve con tiento —insiste el coronel.

—¡Ya lo sé! —salto.

La esfera tintinea suavemente al tocar el suelo.

Me incorporo y doy un paso atrás. La bola rueda unos centímetros por el terreno levemente inclinado. Todo el mundo parece contener el aliento hasta que se detiene en una depresión.

Cuando todos estamos refugiados tras los árboles, el coronel desenfunda su pistola, apunta a la esfera y aprieta el gatillo.

Revienta como un globo, dejando escapar la energía que contenía con un estallido que me ciega por un instante. Pestañeo para aclararme la vista.

Donde estaba la bola ahora hay un cráter de más de medio metro de profundidad.

El coronel se acerca a grandes zancadas, examina los daños con expresión agria y suelta una ristra de tacos.

—Bien —dice volviéndose hacia sus hombres—, ahora ya sabéis a qué nos enfrentamos. Manteneos vigilantes en todo momento.

Los militares se dispersan y el coronel se acerca a mí.

—Esto lo prueba —afirmo—. Nos enfrentamos a alienígenas hostiles.

Él no responde.

—¿Tenemos algún arma que pueda compararse con esto? —le presiono.

—Ya no —responde señalando los restos achicharrados de la lanzadera.

Tiene razón, frexo. El arsenal estaba ahí dentro. Solo nos quedan las armas que sus hombres llevan encima.

—Es de agradecer que esto sucediera tan temprano —prosigue—. De no ser así, habríamos tenido muchas bajas.

Sí, muchas: Amy, por ejemplo. Cierro los ojos y vuelvo a imaginármela en medio de la explosión, como hice justo después de que estallaran las bombas. Amy atrapada entre los trozos de metal. Amy carbonizada.

—Tenemos que hacer algo —digo, con voz tan desgarrada como los fragmentos que nos rodean.

El coronel me mira a los ojos.

—Lo sé.

Me estremezco. Hasta ahora, siempre había supuesto que el peligro más real era que nos convirtiéramos en esclavos. Sin embargo, la otra parte de la profecía de Orion se hace cada vez más verosímil: tal vez acabemos como carne de cañón.



Me abro paso entre la multitud que aguarda a que lleguen mi padre y sus hombres.

Pero el primero en salir del bosque humeante no es ninguno de ellos.

Es Elder.

Le salgo corriendo al encuentro y él me envuelve en un abrazo que me corta la respiración.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cuando al fin me suelta.

—Tu padre quiere que me lleve a todo el mundo.

—¿Que te los lleves? ¿Adónde?

—Al complejo —responde con expresión sombría.

—¿Por qué? —pregunto atónita, y él se encoge de hombros.

—Solo me dijo que los llevara.

—Pero ¿por qué, Elder?

—No lo sé.

El nerviosismo de la gente crece cuando Elder los congrega a todos y los conduce más allá del lago. Cuando el complejo aparece en la lejanía, la gente ya está tan alterada que cualquier incidente podría hacerlos explotar igual que las bombas que destruyeron la nave.

Chris nos aguarda frente a la unidad de comunicación. Está sucio de tierra y parece fatigado.

—¿Qué ocurre? —pregunta cuando nos acercamos a él.

—No lo sé —responde Elder—. ¿No has hablado con el coronel?

—Solo me dijo que viniera aquí para esperarlos.

Mi padre emerge en ese momento del bosque, seguido por los hombres que llevó consigo al lugar de la explosión. Avanza sin decir nada hasta el lugar donde esperamos Elder, mi madre y yo, y saluda a Chris enarcando la cejas. Luego se acerca al escáner biométrico, aprieta el pulgar y espera a que aparezca el letrero de «Humano». Cuando la puerta se abre, le indica a Elder con un gesto que entre; yo me adelanto y paso también, mirando fijamente a mi padre como si le desafiara a echarme. Mi madre y Chris me siguen. Al principio mi padre hace ademán de protestar, pero parece pensárselo mejor y nos deja pasar a todos.

—¿Qué es esto, Bob? —inquire mi madre cuando la puerta se cierra.

Miro por el ventanal: los soldados están conduciendo a todo el mundo hacia el lado opuesto del complejo, a una zona que no está asfaltada.

—Maria... —empieza a decir mi padre, pero ella lo interrumpe.

—¿Este es el complejo que mencionaste? —dice, con una expresión tan furiosa que sospecho que está aguantando las ganas de abofetearle—. ¿Por qué no me dijiste que eran tan... tan avanzado tecnológicamente?

—Tenía órdenes de no hacerlo.

—¿Órdenes? ¡A la mierda las órdenes! ¡Soy tu mujer!

Mi padre se adelanta y le agarra las manos.

—Maria, deja que te explique...

Ella se libera de un tirón y levanta los brazos en un ademán de indignación.

—¡Eso, explícate!

Mi padre lanza un suspiro fatigado.

—Este complejo fue construido por la primera colonia terrestre que llegó al planeta —dice, y cuando mi madre abre la boca para protestar, la silencia con una mirada severa—. Esa colonia se encontró con... problemas. En el planeta ya había una especie inteligente, agresiva y muy organizada. Esos seres mataron a todos los

componentes de la colonia original. Y, por lo que hemos visto desde nuestro aterrizaje, pretenden hacer lo mismo con nosotros.

Mi madre vuelve a abrir la boca, pero mi padre le pide silencio con un ademán.

—Hemos tenido muchos problemas para establecer contacto con la Tierra —prosigue—. Pero ayer noche, mis técnicos en telecomunicaciones lograron amplificar la señal y enviaron un mensaje... que recibió respuesta.

—¿De verdad? —interviene Chris, sorprendido.

Mi padre le sonríe, y no puedo evitar preguntarme si los dos compartirán alguna información que no están dispuestos a revelarnos a los civiles.

—Sí. Pudimos comunicar a la Tierra que habíamos aterrizado y que los seres autóctonos nos estaban atacando. Y ellos respondieron.

Se vuelve hacia la pantalla táctil, la enciende de un toque y recorre los menús hasta que aparece un párrafo. Todos nos arremolinamos para leerlo.

Mensaje recibido.

Ayuda en camino. Tiempo estimado: 5 días.

La estación espacial contiene provisiones para mantener a 500 humanos y una bomba que permitiría eliminar la amenaza.

A cada uno le llama la atención algo diferente. Chris le pregunta a mi padre por la bomba; mi madre está intrigada por las provisiones; Elder quiere saber qué tipo de ayuda está en camino.

¿Y yo? Yo me he quedado en la primera línea: «Mensaje recibido». Mi padre se ha comunicado con la Tierra... y la Tierra ha respondido. Exhalo un suspiro: no me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Solo sé esto —dice mi padre, acallando con un gesto la avalancha de preguntas—. Bajo este complejo hay una lanzadera automatizada que sirve para transportar mercancías y personas desde este planeta a la estación espacial que lo orbita. No es lo suficientemente grande para llevarnos a todos, pero podemos enviar en primer lugar a los miembros más débiles y vulnerables de la colonia. También deberían ir algunos especialistas en armamento, para inspeccionar el arma que el FREX ha puesto a nuestra disposición.

—¿De qué tipo de bomba estamos hablando? —salta Elder de inmediato.

Chris asiente en silencio, con expresión inescrutable.

—Tras el mensaje nos llegó una lista de instrucciones para hacerla detonar a distancia, desde esta emisora. Pero la información que nos ha ofrecido el FREX es escasa, y me resisto a actuar en estas condiciones. Los expertos que irán en la lanzadera tienen órdenes de examinarla e informarme. Luego podremos decidir.

Los demás se lanzan a hacer preguntas sobre el tema, pero yo solo tengo una muy sencilla.

—¿Cuándo? —digo, y esa simple palabra se impone al guirigay.

Todos se quedan callados, esperando la respuesta de mi padre.

—Ahora.



El coronel se detiene frente a la puerta, se lleva el amplificador a la boca y explica la situación a la multitud congregada en la explanada: que no somos los primeros humanos en llegar a Tierra Centauri, y que los otros murieron a manos de unos seres que quieren exterminarnos a nosotros también. Mientras lo escuchamos desde la sala, Amy me aprieta la mano tan fuerte que los dedos se me quedan dormidos.

El cielo está azul y despejado, sopla una brisa cálida, los árboles parecen brillar. Sin embargo, nadie se fija en esas cosas: siguen viendo el humo espeso y gris, oyendo el estruendo de la explosión. Examino las caras de mi gente mientras el coronel les explica que vamos a evacuarlos a una estación espacial. Algunos de ellos — bastantes, en realidad— se alegran al oírlo: quieren seguridad y, para ellos, estar confinados nunca ha sido un problema. No ven el momento de llegar a la estación. Aunque no sea la *Fortuna*, siempre será mejor que este planeta; al menos, para ellos.

Pero son más los que se resisten, y eso me da energía.

—Cuando lleguen los refuerzos de la Tierra —está diciendo el coronel—, se abrirán varias opciones. Los que ya estén en la estación espacial podrán tomar directamente una nave interestelar.

La gente murmura y se mira, desconcertada, hasta que el coronel aclara sus palabras.

—Para volver a la Tierra, claro. Todos podréis optar por regresar a Tierra Solar.

Esto es muy distinto, y despierta un rechazo mucho mayor entre mi gente. Si la estación espacial solo constituye una etapa del viaje a la Tierra, pocos estarán dispuestos a ir.

Al menos, este planeta es nuestro; la Tierra está muy lejos de serlo.

Salgo de la unidad de comunicación para tratar de templar los ánimos. Apenas he puesto un pie en el umbral cuando mi gente me cae encima como una bandada de aves de presa.

—¡No pueden obligarnos a salir de aquí! —grita uno de los antiguos navegadores a centímetros de mi cara—. ¡Este planeta es nuestro hogar, y no pueden echarnos si no queremos!

—¡Solo allí estaremos seguros! Lo hacen por nuestro bien —replica otro hombre.

—Y por el de nuestros hijos —le apoya una mujer.

—¡No estaremos seguros en ninguna parte! —se inmiscuye un alimentador—. Para eso, yo prefiero quedarme aquí.

—¡No podemos fiarnos del FREX!

—¡Los de Tierra Solar no se preocupan por nosotros!

—¡Pero tenemos que salir de este planeta!

—¡BASTA! —grito tan fuerte como puedo.

Me acerco al coronel y le arrebato el amplificador de voz.

—¡Nadie os obligará a marcharos! —exclamo, y el sonido es tan ensordecedor que todo el mundo se calla—. Pero si queréis, podréis hacerlo.

—¿Qué vas a hacer tú? —grita alguien desde el centro de la multitud.

—¿Yo? —respondo. El amplificador da un eco metálico a mi voz, y recuerdo con añoranza los tiempos en los que podíamos usar los intercom—. Yo me quedo.

La gente estalla en vítores y protestas. Ya han empezado a formarse dos bandos: el de los que quieren quedarse y el de los que prefieren abandonar. Siento una punzada de orgullo al ver cuántos están dispuestos a desafiar el peligro, cuántos quieren luchar por lo que ya consideran suyo.

—¡Silencio! —berrea el coronel Martin por el amplificador.

Todo el mundo baja la voz hasta que solo se oye un rumor intranquilo. El coronel desprende el transmisor que lleva al hombro, da instrucciones a sus patrullas y luego vuelve al interior de la sala de comunicaciones. Me giro y le veo manipular los controles hasta que el suelo de la explanada empieza a estremecerse. La multitud empieza a gritar despavorida, creyendo que se trata de un efecto retardado de la explosión. Amy y su madre echan a correr hacia la ventana de la sala.

Un gran rectángulo de asfalto se abre por la mitad con un chirrido metálico y se eleva

como si fuera la parte superior de una caja. Observo boquiabierto cómo una lanzadera enorme se eleva desde el subsuelo: recuerda a un avión de combate demasiado crecido, con una panza prominente bajo sus alas esbeltas. El vientre convexo se abre mientras la lanzadera rueda por la pista, dejando a la vista varias hileras de cajas del tamaño de una persona puesta de pie. Con otro chirrido, el rectángulo de asfalto se cierra.

Recuerdo lo que ha dicho antes el coronel: se trata de una lanzadera automatizada, diseñada para hacer viajes de ida y vuelta entre la estación espacial y el complejo. Pero mientras la miro, solo puedo pensar en la posibilidad de desviarla hasta la *Fortuna* para sacar a mi gente de allí. A juzgar por su apariencia, supongo que se elevará en diagonal como un avión hasta salir de la atmósfera y luego usará los reactores para ponerse en órbita.

Ahora reina el silencio que no hemos conseguido ni el coronel ni yo con nuestras explicaciones.

Lo de antes eran solo palabras; esto es una realidad tangible.

La presencia de esta lanzadera constituye el inicio de una despedida. Los que monten en ella se irán y no volveremos a verlos. Viajarán a la Tierra, otro planeta de un sistema solar diferente, y dejarán de formar parte de nuestra colonia.

El coronel Martin sale con paso enérgico y, ayudado por varios militares, determina cuáles de los civiles deben viajar en este primer envío. Al principio ordena que las mujeres embarazadas se marchen mientras sus parejas se quedan, pero las familias se niegan a dividirse. Al final, todo se arregla cuando aparecen voluntarios dispuestos a ocupar la plaza de los que se resisten a marchar.

El proceso parece durar horas, pero al fin la gente se organiza y los que van a viajar se acercan al vientre de la lanzadera, donde se alinean las cajas rectangulares.

—Me recuerda a las perchas donde se cuelgan los trajes en la tintorería —comenta Amy con una risita nerviosa.

Los pasajeros empiezan a ocupar sus puestos. Hacia la mitad de cada caja hay una repisa alargada, parecida a un asiento de bicicleta, sobre la que tienen que acomodarse. Luego se ajustan un arnés que les inmoviliza el torso y, para terminar, ajustan una tapadera hermética y transparente.

Cuando la primera tanda de científicos completa el proceso sin contratiempos, el coronel se vuelve hacia un grupo de mi gente que aguarda junto a la lanzadera con aspecto inquieto.

—¿Veis como no pasa nada? —les dice.

Con la primera fila ya ocupada, la segunda desciende automáticamente. Los siguientes avanzan, aún con cierta reticencia: les cuesta confiar en una nueva nave espacial.

Mientras el grupo de nativos de la *Fortuna* se acerca a la lanzadera, noto que los que han decidido quedarse reculan lentamente. De vez en cuando vuelven la cabeza hacia la izquierda: allí, más allá del bosque y del lago, está el poblado. Su hogar.

El proceso de embarque se alarga durante lo que me parecen horas. Amy está de pie a mi lado, callada, con una expresión que no logro descifrar. En cierto momento le toco la mano, pero ella retira la suya con rapidez. Un sentimiento que no quiero poner en palabras comienza a roerme por dentro. ¿Estará... estará pensando en marcharse y dejarme aquí?

Cuando solo quedan dos plazas libres, el coronel dispersa a los que estaban esperando.

No oigo más que un zumbido sordo. Algo va mal, y no sé —no quiero saber— qué es.

El coronel se acerca a la puerta de la unidad de comunicación, donde estamos Amy, su madre y yo.

No. No.

Extiende una mano hacia la madre de Amy.

—Ha llegado el momento —dice, y ella asiente.

Los dos se vuelven hacia Amy.

—Vamos, hija —le dicen.

Y ya no tengo más remedio que ponerlo en palabras: quieren enviarla de vuelta a la Tierra.



Sabía que esto iba a ocurrir.

En cuanto mi padre comenzó a hablar de la gente que se quedaría y de la que se iría, supe qué esperaba de mí.

Los dos quieren que me vaya.

Miro a Elder de reojo. Ya ha comprendido lo que se propone hacer mi padre, y lo observa anonadado.

—Amy, sube a la lanzadera —ordena mi padre en tono severo.

Yo vacilo.

—No es opcional, hija; esta vez no voy a dejar que decidas tú. Vas a marcharte en la lanzadera y punto —hace una pausa y me mira a los ojos—. Es por tu bien.

Doy un paso adelante.

Elder suelta un gemido agónico y avanza hacia mí, pero ya estoy fuera de su alcance.

Todos los sonidos parecen amortiguarse mientras me acerco al enorme vehículo. Sé lo que tengo que hacer, pero no tengo idea de cómo hacerlo. Veo a la gente que aguarda dentro de sus celdas individuales, observándome a través de la tapa de plástico que las cierra herméticamente. No parecen estar muy cómodos, pero no importa: el viaje hasta la estación espacial será corto. Y en unos días llegará otra nave que recogerá a toda la gente de la estación para llevarla a la Tierra en un abrir y cerrar de ojos.

Pero esto —este viaje precipitado, este retroceso— se parece mucho a una huida.

No me gusta. Es como si los alienígenas nos hubieran vencido. Querían echarnos de su planeta y lo han conseguido.

Mi madre y yo nos detenemos frente a una de las cajas libres. Estoy entumecida, como si me hubieran anestesiado. Me giro un momento hacia Elder, que no despegaba la vista de mí.

Me duele el alma al mirarlo. Ni siquiera he tenido tiempo de contarle lo que me proponía hacer. Ya no importa: es demasiado tarde.

—Yo entraré primero —propone mi madre, y mi padre asiente con la cabeza.

Mi madre le mira a la cara; en la suya hay una expresión que no sé interpretar.

—Me gustaría hablar un momento con Amy —dice, y al ver que mi padre no hace ademán de marcharse, añade—: Cosas de chicas.

Mi padre retrocede y se queda parado a una distancia prudencial.

Los ojos de mi madre relucen como si estuviera a punto de llorar. Pienso en lo que tengo que decirle, en cómo hacerlo sin romperle el corazón más de lo inevitable. Me echo las manos al cuello y saco de debajo de mi camiseta la crucecita de oro que saqué hace tres meses de su baúl en la *Fortuna*.

—Esto es tuyo, mamá. Siento habértela quitado —susurro mientras palpo el cierre de la cadena para quitármela.

Ella apoya los dedos en la cruz y la aprieta contra mi pecho.

—Quédate con ella —responde—. Sabía que la tenías tú desde que ocurrió lo de la flor. Es tuya, Amy: mi madre me la dio a mí, y ahora yo te la doy a ti.

—Mamá, no puedo...

Ella asiente y, de pronto, me doy cuenta de que entiende lo que no soy capaz de decirle.

Lo que no soy capaz de hacer.

Retrocede sin dejar de mirarme, sonriente y llorosa al mismo tiempo. Mi padre la ayuda a subir a su cabina, le ajusta los arneses y cierra la tapa.

Y luego se vuelve hacia mí.

—No voy a subirme —digo.

Doy un paso atrás hacia la gente que se queda, hacia Elder.

—¿Qué has dicho? —masculla mi padre, furioso.

—Que no me voy a marchar —insisto con voz firme.

Mi padre se pega a mí de dos zancadas, con los ojos encendidos por la ira.

—¿Te vas a quedar por ese...? —ruge, señalando a Elder por encima de mi hombro—. ¿Vas a abandonar a tu familia por él?

—No —contesto, y mi respuesta deja a mi padre tan desconcertado que se le pasa la furia—. No, no voy a quedarme por él, pero tampoco me voy a marchar por ti.

—Pues claro que vas a marcharte —dice mi padre entre dientes.

Me aferra del brazo y me arrastra unos metros hacia la lanzadera, pero yo aprovecho la primera ocasión en que su mano se afloja para liberarme y retroceder varios pasos.

—Puedes intentarlo —digo—. Pero voy a resistirme con todas mis fuerzas, y pienso encontrar la manera de volver.

—¡Tienes que regresar a la Tierra! —grita—. ¿No ves que aquí corres peligro?

Suelto una carcajada amarga.

—Todos corremos peligro en todas partes, papá. ¿Quieres saber lo que aprendí durante los tres meses que pasé despierta en la nave, mientras tú aún dormías en el hielo? Aprendí exactamente eso.

Mi padre se estremece como si lo hubiera abofeteado.

—Irás a la Tierra. Los tres nos iremos. Yo me reuniré con vosotras en cuanto termine mi misión aquí. Somos una familia, y las familias no se separan.

—Y sin embargo, tú estabas dispuesto a dejarme atrás.

—¿Y ahora? ¿Estás dispuesta tú a hacerlo?

Las palabras se me clavan en el corazón como un puñal, pero me alejo otro paso de la lanzadera. Alzo la mirada para atisbar más allá de mi padre y veo que mi madre me sonríe desde su caja y murmura algo. No la oigo, pero sé bien lo que dice: «Te quiero». Meto una mano por el cuello de mi camiseta para tocar la cruz de oro y le susurro lo mismo.

Luego le doy la espalda a mi padre y me alejo.

Al llegar donde está Elder, me detengo y me sitúo a su lado. No le miro a él, ni a la gente que se apelotona a nuestra espalda. Solo miro a mi padre y espero.

Aunque nunca lo había visto tan furioso, se vuelve hacia un subordinado que le entrega un control remoto e inicia el proceso de lanzamiento de la nave.

Fijo los ojos en mi madre, que me devuelve una mirada triste y comprensiva. Su pelo se agita de pronto, y comprendo que las cabinas se están llenando de oxígeno antes de sellarse definitivamente para el trayecto hasta la estación espacial.

Mi madre esboza una mueca.

Un piloto rojo empieza a destellar en el mando que sostiene mi padre.

Se oye un golpeteo sordo, cada vez más fuerte. ¡Bum! ¡Bum! Son los pasajeros, que aporrean la tapa de plástico de sus cajas.

Un destello de puro terror me ciega por un instante.

Las cajas se estremecen mientras las personas que hay en su interior se debaten, desesperadas.

Vuelvo a mirar a mi madre: la mandíbula inferior le cuelga de una manera extraña, como si no controlara sus músculos faciales. Sus ojos se pierden en el horizonte, carentes de expresión.

—¡Haced algo! —chillo mientras echo a correr hacia ella—. ¡Lo que les entra no es oxígeno!

Mi padre aporrea el mando gritando palabrotas, pero el piloto rojo no deja de brillar, y el gas —ese gas que no puede ser oxígeno— sigue filtrándose en las cajas selladas herméticamente.

Me lanzo con todo mi peso contra la caja de mi madre. El plástico de la tapadera se comba, pero no llega a romperse.

—¡Abrid las cajas! —grito—. ¡Abridlas ya, por Dios! ¡Se están envenenando!

—¡No puedo! —ruge mi padre sin dejar de manipular el mando.

Intento meter los dedos por el borde de la tapadera. Se me rompen dos uñas, pero me da igual. No puedo abrirla, no puedo, y mi madre está dentro, y no sé si estará ya...

Un silbido de aire liberado escapa al mismo tiempo de las quinientas cajas. Todas se

abren.

—¡Mamá! —exclamo, y aspiro sin querer una bocanada de lo que ha salido de su caja.

Me derrumbo, apenas consciente de lo que me pasa. Noto vagamente que mi padre se abalanza sobre mí y me levanta la cabeza del suelo, y que Elder está al otro lado.

—¡Amy! ¡Amy! —grita mi padre a centímetros de mi cara, pero yo no puedo contestarle: estoy congelada.

No puedo moverme.

Todo parece tan

lento...

No es la primera vez que me siento así,

como si estuviera bajo el agua.

Este cielo tan azul...

Mi padre. Papá me grita.

Me pregunto por qué.

Y allí está mamá,

muy quieta.

Tranquila.



Estalla un clamor de voces y llantos. Todos se abalanzan hacia las cajas de la lanzadera, en un intento desesperado de salvar a sus seres queridos.

Pero ya es tarde.

Están todos muertos.

No necesito analizar el gas para identificar lo que ha matado a todos los pasajeros: reconozco perfectamente los efectos del fidus en dosis altísimas. En cualquier caso, el laboratorio ya no existe, así que no podríamos analizarlo. Me arrodillo al lado de Amy; sé que lo único que podemos hacer por ella es esperar a que su cuerpo procese la droga, pero eso no me impide temblar de miedo. ¿Y si Amy hubiera estado en una de esas cajas? ¿Y si se hubiera...?

Trago saliva para contener una náusea; no puedo derrumbarme por lo que podría haber pasado.

El coronel busca alguna señal de vida en el cuerpo de su mujer y se derrumba a sus pies al no hallarla. Me lo temía: está muerta. Tiene abiertos los ojos y la boca como si gritara, pero no es más que un efecto óptico. El fidus la ha matado, como hizo con Eldest y Lorin.

Las pocas dudas que me quedaban sobre la familiaridad de los alienígenas con esta droga se acaban de evaporar.

Han matado a cuatrocientas noventa y nueve personas de golpe.

El personal médico que no iba entre el pasaje —tres personas solamente— va de cabina en cabina, comprobando si queda alguna persona con vida. Entre mi gente, algunos sufren ataques de pánico y echan a correr hacia el poblado, gritando sin control. Varios militares los siguen, mientras otros rodean la lanzadera para evitar que nadie más se acerque demasiado. Pero ya no es necesario: por los conductos de ventilación de las cajas ya solo sale oxígeno. Del gas de antes solo queda un leve olor

dulzón.

Chris aparece a mí lado; ni siquiera le había oído acercarse. Parece anonadado. Mira sin decir nada el cuerpo yerto de Amy, como si le impresionara más que los cadáveres.

Yo observo el caos que se extiende a nuestro alrededor, pero mis ojos siempre vuelven a ella. Está mirando hacia delante —hacia su madre muerta— con expresión vacía.

Me doy cuenta del momento exacto en que la droga deja de hacerle efecto. Lo veo en sus ojos, que van de una tranquila indiferencia a un horror creciente ante la visión de su madre.

Se rodea el torso con los brazos y deja escapar un sollozo estrangulado; luego, cuando su padre se acerca a ella, le abraza y se echa a llorar. Una parte de mí se alegra de comprobar que el fidus no la ha matado, que no la ha dejado afectada. Otra parte desearía ahorrarle este dolor insoportable.

—Aquí estamos desprotegidos. Tenemos que cubrirnos —dice Chris mirando al cielo.

Tiene razón: a mí también me estremece este cielo despejado en el que los pteros podrían aparecer en cualquier momento, esta explanada en la que somos presa fácil para los alienígenas. Tenemos que refugiarnos en alguna parte.

—¿Vamos al poblado? —le pregunto a Chris.

Miro de soslayo al coronel Martin: en condiciones normales, ya estaría dando órdenes. Pero está acurrucado delante de su mujer, sollozando. Una parte de mí lo observa fríamente, sin compasión ni empatía.

Chris frunce el ceño como si reflexionara.

—No, ir allí sería una imprudencia —acabo por responderme a mí mismo—. Los alienígenas, o lo que sea que nos ataca... Ya no cabe duda de que nos quieren matar a todos. Volaron la lanzadera y ahora han hecho esto. Podrían estar esperándonos en el poblado para rematar el trabajo.

—Pero no tenemos otra opción —replica Chris con aire sombrío.

Tiene razón: ¿en qué otro lugar podríamos refugiarnos? ¿En el bosque, con sus flores moradas y los pteros que planean acechantes sobre los árboles? ¿Aquí, en un espacio

descubierto donde acabamos de perder a casi quinientos de los nuestros? El poblado no ofrece mucha seguridad, pero es el único lugar cubierto al que podemos acceder, y quizá sus muros de piedra detengan a lo que nos acecha.

Más paredes... Pero no tenemos una opción mejor.

Echo a correr hacia la unidad de comunicación y, una vez allí, busco el amplificador de voz. La gente se está dispersando: algunos se ponen a cubierto entre los árboles, otros corren sin saber adónde van. Suspiro y hago un ruego silencioso por que todos oigan mis palabras.

—¡Volved al poblado todos! ¡No os quedéis al aire libre! ¡Buscad refugio en los edificios! —grito.

Casi todos se detienen un momento y luego tuercen en la dirección que les indico. Los militares ya han reaccionado y están pastoreando a los más alejados para llevarlos a la relativa seguridad de las edificaciones.

Me vuelvo para mirar a Chris: está inclinado sobre el coronel y trata de hablar con él, pero no logra atravesar su dolor.

—Amy —digo—, tenemos que marcharnos de aquí.

La agarro del codo, pero su brazo resbala entre mis dedos como agua que escapara de un cedazo. Vuelvo a agarrarlo, ahora con más firmeza, y la levanto de un tirón. Ella se tambalea, pero yo no la suelto.

—¡No podemos hacer nada por ellos, Amy! —grito, aunque no sé si me escucha siquiera—. Vámonos, por favor.

El coronel se pone también en pie y los cuatro echamos a andar. Ya estamos a medio camino del poblado cuando Amy da un respingo y gira sobre sus talones.

—¡No podemos dejar a mamá ahí! —chilla volviéndose hacia su padre—. ¡No podemos, papá!

Chris la rodea con los brazos para evitar que eche a correr hacia la lanzadera.

—No nos queda más remedio —dice, jadeando por el esfuerzo de retener a Amy.

—¡No!

—Vámonos, hija —dice el coronel con voz rota—. No podemos volver ahora allí.

Ella deja de debatirse al oírlo; el cambio es tan repentino que Chris se tambalea, apenas capaz de sostener su peso.

—Seguidme —indico casi en un susurro, ahogado por la pena de ver a Amy así.

Continúo la marcha con paso rápido y pronto avanzamos casi al trote. De vez en cuando, Amy tropieza con una raíz o una piedra que sus ojos anegados en lágrimas no distinguen.

Cuando llegamos al poblado, nos metemos en el edificio que Amy ocupaba con sus padres. Ella se deja caer en una de las sillas plegables que trajeron los terrícolas y se echa a llorar en silencio. El coronel se vuelve y nos encara a Chris y a mí; tiene las mejillas hundidas, y bajo sus párpados enrojecidos se dibujan unas profundas ojeras. Sin embargo, me doy cuenta de que ha convertido su pena en una coraza de rabia. Nunca me había dado tanto miedo mirarlo como en este momento.

—Voy a enviar una patrulla para que registre los alrededores. Les ordenaré que localicen a la gente que pueda haberse extraviado en la desbandada y que busquen cualquier indicio de vida inteligente no humana —mira directamente a Chris, con los ojos brillantes por la cólera—. ¿Hay algo que nos puedas decir sobre lo que nos ha atacado, cualquier cosa que nos permita rastrearlos y matarlos?

Chris niega con la cabeza, sin decir nada.

Entrecierro los ojos: no sé por qué el coronel le hace estas preguntas. ¿Desde cuándo es Chris un experto en este planeta?

—¿Hay algo que queráis contarme? —pregunto con impaciencia.

No es momento de secretos ni de medias verdades: si hay alguna novedad significativa, quiero conocerla.

—Sabes lo mismo que yo —replica el coronel—. La ayuda de la Tierra viene de camino. Solo tenemos que sobrevivir unos días más; como mucho, una semana.

Suelto un bufido.

—¿Ah, sí? Teniendo en cuenta que esta mañana han matado a un tercio de nuestra gente, supongo que en una semana tendrán tiempo de sobra para acabar con el resto.



Trato de interesarme por lo que dicen.

Intento hacer que me importe.

Debería preocuparme por ello.

Estaba dispuesta a despedirme de mis padres, tal vez para siempre. Llegué a decirle adiós a mi madre. Sabía que, una vez que se marchara a la estación espacial y de allí a la Tierra, era muy posible que no volviera a verla.

Pero esto es diferente. No volver a verla es muy distinto de verla muerta.

Mi padre, Chris y Elder discuten. Creo que hablan de la bomba que hay en la estación espacial, el Santo Grial del FREX que puede exterminar a los alienígenas y salvarnos a todos. Elder y Chris se oponen a usarla: dicen que no sabemos lo que es ni qué daños puede causar. Si mata a los alienígenas, ¿no nos matará a nosotros también?

Pero creo que a mi padre ya no le importan esas cosas. Después de lo de mi madre, unas cuantas muertes más o menos no le impresionan.

En cierto momento, Elder menciona nuestra idea de que hay algo relevante en la *Fortuna*, una pista de algún tipo que puede mostrarnos cómo son los seres a los que nos enfrentamos e indicarnos cómo derrotarlos.

—¿Una pista? No me hacen falta pistas de ninguna clase —gruñe mi padre en respuesta—. Me da igual cómo sean esos seres: lo único que me hace falta para matarlos es un arma lo suficientemente potente, y eso es lo que hay en la estación.

—¿Le daría igual cometer un genocidio? —pregunta Chris en voz baja.

—No son humanos. Y ellos harían lo mismo con nosotros, si pudieran.

Elder trata de implicarme en la conversación; supongo que espera que yo ablande a mi padre, que le haga entrar en razón.

Pero yo me quedo callada, con la vista fija en el suelo.

Mi padre acaba por pedirles que se vayan.

—No sabes cuánto lo siento —me dice Chris antes de salir.

Le miro, pero apenas le veo.

¿Sentirlo? Eso no es más que una palabra.

Elder no usa palabras: se limita a envolver mi mano con la suya y tira de mí hasta que me levanto. Sigue tirando mientras avanza hacia la puerta, y yo me tambaleo detrás de él. Al llegar al umbral, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Creí que iba a perderte —susurra sin soltarme.

Igual que yo he perdido a mi madre.

—Amy —prosigue, y espera a que yo le mire a los ojos—. No puedo soportar la idea de no verte más. Si alguna vez...

Pero la muerte no funciona así. Le da igual lo mucho que te amen, que te necesiten: se limita a tomar lo que quiere sin dejar nada a cambio.

Al final, Elder se da cuenta de que no puede hacer nada por despejar la oscuridad que me envuelve en este momento. Se limita a atraerme hacia él, rodearme con los brazos y estrecharme hasta que me dejo ir y apoyo todo mi peso contra su cuerpo, mordiéndome el labio para no llorar porque sé que, si lo hago, es posible que no pare jamás.

Al cabo de un rato que me parece eterno, Elder retrocede para mirarme a la cara.

—¿Quieres que me quede contigo? —dice, y sus ojos se posan por un segundo en mi

padre, que sigue a mi espalda—. Si tú quieres lo haré, diga lo que diga él.

Niego con la cabeza y me aparto un poco. Él me aprieta la mano una vez más y luego desaparece en la oscuridad de la noche.

Mi padre y yo nos quedamos solos en el edificio de piedra, construido por personas que llevan mucho tiempo muertas.

Nos abrazamos y nos quedamos mucho rato así, de pie. Aunque estamos pegados, no logro despejar la sensación de que algo se interpone entre nosotros, algo que nos hace imposible llegar a tocarnos de verdad. Y entonces me doy cuenta de que sí que hay algo entre los dos, algo que nunca dejará de estar ahí: la imagen de mi madre, recordándonos todo lo que hemos perdido.

Al cabo de un rato, mi padre se marcha con sus hombres. Van a hablar de las armas que les quedan, de cómo emplearlas... y de cómo poner en marcha la que hay en la estación espacial.

Me quedo sola.

Me siento en el suelo y doblo las piernas hasta apoyar el mentón en las rodillas. El cañón de la pistola se me clava en la tripa; la saco de su funda y la examino. El cargador contiene cinco balas de punta hueca, las últimas que me quedan.

Dejo el arma en el pavimento. Durante estos días la he llevado porque me daba seguridad y tranquilizaba a mis padres. Pero ahora pienso detenidamente en esas cinco balas y en lo que pueden hacer. Para mí, ir armada ha dejado de ser una simple precaución: voy a usar esas balas.

Una parte de mí entiende que mi padre quiera exterminar a los alienígenas, aun a riesgo de llevarse el planeta por delante al hacerlo.

Me abrazo las rodillas, hecha un ovillo.

La casa me parece muy grande y yo soy muy pequeña.



Sé lo que tengo que hacer.

¿Pero soy capaz de hacerlo?

Espero a que oscurezca por completo. La colonia ha pasado la tarde oscilando entre la tensión y la pena, el miedo y la histeria. Los militares parecen nerviosos, y sus patrullas son más numerosas de lo habitual.

Pero cuento con un aliado: Chris.

Aunque no sea mi persona favorita, estuvo de mi lado cuando discutí con el coronel, y sé que, como yo, hará todo lo que esté en su mano para proteger a Amy.

Hemos quedado en hablar cuando caiga la noche. Nos encontramos una hora después del ocaso y echamos a andar por el poblado.

—¿Tienes algún plan? —me pregunta en voz baja.

—Ni tú ni yo queremos que el coronel haga tonterías con la bomba que el FREX instaló en la estación espacial, ¿verdad?

Él asiente.

—No me fío del FREX —susurra.

—Bien. Yo tampoco.

Nos escabullimos por las calles, y al llegar a la primera línea de casas me acerco con sigilo a la ventana de Amy. Chris me mira con el ceño fruncido, como si dudara de que ella vaya a hacernos caso. Tiene razón: con lo hundida que estaba hace un rato, sería extraño que accediera a ayudarnos. Pero no concibo hacer esto sin ella.

—Amy —susurro; creo que el coronel está fuera con las patrullas, pero prefiero no correr riesgos.

Está sentada en el centro de la sala, con la cara apoyada en las rodillas. Tiene los ojos llorosos y el rostro demacrado. Pero al oír mi voz, lanza un suspiro tembloroso, se incorpora y se acerca a la ventana.

En sus ojos brilla una chispa de curiosidad al distinguir a Chris, que espera inquieto a mi espalda.

—¿Qué ocurre, Elder?

—Tengo un plan. ¿Me ayudas a llevarlo a cabo? —digo, procurando que mi tono no sea suplicante.

En realidad, Amy tiene razones de sobra para negarse: su madre acaba de morir, y a todos nos asusta pensar en lo próximo que pueden tenernos reservado los alienígenas. Pero, para mi sorpresa, apoya las manos en el alféizar sin decir nada y salta a mi lado.

—¿Estás bien? —susurro.

—No —me responde ella al oído, y la sinceridad de su respuesta me hace ver que, aunque esté lastimada, no está rota—. Pero quiero hacer algo. No soporto la idea de quedarme sola ahora mismo.

—Y ese algo que quieres hacer... no será lo mismo que quiere hacer tu padre con la bomba de la estación espacial, ¿verdad?

Ella me fulmina con la mirada y, por un momento, vuelvo a ver a la Amy de siempre.

—Pues claro que no. Mi padre y yo somos muy diferentes, Elder.

—Vámonos de aquí —nos urge Chris en voz baja.

El que me ayude en este momento no contraviene exactamente las órdenes del coronel, pero si lo sorprendieran aquí se vería obligado a responder a algunas preguntas incómodas.

Los tres nos encaminamos hacia el complejo, sin molestarnos en disimular nuestro avance mientras cruzamos el prado. Nos cruzamos con un par de centinelas, pero ninguno de los dos se atreve a pararnos. Nuestro grupo está compuesto por el líder de los nativos de la nave, la hija del coronel y un soldado. ¿Por qué iban a desconfiar de nosotros?

Cuando las siluetas del complejo y la lanzadera se recortan frente al cielo estrellado, examino rápidamente el terreno para asegurarme de que no hay guardias. Al volver le echo un vistazo a Amy, que observa con ojos vidriosos y expresión ausente las filas de cajas donde se ha quedado su madre. Le rozo el dorso de la mano y sus ojos húmedos se fijan en mí.

—Tranquilo, estoy bien —miento.

Hemos logrado salir de la colonia sin levantar sospechas; pero si el coronel o alguno de sus subordinados nos encuentran aquí, en compañía de casi quinientos muertos, no nos bastaría con parecer seguros de nosotros mismos.

—Y ahora, ¿qué? —susurra Chris.

Sin decir nada, saco el cubo de cristal que me dio Amy y lo uso para alumbrar el camino hacia la sala de comunicaciones, tapándolo de forma que solo emite un vago resplandor. Lo aferro con tanta fuerza que me duelen los dedos, procurando no pensar en lo que sucedería si se me cayera en esta superficie de asfalto.

Al llegar junto a la puerta, Chris se queda atrás y mira alrededor con aire nervioso, como si temiera descubrir al coronel o —peor— a algún alienígena. Amy apoya el pulgar en el escáner, que muestra una palabra luminosa —«Humano»— y emite un zumbido. Solo cuando cerramos la puerta a nuestra espalda, me siento lo suficientemente seguro como para hablar en tono normal.

—Bien: estos son los datos conocidos —empiezo a decir, mientras bajo las persianas para que no se vea la luz desde fuera—. Sabemos que los alienígenas son astutos y que su tecnología y su armamento son mejores que los nuestros.

Amy levanta un poco una persiana para echar un vistazo a la lanzadera, y luego me mira y asiente. Chris está callado, atento a mis palabras.

—Sin embargo —prosigo—, no sabemos cómo son. Nunca hemos visto ninguno. Desconocemos sus puntos débiles. Y aunque el FREX asegura disponer de una bomba que puede acabar con ellos, no tenemos ni idea de cómo funciona.

—Lo cual la hace extremadamente peligrosa —remacha Chris.

—Exacto. Si es capaz de acabar con toda una especie, ¿quién nos asegura que vamos a salir indemnes? ¿Y si destruye el planeta? No es prudente usar algo tan poderoso sin entenderlo siquiera.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —pregunta Amy.

—No, nosotros no: yo. Voy a regresar a la *Fortuna*.

Amy abre mucho los ojos y me mira boquiabierta.

—¿Y eso en qué va a ayudarnos? —pregunta Chris, desconcertado.

—Tengo razones para pensar que la nave contiene muchas de las respuestas que necesitamos. En primer lugar, la droga que usaron los alienígenas para matar...

—Para matar a mi madre —completa Amy con voz átona.

—Sí, a tu madre y a todos los demás. Pues bien, quiero averiguar por qué esa droga también existía en nuestra nave. Además, la última pista de Orion indica que la *Fortuna* guarda información que podría ser vital para nosotros —hago una pausa y me vuelvo hacia Chris; no me gusta tener que confesarle esto, pero no me queda más remedio—. Y aún hay otro motivo: parte de mi gente se negó a aterrizar y se quedó allí.

Me vienen a la mente las imágenes del interior de la *Fortuna* que vimos Amy y yo. Espero llegar a tiempo, antes de que Bartie reparta esos parches negros.

—Podría traerlos al planeta y, de paso, hacerme con provisiones —añado—. Necesitamos su ayuda, y aquí la comida ya está empezando a escasear. Todas nuestras reservas estaban en la lanzadera que explotó.

—¿Y cómo piensas ir? ¿En la lanzadera del complejo? —pregunta Amy—. ¿Y los...? —traga saliva; cuando vuelve a hablar, hay un temblor extraño en su voz—. ¿Y la gente que contiene?

—He pensado... —meuerzo a mirarla a los ojos, a reconocer el dolor que hay en ellos. No soy capaz de revertir lo que ha ocurrido, pero al menos puedo tratar de darle algo de paz de espíritu—. He pensado liberarlos entre las estrellas.

Ella se muerde el labio y agacha la cabeza. Al cabo de unos segundos, asiente.

—No entiendo cómo piensas ir hasta allí —interviene Chris.

—Esta lanzadera es automática, ¿no? No tendré que pilotarla.

—Sí, claro, pero está diseñada para cubrir el trayecto entre este complejo y la estación espacial. No puede usarse para ir a otros lugares.

—Quiero intentar reprogramarla. Hace unos días, Amy y yo descubrimos que en la nave se graban imágenes que pueden verse desde aquí en directo. Si pudiéramos

utilizar esa señal para guiar la lanzadera de forma que se dirija a la *Fortuna* y no a la estación...

—... sería posible llegar hasta ella, recuperar la información que necesitas y volver aquí con tu gente —completa Chris en tono excitado—. ¡Podría funcionar!

—Y mi padre dejaría en suspenso la bomba hasta que volvieras y nos contaras lo que has averiguado —añade Amy con determinación—. No le permitiremos activarla hasta que hayas vuelto.

—Voy a tratar de reprogramar la lanzadera —dice Chris, y se acerca a la consola con paso decidido. Enciende la pantalla y se pone a teclear rápidamente.

—Parece que se te dan bien estas cosas —comenta Amy, y él la mira sin despegar los dedos de la pantalla.

—Bueno, no son tan difíciles —responde.

Al cabo de cinco minutos, retrocede y nos mira.

—Hecho. Creo que no tendrás problemas para llegar a la *Fortuna*, Elder.

Inspiro profundamente.

—Bien, vamos allá.

—¿Ya? ¿Estás seguro? —pregunta Amy, nerviosa de pronto.

Chris nos observa; a pesar de que estamos avanzando en nuestros planes, parece derrotado.

—Voy a prepararlo todo —murmura, y nos deja solos en la estancia.

Amy me agarra las manos y aprieta fuerte.

—Vuelve conmigo, ¿me oyes? —dice con fiereza—. Pase lo que pase, cueste lo que cueste, te quiero aquí, a mi lado.

—Volveré.

—Tómatelo en serio, Elder —insiste—. He perdido casi todo lo que amaba. No pienso perderte a ti también.

—Amy, yo siempre volveré a tu lado.

Nuestros labios se encuentran. Estoy a punto de perderme en su beso cuando noto un regusto salado. Aparto la cabeza y veo que está llorando; le enjugo una lágrima con la yema del pulgar, y ella esboza una sonrisa tímida y se pasa la manga por la cara.

Enderezo los hombros y salgo de la sala en dirección a la lanzadera. Amy va unos pasos detrás de mí, suspirando de vez en cuando para contener las lágrimas.

Chris nos espera en la pista, con el mando de la lanzadera entre las manos. Aprieta un botón y el vientre metálico de la nave se cierra con un chasquido que reverbera en la explanada. Luego, se vuelve hacia mí y me indica que le siga a la parte frontal, donde una escalerilla metálica sube hasta el puente de mando.

—Como decías antes, Elder, todo parece automatizado —dice en tono tranquilo, como si no dudara de mi capacidad para ponerme en órbita alrededor de Tierra Centauri. Su expresión tensa, sin embargo, contrasta con la confianza que respiran sus palabras—. De todos modos, en el puente hay un panel de mandos manuales que puedes activar en caso de necesidad. Los he examinado y no parecen muy complejos.

Asiento, tratando de aparentar una seguridad en mí mismo que estoy lejos de sentir. La lanzadera en la que aterrizamos también era automática, y eso no impidió que murieran tres personas.

—Mientras registraba la lanzadera —prosigue Chris, conduciéndome al otro lado—, encontré esto bajo el puente. Es una cápsula de emergencia. Proporciona una vía de escape para una sola persona, en caso de avería grave de la lanzadera. Como el resto de la nave, está programada para ir a la estación o venir al complejo. Si algo saliera mal, no tienes más que montar en ella y volver.

Recorro la cápsula con la mirada. Es diminuta; comparada con la mole metálica a la que está pegada, parece un avioncito de papel. No acabo de creerme que pueda separarse de la lanzadera sin quedar dañada, y mucho menos que sea capaz de transportar a alguien por el espacio.

Chris se aleja y me doy cuenta de que Amy le ha pedido con la mirada que lo haga.

—Hazme una promesa —dice mientras rodea mi meñique con el suyo—. Prométeme que volverás.

Mis ojos se hunden en los suyos.

—Volveré.



Con el estómago encogido por el miedo, contemplo cómo la lanzadera se pone en marcha con una sacudida y desaparece en el cielo. Me noto hueca por dentro. Por más que trato de despejar mis temores, solo puedo pensar esto: *No veré más a Elder*.

—El coronel llegará de un momento a otro —comenta Chris—. Han tenido que ver el despegue.

—Pues que venga —repongo encogiéndome de hombros.

No puede hacer nada: Elder ya se ha marchado. Vuelvo a paso vivo a la unidad de comunicación y me sitúo junto a la emisora para esperar a que Elder se ponga en contacto con nosotros. Chris aparta un poco una persiana y aguarda junto al ventanal la llegada de mi padre.

—Ahí llega —dice, antes de lo que yo esperaba.

Me acerco a él y escruto la penumbra de la madrugada, pero no veo nada.

Vuelvo a situarme en la emisora. Sobre los controles resplandece un rótulo: «Lanzamiento iniciado». No puedo distraer a Elder en este momento.

Camino de nuevo hacia el ventanal y por fin distingo lo que Chris me señalaba: mi padre y otros diez o doce hombres, todos armados, se acercan a la carrera.

—Estupendo —mascullo.

No tardo ni diez segundos en oír la voz retumbante de mi padre, tan fuerte como si las ventanas no tuvieran cristales.

—¡Salid de inmediato! —berrea—. ¡El edificio está rodeado!

—No sabe que somos nosotros —musita Chris, y me sorprende detectar miedo en su voz.

Claro: con las persianas bajadas, mi padre no puede ver quién hay dentro de la sala. Me acerco a la puerta y la abro de golpe. Durante un par de segundos, lo único que oigo es el chasquido metálico de casi doce armas que se preparan para acribillarme.

—Papá, ¿podrías dejar de apuntarme? —digo con impaciencia.

—¿Amy? —pregunta él, atónito.

—Sí, soy yo. ¡Y ahora, bajad las armas y entrad antes de que nos vean los alienígenas!

Mi padre suelta un taco e indica a sus hombres que entren.

—¿De verdad hace falta tanta gente aquí? —pregunto—. ¿No sería mejor reforzar la seguridad de la colonia?

Mi padre se vuelve hacia los soldados, ladra una orden y todos salen en fila salvo un hombre y una mujer. Luego se encara conmigo.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Amy? ¿Y dónde ha ido a parar la lanzadera? —se gira hacia Chris y lo observa con una expresión tan colérica que, por un momento, pienso que le va a golpear—. ¿Qué le has dicho a Amy? ¿Qué has hecho?

—Papá, no fue idea de Chris, sino de Elder —respondo, cada vez más furiosa.

Por más que a mi padre le escueza, Elder también tiene derecho a decidir, y en este caso tenía razones sobradas para actuar como lo ha hecho. Debemos evitar a toda costa recurrir a la bomba del FREX, y aunque mi padre jamás admitirá que Elder sea capaz de hacer algo que nos salve a todos, yo sé que sí que puede.

—Elder... ¿Dónde se ha metido? —dice mirando a su alrededor.

Me acerco al ventanal, subo la persiana y señalo las estrellas que aún titilan en el cielo. Solo al hacerlo me doy cuenta verdaderamente de lo lejos que está Elder.

Mi padre tarda unos segundos en comprender lo que quiero decirle.

—¿Ha ido a activar la bomba? —pregunta—. ¡Eso es una estupidez! Podemos hacerlo por control remoto desde aquí mismo; si quería enviar a los especialistas en armamento era para que la examinaran, no porque hiciera falta.

—No ha ido a la estación espacial, sino a la *Fortuna*.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Trato de explicárselo lo mejor que puedo: la pista de Orion, el hecho de que la gente de la nave morirá si no los sacamos de allí, la existencia de provisiones que pueden traernos... A medida que hablo, me doy cuenta de que mi padre desprecia nuestras razones; solo se habría contentado si le hubiera dicho que Elder ya ha activado la bomba y que esta se dirige a toda velocidad hacia la guarida de los alienígenas. Ahora mismo, la supervivencia tiene menos valor para él que la venganza.

—Eso no va a salvarnos, Amy —dice fulminándome con la mirada—. Tenemos que deshacernos de la amenaza alienígena de una vez por todas. La bomba del FREX...

—Esa arma es algo que no conoces ni comprendes —le corto—. Lo único que ves es una posibilidad de destruir a nuestros atacantes, sin pensar siquiera en que nosotros también podríamos resultar dañados. ¿Qué clase de bomba puede seleccionar a sus víctimas?

Mi padre abre la boca para protestar, pero no le dejo.

—Al menos deja que Elder busque más información —le pido—. Incluso puede que logre averiguar cómo funciona la bomba; en ese caso, podríamos utilizarla sin temor... o renunciar a ella.

—Los alienígenas ya han matado a una tercera parte de nuestra colonia —replica él con voz dura—. A una tercera parte de nuestra familia, Amy.

—¿Crees que no lo recuerdo?

—¿Cómo vamos a protegernos mientras ese chaval juega a hacerse el héroe en una nave que debería haber aterrizado hace siglos?

Sí, buena pregunta. Yo tampoco sabría responderla.



La lanzadera asciende mucho más rápido de lo que hubiera creído posible. Sube y sube hasta que gana la carrera a los soles ponientes: mientras ellos se hunden en el horizonte, yo lo cruzo en un suspiro y entro en un ocaso uniforme hasta que salgo de la atmósfera. Antes de que arranque el sistema de gravedad artificial, hay un momento de ingravidez en el que el estómago se me sube a la garganta y el pelo me flota alrededor de la cara.

El corazón se me quiere salir del pecho. *Voy a volver junto a Amy*, me repito una y otra vez. No es solo una promesa que le he hecho a ella: también es un compromiso que quiero contraer conmigo mismo.

La velocidad de la lanzadera aminora al entrar en órbita. En el panel de control se ilumina una pantalla pequeña, con una curva roja en la parte inferior que representa el planeta y dos puntos que destellan encima. Debe de ser un sistema de posicionamiento. Bajo uno de los puntos pone «Estación de Preparación Interplanetaria Centauri - FREX». Bajo el otro, «Satélite No Identificado».

Tiene que ser la *Fortuna*. Menuda degradación: de misión interestelar a satélite sin nombre.

Miro por la cristalera del puente. Cuando aterrizamos, recuerdo que hice lo mismo y vi un destello en el horizonte; ahora, avanzando en sentido opuesto, solo veo una oscuridad salpicada de estrellas, sin rastro de la estación espacial ni de la nave. A juzgar por la pantalla de posicionamiento, debo de estar a medio camino de las dos.

La imagen se apaga y en su lugar aparece un nuevo mensaje:

«Requerida aportación manual de datos».

Debajo del letrero se abren dos opciones: dirigir la lanzadera a la *Fortuna* o a la estación espacial. Por un momento me planteo elegir la segunda. ¿Cómo será la bomba del FREX? ¿Podrá eliminar la amenaza alienígena? No creo que tarde mucho

en ir allí; tal vez pueda hacer una visita rápida e ir luego a la *Fortuna*.

Entonces me acuerdo de Bartie y los parches negros. No: por mucho que quiera examinar esa bomba, por cerca que esté la estación espacial, tengo que ir a la *Fortuna* primero. Pero antes de ir allí, tengo una cosa todavía más importante que hacer.

En la lanzadera reina un silencio sepulcral, adecuado para una tarea como la que me dispongo a hacer. Examino el panel de mandos: a primera vista intimidada, pero sé lo que estoy buscando.

No tardo mucho en encontrarlo: «Evacuación de carga».

Cierro los ojos después de leer esas tres palabras. Recuerdo el día en que Eldest dijo que Amy no era más que carga innecesaria, y cómo le aseguré a ella más tarde que era mucho más que eso. Los cuerpos que llevo en la bodega también son mucho más que carga, pero ya no puedo decírselo.

Aprieto un interruptor que desactiva los arneses de los pasajeros, pulso el mando que desbloquea las tapas de sus cajas y abro las puertas de la bodega. El sistema de gravedad solo funciona en el nivel superior de la lanzadera —por eso son necesarios los arneses—, así que la salida brusca del aire que contenían las cajas arrastra los cuerpos hacia fuera. Van apareciendo frente a la cristalera, oscilando ingravidos como nenúfares en un lago. Reconozco las caras de muchos mientras pasan lentamente ante mis ojos para perderse en el abismo del espacio, e intento despedirme de cada uno: de los alimentadores, que solo disfrutaron de unos meses sin fidus antes de morir por su causa; de las mujeres embarazadas que vinieron al planeta para dar a sus hijos un hogar sin paredes; de los navegadores; de los artesanos de la ciudad; de los ingenieros; de mi gente, tanta y tanta de mi gente que no volverá. No quiero olvidarlos. Me fuerzo a ir diciendo sus nombres en alto, a memorizar todos y cada uno de ellos: Rhine, Lucien, Cessy... Nunca los olvidaré.

Cuatrocientos. Noventa. Y nueve.

Me inclino sobre la cristalera y pego la cara para seguirlos con la mirada, rogándoles para mis adentros que me perdonen por la responsabilidad que he podido tener en su muerte.

Un destello rojo cruza el límite de mi campo de visión. Vuelvo la cabeza, como impulsado por un resorte.

La madre de Amy.

Su piel pálida y su pelo anaranjado son iguales a los de su hija. Aunque tiene los ojos

abiertos, está demasiado lejos para distinguir el verde que habita dentro de ellos. Pero yo sé que está ahí.

Amy estuvo a punto de entrar en una de las cabinas. Si lo hubiera hecho...

El cuerpo de su madre se mueve como si danzara en la ingravidez del espacio. Sus brazos se estiran a los lados, blanquísimos contra la negrura del universo, brillantes a luz de las estrellas.

Me quedó allí de pie, viendo cómo se alejan, hasta que el último se pierde en la distancia.

Cuando todo acaba, vuelvo a sentarme frente al panel de control. Cierro un momento los ojos y luego abro la pantalla del localizador y elijo «Satélite No Identificado». Por el borde de la cristalera distingo cómo se ponen en marcha los reactores del flanco derecho. La lanzadera gira lentamente. Al alcanzar la posición correcta, el resto de reactores arrancan también y la lanzadera se desliza hacia la *Fortuna*.

No tardo más de medio minuto en verla.

Está destrozada: le falta toda la parte inferior, donde estaba la lanzadera original, y el puente es un amasijo de metal retorcido. Y sin embargo, el corazón se me estremece al descubrirla, al ver lo que creí que sería mi hogar para siempre.

La lanzadera se acerca rápidamente; tanto, de hecho, que empiezo a tener miedo de chocar contra la nave. Cuando estoy a punto de detenerla a la desesperada, los reactores revierten la marcha y la lanzadera se detiene. No estoy pegado a la *Fortuna*, pero se encuentra tan cerca que es lo único que se ve por la cristalera.

En la pantalla aparece otro mensaje: «Destino alcanzado. Iniciar desembarco».

Frexo: no se me había ocurrido pensar en esto. La única puerta exterior de la *Fortuna* era la escotilla por la que se tiró Harley, y estaba en la lanzadera que usamos para aterrizar.

Por otra parte, esta lanzadera está diseñada para desembarcar automáticamente en la estación espacial. ¿El problema? Que no he ido a la estación.

¡*Bip, bip, bip!* Mi intercom se pone en marcha cuando acaba de ocurrírseme la idea de conectar con la escotilla que hay bajo el estanque. Me toco el cuello: estoy lo suficientemente cerca de la nave para interceptar la señal.

—Solicitado enlace: Bartie —digo, y espero con una absurda sonrisa de oreja a oreja.

—¿Elder? —dice una voz conocida en mi oído.

—Hola, Bartie.

—¡Elder! ¡Frexo! Pero... Pero ¿cómo has...?

Estoy tan contento que suelto una carcajada. Bartie no es solo el rebelde que asumió el mando de la nave tras mi marcha. No: también es mi amigo, el chico con el que echaba carreras de mecedoras en el porche del archivo.

—¿Qué más da cómo haya contactado contigo? —replico—. Solo quería comprobar si el nuevo líder de la *Fortuna* estaría dispuesto a recibir al anterior en su nave.

Bartie se queda callado un momento y luego relincha de risa.

—¡Muy buena, Elder! ¿Sabes qué? Cuando inventes una forma de llegar aquí arriba, te haremos una fiesta de recibimiento.

—Ya puedes ir preparando el pastel —replico—, porque estoy a punto de llamar a la puerta.



Mi padre nos conduce de vuelta al poblado, sin despegarse de la linde del bosque. Me tiento la idea de resistirme, de pelear para quedarme en el complejo. ¿Y si Elder necesita algo de mí? Estamos más lejos de lo que hemos estado jamás; lo menos que puedo hacer es mantener el contacto con él. Pero mi padre no me deja opción, y prefiero reservar las fuerzas que me quedan para otras batallas.

Si hubiéramos cruzado el prado en línea recta, ya estaríamos en la colonia. Pero a todos nos inquieta caminar al descubierto; aunque los árboles pueden ocultar casi cualquier peligro, al menos nos dan una impresión de falsa seguridad. Avanzo con la cabeza gacha: cada sombra me recuerda a Elder, cada ráfaga cálida que me roza la piel me hace pensar en volar a su lado.

Empieza a caer una llovizna ligera.

—Ten cuidado con las flores —me susurra mi padre.

Casi me había olvidado de ellas. Las observo por el rabillo del ojo: en cuanto el agua roza las hebras violáceas, se despliegan en un elegante remolino y se convierten en flores delicadas y casi transparentes. Son tan bellas... Pero no puedo olvidar cómo me adormecieron, la forma en que me derrumbé tras olerlas. Paso junto a una que cuelga casi a la altura de mi cara, la arranco y la estrujo en la mano. Sus finísimos pétalos se me adhieren a la piel.

Al llegar al poblado, caminamos con sigilo por las calles. Reina un silencio absoluto. El aire está cargado de expectación, como si esta calma no fuera más que el preludio de cosas peores.

Mi padre solo vuelve a hablar cuando estamos en nuestro edificio, a salvo de los pteros y de los alienígenas que los han creado y los manejan. Se vuelve al oír un ruido en la puerta y ve que Chris entra detrás de nosotros; al principio protesta, pero enseguida se da por vencido y se deja caer en una silla. Es la misma en la que desayunó esta mañana algo parecido al café con algo parecido a las tostadas, como si

todo fuera normal.

Y en cierto modo supongo que lo era, porque aún teníamos a mamá.

Y yo aún tenía a Elder.

Los ojos me arden de pronto. Aparto la mirada: no quiero derrumbarme ahora.

—Tenemos que buscar un refugio para todos —dice mi padre con voz ronca—. Si vamos a esperar unos días antes de activar la bomba, tendremos que escondernos. No será mucho tiempo: una semana, a lo sumo, hasta que lleguen los refuerzos de la Tierra.

—¿Por qué no podemos quedarnos en el poblado? —protesto, y mi padre sacude la cabeza.

—Los alienígenas saben que estamos aquí: pueden atacarnos en cualquier momento. Las únicas armas de las que disponemos son las que mis hombres llevan encima, y estamos escasos de munición.

Espera a que digiramos sus palabras y luego añade:

—¿Se te ocurre algo mejor?

Cuando levanto la cabeza para contestar, me doy cuenta de que se lo ha preguntado a Chris, no a mí.

Chris se encoge de hombros. Me miro la mano, aún sucia por la flor de antes.

—Las flores —murmuro, y los dos se vuelven para mirarme—. ¡Las flores moradas! —repito, cada vez más animada—. Papá, ¿por qué no las usamos para fabricar un arma? ¡Sus efectos son inmediatos! Podríamos usarlas para adormecer a los alienígenas de algún modo, si se acercan al poblado.

—¿Cómo? —pregunta mi padre; por su expresión, está claro que le parece una idea descabellada—. Aunque recogiéramos las suficientes, solo se abren cuando el aire está húmedo. Y aunque lográramos abrirlas a voluntad, ¿cómo podríamos obligar a los alienígenas a olerlas?

Me despego de la palma los fragmentos de pétalo y los amontoño en mi rodilla.

—Podríamos machacarlas —reflexiono en voz alta— y luego tirarles el polvo a la cara.

—Sí, mientras ellos nos disparan con balas explosivas.

—¿Y si las colgáramos en las cercanías y las mantuviéramos húmedas con agua de la conducción...?

—En cuanto las vieran, aguantarían la respiración y pasarían tan tranquilos —me corta mi padre—. O nos atacarían desde lejos. No tenemos tiempo para estos juegos, Amy: necesitamos un plan de verdad.

—Podemos ahumar a los alienígenas —dice Chris.

Por un momento me imagino una especie de secadero de salmón lleno de seres verdes y escamosos, pero Chris me saca enseguida de mi error.

—Si quemamos las flores —explica—, tal vez podamos dirigir el humo en la dirección que nos convenga. De ese modo, los alienígenas no podrían evitar respirar aunque solo fuera un poco. Claro que, para eso, las propiedades de la planta tendrían que conservarse en el humo.

—¡Es imposible controlar el humo! —protesta mi padre—. ¿Y si el viento cambia y se dirige hacia nosotros? Además, ni siquiera sabemos si a esas criaturas les afectan las neurotoxinas de las flores.

Y sin embargo, es evidente que le está dando vueltas al plan. Se levanta de un salto y empieza a caminar por la sala. Al darse cuenta de que lo observo, se detiene y me mira a los ojos.

—A tu madre le gustaría este plan —dice.

—Podría funcionar, papá...

Él suspira y se pasa la mano por el pelo; parece inseguro.

—Tu madre habría sabido cómo analizar el humo de las flores para ver si conserva las propiedades narcóticas. Si estuviera aún con nosotros...

—Cualquier plan es mejor que huir a la desesperada —interviene Chris—. Además, pensad en cómo nos han atacado los alienígenas hasta ahora: saben perfectamente cómo hacernos daño. Apostaría algo a que su organismo reacciona de la misma manera que el nuestro.

Les doy vueltas a sus palabras. Con los pteros no puede haberles costado mucho acertar, porque podrían hacer daño a cualquier organismo. Pero el interés de los alienígenas por el fidus me hace pensar que Chris está en lo cierto.

—No estoy seguro... —masculla mi padre.

—¿Cree que los alienígenas no nos vigilan ahora mismo? —exclama Chris, enfadado—. ¡Están ahí! Y a estas alturas ya no hacen más que jugar con nosotros, esperar el momento propicio. Si tratamos de huir, nos masacrarán. Nuestra mejor opción es atacar: solo así los pillaremos desprevenidos. Tenemos que hacer algo para ganar tiempo, lo que sea.

Mi padre lo fulmina con la mirada: no está acostumbrado a que nadie tan joven como Chris le hable en ese tono, especialmente si es un militar de rango inferior al suyo. Sin embargo, lo que ha dicho parece haberle impresionado.

—Yo también creo que deberíamos quedarnos —intervengo—. El fondo del poblado está protegido por la montaña, así que no creo que vengan por allí. Aparecerán por delante, y al menos podremos refugiarnos en los edificios para resistir su ataque.

—Sí, un ataque con explosivos que pueden volar una nave entera —replica mi padre, pero está claro que cada vez le convence más la idea.

—Siempre será mejor que enfrentarnos en campo abierto —repongo—. Papá, esos seres nos odian. Quieren acabar con nosotros. Son más numerosos, tienen más provisiones y más armas. Y nosotros, ¿qué tenemos? A mí me quedan cinco balas. ¿Cuántas te quedan a ti?

Mi padre frunce el ceño, y me doy cuenta de que ese es su mayor miedo: si huimos, no podremos defendernos. Nuestra única esperanza será correr más rápido que ellos.

—Papá, no seremos capaces de plantarles cara, y tampoco tenemos ningún vehículo para huir —continúo—. Nuestra única oportunidad es atrincherarnos aquí, donde al menos disponemos de agua fresca. Tal vez así logremos sobrevivir al asalto.

Mi padre suelta una risa amarga.

—¿Sobrevivir? —se da la vuelta en redondo y observa la piedra amarillenta de los muros—. Eso díselo a los primeros colonos.

Chris le mira con expresión severa. Por un momento, mi padre parece casi arrepentido de lo que ha dicho.

Recojo en el hueco de la mano el montoncito de pétalos rotos y se lo muestro.

—Esta es la mejor opción que tenemos ahora mismo, papá. La mejor y la única.



—¿Qué? —exclama Bartie, en voz tan alta que me duele el oído.

—Estoy en una lanzadera... No la misma que usamos para salir de la *Fortuna*, sino otra que había en Tierra Centauri.

—¿Qué frexo pintaba una lanzadera en Tierra Centauri?

—Es una historia muy larga, pero...

—¿Se puede saber de qué frexo hablas?

—¡Cálmate, Bartie!

—¿Tendrás chulza? ¡Que me calme, dice, mientras flota aquí al lado en una lanzadera! ¿De verdad vas a venir a vernos?

Se me escapa una sonrisa.

—Sí, claro. Aunque aún me falta cerrar un par de detalles...

—¿Un par de detalles? ¿Qué pasa, Elder?

—Bartie, haz el favor de callarte y escucharme. He venido en una lanzadera de Tierra Centauri; cuando tenga tiempo ya te contaré por qué estaba allí, pero no es el momento. La cosa es que estoy junto a la *Fortuna*, tan cerca que si pudiera sacar el brazo llamaría a la puerta.

—¡El frexo! —jadea Bartie; no sé lo que daría por ver su cara ahora mismo.

—Ahora viene la parte complicada —continúo—. Para entrar, tengo que conectar una especie de tubo enorme a alguna abertura de la nave. No está diseñada para ajustarse a la *Fortuna*, pero creo que podré arreglármelas.

—¿Cómo? Elder, ¿hablas en serio?

—Totalmente. Bartie, necesito que despejes la zona del estanque; asegúrate de que no queda nadie por allí. Yo voy a preparar el tubo.

Corto el enlace de intercom y me dirijo hacia la sala de embarque. Allí, según los planos de la lanzadera que hay en la pared del puente, hay un conector automático que espero poder acoplar a la escotilla del estanque. Camino por el pasillo desierto, escuchando el eco de mis pisadas y sintiéndome muy solo.

Por un momento me permito echar de menos a Amy. Esta lanzadera es enorme, y mi sensación de soledad se ha acentuado después de enviar a todos esos muertos a las estrellas. Sin embargo, sé que la *Fortuna* es mi responsabilidad, no la de ella. Además, Amy tiene que quedarse con su padre: solo ella puede lograr que olvide la venganza por el momento. La misteriosa bomba del FREX me preocupa mucho. Ni siquiera sabemos lo que es; lo único que dijo el coronel es que podía detonarse a distancia y que exterminaría a la población alienígena. Pero a mí no me extrañaría que el FREX estuviera dispuesto a matarnos a nosotros también para librarse de complicaciones.

Encuentro la sala de embarque justo detrás del puente, como indicaba el plano. La puerta tiene un cierre hermético que se abre con solo apretar un botón. En la pared de la derecha hay un casillero lleno de bombonas de oxígeno por si ocurre alguna emergencia; a la izquierda hay un panel de mandos. Y allí, en la pared opuesta, está mi ruta de escape.

Cruzo el umbral y examino la sala. Es pequeña; la escotilla, redonda y metálica, ocupa casi toda la pared. A su lado hay un diagrama que muestra cómo funciona: antes de abrirla, hay que desplegar un tubo hecho de una especie de tejido metálico y encajar su extremo en una abertura de la estación espacial.

Lo malo es que no quiero entrar en la estación espacial.

Toco mi intercom para conectar otra vez con Bartie.

—¿Estás en la escotilla?

—Sí. Elder, ¿de verdad estás...?

—Que sí, Bartie: estoy aquí fuera. Si todo va bien, en unos minutos podrás abrir la escotilla y me verás al otro lado.

—¿Cómo que «si todo va bien»?

—No interrumpas la conexión, ¿de acuerdo? —me paso las manos por el pelo—. Si

lo logro, tendrás que abrir la escotilla para dejarme pasar.

—¿Cómo que «si lo logro»? —insiste Bartie.

—No te despistes, ¿de acuerdo? —digo, y bajo el volumen sin esperar a que me responda. Necesito concentrarme.

Me acerco al panel de control del tubo y la pantalla se enciende al detectar mi proximidad. Lo examino un par de minutos para hacerme una idea de cómo funciona y conecto los brazos mecánicos.

Con un ruido chirriante, el tubo empieza a desplegarse en el costado de la lanzadera. En la pantalla aparece una imagen del costado de la *Fortuna*; debe de haber una cámara montada en el extremo del tubo.

Un letrero se superpone a la imagen de la pantalla: «No se detecta conducto de desembarque en punto de llegada».

Pues claro que no se detecta: no estamos en la estación espacial sino en la *Fortuna*, y la nave no fue diseñada para que la gente entrara y saliera. Ruego para mis adentros que el dispositivo magnético de la boca del tubo sea suficiente para conectarlo a la escotilla.

«Se requiere conexión manual».

Toqueteo los mandos que supuestamente controlan los brazos mecánicos, pero el mensaje parpadea con urgencia y no desaparece.

Estrecho los ojos para distinguir la imagen de la cámara. Mis manejos han conseguido estirar el tubo, pero su extremo está aún a varios metros de la escotilla.

Vuelvo a concentrarme en los mandos, pero es inútil. Cuantos más botones aprieto, más brilla el letrero de la pantalla.

—¿Cómo frexo se hará una conexión manual? —mascullo.

El final del tubo no está tan lejos. Si pudiera alcanzarlo de alguna manera y darle un buen empujón hacia la derecha...

Me acerco a la escotilla. Los paneles de metal que la cierran están perfectamente encajados. Si los abriera, todo el aire saldría de golpe de la sala y me arrastraría al espacio. No, imposible.

¿Y si moviera la lanzadera? Lo pienso un momento y desecho también esta idea:

estoy tan cerca de la nave que me resultaría imposible maniobrar sin causar un desastre.

Lo único que me hace falta es dar una sacudida al tubo para que su extremo se pegue a la escotilla de la *Fortuna*. Su boca es mucho más grande que la abertura de la nave; si logro colocarla en el sitio adecuado, el mecanismo de cierre magnético la asegurará y podré entrar sin problemas.

Ahogo una risita nerviosa.

Solo tengo que mover el tubo un poquito a la derecha. Y para eso, lo más fácil es salir al espacio y hacerlo yo mismo.

¿Lo malo? No tengo traje espacial.

Registro el resto de la lanzadera para asegurarme de que no hay un traje de emergencia guardado en alguna parte. Lo más parecido que encuentro son las bombonas de oxígeno almacenadas en la sala de embarque, pero eso no me sirve de nada. Si intento salir al espacio respirando oxígeno puro, los pulmones se me hincharán como dos globos y acabarán por explotar.

Sin embargo, el oxígeno me da una idea.

Una idea peligrosa.

Y absurda.

Pero una idea, al fin y al cabo.

Ya sé qué hacer.

Subo el volumen del intercom.

—Bartie, ¿estás ahí?

—Sí, Elder. ¿Tú estás ya al otro lado de la escotilla?

—Aún no —contesto—. La cosa es más complicada de lo que pensaba. Voy a tener que... A ver, escucha: necesito que estés muy atento y que no rompas la conexión bajo ningún concepto. Voy a intentar una cosa. Cuando yo te avise, empieza a contar; si todo va bien, antes de que llegues a treinta te pediré que abras la escotilla.

—¿Y si llego a treinta y no me dices nada?

—En ese caso, no abras.

—Vale, no abro, pero ¿qué hago?

—Nada: no hay plan B, Bartie.

Él empieza a protestar, pero no le hago caso. Si Amy estuviera aquí, me mataría... Pero no puedo distraerme pensando esas cosas.

—Por favor, Bartie, deja que me concentre —le pido—. Recuerda: cuando yo te avise, cuenta hasta treinta y abre si yo... si te digo algo.

Me dirijo al armario del oxígeno. Las bombonas están conectadas a una especie de máscaras mediante tubos. Agarro una y le arranco el tubo de un tirón, pero dejo la válvula cerrada. El oxígeno no me sirve para respirar en el espacio, pero es que no lo quiero para eso.

Me sujeto cuatro bombonas a la altura de las caderas, dos a cada lado. Todas están boca abajo.

Vuelvo al panel de control.

He toqueteado todos los mandos menos uno, el que pone «Apertura escotilla».

Si lo aprieto, las placas de metal que me separan del espacio se retirarán. La escotilla se abrirá... y yo saldré disparado al vacío. Dispondré de medio minuto, tal vez menos, para aferrar uno de los asideros que hay en la boca del tubo y dirigirlo hacia la escotilla de la nave. No tendré aire ni protección. Y sé lo poco que dura una persona en el espacio sin la protección de un traje.

Lo he comprobado en carne propia.

Inspiro profundamente, cierro los ojos y espiro hasta vaciar los pulmones. Cuento los segundos para ver cuánto aguanto sin respirar.

Veinte segundos.

El corazón se me desboca.

Inspiro, espiro. Aguanto. Cuento.

Veintiocho segundos.

Le pido perdón a Amy para mis adentros.

Voy a intentarlo.



Mi padre pide a varios de los científicos que trabajaban con mi madre que estudien si la idea del humo puede funcionar. Tardan poco en comunicarle los resultados: el humo parece aún más eficaz que las propias flores para adormecer a los humanos.

Sin embargo, los alienígenas no son humanos: están recubiertos de escamas vítreas y dejan huellas extrañas en el terreno. Eso es todo lo que sabemos de ellos. Nunca los hemos visto, y mucho menos analizado para descubrir sus puntos débiles. Puede que ni siquiera respiren; tal vez las flores moradas los fortalezcan en vez de dormirlos. ¿Quién sabe?

Esto, justo esto, es lo peor de todo.

No sabemos a quién —a qué— nos enfrentamos.

Ellos, sin embargo, parecen conocerlo todo sobre nosotros, incluida la forma de matarnos.

—No me gusta esto —refunfuña mi padre tras ordenar a cinco de sus soldados que salgan al bosque para recolectar musgo morado—. Toda nuestra estrategia de defensa se va a basar en un puñado de... de flores —remacha, casi con asco.

—¿Crees que huyendo nos defenderíamos mejor? —replico—. Tenemos que intentarlo, papá.

—Solo funcionará una vez, si es que llega a hacerlo. Cuando descubran el truco, harán algo para evitar el humo en su siguiente ataque.

—Con que funcione una vez nos basta —afirmo—. Solo necesitamos sobrevivir unos días hasta que lleguen los refuerzos, ¿no es eso?

—Aunque si tomáramos algún rehén... —dice mi padre con voz mucho más suave, y me doy cuenta de que está pensando en voz alta.

¿Rehenes? Ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso.

Observo a mi padre, sorprendida: la idea de los rehenes no me parece propia de él. Tal vez no le conozca tan bien como creía.

Cuando tenemos una cantidad considerable de flores moradas, mi padre ordena a sus hombres que caven una trinchera no muy profunda. La idea es meter ahí las flores junto a una mecha; si vemos que los alienígenas se acercan, encenderemos la mecha y los ahumaremos.

Recogemos todos los materiales combustibles que encontramos y los mezclamos con las hebras pegajosas. Uno de los alimentadores aporta una lata pequeña de una gelatina inflamable, que repartimos con cuidado por la mezcla. Nos lleva horas prepararlo todo.

Si los alienígenas nos están vigilando —algo más que probable—, esperamos que piensen que estamos haciendo un conducto de drenaje o algo así. También esperamos que la mecha funcione, que la mezcla arda, que el viento no traiga el humo de vuelta al poblado... Que el plan funcione, en suma.

En el fondo, esperamos que ocurra un milagro.



—¿Bartie?

—Dime, Elder.

—Empieza a contar.

Desenroscó las válvulas de las bombonas de oxígeno. Quiero utilizarlas como reactores de propulsión para moverme con más rapidez; pero los chorros no tienen demasiada fuerza, y no sé si podrán contrarrestar la descompresión del aire cuando abra la escotilla. Esbozo una mezcla de sonrisa y mueca mientras imagino las mil formas diferentes de llamarme idiota que se le ocurrirían a Amy si me viera en este momento.

Ya no hay marcha atrás. Inspiro. Espiro.

Amy, no sabes cuánto lo siento, pienso, y estampo el puño contra el botón de «Apertura escotilla».

Los paneles se deslizan y, aunque ya lo esperaba, me sorprende la violencia con la que salgo despedido. Me precipito dando tumbos por el interior del tubo, incapaz de situarme o de reaccionar, rogando para mis adentros que la descompresión no lo arranque de cuajo. Algo me golpea la cabeza: en el interior del conducto hay lazadas de cuerda sujetas a intervalos regulares. Mi cerebro no sabe cómo interpretar la situación: me siento mareado y revuelto, como si cayera desde una altura infinita. Veo que el tubo ondea y se arruga, que las cuerdas lo azotan, pero no oigo ningún sonido. Mi mente chilla que algo va mal, que todo va terriblemente mal.

La boca abierta del tubo se precipita hacia mí. Frexo... ¡Frexo! La descompresión ha sido mucho más rápida y potente de lo que suponía, y el tubo se ha convertido en una especie de túnel de viento por el que escapa el aire como si saliera de un globo. Me retuerzo para darme la vuelta, y el aire que sale de las bombonas me frena lo suficiente para permitirme agarrar una de las cuerdas...

Tengo el cuerpo entumecido. Las manos no me responden. La cuerda resbala entre mis dedos y se me escapa.

Manoteo en un intento desesperado de agarrar otra.

Mil pulmones piden oxígeno a gritos.

Tengo frío. Noto la boca seca y la visión cada vez más borrosa.

Estiro el brazo hacia una cuerda que pasa a mi lado.

No.

Me duelen los hombros como si un gigante tirara de mí para descuartizarme.

Con un último esfuerzo, me estiro para girar sobre mí mismo y dar la vuelta. Ahora, las bombonas me ayudan a avanzar hasta la última lazada de cuerda. Estiro el brazo para meterlo dentro y luego empujo el armazón metálico que hay en el extremo del tubo. Lo veo todo borroso, rojizo.

Pero ya estoy casi en la escotilla.

Me enderezo hasta que mis pies —y las bombonas— apuntan hacia abajo. El armazón metálico se mueve a la derecha. La escotilla... ya casi... Siento que me estoy partiendo por la mitad, pero no quiero rendirme.

Cuando los imanes del tubo se pegan a la pared de la nave, no llego a oír el chasquido. Lógico: los sonidos no se transmiten si no hay aire.

No hay aire.

Tampoco para mí.



Solo nos queda esperar, así que eso es lo que hacemos.

Mi padre ordena a sus hombres que repartan un cubo de agua por edificio y que adviertan a la gente de que ir a las letrinas puede ser peligroso. A mediodía se acaban las provisiones que teníamos en el poblado. Ya no nos queda más comida: el resto estaba guardado en la lanzadera. Creímos que sus muros metálicos protegerían las cosas más valiosas, y ocurrió justo lo contrario. Es un chiste tan malo que, solo de pensarlo, me dan náuseas.

En el primer edificio solo quedamos mi padre y yo. La ausencia de mi madre hace imposible que sintamos este lugar como una casa, así que lo convertimos en nuestra base de operaciones. Todos los soldados acuden aquí para consultar con mi padre o pedirle permiso para descansar tras las patrullas.

La tensión del ambiente es casi insoportable.

Todos esperamos el ataque incierto de un enemigo al que nunca hemos visto, confiando en defendernos con un arma hecha de flores.

Y, a pesar de la expectación, ninguno de nosotros está preparado cuando se enciende el transmisor que mi padre lleva al hombro.

—Los hemos divisado —dice un vigía sobre el crepitar de la estática.

Mi padre se pone en pie de un salto y se abalanza al exterior del edificio, con los prismáticos ya en la mano. Se los lleva a los ojos y escruta el bosque, pero no hace falta ninguna ampliación para distinguir el destello de algo —algo indefinido— que acaba de aparecer entre los árboles.

Ya llegan.

Entrecierro los ojos para verlos mejor. Son verdes de la cabeza a los pies, de un tono tan oscuro que se funde con los árboles. No sabría decir si su piel es así o si llevan algún tipo de camuflaje. Alrededor de su cintura, algo emite reflejos dorados: son escamas como la que Elder me describió. Son altos, pero no más que Elder. En su cabeza lisa y bulbosa hay un solo ojo que reluce cuando lo rozan los rayos de los soles.

—Adentro, Amy —dice mi padre, y luego se lleva el transmisor a la boca para berrear órdenes—: ¡Preparad la mecha! ¡Quiero a todos los tiradores en las azoteas! ¡Ya están aquí!

Entro en el edificio como quiere mi padre, pero en cuanto llego a mi ventana, me subo al alféizar y escapo de un salto. De pronto me vienen a la mente las veces que he hecho esto para estar con Elder. Me detengo un momento. Si él estuviera a mi lado, no tendría el corazón tan atenazado por el miedo.

Me obligo a centrarme en lo que está ocurriendo y rodeo el edificio con sigilo. Desde luego, el día de hoy no lo echaré de menos por mucho que viva.

Me acurruco en un rincón sombrío, entre la pared lateral y la roca de la ladera. Los alienígenas están cada vez más cerca. En el fondo, esperaba que fueran una especie de insectos enormes, que se arrastraran sobre patas de araña o reptaran como serpientes. Pero avanzan sobre dos piernas y empuñan las armas con dos brazos, igual que los humanos.

Si no hubiéramos estado esperándolos, quizá los habríamos pasado por alto; tal vez eso explique por qué nunca hemos llegado a verlos hasta ahora. Su piel se confunde con el entorno: cuando llegan a las hierbas altas del prado que separa el poblado del bosque, se vuelve de un verde mucho más claro.

Avanzan sin prisa, seguros de sí mismos. Deben de ser un par de docenas, treinta a lo sumo; me asombra que no sientan la necesidad de enviar más tropas para acabar con nosotros, que casi somos mil. Pero deben de saber que, de esos mil, solo unos pocos estamos armados, y que no nos queda más que un puñado de balas para nuestras armas.

Y entonces veo un destello, tan rápido que por un momento dudo de mis ojos. La mecha se ha encendido.

Contengo el aliento.

¡Funciona! Una llamarada se levanta en medio de la pradera, y las llamas se extienden veloces por la trinchera. Una nube de humo blanquecino se levanta y se

difumina en el aire, casi invisible.

La trampa está dispuesta.

Los alienígenas se encuentran justo detrás.

Llegan a la cortina de humo.

Y la atraviesan sin dudar ni detenerse.

No les ha hecho nada. Nada.

Los militares que hay repartidos por el poblado empiezan a disparar. Se oyen detonaciones regulares: deben de ser los tiradores a los que mi padre ha ordenado apostarse en las azoteas. Los alienígenas avanzan impertérritos, aunque les están lloviendo balas como para detener a un pelotón. Los miro, boquiabierta e incrédula. No les afectan ni el humo ni las balas. ¿Cómo puede ser?

No tenemos ninguna oportunidad de vencerlos.

Uno de ellos lanza una bola de cristal. Cae en el pavimento de la primera calle y, al explotar, se lleva por delante la mitad del edificio en el que estoy apoyada. Noto cómo la pared se estremece mientras las piedras y el cemento se agrietan, cómo empiezan a caer cascotes. Si estuviera dentro todavía, el derrumbe me habría aplastado.

—¡Fuego! ¡Fuego! —grita mi padre desde la calle.

Se oyen más disparos mientras un objeto amarillo y brillante cruza el aire hacia el poblado: otra bomba solar. Esta cae en uno de los niveles superiores, y pronto estallan los gritos de la gente que hay en los edificios cercanos.

—¡Subid por la colina! ¡Alejaos de la primera línea! —ordena mi padre.

Decido desobedecerle.

Desde donde estoy se ve el arranque del sendero que tomamos Elder y yo para ir al complejo la primera vez. Está despejado: el combate se desarrolla en las calles centrales del poblado, y nadie está atento a lo que ocurre por allí. Podría escabullirme por detrás de las letrinas y luego torcer cerca del lago...

Si logro llegar al complejo, tal vez Elder pueda contarme lo que ha averiguado.

Y si no consigo hablar con él, quizá pueda activar la bomba del FREX.

Respiro hondo.

Tendría que correr como nunca lo he hecho.

Oigo otra explosión, ahora a mi espalda. Los alienígenas casi han llegado al límite del poblado, y no paran de lanzar bombas.

Trato de convencerme de que puedo hacerlo. Siempre me ha gustado correr. Si me lo propongo, soy capaz de escapar corriendo de todo un ejército de alienígenas.

Arranco de un salto.



Me despierto y veo que cuatro tanques de oxígeno me apuntan a la cara. Los chorros de aire me remueven el pelo.

—Treinta y siete —dice Bartie, que me mira desde arriba.

Parpadeo.

—Frexo, Elder, tienes los ojos completamente rojos.

—Se le han roto algunos vasos sanguíneos del globo ocular —explica una voz conocida que no acabo de situar—. Eso le ha producido una hemorragia subconjuntival.

Todo mi cuerpo se tensa y mis hombros chillan una protesta. Suelto un gemido y trato de relajarme.

Doc se inclina sobre mí, con el ceño arrugado por la preocupación. Saca un mediparche y me lo pega al brazo. Lo miro de reajo y veo que ya tengo varios parches más en la misma zona.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz rasposa.

—Conté hasta treinta, como dijiste, pero no dabas señales de vida —responde Bartie.

—¿Y entonces...?

—Entonces seguí contando, con la oreja pegada a la escotilla. Al llegar a treinta y siete, oí algo que la golpeaba por fuera.

—¿Y la abriste?

—¡Estaba frexado de miedo, no creas! Pero pensé que siempre podía volver a cerrarla en caso de necesidad y...

Cierro los ojos: la luz me hace daño.

Los tanques de oxígeno sueltan una última ráfaga sibilante y se quedan en silencio. Inspiro hondo imaginando que ese último soplo de oxígeno me llena los pulmones, el cuerpo entero.

—Los efectos de tu pequeña aventura desaparecerán en unos días —dice Doc—. No has entrado en parada cardiorrespiratoria y, aunque la descompresión te ha afectado, tu estado es sorprendentemente bueno para haber cometido la estupidez de saltar al espacio a pelo.

Abro un poco los párpados, pero no miro a Doc sino a Bartie.

—No me lo puedo creer. Ha funcionado...

Él me observa con una sonrisa de oreja a oreja. De pronto veo en él a mi viejo amigo, el que conocí cuando solo tenía trece años y ninguno de los dos sospechaba que existía un mundo más allá de la nave.

—Ha funcionado... —repito.

Me incorporo con esfuerzo hasta sentarme. Los hombros me palpitan de dolor, cualquier roce me hace daño, las articulaciones me matan. Me arriesgo a abrir los ojos del todo y veo que estoy en el fondo de la depresión que era antes el estanque. La escotilla está abierta de par en par. Me levanto, ayudado por Bartie, y me asomo con cautela a la abertura negra. El tubo de la lanzadera está firmemente anclado a la pared exterior de la nave.

—Increíble —suspiro volviéndome hacia Bartie.

Él hace una mueca.

—No veas el miedo que dan tus ojos —dice, y luego vuelve a sonreír, tan emocionado como yo—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso, Elder? ¡Estás loco!

Salimos a paso lento del estanque. Miro a mi alrededor: la nave es al mismo tiempo mucho más grande y mucho más pequeña de lo que recordaba. Todo está igual pero parece distinto, de algún modo. Es como si entrara en mi cuarto y lo encontrara todo donde lo coloqué antes de salir y, aun así, supiera que alguien ha estado fisgando entre mis cosas.

—Vamos al hospital —propone Doc—. Allí tengo un colirio que te vendrá bien.

—Tengo mucha sed... —digo.

Doy otro paso y trastabillo. Bartie me agarra del codo para evitar que me caiga; querría decirle que me deje, que puedo caminar yo solo, pero no estoy seguro de que sea verdad.

Al llegar al hospital, Doc me pone una vía para inyectarme suero salino a pesar de mis protestas, y añade varios medicamentos al líquido. Luego me ofrece un espejo pequeño para que pueda verme la cara. Estoy lleno de magulladuras, y aquí y allá se ve un arbolillo de capilares reventados. El blanco de mis ojos no es blanco sino rojo, como si los tuviera rellenos de sangre; no me extraña que Bartie esté tan obsesionado con ellos. Doc me pide que eche la cabeza atrás y me echa dos gotas de un líquido espeso en cada ojo; pica mucho al caer, pero él me asegura que eso es bueno.

—Ya no te necesitamos —le espeta Bartie a Doc cuando acaba de atenderme.

Él abre la boca como si quisiera protestar, pero se calla al ver la dureza en la expresión de Bartie. Claro, lo había olvidado: Bartie es responsable de juzgarle y castigarle por los crímenes que cometió justo antes de que nos marcháramos de la nave.

Con ademán resignado, Doc se quita el estetoscopio y lo deja bien colocado sobre una mesa. Ordena los botes de medicinas que hay en la mesilla, comprueba mi gotero, se despide de mí con un movimiento de cabeza y sale de la habitación. En cuanto pone el pie en el pasillo, aparecen tras él dos alimentadores —los conozco: trabajaban como carniceros antes de la revolución de Bartie— y lo escoltan hacia... hacia donde lo tengan encerrado, supongo.

Me pregunto si esa será ahora la vida de Doc, si se pasará los días encerrado hasta que se le presente alguna oportunidad de ejercer su profesión. ¿Tendrá algún aprendiz? ¿Y qué pasará cuando el aprendiz domine el oficio y convierta a Doc en prescindible?

Pensar en eso me recuerda a Kit y la forma en que murió.

Me trago mis preguntas acerca de Doc y su castigo: eso carece de importancia, comparado con lo que me ha traído hasta aquí.

Bartie arrastra una silla y se sienta a mi lado.

—¿Cómo pudiste enterarte? —pregunta.

—¿De qué?

—De que el motor está fallando y no podemos sobrevivir en la *Fortuna*.

Lo dice en un tono tan directo y honesto que me doy cuenta de que ya lo ha aceptado.

—Ya sabía yo que no podrías arreglártelas sin mí —digo con una sonrisa pícara.

Bartie suelta una risita que se apaga rápidamente: esto no es un tema del que podamos hablar a la ligera.

—Fue por culpa de Doc —explica—. Cuando voló el puente... En fin, el motor quedó dañado por la explosión. Y si no llegas a venir...

La voz de Bartie se apaga y en su rostro aparece una expresión de derrota que conozco demasiado bien.

—La lanzadera en la que he venido es grande. Caben quinientas personas en las cajas del pasaje, y el resto puede meterse en la bodega. No quedará mucho sitio para llevar otras cosas, y el poco que haya tendremos que destinarlo a almacenar comida: allí abajo nos hemos quedado sin provisiones por una explosión —vacilo un momento—. Bartie, hay algo que tengo que decirte. ¿Recuerdas los monstruos de los que hablaba Orion? Son reales y muy muy peligrosos. Antes de llegar aquí, liberé entre las estrellas a casi quinientos muertos de los nuestros.

—Si tengo que elegir entre morir aquí o morir allí —repone sin mirarme—, creo que prefiero bajar y ver ese mundo primero.

—No siempre has pensado así —replico en tono ácido.

Bartie no se inmuta.

—Eso era antes de saber que la nave duraría tan poco.

Le resumo todo lo que sé, desde las últimas palabras de Orion hasta los ataques de los alienígenas, notando cómo el suero y las medicinas me devuelven las fuerzas. Le cuento cómo explotó la lanzadera, cómo murieron tantos de los nuestros envenenados con fidus... Al cabo de un rato estoy lo bastante fuerte para levantarme, y seguimos hablando mientras salimos al jardín del hospital. Me extraña ver tan poca gente por los alrededores, pero Bartie me explica que casi todos prefieren quedarse en la zona de la ciudad. La escotilla de lo que fue el estanque les trae demasiados recuerdos oscuros: nadie quiere recordar la opción que eligió, los amigos que dejó atrás.

Nos detenemos ante la estatua del primer Eldest y la miramos en silencio durante un rato.

—Así que todo empieza y termina aquí —murmura Bartie.

Recuerdo muy bien la forma en que yo imaginaba al Eldest primigenio: como un modelo en el que debía inspirarme, un ideal que nunca podría alcanzar del todo. Más tarde descubrí que estábamos hechos de lo mismo, pero que nuestro ADN no nos convertía automáticamente en los líderes que necesitaba nuestra nave.

Nada de eso importa ya: su estatua está hecha de simple cemento, no de ADN clonado ni de promesas rotas. Sus facciones se han desgastado con los años, y en sus mejillas hay surcos que parecen lágrimas.

—Él lo sabía —le digo a Bartie—. El primer Eldest sabía lo que hay en el planeta. Estoy seguro de que es el rey al que se refiere la última pista, y al rompecabezas de Orion solo le falta la pieza de los alienígenas: cómo son, qué quieren, cómo defendernos de ellos...

Él me lanza una mirada de extrañeza.

—¿Todo eso ponía en un dibujo pintarrajeado que encontraste en un libro para niños?

Me encojo de hombros.

—No sabes cómo jugó Orion con nosotros. Para él, todo esto no era más que un juego.

—Y este... En fin, eso que Orion ha escondido, ¿va revelarnos cómo derrotar a los alienígenas? —pregunta Bartie en tono escéptico, aunque no sé si sus dudas se refieren a la pista en sí o a la existencia de los alienígenas.

Suspiro y levanto la mirada otra vez hacia la cara de la estatua. No sé qué contestarle: puede que la última pista de Orion nos diga lo que necesitamos saber, y también puede que no lo haga. Me gustaría poderse lo preguntar al propio Orion, pero ya es tarde para eso.

—En fin, veo que allá abajo no tenéis muchas posibilidades de sobrevivir —dice Bartie inclinándose hacia mí—. ¿Pero sabes qué? Creo que aquí arriba aún hay menos —señala la estatua del primer Eldest—. ¿Qué dirías que hay dentro?

—Ni idea. Una grabación, un libro... Aunque no descarto encontrar una nueva pista que nos lleve a otra «madriguera de conejo», como dice Amy.

Le miro con una sonrisa que en realidad está destinada a Amy, aunque no pueda verme.

—Sea como sea —remacho—, vamos a verlo.



Corro con todas mis fuerzas hacia el prado, bajo una lluvia de tierra levantada por las explosiones. Me cubro la cabeza con los brazos y me concentro en mover las piernas, conteniendo el aliento cuando creo que el humo sopla en dirección a mí. Confío en poder descansar un momento detrás de las letrinas antes de echar otra carrera hasta el lago; luego, a varios cientos de metros, tendré que torcer hacia el bosque y rodearlo hasta el complejo. Si llego allí y logro meterme en la unidad de comunicación, estaré a salvo: el escáner biométrico está diseñado para impedir la entrada de estos seres.

Me refugio detrás de las letrinas y pienso en el ventanal de la unidad: espero que esté hecho de algo más resistente que el cristal. Si no es así, no va a costarles mucho entrar, a pesar del escáner. Sacudo la cabeza; no quiero dar vueltas a estas cosas. Voy a llegar a la unidad de comunicación, voy a hablar con Elder y voy a hallar alguna manera de detener a los alienígenas. No quiero plantearme otra opción.

Doy unos saltitos para relajar los músculos antes de echar a correr hacia el lago. Cuando estoy a punto de salir disparada, alguien me agarra del brazo. Abro la boca para chillar, pero una mano me lo impide.

—¡Soy yo!

Me debato hasta liberarme, giro sobre mis talones y descubro los ojos casi transparentes de Chris.

—¿Se puede saber qué haces? —jadeo, pegándome un poco más a la pared del barracón para quedar oculta por las sombras.

Él se lleva el dedo a la boca para pedirme silencio y mira en derredor. Con el estruendo de la batalla, dudo mucho que nadie pueda oírnos, pero aun así le hago caso y bajo la voz.

—Quiero ir al complejo —le explico.

—Buena idea. Voy contigo.

Niego con la cabeza: si he podido llegar hasta las letrinas sin que me detecten es porque están muy cerca del poblado y, además, los alienígenas estaban en pleno ataque. Pero el trayecto de aquí al lago es mucho más largo y despejado, y dos personas resultaríamos mucho más visibles.

Entonces Chris levanta su arma y veo que es un fusil de precisión. Miro mi treinta y ocho. Si las cosas se ponen feas, prefiero tener un fusil al lado.

Echamos a correr al mismo tiempo hacia el lago. Yo vuelvo la cabeza a cada poco para ver si nos sigue alguien, pero el poblado sigue en plena refriega y nadie parece advertir nuestra huida. Una columna de humo espeso se eleva desde los dos primeros edificios. Al verla se me cae el alma a los pies: los alienígenas han traspasado todas nuestras líneas de defensa. Se ve un grupo de gente que sube la colina, protegidos por una barrera de soldados que los cubren desde abajo. No tardarán mucho en caer prisioneros... o muertos.

—¿Vas bien? —me pregunta Chris cuando llegamos al lago, aún en voz baja.

Asiento sin decir nada: no hay tiempo de descansar.

Nunca había corrido tan deprisa. Avanzo sin método, sin medir mis fuerzas; simplemente, corro hasta llegar al asfalto del complejo.

De mi cuerpo caen gruesas gotas de sudor que dibujan círculos oscuros sobre el asfalto. Me agacho, apoyo las manos en las rodillas y trato de recuperar el aliento.

Chris me espera junto a la puerta de la unidad de comunicación.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—En primer lugar, quiero averiguar qué ha descubierto Elder —digo sin pensármelo dos veces.

Si ha desentrañado el acertijo de Orion, tal vez pueda darme la información que necesito para detener a los alienígenas. Pero lo haya logrado o no, quiero volver a oír su voz.

—¿Y después?

—Después activaré la bomba si es necesario.

Trago saliva para suavizar mi garganta reseca. Preferiría no ser responsable de una masacre, aunque las víctimas sean una especie alienígena que nos quiere exterminar. Pero no puedo permitirles matar a mi padre y a mis compañeros si puedo evitarlo, y

más cuando ya han matado a mi madre.

Poso el dedo en el escáner biométrico y Chris me sigue al interior de la sala, con el fusil aún en posición. Yo enfundo mi pistola y voy directa al panel de control.

El sudor me empapa la ropa y me pega el pelo a la frente. El ambiente está cargado y pegajoso. Me despego la camiseta del pecho y me abanico con la tela para tratar de refrescarme.

—No tengo ni idea de cómo funciona esto —digo, con la vista clavada en la consola.

Chris avanza hasta llegar a mi altura.

—No es tan complicado —dice—. Para programar la lanzadera solo tuve que entrar aquí. Si conecto esta frecuencia... —presiona un interruptor y un zumbido resuena en la sala. Luego pulsa otro botón, y el zumbido es sustituido por una serie de pitidos—. Ya está: creo que he contactado con la lanzadera. Si Elder está ahí, contestará a la llamada en unos segundos.

Observo el panel de mandos.

—¿Cómo se activará la bomba? —pregunto.

Chris vuelve la cara hacia mí; en sus ojos extrañamente brillantes hay una expresión que no llego a entender.

—No creo que sea seguro detonarla —dice—. Aún no sabemos nada de ella.

Cierro los puños. Acabo de recordar a mi padre gritando órdenes al principio del ataque; después de la primera explosión, no volví a oír su voz. ¿Estará tirado en el suelo de piedra amarillenta, agonizando mientras un alienígena lo observa con aire triunfal?

—¿Qué eran esos seres? —murmuro.

—A mí me parecieron humanoides —responde Chris—. Tal vez no sean tan distintos a nosotros.

—Mejor: cuanto más parecidos seamos, más fácil nos resultará matarlos.



Bartie eleva la mirada hacia los rasgos suavizados por el tiempo del primer Eldest.

—Qué, ¿voy a por un par de martillos y cinceles? —pregunta con sarcasmo.

—Huy, no. Creo que habrá que tomar medidas más drásticas —respondo, buscando con los ojos algo que hay más allá de la estatua.

Se me acaba de ocurrir un plan estupendo; tanto, que a duras penas logro esconder mi entusiasmo. Bartie sigue mi mirada hasta descubrir el tubo gravitatorio que asciende por la pared de la nave y se vuelve hacia mí, boquiabierto.

—¿Piensas tirarla desde el tubo para destrozarla?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Él se echa a reír.

—¡Es una idea del frexo!

Los dos unimos fuerzas durante más de media hora para derribar la efigie y cargarla en un carro electromagnético. Tras afanarnos con palanquetas y cuñas, nos subimos al pedestal y empujamos con todas nuestras fuerzas hasta que la estatua se inclina y cae en el carro con un estruendo sordo. Bartie baja de un salto e inspecciona nuestra obra.

—¡Se ha roto un brazo! —exclama, recogéndolo del suelo para saludarme con él—. Mira: Eldest está hueco.

Es verdad: donde estaba el brazo hay ahora un agujerito sin fondo visible. Intento meter los dedos en él, pero es demasiado pequeño. La capa de cemento es muy gruesa; sin herramientas adecuadas, es imposible romperla.

—Ay, por las estrellas... Vamos a tener que estamparla contra el suelo, al fin y al cabo —dice Bartie con pena fingida.

—Es una pena, pero no hay más remedio —contesto.

—¡Pero es que sería destruir una obra de arte!

Asiento con seriedad.

—En momentos como este, Bartie, debemos estar dispuestos a hacer grandes sacrificios.

Él sonríe de oreja a oreja, incapaz de seguir con la broma.

—¿A qué esperamos? —exclama.

Recorremos al trote el camino que lleva del hospital al archivo, empujando el carro como podemos. A medio camino se me ocurre pensar que, esta vez, cuando me vaya de la *Fortuna* sí que será para siempre, y eso me estropea un poco la diversión. No sabría calcular cuántas veces he paseado por este sendero acompañado de Harley y Kayleigh. Recuerdo las carreras que echaba por aquí con Bartie y Victria, el primer beso que le di a Amy junto al estanque, mientras la «lluvia» nos empapaba...

Voy a echar todo eso de menos. Cuando me marché de la *Fortuna*, creí que me había despedido de ella. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que siempre conté con tenerla ahí arriba. Sabía que cuando mirara a las estrellas la vería, como un recordatorio del único hogar que conocí durante tantos años. Cuando le diga adiós esta vez, será definitivo.

Bartie y yo le damos un último empujón al carro para situarlo debajo del tubo. Tras fijarlo al suelo para que la succión no lo atrape, Bartie ordena al intercom que eleve unos metros a su «pasajero». El mecanismo se pone en marcha, y la estatua sube unos metros y se queda suspendida. Retiramos el carro de debajo.

—¿Quieres hacer los honores? —me pregunta Bartie, aún más sonriente que antes.

—Será un placer.

Presiono mi intercom y su familiar pitido resuena en mi oído. Es curioso: llevo días echándolo de menos, y ahora que lo oigo me resulta extraño.

—Activar tubo gravitatorio. Transporte de material inerte a nivel de navegación —digo.

La succión del tubo aumenta y la estatua se eleva con rapidez.

—Será mejor que retrocedamos —indica Bartie—. Cuando aterrice, los pedazos van

a salir disparados.

Miro hacia arriba: la efigie se eleva más y más, rozando las paredes transparentes del tubo cada vez que este se curva para seguir los contornos de la nave.

Vuelvo a apretar mi intercom.

—Desconectar tubo de gravedad.

—Advertencia: hay un cuerpo en el tubo gravitacional —protesta el ordenador—. Para proseguir es necesaria orden de anulación de Eldest.

—Anulación confirmada —digo con una sonrisa de satisfacción—. Desconectar tubo de gravedad.

El rumor que produce el roce del aire se interrumpe de pronto, y Bartie y yo miramos hacia arriba. La efigie parece flotar durante un instante y luego se desploma siguiendo los recovecos del tubo; de vez en cuando se oye un ruido áspero cuando el cemento roza las paredes de plástico y las desgarras. Al llegar al último tramo, la estatua cae en vertical, y su velocidad aumenta hasta que solo distinguimos un borrón blanquecino.

¡BUM! La mole de cemento choca contra la plataforma y explota, literalmente. Una nube de polvo nos envuelve, y Bartie y yo nos agachamos detrás del carro para protegernos de los cascotes que caen por todas partes. Sin esperar a que el polvo se pose, me pongo en pie de un salto y me acerco a los escombros.

Entre los fragmentos de cemento y las astillas de plástico del tubo distingo una caja plateada. Meto la mano y la agarro.

—¿Qué es? —pregunta Bartie, jadeante por la emoción.

Abro el cerrojo y levanto la tapa, que se abre con un crujido.

Contiene una pantalla de vídeo de uso específico, como las que se usaban antes de inventar los flexibles. Tiene el tamaño de mis dos manos estiradas y unos tres centímetros de grosor. Bajo ella hay una tarjeta de memoria y un libro pequeño encuadernado en cuero marrón, con las páginas amarillentas por la edad. Lo hojeo y veo que contiene una especie de fórmula y lo que parecen anotaciones científicas.

—Hacía años que no veía una de estas —comenta Bartie agarrando la pantalla—. Creo que aún quedan algunas en el archivo.

Tiene razón: esta tecnología no se usa desde hace mucho, quizá desde la época del

primer Eldest.

La tarjeta de memoria tiene pegado un papel con algo escrito en tinta negra:

Grabaciones recopiladas por el capitán Albert Davis, primer Eldest de la Fortuna, en la época previa al establecimiento de su sistema de gobierno. Se entrega una copia de esta tarjeta al siguiente Eldest para que este la transmita a sus sucesores.

Orion debía de saber dos cosas cuando nos dejó la pista oculta en *El principito*: que la copia que tenía que haberse transmitido de un Eldest a otro había desaparecido, y que esta se guardaba aquí. Una información más que mi Eldest evitó transmitirme... Supongo que el Eldest primigenio guardó aquí esta copia pensando que, si la gente se rebelaba contra el sistema y destruía su estatua, podrían encontrar la verdad oculta bajo su corazón de cemento.

Pego la tarjeta a la pantalla y me la pongo en el regazo para que Bartie pueda verla.

La cara de un hombre aparece en primer plano: es muy parecido a mí, pero más ajado por la edad y las preocupaciones. Debe de ser mayor que Orion pero más joven que mi Eldest, y una cicatriz en la mejilla le dibuja una mueca perpetua de amargura. Su pelo, corto y ya escaso, está entreverado de canas. Ninguna de esas diferencias puede disimular lo mucho que nos asemejamos.

Es el Eldest primigenio, el que creó el sistema. El original del que Orion, mi Eldest y yo no somos más que copias. Tal vez los científicos nos «mejoraran» con el tiempo, modificando nuestros genes para hacernos más resistentes, fuertes y carismáticos, pero aún puedo verme en él.

—Me temo —dice con una voz más profunda que la mía— que este es el final.



—¿... my? —dice la voz de Elder por los altavoces, abriéndose paso entre un rumor crepitante.

Chris y yo nos abalanzamos sobre el micrófono de la emisora.

—Elder, ¿eres tú? —balbuceo.

—¿Amy?

—¡Sí, soy yo! —exclamo, conteniendo un grito de alegría—. ¡Estás vivo, Elder! No sabes lo preocupada que estaba por ti...

Su risa suena muy lejana, pero es inconfundible.

—Pues claro que estoy vivo. ¿Por qué no iba a estarlo?

Vacilo, sin saber qué contestar: ni siquiera soy capaz de expresar mis miedos en palabras coherentes.

—Amy, tengo que decirte... —Elder se queda en silencio y por un instante creo que la comunicación se ha interrumpido—. Encontré la última pista.

Pestañeo, sorprendida por lo poco que parece alegrarle la noticia.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Y no... no creo que vaya a gustarte lo que he averiguado.

—¿Por qué? Dime qué es, Elder.

Tengo la boca tan pegada al micrófono que casi puedo saborear el metal que lo recubre. La cabeza de Chris asoma sobre mi hombro y doy un respingo: estaba tan concentrada en hablar con Elder que me había olvidado de su presencia.

—Creo que te lo puedo mostrar —dice Elder—. Espera un segundo.

—Supongo que quiere enseñarnos alguna grabación —murmura Chris mientras toca la pantalla y elige una de las opciones de un menú—. Tal vez pueda ayudarle a cargarla desde aquí.

—Elder, ¿estás bien? —pregunto.

—Sí, sí —contesta con voz ausente—. ¿Por qué? ¿Estáis bien vosotros?

Miro a Chris de reojo y él niega con la cabeza. Tiene razón: es mejor no hablarle a Elder del ataque. Al fin y al cabo, no puede hacer nada por ayudarnos. Más allá de Chris, el ventanal muestra la masa verde del bosque y una enorme columna de humo al fondo. Es demasiado espesa para ser nuestra trampa de flores; algo grande está ardiendo en el poblado.

—Listo —murmura Chris dando un último toque a la pantalla.

—¿Se ha cargado la grabación? —pregunta Elder.

—Sí —contesto.

—Os dejo viéndola; yo tengo que ayudar a Bartie a preparar el viaje. Vamos a evacuar la nave, y llevaremos comida y equipamiento para sacar a todo el mundo de apuros durante una temporada.

Mis ojos vuelven a posarse en la columna de humo. Cuando lleguen, no sé si quedará nadie que pueda aprovechar las provisiones.

El sonido se corta y Chris se hace a un lado para dejarme libre el asiento que hay frente a la pantalla. Recoge su fusil del suelo, lanza una mirada nerviosa al ventanal y se sitúa detrás de mí.

Un primer plano de un hombre aparece en la pantalla.

—Ese debe de ser el primer Eldest —susurro, y me vuelvo para mirar a Chris—. Fue el último capitán de la *Fortuna*, el que decidió no aterrizar cuando la nave llegó al planeta.

—Me temo que este es el final —dice el hombre, y me inclino hacia delante para no perderme ni una de sus palabras—. Me llamo Albert Davis y soy el capitán de la nave *Fortuna*. Durante mi mandato sucedieron acontecimientos de suma importancia que pasaré a mostrar.

La imagen cambia a una panorámica del puente. La cámara recorre toda la sala, temblando ligeramente, antes de quedarse fija. Cuando esto se grabó, los tripulantes de la *Fortuna* aún no eran monoétnicos, y la gente que abarrotaba el puente es de diferentes razas... y religiones, a juzgar por la estrella de David que pende del cuello de una chica. Me llevo la mano a la cruz que cuelga bajo mi camiseta y esbozo una sonrisa triste: me gusta saber que la *Fortuna* no siempre fue la pesadilla que yo conocí.

Todos los tripulantes hablan entre sí, pero no distingo lo que dicen. Parecen excitados o inquietos. La cámara se eleva ligeramente; ahora, en la parte superior de la imagen puede verse la cristalera del puente, con la esfera azul, verde y blanca de Tierra Centauri recortada sobre el espacio oscuro.

—¡Ahí está! —grita una mujer, y al cabo de un momento veo a qué se refiere: una lanzadera plateada y curvilínea se acerca cada vez más a la *Fortuna*.

La imagen se funde a negro, y contengo un grito de sorpresa al ver la escotilla en la que Harley se suicidó.

La cámara está pegada a la ventana redonda que hay en la puerta exterior de la sala. Al otro lado, la escotilla se abre como una boca.

—Algunos antecedentes —dice con cierta amargura el capitán Albert Davis desde detrás de la cámara—. Veintiséis años antes de la fecha estimada de aterrizaje, enviamos una sonda a Tierra Centauri. Nuestra intención era obtener datos sobre el entorno del planeta para adaptar las investigaciones de nuestros científicos a nuestras necesidades futuras. Sin embargo, cuando la información de la sonda llegó a Tierra Solar, los responsables del FREX se dieron cuenta de que el planeta era rico en recursos muy valiosos. Para entonces, los viajes espaciales habían avanzado y eran incomparablemente más rápidos. El FREX montó otra expedición, que llegó antes que la nuestra y estableció una colonia.

Un objeto metálico aparece en la parte superior de la escotilla abierta. No son las placas de cierre, sino un tubo que se fija en el costado de la nave: un conducto entre la *Fortuna* y la lanzadera que hemos visto acercarse en la escena anterior.

El capitán Davis suelta una carcajada amarga.

—Nuestra misión original ya no tenía sentido, y ahora el FREX tenía que decidir qué hacer con nosotros.

Una mujer alta y delgada, con el pelo oscuro y pómulos afilados como navajas, aparece en el conducto y entra en la nave. Se detiene y se ajusta la falda de su

incongruente traje de ejecutiva. El capitán aparta la cámara, la monta en un soporte que hay en la pared del pasillo y se acerca al panel para comprobar la presión de la sala. Tras asegurarse de que no hay peligro, abre la puerta. La mujer echa a andar con una sonrisa, y tras ella aparece una fila de hombres con cajas. El capitán, con el ceño fruncido, examina el cargamento.

—Preferiría que no grabara nuestras conversaciones —indica la mujer, y aunque su tono es amable, se entiende perfectamente que no es una petición, sino una orden.

La pantalla se oscurece durante unos segundos y luego se restablece la imagen. Ahora la escena transcurre en la gran sala del nivel de navegación: la cámara está montada en un punto alto de la pared, y me doy cuenta de que la recién llegada no es consciente de su presencia. En las paredes se ven varias cartas de navegación iluminadas. El capitán y la mujer se sientan a ambos extremos de una mesa grande situada en el centro.

—La colonia original nos causó algunos... problemas —dice la mujer.

—¿De qué tipo? —pregunta el capitán, inclinándose hacia ella.

Aunque su actitud desprende autoridad, está claro que la mujer le intimida. Distingo un destello plateado en la solapa del traje de ella: una insignia que figura un águila con alas dobles. Es una representante del FREX.

—El cristal solar que se da en este planeta es una fuente de energía limpia y prácticamente inagotable —contesta la mujer—. Esto ha revolucionado la producción y el consumo energético de la Tierra, convirtiéndose en la respuesta que llevábamos esperando tantos años desde el agotamiento de los combustibles fósiles.

El capitán asiente con expresión seria, aunque la mujer todavía no ha contestado a su pregunta.

—El problema —prosigue la representante del FREX con un suspiro dramático— es que la colonia original limita los materiales que nos envía. Si queremos disfrutar de todas las posibilidades de esta energía tan valiosa, necesitamos que las remesas aumenten considerablemente.

—¿Para obtener más energía limpia... o para fabricar más armas?

La mujer entrecierra los ojos, pero enseguida suelta una carcajada y agita la mano para quitar hierro a la pregunta del capitán.

—Sé que se opone a nuestra actual política empresarial, capitán Davis. Sin embargo,

puedo asegurarle que su tripulación no se verá obligada a producir armas: solo cubos solares, como hemos establecido en nuestras conversaciones previas.

El capitán la observa con recelo, pero se queda callado.

—Como ya le he comentado, el problema es el ritmo de producción. Los primeros colonos se han visto afectados por la radiación solar, y lo mismo ocurrirá con su tripulación cuando aterricen. La combinación de los dos soles produce una radiación excesiva, que resulta muy perjudicial para la salud desde el primer minuto de exposición.

Aprieto las mandíbulas al oír esa mentira descarada. Nosotros llevamos casi una semana en Tierra Centauri y nadie ha enfermado por la luz de los soles.

La mujer llama con un gesto a alguien que está fuera de plano. Pronto aparecen en pantalla varios de los hombres que entraron con ella en la nave, aún acarreando sus cajas. Uno abre la suya y le ofrece a la mujer una jeringa rellena de un líquido amarillo brillante.

—Esto es una vacuna de modificación genética. Ha oído hablar de este tipo de avances, ¿verdad? —dice la mujer, y el capitán asiente.

—Nuestras razas de ganado han sido modificadas genéticamente para adaptarlas mejor a las condiciones de vida en la biocúpula de la nave —responde—, y hemos aplicado la tecnología a algunas de nuestras semillas.

La mujer sonríe.

—Esta tecnología nos ha ayudado enormemente a resolver el problema de los primeros colonos. Hemos imbricado una vacuna contra la radiación solar en un compuesto MG; ahora, solo nos hace falta inocularlo...

Se inclina para agarrar el brazo del capitán y él lo aparta con un movimiento brusco. Ella se echa a reír como si hubiera sido una broma, pero es evidente que desconfían el uno del otro.

—Tras la inoculación, la vacuna se fusiona con el código genético del sujeto asegurando que la inmunidad a la radiación se transmita a todos sus descendientes —explica la representante del FREX—. Imagínese: ¡un pinchazo por persona, y la población quedará protegida para siempre!

El capitán la observa sin decir nada.

—Bien —concluye la mujer—. En estas cajas hay vacunas suficientes para inmunizar a todos los tripulantes de la *Fortuna*. La cuestión queda en sus manos.

Se vuelve hacia sus hombres y les indica que tapen las cajas y salgan. Cuando no queda ninguno, suspira y eleva la mirada hacia el techo metálico que se curva sobre su cabeza.

—Cuando toda su gente esté vacunada, podrá ponerse en contacto conmigo para organizar el desembarco. Imagino que estarán deseando salir de esta antigualla... Resulta un poco claustrofóbica, ¿verdad?

La imagen desaparece con un parpadeo y la pantalla se queda negra.

—¿Qué es esto? —susurro; nada encaja con nuestras suposiciones.

Miro a Chris, que lleva un buen rato sin abrir la boca. Tiene la mandíbula tensa, y sus ojos, siempre brillantes, relampaguean mientras observa la pantalla. Parece furioso.

La pantalla se enciende de nuevo y me vuelvo hacia ella. Ahora, el capitán Davis se encuentra en un laboratorio que parece el del nivel de criopreservación. Frente a él, dos hombres y una mujer con batas blancas rodean a una chica. Tendrá unos quince años; su pelo oscuro y sus ojos ligeramente rasgados se parecen a los del capitán, aunque los de ella son muy claros. Está sentada en un taburete, en medio del laboratorio. A su espalda asoma la bomba de fidus, conectada a un bidón en el que pone «Vitaminas y suplementos minerales». Los cilindros llenos de embriones se alinean junto a las paredes, tal como yo los he conocido; el que contiene los clones de Eldest, sin embargo, aún no existe.

—¿Es reversible? —pregunta el capitán a uno de los científicos.

Este niega con la cabeza.

—Por lo que hemos podido comprobar, la supuesta vacuna no tiene más efectos que convertir al paciente en una máquina de obedecer —dice, sosteniendo en alto una jeringa vacía.

El otro científico meneaba la cabeza en un gesto pesaroso.

—Cuando decidimos probarlo en un sujeto humano, no... no imaginábamos que le afectaría de este modo.

El capitán parece furioso.

—En ese caso, tal vez hubieran debido pensarlo dos veces antes de aceptar a mi hija

como voluntaria —gruñe—. ¿Cómo han podido arriesgarse a probarlo sin más?

Los tres científicos se lanzan una mirada furtiva; parecen asustados de la ira de su capitán. La única que no demuestra emoción alguna es la chica. Su hija.

—Hemos aislado los componentes de la supuesta vacuna —explica la mujer, con voz agudizada por el temor—. Contiene material MG y otra sustancia, una droga que no conocíamos. Cuando entra en el organismo de una persona, la... la deja así.

Los cuatro se vuelven hacia la chica, que continúa mirando el vacío con expresión ausente.

—¿Qué más pueden decirme de esa droga? —masculla el capitán, cada vez más colérico.

—La hemos llamado «fidus». Su ingesta oral y su administración intravenosa hacen que el sujeto entre en un estado transitorio de indiferencia que le hace obedecer cualquier orden. Si se combina con material MG, sin embargo, sus efectos se vuelven permanentes.

—En esto quiere convertirnos el FREX: en trabajadores sin mente propia, en esclavos perfectos —el capitán está tan enfadado que parece escupir las palabras. Por un momento creo que va a golpear a su hija, pero gira sobre sus talones y se aleja de ella a grandes zancadas.

—Tiene sentido —dice la mujer, que parece al borde del llanto—. Tras nuestros contactos con la colonia original, nos quedó claro que el FREX los estaba presionando para que incrementaran la producción de cristal solar destinado a la industria armamentística. Puede que los engañaran disfrazando la droga de vacuna, como han tratado de hacer con nosotros, o tal vez se la inyectaran a la fuerza. En cualquiera de los dos casos...

—En cualquiera de los dos casos, ya es tarde para ellos —los rasgos del capitán se contraen en una mueca—. Y para mi hija también.

—Estamos tratando de sintetizar una sustancia que inhiba los efectos del fidus —interviene uno de los hombres—. Tal vez seamos capaces de hallar una cura...

Al oírlo, el capitán se vuelve hacia su hija y la mira con una expresión esperanzada que se desdibuja enseguida.

—¿De qué nos serviría? —pregunta—. Si aterrizamos y administramos el antídoto a los primeros colonos, el FREX se limitará a inyectarles de nuevo su «vacuna».

Quieren su cristal, sus armas, y harán todo por conseguirlos. No somos suficientes para oponernos a ellos, ni siquiera aunque nos uniéramos a los colonos... y pudiéramos curarlos.

—Pero si el FREX está decidido a controlarnos —plantea la mujer—, ¿qué podemos hacer para evitarlo?

La imagen cambia una vez más. Ahora muestra un grupo de personas que debaten en torno a la mesa de la sala de navegación.

—Ya hemos votado, y la mayoría de los tripulantes quieren aterrizar —dice una joven alta y morena, de aspecto fiero.

A diferencia de sus compañeros, que llevan ropas de colores apagados, ella va vestida de rojo chillón. Un segundo detalle la diferencia de ellos: no parece derrotada.

El capitán Davis estampa el puño en la mesa.

—¿Es que no os dais cuenta del riesgo que corremos? ¿No habéis visto lo que le ha ocurrido a mi hija? ¡El FREX no quiere colonos, sino esclavos! —ruge.

—Podemos plantarles cara... —empieza a decir la mujer morena.

—¿Cómo? No disponemos de armamento comparable al del FREX. Si no logran controlarnos con el fidus, nos enterrarán bajo una lluvia de bombas solares —replica el capitán mirando a la gente reunida.

Todos muestran su asentimiento menos la mujer.

—Entonces, ¿qué propone? ¿Que nos quedemos en la nave para siempre? —pregunta ella en tono incrédulo.

El capitán extiende las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Qué otra opción nos queda?

—Luchar. ¡Incluso contra usted si hace falta, capitán!

—No —replica él—. No lo haréis.

La imagen se desvanece, pero no me importa: ya sé lo que ocurrió a continuación. Puedo verlo tan claramente en mi mente como veo las imágenes de la grabación. El

capitán Davis usó fidus sin material MG para controlar a los que se le oponían y hacerse con el mando de la nave.

Los tripulantes de la *Fortuna* decidieron no aterrizar por miedo al fidus... y acabaron sometidos a él.

Por eso la mente retorcida de Orion imaginó que los tripulantes de la *Fortuna* acabarían convertidos en esclavos o en carne de cañón. Al fin y al cabo, ya había ocurrido.

De pronto, una nueva imagen aparece en la pantalla. Ahora no hay sonido: solo se ve a la chica, la hija del capitán Davis. Parece más atenta y fiera que antes, pero al mismo tiempo se nota que su energía está enterrada bajo una capa de indiferencia. Es como una leona amaestrada. Mira al vacío sin moverse del taburete en el que está sentada. Me pregunto qué sería de ella. ¿Le haría efecto el antídoto del fidus que fabricaron los científicos de la nave?

La cámara se acerca para enfocarle la cara. Sus ojos resplandecen. Son de un color peculiar, un azul casi transparente, y hay algo más que me extraña en ellos. Esos iris...

No es la primera vez que veo unos ojos así.

Chris lleva mucho rato callado. Me doy la vuelta lentamente hacia él.

El cañón de su arma me apunta a la cabeza.



Bartie se detiene justo antes de entrar en el puente de la lanzadera. En su cara hay una expresión extraña, una mezcla de asombro, miedo y esperanza. La *Fortuna* era nuestro hogar: aunque solo fuera una nave espacial, formaba nuestro mundo. Nos proporcionaba aire, sustento y cobijo, como un pequeño planeta desgastado por el uso. La lanzadera, por contraste, es una confusión de brillos metálicos y superficies de un blanco resplandeciente. Bartie y yo desentonamos horriblemente dentro de ella, aún cubiertos del polvo gris que se levantó al caer la estatua.

Sus ojos se posan en la cristalera que hay sobre el panel de mandos. No es la primera vez que divisa las estrellas y el planeta —los vio hace algún tiempo, desde el puente principal de la *Fortuna*—, pero no creo que tuviera esperanzas de volver a verlos. En el resto de la nave no había más cristaleras.

—Casi se me había olvidado... —susurra, y yo le sonrío.

—Espera a ver el cielo desde la superficie del planeta —digo, pensando que Bartie aún no se hace idea de lo que tiene por delante—. Bueno, tenemos que ponernos en marcha cuanto antes.

Bartie lanza una comunicación general a todos los tripulantes de la nave. Les habla de mi llegada a bordo de una nueva lanzadera y les explica que estamos preparando la evacuación. Luego pasa a dar instrucciones concretas: que sacrifiquen al resto del ganado y preparen la carne para transportarla, que solo lleven consigo objetos útiles para la supervivencia...

Lo observo mientras dirige a su gente —porque ahora son su gente, no la mía—. Él se da cuenta de lo que siento y me sonrío.

—No te preocupes, Elder. Sé que cuando aterricemos no puedo volver a las andadas. No pienso socavar tu autoridad en Tierra Centauri; lo único que me preocupa ahora es sobrevivir.

Me encojo de hombros.

—Las cosas ya no son así, Bartie. Cuando los congelados despertaron, resultó que tenían su propio líder: el padre de Amy, de hecho. Y tampoco creas que hemos tenido tiempo para formar una estructura de gobierno. Hemos estado demasiado ocupados procurando que no se muriera nadie, y no hemos tenido mucho éxito ni siquiera en eso.

—Tal vez podamos ayudarlos cuando aterricemos.

—¿Crees que la gente se resistirá a marcharse? —pregunto, recordando las reticencias que levantó la primera expedición.

—No, Elder. Ya no. Les hablé de los parches negros; todos eran conscientes de que nos quedaba poco tiempo de vida. Esta es nuestra única posibilidad y lo saben —suspira, inquieto—. Creo que debería echarles una mano... —murmura, echando a andar hacia la escotilla.

—Yo me quedaré aquí para prepararlo todo.

La lanzadera está diseñada para lo que nos proponemos hacer —transportar pasajeros y carga hasta el complejo—, pero aun así quiero asegurarme de que todo está en orden. No quiero más muertes sobre mi conciencia: las tres bajas del primer aterrizaje fueron más que suficientes.

Estoy a punto de abandonar el puente cuando advierto que la grabación acaba de llegar a su final. Me acerco al aparato para desconectarlo, preguntándome por qué Amy no habrá dicho nada.

Conecto la transmisión de sonido y la voz de Amy resuena en todo el puente, distorsionada por la estática.

—¿Por qué me apuntas con el fusil?

Me quedo helado. Algo va terriblemente mal.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? Al ver el plano final, advertiste que mis ojos son iguales a los de ella —responde una voz de hombre.

Su tono es tan tenso que me lleva un momento reconocer a Chris.

—Nunca quisiste verlo —añade—. Tu padre y tú os negasteis a ver lo que teníais delante de las narices.

—Iris ovalados... —dice Amy lentamente, como si pensara en voz alta—. Sabía que en tus ojos había algo extraño, pero en ningún momento me di cuenta de que...

—De que no eran normales, ¿no es eso? —completa él con amargura.

Trato de recordar los ojos de Chris. La verdad es que nunca lo observé con mucha atención, y aun las veces que lo hice, estaba demasiado preocupado por la forma en que se comportaba con Amy. ¿Tiene los iris ovals igual... igual que la chica a la que inyectaron el compuesto de modificación genética?

—¿Pero cómo puede ser? —pregunta Amy con voz rota por el miedo—. Tú eres militar. Venías congelado en la nave... —su voz baja de volumen hasta apagarse.

Hago un esfuerzo por recordar la lista de militares que me dio Orion. Era tan larga... ¿Habría algún Chris entre los nombres? Ahora que lo pienso, creo que no.

¿Cómo pude pasarlo por alto? ¿Acaso no me enseñó Orion a cuestionarlo todo?

Chris parece leerme el pensamiento.

—Fue fácil —dice en un odioso tono triunfal—. Cuando tu padre salió de la lanzadera por primera vez para ir en busca de la sonda... ¿Te acuerdas? Ese día, se marcharon nueve personas y volvimos diez, yo entre ellos. Yo: un descendiente de la colonia original cuyos genes modificasteis vosotros, los humanos —le espeta a Amy, casi escupiendo la última palabra.

Cierro los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavan en las palmas. Daría cualquier cosa por no estar tan lejos de ella.

—Pero el... el fidus...

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir, Amy? La verdad es que me esperaba más de ti. En cualquier caso, como puedes ver con tus propios ojos, soy uno de los pocos a los que no afecta eso que tú llamas fidus.

—¿Cómo es posible?

—Por un defecto en mis genes. El compuesto que inyectaron a mis antepasados les modificaba la glándula pituitaria y las suprarrenales, sustituyendo su reacción instintiva ante el peligro por una obediencia ciega. Por suerte para mí, mis glándulas suprarrenales funcionan mal y producen un exceso de adrenalina que contrarresta los efectos del fidus. Al cabo de unas cuantas generaciones de esclavos controlados por el fidus, mis antepasados empezaron a mutar.

—¿Hay otros como tú? —pregunta Amy con voz baja y controlada.

Sé lo mucho que le debe de estar costando hablar así, mantener la calma de este modo. Me vienen a la mente los relámpagos que vi durante la tormenta: los truenos eran ruidosos y terroríficos, pero era el silencio de los relámpagos lo que rasgaba la oscuridad del cielo.

De un momento a otro, el relámpago que es Amy estallará.

—Varias docenas —responde Chris, y a pesar de la distancia y el rumor de la estática, noto el desprecio que hay en su voz—. Todos los que el FREX no ha logrado asesinar aún. Esta tarde conociste a unos cuantos. El FREX nos llama «híbridos ilegales», y lleva años tratando de acabar con nosotros.

—¿Por qué? —pregunta Amy, y me extraña que hable con frases tan cortas. Me estremezco: ¿será por la tensión, o le estará haciendo daño?

—¿No lo ves? Esos monstruos que tanto te preocupan, los supuestos alienígenas... somos personas como tú.

Amy se queda callada; supongo que está digiriendo la información. Abro los puños lentamente y los nudillos me crujen. Tengo las manos temblorosas.

—No has contestado a mi pregunta —dice al fin.

—¿Te extraña que el dueño de un esclavo lo castigue si se rebela? Llevamos años saboteando los cargamentos, destruyendo sus equipos siempre que podemos.

La pantalla de mi consola parpadea. Amy no ha llegado a cortar la conexión entre la lanzadera y el complejo; me pregunto si lo habrá hecho a propósito, si sabrá que estoy al otro lado. Sin embargo, prefiero no hablar. Por ahora no hay nada que pueda hacer desde aquí, solo escuchar mientras Amy juega las pocas bazas que tiene.

—Creí que tú eras diferente —susurra Chris, tan suavemente que apenas distingo sus palabras.

—¡Apártate de mí! —le espeta ella casi gritando.

Un sabor metálico estalla en mi boca: sin darme cuenta, me he mordido el labio con tanta fuerza que lo he hecho sangrar. Si a Chris se le ocurre tocarla... Si le hace daño...

En la pantalla aparece un menú que se desliza rápidamente: Chris debe de estarlo manejando desde el otro lado. Se ilumina un letrero: «Grabaciones guardadas.

Cámaras de seguridad del complejo». En la pantalla aparece la fachada de la unidad de comunicación. La imagen cambia y veo cómo Amy y Chris se acercan a la puerta corriendo; debe de ser algo que ya ha pasado, y me pregunto de qué escaparían. Otro cambio: la lanzadera despegue, supongo que conmigo a bordo. Chris debe de estar retrasando las grabaciones para retroceder en el tiempo. Otro: Amy, Chris y yo nos colamos en la unidad, iluminando el camino con el cubo. Otro: Amy y yo llegamos al complejo por primera vez. Luego viene una escena de militares, y otra, y otra más. Y de pronto aparece Chris solo.

Esta vez, la escena no se interrumpe. En esta imagen, Chris no lleva el uniforme militar con el que siempre le he visto, sino un traje de camuflaje que recuerda a una piel escamosa. Se acerca a la puerta de la unidad y presiona el pulgar contra el escáner. En vez de darle acceso, este suelta un pitido amenazador y muestra dos palabras parpadeantes: «Acceso denegado».

El Chris de la pantalla golpea la puerta con el puño, y al mismo tiempo suena un golpe sordo en tiempo real: el Chris de carne y hueso debe de haber golpeado algo duro al mismo tiempo. Por un momento lo veo todo rojo: si le hace daño a Amy...

—¿Por qué no te deja pasar? Tú eres humano —dice Amy, pero noto que le falta convicción.

—Según ellos, no —replica él—. Modificaron nuestros genes. Ahora somos híbridos, unos seres no enteramente humanos.

—¿Por qué? —pregunta ella, y me pregunto si querrá saberlo de verdad o si solo estará tratando de apaciguarle—. ¿Por qué manipuló el FREX vuestros genes? Lo de la radiación solar no era un riesgo real, ¿verdad? ¿Por qué meterse con vuestro código genético, teniendo el fidus? —hace una pausa—. Que conste que odio lo que hace el fidus, pero... ¿por qué no se limitaron a usarlo, en vez de convertirnos en seres diferentes de los humanos?

Me doy cuenta del cuidado con el que elige sus palabras, pero no creo que Chris lo haya apreciado. En vez de decir que el FREX los ha convertido en seres inhumanos o alienígenas, ha utilizado el término «diferentes».

—Querían incrementar nuestro rendimiento como trabajadores, así que mejoraron nuestras capacidades físicas —responde Chris con rabia; debe de haberse acercado al micrófono, porque su voz suena ahora más fuerte—. Pero hay algo más: también querían que dejáramos de ser humanos, al menos desde un punto de vista técnico. Supongo que dormirán mejor si se convencen de que sus esclavos no son personas.

No quiero pensar en ello, pero no puedo evitarlo: ¿me consideraría no humano el

FREX por ser un clon?

—Poseemos todas las capacidades físicas que diseñó el FREX para obtener mejores esclavos, pero escapamos a su control mental —añade Chris, y ahora hay una nota inconfundible de orgullo en su voz.

—Por eso puedes ver en la oscuridad —dice Amy lentamente—. Aquella noche, cuando fuimos a la lanzadera...

—Sí, y no solo eso: todos nuestros sentidos son más agudos que los vuestros. Somos más fuertes, más veloces, más ágiles... Los responsables del FREX creyeron que estaban fabricando seres no humanos, pero lo que hicieron fue mejorar el modelo original.

—Y sin embargo, a mí me sigues pareciendo humano —susurra Amy.

—¡Calla!

Se oye un golpe sordo. ¿La habrá pegado? Voy a matarlo, voy a cargarme a este traidor del frexo.

La imagen, que estaba congelada, vuelve a ponerse en marcha. Al ver que no puede entrar por las buenas en la unidad de comunicación, el Chris de la pantalla se dispone a golpear la puerta con algo que me recuerda a la escama que encontré en el túnel. De pronto, se sobresalta y mira a su alrededor. Esconde rápidamente la escama de cristal solar —no puede ser otra cosa— y se queda erguido como si esperara algo. El coronel Martin y sus hombres aparecen en el encuadre, con las armas en posición; aunque la grabación carece de sonido, es evidente que le están pidiendo que se rinda. Chris alza las manos con lentitud y alcanzo a ver cómo se introduce disimuladamente un objeto pequeño en el oído.

Claro: eso debe de ser lo que le permite hablar como la gente de la Tierra. Si nuestro acento evolucionó tanto en la nave como para hacer difícil la comunicación con los terrícolas, lo mismo tiene que haber pasado con los nativos de Tierra Centauri. Se lo habrá robado al FREX: con gente de tantos países diferentes entre sus filas, tienen que disponer de aparatos como ese.

El Chris de la pantalla empieza a hablar, pero no logro descifrar los movimientos de sus labios. Lo que dice debe de ser muy convincente, porque al cabo de un momento, el coronel baja su fusil y deja de apuntarle.

—¿Mi... mi padre lo sabía? —tartamudea Amy, asombrada.

—Claro que sí; al menos, sabía todo lo que a mí me convenía que supiera. Le dije que era un superviviente de los primeros colonos, y que una especie alienígena había acabado con casi toda mi gente. No me costó demasiado convencerle. Mis compañeros habían intervenido el sistema de comunicaciones para modificar el mensaje automático que había preparado el FREX por si aterrizabais: manipulamos la información de forma que creyerais que la amenaza era alienígena. Llegué a darle a tu padre una muestra de cristal solar. Pero al cabo de unos días, sus hombres lograron contactar con la Tierra: el coronel resultó ser más tozudo de lo que yo había calculado. Ahora, el FREX sabe de vuestro aterrizaje y ha enviado tropas.

Se hace el silencio. Como yo, Amy debe de estar procesando todas estas novedades.

—El mensaje que habla de la bomba... —murmura Amy—. Ese es el único auténtico, ¿verdad? El único que nos ha enviado el FREX.

—Aunque intentamos bloquearlo, se nos coló una gran parte. Los híbridos ilegales, como nos llama el FREX, no somos muy numerosos, pero estamos aumentando rápidamente. De modo que el FREX ha decidido acabar con nosotros de una vez por todas... y han descubierto la forma de hacerlo.

—La bomba.

—Exacto: la bomba. Nuestro problema es que tenemos un código genético ligeramente diferente al de los humanos, y el FREX lo sabe. Por eso han desarrollado un arma biológica: si la bomba explota, se extenderá una enfermedad mortal que solo afectará a las personas con ADN modificado. Matará a todos los híbridos, ilegales o no. A todos.

Me estremezco ante la idea: la famosa arma de FREX está diseñada para acabar con toda la gente a la que han esclavizado, tanto los que se encuentran bajo la influencia del fidus como los que son como Chris. Por eso el FREX aseguraba que a nosotros no nos haría nada. Si esa bomba estalla, nosotros viviremos... y ellos morirán.

El estómago me da un vuelco cuando me doy cuenta de las implicaciones: en cuanto el FREX acabe con los híbridos, recurrirá a nosotros. Seremos sus próximos esclavos.

Orion siempre estuvo en lo cierto.

—Pero entonces, ¿por qué matáis a nuestra gente? —pregunta Amy, y la pena que se adivina en su voz me saca de mis elucubraciones—. ¿Por qué matasteis a mi madre?

—Ya oíste lo que dijo el coronel: piensa activar la bomba.

—Cuando asesinasteis a mi madre, estaba a punto de abandonar vuestro planeta —replica Amy con voz sorda—. Se quería marchar; no tenía nada que ver con esa bomba. ¡Y aun así la matasteis, y a otras cuatrocientas noventa y ocho personas con ella!

—¡No fue cosa mía! —responde Chris con un deje de pánico—. Yo he contado a mi gente todo lo que sé. Ellos... ellos creen que sois enviados del FREX, que estáis dispuestos a hacer lo que os manden. ¡Y tienen razón! Tu padre ha estado a punto de detonar la bomba, y sigue teniendo intención de hacerlo.

—Eso será si está vivo —replica Amy—. Les contaste a tus amiguitos el plan de las flores, ¿verdad? Por eso aparecieron equipados.

Se hace un silencio tan prolongado que empiezo a ponerme nervioso.

—Eso es lo que llevaban en la cabeza, ¿no? —dice Amy al fin—. Máscaras de gas. Supongo que les vendría bien el que les hicieran parecer alienígenas... de verdad.

Me doy cuenta de que le está provocando con sus últimas palabras, y me preocupa tanto pensar en lo que Chris puede hacerle que me quedo casi sin aliento. No sé lo que se propone Amy; solo sé que debo hacer algo para ayudarla.

Aferro el borde de la consola con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Nunca me había sentido tan impotente. Me viene a la cabeza la cápsula de escape que Chris me mostró, la que permite escapar al piloto de la lanzadera en caso de emergencia. ¿Y si la usara para ir a la estación espacial?

Podría activar la bomba.

Pero no me gusta la idea de matarlos a todos. Desconfío del FREX, y no quiero sentirme responsable de la muerte de miles de personas, especialmente si son esclavos inocentes y ya destruidos por el fidus.

Miro el librito marrón que había en la caja del primer Eldest. En sus páginas está la fórmula del antídoto. Tal vez pueda...

—Sois vosotros o nosotros —dice Chris.

—¿Por qué? ¿Porque habéis decidido que sea así?

—Tu padre ha dejado claro una y otra vez que está dispuesto a exterminarnos. Si no lo detenemos ahora, siempre podrá chantajearnos con la bomba. Y cuando lleguen los refuerzos del FREX... y llegarán, porque tu padre se ha asegurado de que así sea, nos

matarán a todos los que hayamos sobrevivido hasta ese momento. Es una cuestión de vida o muerte; esta es nuestra casa, y vosotros la habéis invadido —le espeta Chris. Sus palabras hieren como armas: cada sílaba es una puñalada, cada pausa un golpe.

—¡No! —chilla Amy, perdiendo el control por primera vez—. ¡Por favor, no lo hagas!

No la veo, pero lo sé: está suplicando que no la mate.

Enciendo el micrófono.

—¡ESPERA! —grito.



Chris nos mira alternativamente a la emisora y a mí. Se acaba de dar cuenta de que la he dejado encendida.

Aferra el arma con más fuerza.

—Si matas a Amy —dice Elder desde el otro lado, con rabia contenida—, te mataré. Iré a la estación en la lanzadera y activaré la bomba biológica para que muráis tú y toda tu gente.

Chris lo escucha sin bajar el fusil.

—Pero si la dejas vivir —prosigue Elder—, iré al planeta y te entregaré algo. El primer Eldest no solo dejó la grabación que habéis visto: en la misma caja también estaba la fórmula del antídoto del fidus.

—Un... ¿un antídoto? —susurra Chris, y el cañón de su fusil desciende levemente—. ¿Podría curar a mi gente, a los otros híbridos?

La puerta de la sala se abre de golpe y mi padre se abalanza sobre nosotros.

—¡Tú, malnacido! —aúlla, derribando a Chris de una embestida salvaje.

El fusil sale despedido y resbala hasta la pared opuesta. Chris se deshace de mi padre y se lanza a por el arma.

—¿Amy? ¡Amy! ¿Qué pasa? —grita Elder por el receptor.

Desenfundo rápidamente mi pistola y apunto al suelo, junto al fusil. La bala se hunde en el pavimento y Chris para en seco. Se da la vuelta lentamente y me ve: tengo el dedo en el gatillo y la pistola apuntando a su pecho. Mi padre se levanta y recoge el fusil.

—Lo hemos capturado —digo en voz alta para que Elder me oiga.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo.

Mi padre se sienta frente a la emisora y gira la cabeza para mirar a Chris.

—Quiero que sepas que nunca confié del todo en ti —le dice.

No sé si creerlo. A mí siempre me dio la impresión de que creía en él. Tal vez no el primer día; de hecho, entonces Chris aún no iba armado. Pero más tarde, mi padre se empeñó en otorgarle su confianza por alguna razón que no llego a entender. Si no, no me explico que lograra engañarlo durante tanto tiempo. Aunque tal vez mi padre tenga otro plan, y esto sea parte de una estrategia que se me escapa. Los observo sin bajar la guardia, a la espera de que alguno de los dos mueva pieza.

—Usted trabaja para el FREX —replica Chris—. Nunca me pareció digno de confianza.

—En cualquier caso, ahora mis patrones os matarán a todos, así que las cosas quedarán más o menos compensadas... desde mi punto de vista, al menos.

Con una mueca triunfal, mi padre se gira hacia la pantalla y empieza a teclear números y letras: es la clave que activa la bomba de la estación espacial.

—¡Un momento! —exclama Chris avanzando hacia él, y yo doy un paso adelante para asegurarme de que nos recuerda a mí y a mi treinta y ocho—. Solo... solo quiero enseñarle a quién va a matar si pone en marcha esa bomba. En nuestra ciudad hay cámaras de seguridad; podemos conectar con ellas desde aquí.

Mi padre me lanza una mirada rápida. Tiene la cara y las manos tiznadas, y veo una mancha de sangre en su hombro izquierdo. Debe de haber escapado del poblado por los pelos, y si ha huido dejando allí a su gente, es que la cosa ha ido mal. La bomba es su último cartucho.

—¿Cómo están los demás colonos? —le pregunto en voz baja.

—Casi todos han sido capturados.

—Hemos intentado no matar a nadie si no era necesario —dice Chris.

—¿Ah, sí? —replica mi padre con sarcasmo—. Pues podríais haberlo intentado con un poco más de entusiasmo; si no, que se lo digan a los muertos en esta refriega, o a Emma Bledsoe, o al doctor Gupta, o a las dos nativas de la nave... ¡O, ya que nos ponemos, a las quinientas personas que matasteis en la lanzadera en la que estaba mi

mujer, psicópatas de mierda!

Mi padre está desconocido: sus facciones y su mirada desprenden una furia tal que creo que podría matar a Chris con las manos desnudas, y que si no lo hace es porque yo estoy delante.

Los hombros de Chris se hunden en un gesto de derrota.

—Yo... solo os pido que veáis las grabaciones de la ciudad donde viven los demás híbridos —murmura—. Por favor.

Miro a mi padre y asiento: quiero verlas.

Chris navega por los distintos menús hasta encontrar el que busca. Al cabo de unos segundos, la pantalla cobra vida.

La ciudad debe de estar en un valle de la sierra que se eleva más allá del lago; por eso no la hemos visto hasta ahora. En el fondo de la imagen se alza la abrupta ladera de una montaña.

La grabación no incluye sonido, pero aunque lo incluyera no creo que fuera muy diferente. La gente avanza por las calles con movimientos robóticos, maquinales, mirando invariablemente al frente. Chris va pasando de una cámara a otra: una calle ancha; una planta industrial donde empaquetan objetos; una explanada por la que cruzan personas empujando carretillas llenas de arena; una fábrica de figuras artesanales de cristal... En esta última, los obreros se mueven de forma metódica y uniforme mientras fabrican cientos de figurillas idénticas en forma de flor. Si viera alguna de estas flores sin saber cómo se producen, la tomaría por una obra de arte: poseen una belleza proporcionada y sutil, y en su interior brilla una hebra de oro líquido que ilumina los pétalos desde dentro como si estuvieran vivos. Sin embargo, ver la indiferencia metódica con la que se fabrican hace que me parezcan falsas, aberrantes.

—Son todos así —dice Chris al cabo de un rato—. Miles de personas nacidas para convertirse en esclavos, tan acostumbradas a los actos repetitivos que, cuando algo cambia, ni siquiera saben cómo reaccionar y acaban por hacerse daño o... —se levanta, sin despegar los ojos de los obreros que soplan las flores—, o morir. A veces, meten las manos directamente en el fuego o tocan el cristal fundido sin protegerse con guantes. Solo saben trabajar, y si las herramientas se les pierden por lo que sea, siguen haciéndolo con las manos desnudas. No saben vivir de otro modo porque el FREX se ha asegurado de que no puedan pensar por sí mismos ni rebelarse.

No es la primera vez que veo algo así. Cuando desperté, la *Fortuna* era parecida.

Pero, por alguna razón que se me escapa, esto me horroriza todavía más que aquello.

—Cada tres o cuatro años, una delegación del FREX viene para comprobar que todo marcha como es debido —prosigue Chris—. Si ven algún niño que no parece afectado por el fidus, como yo, lo matan directamente. Hace años, vi cómo asesinaban a mi hermana pequeña de un tiro en la cabeza. La dejaron tirada en la calle; la gente de la ciudad se limitaba a dar un rodeo para no pisarla. Si hubiera sido por ellos, el cuerpo se habría quedado allí.

Intento tragar saliva.

—Esto es lo que quería enseñaros —añade, mirando ahora la nuca de mi padre—. Creo que debéis saber cómo es la organización a la que apoyáis.

Mi padre pasa la mano por la pantalla para apagar la imagen.

—Al menos, tu gente está viva —dice con amargura—. No puedo decir lo mismo de mi mujer. Habéis matado a demasiada gente como para mereceros mi compasión.

Su mano se mueve rápidamente por la pantalla, tecleando códigos y eligiendo distintas opciones en los menús.

—¿Qué hace? —pregunta Chris en tono alterado, y da un paso al frente. Agito mi arma para que la vea y se queda inmóvil—. ¿Qué hace? —repite con voz rota por el miedo.

—Estoy preparando el lanzamiento de la bomba —responde mi padre, como si fuera algo perfectamente razonable.

—¡Va a cometer un genocidio!

—Voy a proteger a mi gente. O más bien, a lo que queda de ella después de que intentarais matarnos a todos.

La consola emite un pitido y mi padre reacciona apretando varios interruptores.

De pronto, alguien aporrea la puerta. Me vuelvo, sobresaltada, y Chris aprovecha para golpearme la mano con fuerza. Mi pistola sale disparada; los dos nos tiramos a por ella y mi padre se lanza sobre Chris. Eso le salva la vida, porque al segundo siguiente, la ventana que hay sobre el panel de mandos estalla y tres hombres con trajes de camuflaje —no sé cómo he podido tomarlos antes por alienígenas escamosos— saltan por la abertura. Los tres aterrizan sobre la consola, y oigo cómo Elder grita mi nombre antes de que la luz que marca la conexión desaparezca bajo las

botas de los recién llegados.

Me pregunto si habrá sido la última vez que oiga su voz.

Uno de los hombres aferra a mi padre y lo levanta de golpe, y Chris se pone en pie empuñando mi pistola. Sus compañeros son altos, aún más altos que Elder y mucho más fornidos, con músculos que resaltan bajo sus camisas como si estuvieran labrados en piedra. Pero mi padre no se deja acobardar, y yo tampoco.

—Se acabó —gruñe uno de ellos mientras apunta a mi padre con su arma, una especie de fusil alargado con discos de cristal en vez de balas.

Alrededor de la cintura lleva un correaje cargado de munición de reserva, hileras de discos finos y translúcidos que emiten un brillo dorado. Doy un respingo: son idénticos a la escama que Elder encontró en el túnel. Solo que no era una escama, sino una bala de cristal solar. Y si este hombre dispara a mi padre con su fusil, no solo le matará: le hará estallar.

El hombre inclina la cabeza hacia mi padre con una especie de deferencia burlona.

—Estoy al mando de los híbridos ilegales —dice.

Miro sus ojos azules, sus iris ovalados como los de Chris. Ahora que los veo en un extraño, me asombra aún más no haberme dado cuenta antes de lo raros que eran. Los otros dos asaltantes aguardan a los lados del panel de mandos, con las armas en posición de disparo.

—Yo estoy al mando de la colonia que habéis intentado exterminar —responde mi padre.

Su interlocutor suelta una carcajada seca.

—Tiene coraje, lo reconozco. Es una pena para usted que su expedición haya aterrizado justo ahora. Hace unas décadas, no habríamos sido tantos; dentro de unas décadas, nuestra revolución habrá terminado y podremos recibirlos con los brazos abiertos. Pero ahora... Ahora su colonia forma parte de la estrategia del FREX —hace una mueca de desprecio—, y eso no podemos consentirlo. Va a tener que hacer dos cosas por nosotros.

—Moriría antes que hacer nada por vosotros —responde mi padre entre dientes.

El líder de los híbridos mira a Chris, y este avanza hasta apoyar el cañón de la treinta y ocho en mi sien. Noto el tacto fresco del metal en mi piel, el olor a grasa y pólvora

que despide la pistola.

—¿Qué quiere que haga? —masculla mi padre.

—Rendirse, para empezar. Llame al FREX ahora mismo y comuníqueles que va a capitular ante mis tropas.

—Eso no los detendrá.

—La única forma en que podrían dañarnos es lanzando la bomba biológica; llevamos décadas acumulando explosivos solares. Y ahora, por cierto, disponemos de una buena cantidad de rehenes humanos con los que negociar. No: sin esa bomba, el FREX no tiene nada que hacer contra nosotros.

Se me cae el alma a los pies. Miro el panorama que se extiende más allá del complejo: el paisaje respira calma. Me lo imagino lleno de humo y fuego, desgarrado por los explosivos.

Mi padre se sienta ante el panel de mandos y barre los fragmentos de cristal con la manga. Todos lo miramos mientras teclea un código tras otro.

—El menú de desactivación no está aquí... —protesta el líder de los híbridos—. ¿Qué está haciendo?

Una nueva voz se extiende por la sala.

—Coronel Martin, aquí el FREX. Hemos recibido su llamada de emergencia. ¿Qué le ocurre?

—¡La población local nos tiene en su poder! —grita mi padre, y el líder de los híbridos se lanza hacia él.

—¿Desea que activemos la bomba biológica por control remoto? —pregunta la voz con tono casi rutinario—. Si es así, recite el código militar de diez dígitos para autorizar la operación.

—¡No! —grita el líder contrario.

—¡Cero, alfa, cuatro, dos, gamma...! —grita mi padre antes de que un puñetazo lo deje atontado.

Se repone enseguida y empieza a forcejear con el líder de los híbridos; en cierto momento, logra aferrar su arma y la sacude hasta obligarle a soltarla. El arma se dispara al caer, abriendo un agujero en la pared del edificio. Otro de los hombres

interviene en la refriega y sujeta a mi padre. Chris está inmóvil, con la pistola apoyada en mi sien.

—Tenga en cuenta —dice la voz de la emisora— que no autorizaremos la activación de la bomba en ausencia del código completo. El FREX solo procederá a la destrucción de su mano de obra local si no queda otro remedio.

Y en este momento lo veo al fin con claridad: la organización que nos envió a este lugar prometiendo que nos protegería y que cuidaría de nosotros está dispuesta a sacrificarnos sin el menor escrúpulo de conciencia. No van a salvarnos si eso supone un descenso en su producción de cristal: prefieren que los híbridos ilegales y nosotros nos matemos a perder los recursos que obtienen de este planeta. Están dispuestos a usar fidus, y lo que haga falta, con tal de solucionar sus problemas.

El tercer híbrido avanza hacia donde estamos Chris y yo. Parece tenso, y en sus ojos hay una pregunta tácita.

Chris asiente con la cabeza y luego se vuelve para mirarme.

—¿Sabes? —me dice—. Creí que entre tú y yo podía haber... algo.

—Nunca podrá haber lo que tú quieres.

Él hace una mueca de rabia.

—¿Por qué? ¿Porque soy un híbrido? ¿O por ese... ese chaval? —dice, y me pregunto si se dará cuenta de que ha utilizado la misma palabra que usa mi padre para describir a Elder.

Le fulmino con la mirada, esperando que note lo mucho que le odio.

—Tu ADN no tiene nada que ver con las razones por las que Elder es mejor persona que tú.

El otro híbrido se ha colocado a mi izquierda sin que me dé cuenta. Contengo una exclamación de dolor al sentir un pinchazo en el brazo. Su mano me sujeta el hombro con firmeza; entre eso y el cañón de la pistola, estoy inmovilizada.

Aun así, me doy cuenta de lo que ocurre. El tipo de la izquierda me está inyectando algo, una sustancia que me quema por dentro, no sé si de calor o de frío.

Mientras tanto, el líder y su hombre han logrado reducir a mi padre. Le obligan a sentarse en la silla giratoria y la giran de manera que me vea.

El líquido se vuelve más frío por segundos y, por un momento, recuerdo con una náusea el momento de la congelación.

—¿Qué es eso? ¿Qué le estáis haciendo a mi hija? —ruge mi padre, incorporándose para acercarse a mí.

El líder de los híbridos lo vuelve a sentar de un empujón y le dedica una sonrisa irónica.

—En unos minutos dejará de ser humana... al menos, desde el punto de vista genético. Si activa esa bomba, la matará también a ella. Ahora tiene usted una hija híbrida, coronel.

—¡No! —grita mi padre, desesperado—. ¡Amy!

Los ojos me arden y me lloran. Cierro los párpados con fuerza, incapaz de soportar la luz.

—Enseguida se te pasará el dolor —susurra Chris en un tono casi compasivo, y su arma se aparta de mi sien mientras el otro hombre me suelta el hombro.

Mi cuerpo se sacude en una arcada. No lo soporto; no soporto la idea de que mi cuerpo cambie irrevocablemente, la forma en que me mira Chris, como si yo ya fuera una de ellos.

—¡Amy! —aúlla mi padre, debatiéndose con tanta violencia que los dos hombres apenas son capaces de retenerlo.

—No le pasará nada —le tranquiliza el líder híbrido.

Me llevo las manos a las orejas: sus voces tienen un timbre metálico y suenan tan alto que me hacen daño. Me agarro dos mechones de pelo, agacho la cabeza, me balanceo. No lo soporto, no puedo soportarlo.

—El compuesto que le hemos inyectado solo contiene el material MG, sin el fidus. Le provocará todas nuestras alteraciones genéticas, sin el control mental.

—Bastardos... —sisea mi padre con rabia—. ¡Es mi hija! ¿Cómo os atrevéis...?

—Siéntese y tranquilícese, coronel —le corta el líder híbrido—, o me temo que tendré que obligarle a hacerlo.

Me apoyo en la pared y resbalo hasta sentarme en el suelo. Chris me dice algo, pero no lo entiendo. Abro un poco los ojos; aunque me sigue haciendo daño la luz, el suelo

está menos iluminado. Me doy cuenta de que todos los híbridos ilegales llevan el mismo tipo de botas con refuerzos metálicos en las suelas: un óvalo en el talón y tres ganchos en la parte delantera. El diseño corresponde exactamente a las huellas que encontramos junto a la lanzadera. Elder tenía razón: nos vigilaron desde el primer día.

Me duele todo. El ADN de mi cuerpo se está redistribuyendo, y ni siquiera sé en qué me voy a convertir exactamente. Lo único que sé es que esta sensación no es humana; duele, arde como si toda mi sangre bullera en las venas. Trato de mirar hacia arriba y veo a mi padre luchando contra los híbridos mientras yo me convierto en una.

Logra derribar al líder, que cae con estrépito sobre la consola, y se libera.

Por un momento pienso que va a venir a por mí, que me va a sacar de aquí y va a hacer que se me pase este dolor.

Pero no lo hace: su objetivo es Chris y la pistola que aún empuña.

Suena un disparo.

Mi padre se desploma en el suelo con los ojos muy abiertos. Aunque está a centímetros de mí, ya no puedo alcanzarlo.



Intento restablecer la comunicación, pero se ha cortado sin remedio. Repaso lo que he oído: un estrépito de cristales rotos, varios golpes fuertes...

Y luego, nada.

Esto no acaba aquí, me digo. Amy no está muerta.

Me lo digo una y otra vez y me fuerzo a creerlo.

Salgo corriendo del puente y entro en la *Fortuna*. Bartie está de pie junto a la escotilla, mirándolo todo con cara de felicidad.

—Los preparativos van viento en popa. Dentro de nada podremos marcharnos —dice al verme, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora —jadeo.

—¿Qué?

—Hay que irse ahora mismo. Tienen a Amy, y creo que la colonia entera se ha ido al frexo.

—¿De qué estás hablando, Elder? Cálmate, anda —contesta Bartie, agarrándome de los hombros para tranquilizarme.

Le retiro las manos con violencia.

—¿Es que no me entiendes? ¡Lo he oído por la emisora! Bartie, han capturado a Amy y creo que han desmantelado la colonia.

—¿Quiénes?

—¡Los híbridos! —exclamo, alzando los brazos en un ademán de impotencia—. ¡Los alienígenas, o como quieras llamarlos! ¡Los monstruos contra los que nos advirtió

Orion, los que nos atacaron desde que llegamos! ¡Han atrapado a nuestra gente!

En la frente de Bartie aparece una arruga de preocupación.

—Y... ¿qué hacemos?

—Tenemos que irnos ya. Llama a la gente; diles que cojan lo que puedan y que vengán disparados.

Bartie suspira y hace una llamada general. Las personas que ya se dirigían hacia la nave atravesando los campos de cultivo aprietan el paso.

—Pero cuando lleguemos, ¿qué podemos hacer? —pregunta Bartie al acabar la llamada—. Aunque zarpáramos ahora mismo, no creo que sirviera de mucho.

—Ven conmigo.

Echo a andar hacia el puente, a paso tan rápido que Bartie casi tiene que correr para mantenerse a mi altura.

—Mira, estos son los mandos —le digo—. Voy a enseñarte a pilotar la lanzadera para que puedas aterrizar.

—¿Yo? —exclama Bartie retrocediendo un paso—. ¿No eras tú el que iba a pilotarla?

—Para nada: lo vas a hacer tú. Presta atención.

Le explico todo detenidamente mientras los tripulantes de la *Fortuna* empiezan a desfilar de camino a la bodega. Le muestro los controles, el funcionamiento de la emisora... No es difícil: al fin y al cabo, es una lanzadera automatizada y solo requiere de un mínimo de intervención humana.

Cuando estoy seguro de que lo ha captado, salgo corriendo del puente, paso sin detenerme junto a la gente que ya hay congregada abajo y desciendo por una escalerilla.

La cápsula de emergencia que Chris me mostró es aún más pequeña de lo que parecía desde el suelo. Su escotilla de entrada es tan estrecha que tengo que retorcerme para entrar. Caigo directamente en el asiento. Los mandos son casi iguales que los de la lanzadera, pero más apretados, y hay uno adicional con aspecto de joystick en el que pone «Control manual». A decir verdad, su sencillez me resulta más inquietante que tranquilizadora.

Conecto el sistema de comunicación y llamo al puente, que está justo encima de mí.

—¿Sí? —contesta Bartie de inmediato, nervioso.

—Solo es una llamada de prueba —respondo—. Quiero asegurarme de que el sistema funciona.

—Elder, esto es una locura —protesta; aunque su voz tiene un eco metálico, la oigo alta y clara.

—Sí, supongo que lo es. Pero no veo otra manera de ayudar a Amy.

Es la única opción: tengo que ir a la estación espacial y activar la bomba. Me cueste lo que me cueste, no voy a dejar a Amy en la estacada.

Acabo la llamada a Bartie y lanzo otra a la emisora del complejo. Un piloto rojo empieza a destellar mientras la señal se estabiliza.

—No cortéis la comunicación —digo cuando la luz del piloto se hace constante.

—¿Por qué no? —replica una voz con un acento que no conozco.

—Estoy montado en la cápsula de emergencia de la lanzadera. Me dispongo a volar hasta la estación espacial, entrar en ella y activar la bomba biológica.

—¡Elder, no! —grita una voz femenina.

Amy.

—¿Qué está pasando, Amy?

—¡A mí también me han inyectado...! —su voz se interrumpe: han debido de taparle la boca. Se oye un roce, como si la estuvieran apartando a rastras.

—¿Qué has dicho, Amy? —pregunto, pero nadie me responde—. ¿Qué frexo está pasando ahí?

—Hemos inoculado a Amy un compuesto MG. Ahora es una híbrida y, como tal, está expuesta a los efectos de la bomba biológica. Hemos intentado negociar con el otro líder de la expedición, el coronel Martin. Pero la fase de negociación ya ha acabado.

—Dejadme hablar con él —exijo.

—¡Está muerto! —exclama Amy; su voz suena más rasgada de lo que la recuerdo, y quizá un poco más grave—. ¡Lo han matado, Elder!

Más roces amortiguados: ya no cabe duda de que la están amordazando para que no pueda hablar conmigo. Pero no me hace falta saber más para convencerme de que lo que ha dicho es cierto. Amy nunca diría algo así si no lo fuera.

Me tiemblan las manos. No he estado más asustado en mi vida.

Sé lo que tengo que hacer.

—Os propongo un trato —digo, esperando sonar convincente; ellos tienen casi todas las bazas en sus manos, pero a mí me queda algo con lo que negociar—. Tengo la fórmula del inhibidor, un antídoto del fidus. Chris os puede confirmar que en la nave también había fidus: nuestros científicos desarrollaron esta sustancia y la mantuvieron en secreto.

Hago una pausa; como nadie dice nada, sigo con mi discurso.

—Mi amigo Bartie va a pilotar la lanzadera para desembarcar con nuestra gente en Tierra Centauri. Lleva consigo la fórmula del antídoto. Si atacáis a la lanzadera mientras aterriza, os quedaréis sin fórmula.

Esta vez, uno de ellos responde.

—No la atacaremos.

—Bien. Ahora mismo me encuentro a bordo de la cápsula de emergencia. Voy a inutilizar la bomba biológica. Si lo logro, tenéis que prometer que dejaréis libres a Amy y a los demás.

Por el altavoz de la emisora suena una carcajada que me hiela la sangre.

—No solo tememos a la bomba —dice el híbrido—. Los refuerzos del FREX cada vez están más cerca, y la única persona que tenía autoridad para detenerlos está muerto. Si las tropas del FREX desembarcan, será la guerra. Mucha gente morirá, y no solo de los nuestros.

—¡Me pondré en contacto con ellos! —exclamo a la desesperada—. ¡Les pediré que no vengan!

No sé si el FREX escuchará mis súplicas, pero estoy dispuesto a intentarlo. Haré

cualquier cosa con tal de saber que Amy está a salvo.

—No te harán caso —replica mi interlocutor—. Lo único que podría detenerlos es la destrucción de la estación espacial. La tecnología basada en tesseractos que utilizan las naves para viajar a alta velocidad necesita de una señal emitida desde el lugar de destino. Si la estación deja de emitir esa señal, el FREX tardará décadas en alcanzarnos. Pero no tienes manera de destruirla, ¿verdad? Que yo sepa, la nave en la que vivíais no está provista de armas.

Tengo un nudo en la garganta. Por un momento, trato de hablar y no encuentro la voz.

—¿Y si lo lograra? —pregunto al fin.

—¿Si lograras qué? —replica el hombre con voz áspera.

—Destruir la estación. Si lo consigo, ¿accederéis a liberar a mi gente?

—Si lo haces, chico, yo mismo firmaré el tratado de paz.

No respondo de inmediato. Me quedo sentado en la cápsula, pensando en lo que estoy dispuesto a sacrificar para terminar con este enfrentamiento. Observo las estrellas y me despido de ellas en silencio.

Amy nunca me perdonará por lo que estoy a punto de hacer. Pero es que resulta tan obvio...

La *Fortuna* ya no es más que un cascarón muerto que flota en el espacio. Solo le hace falta un empujoncito, y yo puedo dárselo con la cápsula. La inercia se hará cargo de casi todo lo demás: la *Fortuna* se estrellará contra la estación espacial, que quedará destruida junto a todas las armas que contiene. Y entonces, las tropas de Tierra Solar no podrán llegar hasta aquí para frexarlo todo. Fácil.

—Bien. Dadme un poco de tiempo —contesto al fin—. Y dejadme hablar con Amy.



Chris me agarra del brazo y me arrastra a la emisora. Noto la presión de cada uno de sus dedos sobre mi piel. Los colores se arremolinan ante mis ojos; decenas de olores desconocidos me colman la nariz. Me tambaleo y Chris me endereza de un tirón; solo entonces me doy cuenta, horrorizada, de que estaba olfateando el aire como un animal que siguiera un rastro. Porque eso es lo que soy ahora: un animal. No humana, sino animal.

El dolor es aún peor que antes, como si una cuchilla helada me traspasara la piel y me desgarrara los músculos. Cuando me debato para liberarme del agarrón de Chris, me sorprende al darme cuenta de mi fuerza; de hecho, Chris parece estar echando mano de toda su energía para arrastrarme.

Al llegar al cuerpo de mi padre, Chris da una zancada para evitar pisarlo. Bajo la mirada y estoy a punto de derrumbarme. Mis nuevos ojos detectan todos los detalles: el brillo del sudor en su frente, la distorsión de sus facciones apoyadas directamente en el suelo, el meñique curvado de su mano izquierda, como si esperara a que yo enroscara el mío en él para hacerle promesas que ya nunca podré cumplir...

—¿Elder? —digo, con una voz quebrada que suena extraña incluso a mis oídos.

Mis nuevos oídos, mucho más perceptivos de lo que nunca han sido.

—Amy —responde él, en un tono que mezcla el alivio con otra emoción que no sé identificar.

—¿Qué... qué vas a hacer? —pregunto, notando una oleada de temor que me recorre el cuerpo como una sustancia tóxica.

—Voy a estrellar la *Fortuna* contra la estación espacial.

Chris desliza la mano por la pantalla, y el líder híbrido se asoma sobre mi hombro para observar un diagrama del planeta con sus satélites. Las lucecitas se apagan cada pocos segundos y se vuelven a encender en su nueva posición. La lanzadera está

pegada a la *Fortuna*, tan cerca que los letreros de las dos se superponen. Me imagino a la gente entrando por la escotilla del estanque y colocándose ordenadamente en la bodega.

Cerca, a unos diez centímetros en el plano, reluce otro puntito: la Estación de Preparación Interplanetaria.

—Amy, ¿sigues ahí? —pregunta Elder con voz trémula.

—Sí, Elder.

—Tengo que decirte... —empieza, pero su voz se interrumpe de pronto.

Examino los controles de la emisora: no parece que se haya cortado la comunicación. Debe de estar buscando las palabras que mejor expresen lo que quiere decir.

—Lo siento —murmura al fin.

Y, ahora sí, la línea se interrumpe.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Me gustaría estampar el puño en los controles para hacer que vuelva la voz de Elder, pero no serviría de nada.

Chris examina la emisora y aprieta varios botones.

—Todo funciona correctamente —dice—. Elder debe de haber cortado la comunicación. Le estoy llamando ahora mismo y no responde.

Me doy la vuelta y veo que el líder de los híbridos me mira atentamente.

Y el alma se me cae a los pies al descubrir la compasión que hay en sus ojos.



El embarque de las quinientas personas es un proceso lento, y la espera me está deshaciendo los nervios. Ahora que he decidido qué hacer, quiero ponerme con ello cuanto antes.

Cuando Bartie casi ha acabado de asegurar todos los materiales y los pasajeros, vuelvo a meterme en la cápsula, la enciendo y la separo de la lanzadera. Usando el control manual, maniobro hasta colocarme detrás de la *Fortuna*. El diagrama de la pantalla muestra una línea de puntos: primero mi cápsula, luego la nave y, en el extremo, la estación espacial. Solo tengo que empujar el puntito del medio de manera que choque contra el del extremo.

Simple.

Bartie me llama desde la lanzadera.

—Estamos preparados —dice con voz grave—. Elder, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Segurísimo.

—Bueno, nosotros vamos a salir ya.

—Oye, Bartie...

—¿Qué?

—Gracias por todo.

—Nos vemos en tierra firme, amigo.

No le contesto. Corto la conexión y me quedo mirando cómo la lanzadera se separa de la nave y sale disparada hacia el planeta.

Ante mis ojos, la *Fortuna* flota en el espacio. Está maltrecha: hay un hueco de bordes desgarrados donde se separó la lanzadera original, y la zona del puente es un amasijo de chatarra. Aunque no puedo ver el vacío que ha quedado en su interior, me parece una estructura hueca, sin alma.

La *Fortuna* está muerta.

Pero aún tiene una última misión, un último servicio que prestar a la gente a la que debía proteger.

Y yo también.

Aunque ese tema no formaba parte oficial de las enseñanzas que Eldest me impartió mientras vivía con él, Orion me pasó una vez un libro sobre el *Titanic*, un viejo barco de Tierra Solar que se hundió provocando la muerte de muchos de sus pasajeros. Ahora que tengo perspectiva, me pregunto si Orion me lo daría con alguna intención; tal vez quisiera mandarme un mensaje sobre las distintas clases sociales que había en el barco, o sobre la gente que murió congelada en sus niveles inferiores. O quizá se refiriera simplemente a que los tripulantes de la *Fortuna* íbamos a morir como los pasajeros del *Titanic*.

Pero yo no me fijé en nada de eso. Para mí, lo más memorable del libro fue la forma en que el capitán se hundió con su barco.

La cápsula de emergencia es diminuta en comparación con la mole de la *Fortuna*. Pero el libro de Orion también me enseñó otra cosa: que un pequeño bote de arrastre puede mover un barco enorme. La *Fortuna* solo necesita que le dé un empujoncito.

Avanzo muy despacio hasta situarme a unos metros de la nave. Si quiero que golpee la estación, tengo que calcular bien el punto de impacto. Inspiro hondo y me ajusto el arnés. Por suerte, la parte inferior de la cápsula sobresale bastante respecto de la cabina. Aun así, será un buen golpe, especialmente si me paso con la velocidad.

Ajusto la potencia de los reactores de maniobra orbital y los pongo en marcha.

Aunque estaba prevenido, el choque me deja estremecido y sin aliento. Examino de un vistazo la cristalera de la cabina en busca de alguna grieta.

«Detectado impacto», dice una voz robótica mientras el panel de control se llena de lucecitas rojas. «Atención: daños externos». «Atención: daños externos», empieza a repetir la voz una y otra vez. Busco por todas partes la forma de silenciarla, pero no hay manera.

—No te imaginas la de daños externos que vas a sufrir antes de que esto se acabe —
mascullo mientras incremento la potencia de los reactores.

Los puntitos que nos representan a la *Fortuna* y a mí en el diagrama se ponen en marcha y avanzan a buen ritmo hacia la estación espacial.

No tardo mucho en avistarla a un lado, aunque la mole de la *Fortuna* me dificulta la visión. Es grande, casi tanto como la nave, y su forma me recuerda mucho a unos insectos de Tierra Solar llamados libélulas. La parte central es alargada y cilíndrica, con una especie de brazos mecánicos y escotillas que sobresalen del techo para conectarla con la lanzadera automatizada. Parece lo bastante grande para albergar habitantes, y me pregunto por qué estará vacía. Tal vez el FREX tuviera intención de utilizarla como base para un intercambio pacífico entre híbridos y humanos, pero supongo que eso ha quedado relegado a un segundo o tercer plano.

En cualquier caso, la estación no solo opera como almacén, sino también como eje de las comunicaciones entre los dos planetas. Por eso, a los lados del cilindro se extienden dos «alas» cubiertas de antenas de todo tipo. En algún sitio de ese armazón metálico se encuentra el transmisor de tesseractos, o como se llame, que permite los viajes a alta velocidad. Si lo destruyo, Tierra Centauri quedará incomunicada y nadie de Tierra Solar podrá visitarnos hasta dentro de muchos años.

Bajo los paneles alargados que forman las alas hay dos hileras de misiles puntiagudos que apuntan directamente a Tierra Centauri. Uno de ellos debe de ser la bomba biológica que terminaría con la vida de todos los híbridos del planeta.

Incluyendo a Amy.

Si fallo, no tendré una segunda oportunidad.

Manipulo los controles y la *Fortuna* traza una curva para enfilar la estación.

Imagino a cámara lenta lo que puede ocurrir a partir de ahora, repasando cuidadosamente cada posibilidad.

Si todo sale como preveo, la *Fortuna* chocará contra la estación y le causará daños

que le provocarán una descompresión instantánea.

Puede que alguno de los misiles explote con el impacto.

O que lo haga primero el motor de la nave, un reactor que usa como combustible uranio reciclado.

Sea como sea la explosión, una cosa es segura: ni mi cápsula ni yo sobreviviremos.

—Lo siento, Amy —susurro otra vez.

Sé que no puede oírme: yo mismo he cortado la comunicación entre el complejo y la cápsula. Pero también sé que algún día me perdonará el que haya roto mi promesa.

Esta vez, me temo que no podré volver a su lado.



Solo acabo de entender por qué Elder se niega a contestar nuestras llamadas cuando veo que los puntos del diagrama se aproximan a toda velocidad. La cápsula de emergencia y la nave enfilan directamente la estación espacial.

Y entonces me doy cuenta: no quiere que le oiga morir.

Cierro los ojos y me tapo las orejas, conteniendo a duras penas el grito que crece en mi interior.

No puedo respirar. Me ahogo.

—Mirad —dice Chris señalando el diagrama, que parpadea.

Las lucecitas se apagan y la pantalla queda negra.

Me abalanzo a la puerta de la sala y la abro de un tirón. Los híbridos no se molestan en tratar de detenerme; supongo que ahora me consideran una de ellos, o tal vez sepan que no tengo ningún sitio al que escapar. Una ráfaga de aire frío me revuelve el pelo; me lo retiro de la cara y echo a correr hacia el centro del complejo, donde no hace tanto estaba la lanzadera en la que se marchó Elder.

Inclino la cabeza y escruto el cielo.

Y veo.

Veo el cielo oscuro.

Y millones de estrellas.

Nunca había visto tantas. Mis nuevos ojos ven más, pero no me muestran lo único que quiero ver.

Cambiaría todas las estrellas del universo por que Elder volviera a mi lado.

El viento aúlla entre las ramas de los árboles. Los trinos de un pájaro se entrelazan con su lamento.

Los híbridos salen del edificio y echan la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

Y entonces vemos el final.

El motor de la *Fortuna* era nuclear, y quién sabe lo que alimentaba la bomba del FREX. En cualquier caso, el uno y la otra estallan al tiempo. En el espacio, la explosión no forma el típico hongo nuclear.

En el cielo nocturno aparece un breve destello colorido, como una nebulosa o una aurora boreal. Se extiende por un instante y explota como una burbuja.

Nada más: no se oye ningún sonido, no se siente temblar la tierra, no se percibe ningún olor. Al menos, no en la superficie del planeta.

Eso es todo lo que marca el momento en el que Elder muere.

Una luz que destella y desaparece.

Y desaparece.



No siento nada, ni por fuera ni por dentro.

Me quedo mirando el frío cielo nocturno hasta que se queda tan vacío como yo.

A mi espalda, los híbridos hablan. Contengo un estremecimiento. Nunca había visto tan bien como ahora en la oscuridad; distingo cada hoja de los árboles sombríos y oigo hasta el menor sonido.

Oigo lo que dicen los híbridos. Mis iguales.

—La amenaza ha desaparecido; nuestro especialista en comunicaciones acaba de confirmarlo —dice uno.

—Elder nos ha salvado a todos —añade Chris, y el líder gruñe algo ininteligible.

Me doy la vuelta. He perdido todo lo que amaba; no me queda nada. Pero en el hueco que ha dejado el amor, ahora hay determinación. Me acerco al líder híbrido con paso resuelto. Chris levanta la pistola con gesto dubitativo —mi pistola, con la que ha matado a mi padre hace un rato— y la aparto de un manotazo despectivo, como si no fuera más que una flor. Me sitúo justo delante del líder, levanto la cabeza y clavo mis ojos en los suyos. Estoy demasiado cerca: he invadido su espacio personal, pero él aguanta sin retroceder.

—Tenemos un tratado de paz que negociar —le suelto sin más preámbulos—. Y creo que el mejor punto de partida es la liberación de los prisioneros que habéis capturado en mi colonia.

—Eso puede esperar hasta... —empieza a decir él, pero no le dejo que acabe.

—No puede esperar. Habéis encerrado a mi gente, nos habéis tendido trampas y habéis matado a muchos de los nuestros. Vais a empezar por soltarlos a todos ahora mismo, y luego podremos discutir sobre la retribución que nos debéis.

Él ladea la cabeza, me observa con atención y acaba por extender la mano hacia mí.

—Me llamo Zane —dice mientras nos estrechamos la mano—. Y ahora que el FREX ha desaparecido de la ecuación, creo que tu gente y la mía pueden aprender a vivir como buenos vecinos.

Zane dispone de algún dispositivo de comunicación que excede en mucho a nuestros transmisores e incluso a los intercom de la nave. Al mismo tiempo que avisa a alguien para que nos recoja con un vehículo, da instrucciones a otra persona para que libere a los colonos y los lleve de vuelta al poblado.

—¿Cuántos edificios siguen en pie? —pregunto; cuando escapé habían caído al menos tres, incluido el que habíamos ocupado mis padres y yo.

—Intentamos limitar los daños materiales en lo que podemos —responde—. Y, lo creas o no, lo mismo hicimos con los personales.

No, no lo creo en absoluto. Podrían haber destruido la lanzadera automatizada mientras estaba vacía, en vez de acabar con sus pasajeros cuando estaban a punto de marcharse. Pero eligieron matarlos. Querían intimidarnos, aterrorizarnos para que nos rindiéramos más fácilmente. O tal vez exterminarnos fuera más sencillo, punto.

Entrecierro los ojos: claro que habría sido más sencillo.

—Tratasteis de derribarnos mientras aterrizábamos —digo, recordando cómo nos desviamos de nuestra trayectoria.

Zane asiente sin decir nada, mirándome como si temiera que me tire sobre él para arañarle la cara. Pero yo estoy demasiado ocupada juntando todas las piezas: el mensaje trucado que escucharon mi padre y Elder nada más aterrizar; el cierre repentino de la lanzadera; los contratiempos absurdos que encontrábamos todos los días... Todo preparado por los híbridos ilegales.

—¿Sabes? —digo con rabia—. Si hubierais sido sinceros con nosotros desde el principio, podríamos haber colaborado.

Él alza una ceja.

—El coronel Martin no me pareció el tipo de persona que dejaría a medias una misión.

Me obligo a bajar la mirada hacia el cuerpo de mi padre. Por más que lo intento, no logro acallar la parte de mi conciencia que le da la razón a Zane. Es verdad: puede que mi padre se hubiera negado a negociar con los híbridos ilegales. No creo que le parecieran bien las maniobras del FREX ni su política de trabajo esclavo; pero era ante todo un militar, cuyo primer impulso tras nuestra llegada fue contactar con el FREX para recibir órdenes. Quizá no pudiera concebir la paz sin haber intentado primero imponerse por la fuerza.

Suspiro, deseando que se calle esa voz interior tan molesta como sincera.

Llegan dos camionetas al complejo; aunque son más grandes que un todoterreno, se mueven por el terreno desigual sin hacer ningún ruido. En el techo de cada una se ve una hilera de cubos solares. Me gustaría saber cómo usan la energía de los cristales para moverse, pero antes de poder preguntarlo, Chris y Zane me indican que suba a la primera. Zane le indica al conductor de la otra que espere a que aterrice la lanzadera, y que luego lleve a Bartie y la fórmula a un lugar seguro.

—Antes de nada, quiero llevarte a nuestra ciudad —dice Zane cuando la camioneta arranca.

Al ver que no respondo, se remueve inquieto en su asiento y mira por la ventanilla. Tanto Chris como él parecen incómodos en mi presencia; creo que están esperando a que me derrumbe.

Pero no voy a hacerlo.

Al menos, no delante de ellos.

La camioneta pasa junto al lago y se dirige hacia una de las montañas escarpadas que se alzan al fondo. Mientras pienso en lo extraño que es haber pasado por alto una ciudad situada tan cerca de nuestro campamento, me doy cuenta de que lo verdaderamente extraño es otra cosa: ¿cómo es posible que los híbridos no se hayan extendido más por el planeta? El fidus no solo los obliga a obedecer al FREX: también elimina su curiosidad, su afán de explorar.

Los tres seguimos callados mientras la camioneta atraviesa un túnel y emerge en una zona habitada. El nuestro es el único vehículo a la vista, pero hay gente por todas partes y la calle está bordeada de grandes edificios de acero y cristal. De ellos salen hileras de gente tiznada y sudorosa: deben de ser fábricas.

Todos caminan en línea recta, sin desviar la mirada en ningún momento. Aunque

caminan con ritmo vivo y constante, van un poco encorvados y los brazos les cuelgan inmóviles a los costados. Parecen más muertos que los zombis de las películas. El conductor de la camioneta se detiene en el cruce de dos avenidas muy anchas y atestadas de gente. Cuando Zane abre la puerta, espero inconscientemente oír un estrépito de voces. Sin embargo, lo único que llega a mis oídos es el retumbar rítmico de miles de pisadas.

Algo choca contra la portezuela, que Zane no ha llegado a cerrar. Es una mujer con el pelo corto y rizado y ojos inexpresivos, a pesar de sus iris azulísimos y ovalados. Se queda en el sitio, bloqueada por la puerta del coche. Sus pies siguen moviéndose arriba y abajo: uno, dos; uno, dos. No parece consciente de su falta de avance. Zane cierra con un portazo que no sobresalta a nadie, y la mujer sigue andando como si su marcha no se hubiera interrumpido en ningún momento.

—¿Por qué me traes aquí? —pregunto en un susurro.

—Quería mostrarte por qué luchamos.

No es la primera vez que veo los efectos del fidus. Estuve en la ciudad de la nave; vi las caras inexpresivas y las miradas vacías de los artesanos y los alimentadores.

Pero esto es peor, y no solo porque aquí la dosis parece más alta. El hecho de estar al aire libre lo empeora, de algún modo. Las paredes de la nave hacían que el empleo del fidus pareciera casi excusable; en un mundo sin paredes, no hay excusa para esto.

Zane se vuelve para mirarme a la cara. Creo que intenta parecer tan indiferente como las personas que caminan a su alrededor, pero está muy lejos de lograrlo.

—¿Sabes que la sustancia a la que vosotros llamáis fidus se creó, en parte, por las investigaciones de la primera colonia sobre la flora autóctona? El fidus no existiría sin este planeta. Y sin embargo, mira en qué lo ha convertido —dice, abarcando la ciudad con un ademán.

Intento calcular cuánta gente puede vivir aquí. Deben de ser miles, incluso decenas de miles. Todos anulados por el fidus.

Zane observa mi reacción antes de continuar.

—Como creo que ya sabes, los científicos del FREX mezclaron el fidus con material MG. Supongo que, tras comprobar aquí el éxito de la operación, la reproducirían en Tierra Solar.

Doy un respingo: no sé qué es peor, si la suposición de que gran parte de los

habitantes de la Tierra pueden ser zombis como estos, o la mención del material de modificación genética que mi madre ayudó a desarrollar antes de entrar en la *Fortuna*.

—La combinación estaba diseñada para convertir los efectos del fidus en algo permanente e irreversible —continúa—. La droga pasó a ser parte del propio organismo de estas personas, condicionándolas de forma que su respuesta natural fuera la pasividad en vez del pensamiento individual.

—Pero a lo largo de las generaciones, ocurrió algo con lo que el FREX no contaba —interviene Chris—. Empezaron a aparecer híbridos como nosotros, con una producción anormal de adrenalina.

—Somos mutantes —remacha Zane encogiéndose de hombros—. Pura evolución...

Los híbridos no mutados se mueven mecánicamente a mi alrededor como cascarones vacíos. Apenas parecen humanos.

Agacho la cabeza y recorro mi cuerpo con la mirada. Aún siento los efectos de lo que me han inyectado: los músculos me duelen, mis huesos parecen vibrar con un latido sordo. ¿Quién soy yo para sentenciar quién es humano y quién no lo es?

Zane fija los ojos en un punto. Tardo un momento en localizar lo que observa: es una especie de megáfono enorme que hay en lo alto de un poste, algo más allá.

—Hace años, el FREX enviaba supervisores al planeta —dice—. Vivían en la ciudad hasta que se completaba un cargamento de cristal, y luego eran reemplazados por otros que se ocupaban de la siguiente tanda. Al final, el FREX se dio cuenta de que ni siquiera hacía falta que nadie diera órdenes: ahora se limitan a enviar instrucciones y mi gente obedece.

Su tono al decir «mi gente» me recuerda a la manera en que Elder hablaba de los nativos de la *Fortuna*. Trago saliva para eliminar el nudo de mi garganta.

—Desde hace más de diez años, el FREX ha usado la estación espacial para retransmitir sus instrucciones —explica—. No podrán hacerlo más, pero ya ves: mi gente seguirá trabajando igualmente... hasta nueva orden.

Sé que tiene razón: aunque nadie se lo ordene, el fidus integrado en su organismo no les permitirá dejar de trabajar.

—La fórmula que trae Bartie los curará —le aseguro.

Zane se encoge de hombros: supongo que prefiere no concebir esperanzas antes de tiempo.

—Al menos, me alegro de que no vayan a aparecer más supervisores del FREX —dice, y agacha la cabeza para encontrar mi mirada—. No solían ser buenas personas. A veces me pregunto si...

Su actitud súbitamente vencida me hace sentir algo extraño, y tardo unos segundos en darme cuenta de lo que es: compasión. Le animo con la mirada a que continúe y él suspira.

—Me pregunto si la mutación por la que aparecimos los híbridos ilegales no sería debida a que los... los humanos del FREX... —se da la vuelta, incapaz de terminar la frase.

Pero no me hace falta oír más. Imagino la situación: un grupo de supervisores aislado aquí durante meses, controlando el trabajo de unos colonos que ellos mismos han convertido en zombis. Me froto las muñecas. Las mujeres de la colonia, nacidas ya bajo los efectos del fidus, no debían de ser más que meras herramientas para los capataces de Tierra Centauri. Si esos «humanos» no tuvieron escrúpulos a la hora de convertir a miles de personas en autómatas, no creo que los tuvieran a la hora de satisfacer sus apetencias con unas mujeres que ni siquiera podían pensar en resistirse.

Sacudo la cabeza. No puedo hacer nada para cambiar el pasado, pero no pienso dejar que algo así ocurra nunca más en mi planeta. En mi hogar.



Las negociaciones con los híbridos resultan ser sorprendentemente fáciles. Zane ha entregado la fórmula del antídoto a su grupo de científicos, y estos han concluido que parece viable.

Aun así, nos lleva horas cerrar el acuerdo. En realidad es por culpa mía: me he empeñado en que las condiciones finales queden escritas y firmadas por todos los presentes. No quiero dejar nada al azar, ni me fío de las promesas orales.

—Voy a dejar bien clara una cosa —digo cuando estamos a punto de acabar—. Nuestro pueblo y el vuestro serán independientes. No vamos a fundir las dos colonias. Queremos decidir por nosotros mismos, elegir nuestros líderes y redactar nuestras leyes.

Zane hace ademán de protestar, pero Bartie le interrumpe antes de que pueda hablar. Apenas ha abierto la boca durante las negociaciones; como todos los recién llegados, aún está recuperándose del viaje.

—Es lo que Elder hubiera querido —sentencia.

Miro a Zane con las cejas enarcadas, esperando a que exprese su queja.

Él se limita a asentir. Anota el nuevo punto y firma el tratado.

Lo peor es la primera noche, cuando acabo de convencerme de que yo estoy aquí y él no; de que yo estoy viva y él...

Esa noche me permito llorar. Sola, en uno de los edificios de piedra que los híbridos no han destruido, sollozo hasta agotar todas las lágrimas que me quedan.

Ahora tengo el mundo entero para mí, pero no lo tengo a él.

Zane cumple su palabra. Al día siguiente de la firma del tratado, la mitad de su grupo acude al poblado para ayudarnos a retirar los escombros. Nadie quiere trabajar junto a ellos: ni los terrícolas ni los nativos de la *Fortuna*.

—¡Mataron a nuestros amigos! —exclama un alimentador llamado Tiernan esgrimiendo una pistola que debió de pertenecer a alguno de los soldados muertos—. ¡Asesinaron a Elder!

—Es verdad que mataron a amigos nuestros, y también a familiares. Yo he perdido a mis padres —respondo mirándole fijamente a los ojos hasta que aparta la vista de mis iris ovalados—. Pero no mataron a Elder: fue él quien eligió morir. Y lo hizo para que nosotros pudiéramos vivir en este planeta. Junto a ellos.

Un grupo de nativos de la *Fortuna* se congrega a nuestro alrededor. El cielo está encapotado y el aire húmedo; hace un bochorno que presagia tormenta. Pero esta gente ha aprendido a no asustarse de las tormentas. Una mujer se lleva la mano al vientre en un ademán protector, y su gesto me recuerda que casi todas las mujeres de la nave están embarazadas. En unos meses nacerán decenas de niños en nuestro poblado, niños que jamás conocerán la *Fortuna*. Sus padres les contarán historias de paredes de metal y techos pintados de azul, pero no creo que ellos lleguen a comprenderlas. Crecerán sin conocer lo que es vivir en una jaula.

Nunca serán conscientes de lo mucho que tuvimos que sacrificar para regalarles este cielo infinito.

—No podemos fiarnos de ellos —protesta Tiernan bajando el arma.

—Tenemos que hacerlo —replico poniéndole una mano en el brazo—. No seríamos capaces de sobrevivir solos en este planeta. Mira alrededor: apenas tenemos nada. Lo que ha traído la última tanda de gente nos sacará de apuros durante una temporada, pero no es suficiente. Necesitamos información, ayuda, consejos.

—No me gusta —gruñe él.

—Ni a mí.

Echo un vistazo a mi alrededor: los nativos de la *Fortuna* nos observan atentamente. Sus ojos, abiertos de par en par, reflejan todos sus miedos.

—No, a mí tampoco me gusta —prosigo, alzando la voz para que me oiga todo el mundo—. Pero ha llegado la hora de que cooperemos; es lo que Elder hubiera querido.

Se levanta un murmullo de aprobación.

Este es el auténtico legado de Elder: la voluntad de paz de su gente.

Unos días más tarde, Zane aparece en el poblado a bordo de una de sus camionetas.

—Quiero que veas los efectos de la primera tanda de tratamientos —me dice—. Sin tu ayuda, nunca habríamos llegado a este punto.

Al final, Bartie y yo acudimos como representantes de nuestra colonia. Nos acomodamos en la camioneta frente a Zane y Chris. La tensión es evidente, no solo en la desconfianza con la que nos miramos, sino también en la actitud huidiza de Bartie respecto a mí. Cuando cree que no me doy cuenta, me lanza miradas furtivas: debe de estar comparando la chica que fui con esta en la que me he convertido.

Si antes ya me consideraba una anomalía, no quiero ni pensar en cómo me verá ahora.

La base de operaciones de Zane está en la red de túneles que excavaron los primeros colonos al empezar las operaciones de minería. Las galerías se extienden por el subsuelo de toda la zona; de hecho, la que descubrió Elder es una de ellas. La entrada está bloqueada por una puerta de metal, con un escáner que me recuerda al de la sala de comunicaciones del complejo.

Zane apoya el pulgar en el panel, y la palabra «Híbrido» resplandece en verde. Me miro las manos: ahora que la transformación se ha completado, no noto nada extraño en ellas. Sin embargo, si posara el pulgar en el escáner, sé lo que pondría: «Híbrido». No «Humano». Ya no soy humana.

Me pregunto lo que Elder pensaría de mí. Ahora mis ojos son azules en vez de verdes, y mis iris se han alargado. Mi visión es mucho más penetrante. Sé de qué dirección viene el viento incluso antes de que me roce la cara. Puedo cerrar los ojos y situar a todos los que me rodean por su olor.

Elder es un clon. Seguro que él entiende lo que es sentir que tu ADN no te pertenece.

Y entonces caigo en la cuenta de que Elder ya no está.

Algo parece ceder dentro de mí con un chasquido, como una goma que se rompiera por estirla demasiado. Pero no digo nada: sigo caminando con paso uniforme, sin dejar de mirar al frente.

Zane nos conduce a los laboratorios. Los híbridos ilegales llevan tantos años robando al FREX que su base parece tan avanzada como la lanzadera o el complejo.

A medida que avanzamos, de los túneles laterales emergen otros híbridos que se detienen para saludarle.

No cabe duda de que es su líder. Teniendo en cuenta su edad —le calculo treinta, como mucho—, no creo que le haya resultado fácil agrupar a todos los ilegales en esta organización de resistencia. Me pregunto cómo serían sus primeros años. Debieron de resultar muy duros: darse cuenta de que era dueño de sus actos, pero sus padres no lo eran; esconderse de los capataces del FREX; ver a su gente esclavizada e indiferente ante ello...

Me recuerda mucho a Elder.

Me muerdo el interior de las mejillas hasta hacerme sangre. No voy a llorar. No voy a mostrar mis emociones. Eso lo haré en otro momento y en otro lugar.

Chris se acerca a mí mientras andamos. Su proximidad me pone nerviosa, pero no pienso demostrárselo. Acelero para adelantarme de nuevo, y él me sigue el ritmo.

—¿Te has dado cuenta de cómo se estremece Bartie cada vez que te acercas a él? —susurra en voz tan baja que solo yo puedo oírla. Ni siquiera le habría entendido si no fuera por mis traicioneros oídos de híbrida, agudos como los de un murciélago.

Sigo caminando como si no hubiera dicho nada.

—Y antes, en el poblado, me di cuenta de que todos te rehuían —continúa—. ¿Cuánto tiempo pasaste en la nave con ellos? ¿Varios meses? Y sin embargo, nunca llegaron a aceptar el color de tu piel. ¿Qué pensarán ahora de ti?

Ni siquiera me digno mirarle.

—Jamás te aceptarán, Amy.

Giro sobre mis talones y agarro a Chris por el cuello de la camisa, en un movimiento tan repentino que Bartie suelta un grito a nuestra espalda.

—Si tienes algo que decirme —gruño—, al menos mírame a la cara cuando lo hagas.

Él se libera de un tirón; por un momento, apenas parece capaz de controlar su enfado. Pero luego respira hondo, se coloca la camisa y me mira con una sonrisa torcida.

—Tendencia a reaccionar con violencia: uno de los efectos secundarios de la

hibridación —dice, casi como si quisiera excusarme—. Por decirlo de otro modo, tu producción anormal de adrenalina te hace más propensa al enfrentamiento que a la huida.

No me molesto en explicarle que siempre he sido más propensa a enfrentarme que a huir.

—¿Sabes? Entre tú y yo hay una gran diferencia —replico—. Yo sé que mi gente volverá a aceptarme algún día; ya lo han hecho una vez. Al final se olvidarán de mi aspecto porque les importará más lo que soy y lo que hago. En tu caso, sin embargo, jamás olvidarán lo que has hecho. Tú eres el que quedará excluido, no yo.

Sus ojos se desvían: no es capaz de aguantarme la mirada.

Mis músculos están tensos, preparados para reaccionar en una décima de segundo. Me noto más fuerte cada día, más ágil, a pesar de la extrañeza de no sentirme humana.

Y aún hay otro efecto de mi transformación: ahora soy capaz de percibir el olor a miedo que emana de Chris.

Él echa a andar sin decir nada más. Observo cómo se aleja por el túnel, repentinamente inquieta. Si me he enfadado tanto es porque, en el fondo, sé que tiene parte de razón.



Cuando al fin llegamos al laboratorio, compruebo que la tecnología de los híbridos ilegales es más avanzada de lo que yo creía.

En el centro de la sala hay un hombre inmóvil que parece mirar al infinito.

—Siéntate —le ordena Zane.

El hombre, sin dudar, hace ademán de sentarse en el vacío. En el último momento, Chris adelanta una silla para evitar que caiga al suelo.

Agito una mano delante de su cara. Nada. Su expresión es tan neutra como una hoja en blanco.

—Queremos experimentar con métodos de distribución masiva —explica Zane—. Este sujeto, por ejemplo, ha iniciado un tratamiento en el que le suministramos el inhibidor mezclado con el agua corriente.

Me vuelvo hacia Bartie y le lanzo una sonrisa. Tras un instante de vacilación, él me la devuelve. La idea del agua ha sido nuestra, inspirada en nuestras vivencias.

Zane le entrega al hombre un vaso colmado.

—Bebe —le indica al ver que se queda inmóvil con el vaso en la mano.

El hombre apura el agua de un trago.

Zane y Chris se acercan a los monitores para revisar si hay algún cambio en sus constantes vitales. Bartie y yo seguimos mirando al hombre: los dos sabemos bien qué aspecto tiene la gente al salir del estupor provocado por el fidus. Cuando los ojos del sujeto empiezan a cobrar vida, nosotros somos los primeros en darnos cuenta.

—¿Qué me pasa? —dice el hombre, con voz rasposa por la falta de costumbre.

—Has pasado toda tu vida bajo la influencia de una droga —le explica Chris, en el tono más amable que le he oído jamás—. Y ahora empiezas a recuperar la autonomía.

Los ojos del hombre se abren de par en par y recorren el laboratorio.

—Bebe un poco más de agua —le indico ofreciéndole otro vaso—. Te sentará bien.

Mientras Zane y Bartie debaten acerca de otros posibles métodos para distribuir el antídoto, Chris se acerca a mí.

—¿Vendrías un momento conmigo? —pregunta—. Hay algo que quisiera enseñarte.

Lo miro, vacilante.

—Venga, Amy —insiste él con aire impaciente—. Somos amigos, ¿no?

—No. Ya no.

—Pero... —Chris parece desolado.

Sus ojos casi transparentes se bañan en lágrimas que los hacen parecer aún más claros, pero eso tan solo me recuerda que no es enteramente humano. Como yo.

—Solo hice lo que creía que debía hacer —dice.

—¿Eso incluía matar a mis padres?

—Quiero... Necesito que sepas que yo... lo siento.

Pero eso no significa nada si lo dice alguien como él.

Chris se aleja por un túnel y yo le sigo. No quiero escuchar más disculpas, pero tengo la esperanza de entender al menos por qué hizo lo que hizo. Caminamos en silencio.

Olfateo el aire: hay algo nuevo en el ambiente.

—Te has dado cuenta —dice Chris.

Es un olor metálico... a cobre, tal vez... y también hay otra cosa, algo animal. Aunque no llego a reconocerlo del todo, me resulta familiar, como si lo hubiera

percibido antes sin ser consciente de ello. El vello de los brazos se me eriza.

No puede ser, no... Es imposible que estén aquí, bajo tierra. Si hay un sitio en este planeta al que no deberían llegar, es este.

—¡Pteros! —grito al doblar la esquina.

Son cinco o seis, apelotonados al fondo del túnel. Estoy a punto de huir a la carrera cuando advierto que entre ellos y nosotros se interpone un cristal grueso.

—No te preocupes: es cristal solar —dice Chris—. Jamás podrían romperlo.

Uno de los más pequeños se aproxima a la luna, saltando sobre sus macizas patas traseras. Yo me acerco también. El animal extiende lentamente las alas; supongo que lo hace para estirarlas, porque no tiene espacio para volar. Las garras que rematan sus articulaciones arañan el cristal, y me estremezco al oír el chirrido.

—Estos animales fueron creados por la primera colonia, antes de que llegara el FREX con su supuesta vacuna —explica Chris—. Fue un intento de reproducir especies extinguidas en Tierra Solar mezclándolas con otras especies nativas.

Mamá lo sabía, pienso. Tuvo que darse cuenta de la semejanza entre el ADN de estos animales y el de los antiguos pterosaurios. De pronto caigo en la cuenta de algo aún más extraño.

—Pero ¿por qué había fidus en su organismo? ¡Tú estabas conmigo cuando lo comprobé en el laboratorio!

—No sabía cómo decírtelo... —balbucea Chris sin mirarme—. Aquello también lo hicimos nosotros. Esa es una de las razones por las que quería traerte aquí: para que vieras que estabas en lo cierto. Hace años que controlamos a los pteros, que los usamos para defendernos.

Se saca del bolsillo un cilindro plateado, se lo lleva a la boca y emite un pitido melodioso. Todos los pteros alzan la cabeza y le miran hasta que deja de soplar y vuelve a guardárselo. El más pequeño, que debe de ser una cría, frota la cabeza contra el cristal, da tres vueltas sobre sí mismo y se deja caer en el suelo patas arriba.

Cierro los ojos y recuerdo al único ptero que había visto de cerca antes de esto. A aquel lo maté de un disparo. Vuelvo a ver su pico, rebosante de sangre y vísceras del doctor Gupta.

—Ya. Los lanzasteis contra nosotros —digo con voz átona—. ¿Me has traído aquí

para decirme eso?

—¡No! —protesta Chris alzando los brazos—. Yo... Sí que lo hicimos, pero eso no es lo que quiero... Amy, me gustaría explicarte...

—Pues explícamelo de una vez.

—Yo no sabía que habría tantos muertos. Yo... Se suponía que Zane y su grupo solo iban a secuestrar a la mujer de la nave que estaba drogada con fidus, pero llegó aquel médico y... luego, cuando apareció la militar que los buscaba...

—... decidisteis matarlos a todos —concluyo, sin dar tiempo a que lo haga él.

Ni siquiera sé si los pteros destrozaron el cuerpo de la sargento Robertson cuando ya estaba muerta, o si lo hicieron los híbridos para cubrir sus huellas. Da igual: fuera como fuera, ya está muerta.

—Lo de la mujer de la nave fue un accidente: no pretendíamos causarle una sobredosis de fidus.

—¿Y el doctor Gupta?

—Yo no sabía que iban a matarlo —responde Chris, ceñudo—. Zane creyó que tendría información sobre el fidus porque estaba con la mujer que llevaba el parche. Al ver que no sacaban nada en limpio de él, le...

—Le drogaron para obligarle a hablar bajo la influencia del fidus —digo con amargura. Elder tenía razón: todo sería mucho más fácil si la gente se limitara a decir la verdad—. Y luego, aquel ptero lo devoró vivo.

En la cara de Chris se dibuja una expresión pesarosa.

—Eso no debería haber ocurrido —murmura.

—Pero ocurrió.

—Yo... estoy tratando de pedir disculpas...

—Pues no te está saliendo especialmente bien —le corto.

Apenas soporto mirarle a la cara. ¿Remataría al doctor Gupta por compasión, o para asegurarse de que no nos revelaba la verdad?

—Les dije que los médicos terrícolas no sabían nada del fidus; que solo la médico de

la nave conocía la sustancia, pero... —dice Chris con un hilo de voz.

—Claro: se enfadarían al ver que ella tampoco sabía demasiado sobre el tema. Ni siquiera había terminado su aprendizaje, ¿sabes? Hasta salir de la *Fortuna*, siempre había trabajado como ayudante de un médico. Pero los tuyos la mataron porque no les dio suficiente información.

—¡No fue así! —protesta Chris, pero leo la verdad en su cara: fue exactamente así.

—¿Y Emma Bledsoe?

Chris fija la vista en el pterio pequeño, que parece haberse quedado dormido.

—Sabía demasiado.

Me cruzo de brazos esperando a que lo explique mejor, pero él se da la vuelta y echa a andar. Al cabo de unos metros, se detiene un momento y me mira invitándome a seguirle. ¿Creerá que me voy a olvidar de esto así como así?

Y entonces, me doy cuenta de qué es lo que se está callando.

—Emma no sabía nada del fidus, ¿verdad? —pregunto—. Sabía demasiado sobre ti. Le producías desconfianza. Cuando me advirtió que tuviera cuidado, se refería a ti: había adivinado que eras un traidor.

—¡Yo no soy un traidor! —responde de inmediato.

Es como si quisiera convencerse a sí mismo, como si necesitara decirse que actuó como lo hizo por su gente, por los híbridos ilegales.

—Traicionaste a Emma —replico—. Me traicionaste a mí.

—No, Amy —contesta en tono suplicante—. Escúchame, por favor...

—Escúchame tú —digo fulminándolo con la mirada—. Si hubierais sido sinceros con nosotros desde el principio, podríamos habernos ahorrado todas esas muertes. ¡Todas! Emma seguiría viva, y también Lorin, el doctor Gupta, Juliana Robertson... mis padres...

Y Elder.

—¿Cómo íbamos a fiarnos? —responde casi gritando—. ¡Tu padre trabajaba para el ejército del FREX! ¡Jamás cuestionaba sus órdenes!

—Pero yo no, y Elder tampoco.

—¿Cómo querías que yo lo supiera?

Me encojo de hombros.

—Haber preguntado.

—Pero...

Le corto con un ademán: estoy cansada de excusas, de palabras que no arreglan nada.

—Al menos podríais haberlo intentado —digo, haciendo un esfuerzo por hablar con calma—. Pero valorabais más vuestros secretos que nuestras vidas.

Me doy la vuelta y me alejo sin despedirme.



El FREX intenta contactar con nosotros una vez más desde Tierra Solar. Zane acude al poblado en una de sus camionetas para recogerme.

—No sé cómo lo han conseguido; deben de tener un satélite más pequeño aún en órbita, o tal vez hayan encontrado la forma de amplificar la señal desde su lado. Todas las redes de comunicación de la ciudad se pusieron en marcha al mismo tiempo. No hay duda: están tratando de conectar con nosotros.

Nos dirigimos al complejo. La lanzadera en la que ha venido la gente de la *Fortuna*, ya vacía, sigue en la pista de aterrizaje, tapando casi la unidad de comunicación. He hecho tantos esfuerzos por olvidar la última vez que estuve aquí que me sorprende ver la cristalera reventada y el agujero en la pared de la sala. Zane y yo entramos por el agujero: ahora ninguno de los dos podría pasar el escáner biométrico.

En el panel de control parpadea una luz roja. No corresponde a los principales canales de comunicación —al fin y al cabo, las antenas más potentes estaban en la estación espacial—, pero cuando Zane pulsa un interruptor bajo el que pone «Ansible», oímos una voz.

—... de comunicar con algún superviviente de la nave *Fortuna*... Repetimos: esta es la sede central del FREX, tratando de comunicar con algún superviviente de la nave *Fortuna*... Repetimos: esta es la sede...

Enciendo el micrófono.

—Aquí Tierra Centauri —digo—. Soy Amy Martin, la hija del coronel Martin.

La grabación se interrumpe.

—Aquí el FREX —responde una voz masculina—. ¿Diga?

—¿Qué quieren de nosotros? —pregunto, incapaz de disimular mi enfado.

—Está usted hablando con el comisionado Li, representante del Fondo de Recursos Externos y de todas las naciones que lo componen.

Mis ojos se desvían inconscientemente hacia el águila de cuatro alas que hay grabada en la placa conmemorativa.

—¿Qué quieren de nosotros? —repito.

—Que nos informen acerca del estado de su misión. Las comunicaciones han sido interrumpidas recientemente. No logramos activar ninguna de las funciones que operaban por medio de la estación espacial...

—La estación espacial ya no existe.

—¿Se han rebelado los híbridos ilegales? ¿Qué ha ocurrido? ¿Son más numerosos de lo que calculábamos?

—La misión de la nave *Fortuna* y los híbridos ilegales nos hemos aliado. Disponemos de un antídoto para la... para la vacuna que permitía al FREX controlar a los demás híbridos —digo, elevando la voz para acallar las protestas del comisionado Li—. Estamos consiguiendo devolver a los híbridos su conciencia individual. Hasta ahora, ninguno de ellos ha elegido seguir siendo esclavo del FREX.

—¡Confirme que es usted la comandante en funciones de la misión *Fortuna*! —grita el comisionado, fuera de sí.

Debe de creer que los híbridos ilegales se han inmiscuido en el sistema de comunicaciones y que está hablando con uno de ellos.

—Créalo: soy la comandante en funciones de la misión —respondo—. Y aunque no puedo darle ningún código, puedo asegurarle esto: nos hemos unido a los híbridos, tanto los ilegales como los legales, y ninguno de nosotros está ya bajo el control del FREX.

—Nuestra flota ya va de camino a Tierra Centauri —sisea el comisionado, furioso—. ¡Si esta es su última palabra, los consideraremos insurrectos y los trataremos como tales!

—Somos conscientes de ello —contesto—. Y también sabemos que, en ausencia de la estación espacial, sus naves tardarán más de una década en llegar aquí. Y mientras que su flota solo dispondrá de las armas que haya podido transportar, nosotros nos pasaremos toda esa década fabricando explosivos y misiles solares. Luego, los situaremos apuntando al cielo y haremos volar sus naves en cuanto lleguen a nuestro

planeta.

—¡El planeta no es suyo, sino nuestro! ¡Nuestro! ¡No pueden cortar así el suministro de cristal solar!

—¿Cómo que es suyo? —sisea Zane, fulminando el altavoz con la mirada.

El comisionado Li no sabe la suerte que tiene de encontrarse a años luz de nosotros.

—Bueno, pues vengan a buscarlo —replico—. Pero, no sé por qué, me da que nuestros misiles van a ser más grandes que los suyos. Le voy a contar un secreto: si un grupo de gente se pasa esclavizada un par de siglos, como les ha ocurrido a los híbridos, al final tienden a enfadarse. ¿Y sabe una cosa? Nosotros también estamos enfadados. Así que, si le parece que tenemos que enfrentarnos, adelante. No tendremos ningún problema en plantarles cara.

Escucho un par de segundos: solo se oye el zumbido de la electricidad estática. Giro el dial y corto la última comunicación que vamos a mantener con Tierra Solar en mucho tiempo.

Zane me mira con una sonrisa triunfal.

—¡Bien hecho! —exclama.

Yo le devuelvo una sonrisa desganada: tengo la impresión de que acabo de provocar una guerra interplanetaria. Dentro de diez años, cuando las naves de la Tierra lleguen aquí —si es que llegan—, tal vez a Zane no le guste tanto mi vena rebelde, reforzada ahora por mis particularidades híbridas.

Y sin embargo, lo que he dicho era verdad: si las cosas se ponen serias, les plantaremos cara. No me voy a rendir.

No pienso renunciar a mi planeta nunca más.



—¿Qué es eso? —pregunta Zane de pronto, señalando uno de los pocos pilotos encendidos que quedan en la consola.

Limpio con la manga el polvo y las hojas que se han colado por la ventana rota y acerco la cara a la consola.

—Pone «Señal de retorno de dispositivo».

—¿Retorno? —repite Zane—. ¿Qué dispositivo será? La lanzadera automatizada está en tierra, y la de la *Fortuna* ya no existe...

De pronto, los oídos me empiezan a zumbar.

La cápsula de emergencia está programada para ir a la estación o venir aquí, al complejo.

La luz puede llevar días destellando.

—Amy, ¿crees que puede ser...? —me pregunta Zane.

Aprieta un botón, y una especie de brújula como la que usó mi padre para localizar la sonda se desliza por una ranura. En su pantalla redonda aparece un punto parpadeante situado a unos dos kilómetros, en medio del bosque.

No puede ser, pienso. No puede ser.

Pero agarro la brújula sin perder un instante y salgo de la sala a la carrera.

La brújula empieza a pitar en cuanto salgo del complejo, y lo hace con más urgencia cuanto más me interno entre los árboles. Corro con toda mi energía, sin miedo ni cautela. Voy armada con una pistola solar, pero ni siquiera recuerdo los peligros que pueden acecharme mientras esquivo troncos y salto sobre las raíces que sobresalen del terreno. Rodeo la zona en la que reposan los restos carbonizados de la primera

lanzadera y atravieso el claro donde Chris me besó. Me da igual perderme; en este momento, no pienso en volver.

Tengo que saber qué emite la señal. Qué es lo que ha retornado.

Las ramas me azotan el torso, me arañan la cara, me desgarran la ropa. El corazón me retumba en los oídos, perfectamente sincronizado con los pitidos de la brújula que llevo en la mano.

Suenan cada vez más fuerte.

Más fuerte.

Aminoró el paso y giro sobre mí misma, tratando de localizar de dónde viene la señal. Me abro paso entre una masa de arbustos. Los animalillos se escabullen haciendo susurrar la hojarasca.

Ahí está.

La cápsula.

Está claro que se ha estrellado, porque a su lado hay un árbol partido por la mitad. En la vegetación del suelo se abre una cicatriz parda. Aunque el accidente debió de ocurrir hace días, los árboles circundantes aún huelen a humo, chamuscados por las llamas que debieron de despedir los reactores para frenar.

La parte frontal de la cápsula está plana y arrugada como si fuera de papel, y por detrás sobresalen fragmentos puntiagudos de metal. El cristal de la cabina parece bastante entero, pero está tan cubierto de tierra, piedras y hojas que no se ve la parte de dentro.

Dejo caer la brújula y cierro los ojos.

Avanzo tratando de no pensar que estoy a punto de encontrar el cadáver de Elder.

Me subo a un panel que sobresale en el lateral y palpo el costado de la cápsula, tratando de encontrar algo a lo que agarrarme para trepar. Piso en falso y el brazo se me queda enganchado en una esquirra de metal que me desgarró la piel. Recobro el equilibrio y sigo, sin hacer caso del hilo de sangre que me cae por la muñeca.

Al llegar a la cabina, intento limpiar el cristal con las manos y dejo una mancha de sangre y tierra. Me acerco y fuerzo mis ojos de híbrida, suplicándoles que distingan lo que hay dentro.

Nada.

No se ve a Elder.

La cabina está vacía.

—¿Amy? —dice una voz desde el bosque.

Me doy la vuelta tan deprisa que las manos me resbalan y caigo por el lado de la cápsula. Aterrizo en cuclillas y miro a todas partes, alerta, tratando de encontrar el origen de la voz.

Una figura aparece entre los árboles.

Es un chico alto, de piel muy tostada, pelo negro y ojos ligeramente rasgados. Sus pómulos son altos; sus labios, carnosos.

Y aunque mi cerebro grita que no es posible, que no debo creer lo que me muestran mis ojos, mi corazón está cantando una palabra:

Elder.

Me pongo en pie lentamente.

Y de pronto él se acerca a mí y yo me acerco a él, y no paramos hasta caer el uno en el otro, y lo agarro sin dejar de llorar y de reír al mismo tiempo, y lo miro como si nunca fuera a cansarme de hacerlo.

Cojea y está mugriento; tiene una costra de sangre seca en la cabeza y un brazo caído, y se le escapa un grito cuando lo agarro del codo.

Rodeo su cara con manos temblorosas.

Es él. Elder. Elder.

—Después del choque, las señales de radio se volvieron locas y la cápsula perdió la conexión con la estación espacial —explica cuando por fin me separo de sus labios para dejarle hablar—. Por suerte, captó enseguida la señal del complejo y empezó a descender hacia él. Entonces, la onda expansiva la desvió y perdí el rumbo.

—¿Por qué no trataste de encontrarnos?

—Lo intenté —contesta con voz rasposa—. Pero no tenía ni idea de dónde estaba... Encontré un arroyo aquí cerca y pensé que, teniendo agua, podría aguantar un tiempo. Con la pierna así no podía...

Baja la mirada y me doy cuenta de que se ha entablillado la pierna como mejor ha podido. Ahora lo entiendo: ni sabía hacia dónde caminar ni podía hacerlo.

—Decidí esperar a que me encontraras —concluye, y deja de hablar porque estoy besándole de nuevo como si no pensara parar jamás.

Pero al cabo de un rato lo hago. Me inclino hacia atrás para mirarle a los ojos, y solo cuando distingo la luz que hay en ellos acabo de convencerme de que es cierto.

Ha vuelto.

Se le ve mucho más delgado. Tiene la pierna rota, y es posible que el brazo también. Está desgredado, herido y mugriento, pero está aquí. Conmigo.

Pestañea y me acaricia los pómulos, junto a los ojos. Estos ojos que ya no son verdes, sino de un azul casi transparente... y con los iris ovalados.

—Sigo siendo yo —murmuro, porque me aterra que Elder no esté enamorado de la Amy híbrida que soy ahora.

Él me mira con las cejas enarcadas.

—¿Crees que me importa si tienes los ojos verdes o azules? Lo único que me importa eres tú —dice, y desliza su mano buena por mi brazo hasta enlazar su dedo meñique con el mío.

—Has vuelto. Has vuelto a mi lado —digo, con la voz rota por el esfuerzo de contener las lágrimas.

—Siempre volveré a tu lado —responde estrechándome contra él.

Siempre.



Agradecimientos

Mientras escribía *Dos soles*, me parecía un milagro estar construyendo un mundo entero con tinta y papel y poder hacer que mis personajes lo descubrieran. Pero al final me di cuenta de que la tinta y el papel no bastaban, y de que ni Tierra Centauri ni este libro hubieran existido sin la ayuda de algunas personas extraordinarias.

Siempre estaré agradecida a mi maravillosa agente Merrilee Heifetz, quien supo que la historia me llevaría al planeta aun antes de que yo lo supiera, y a Cecilia de la Campa, de Writers House, por haber movido los libros a lo largo y ancho de nuestro planeta hasta llevarlos tan cerca de los lectores de todo el mundo.

El problema de descubrir un mundo nuevo es que en él puede haber cualquier cosa. Sin la tutela de Ben Schrank y Gillian Levinson, Tierra Centauri no sería más que una pálida imitación de lo que es hoy. Ellos me hicieron excavar en el suelo arenoso para descubrir qué ocultaba la superficie del planeta; me hicieron mirar al cielo para ver a los pteros que planeaban en él; me condujeron al corazón envenenado del planeta y me hicieron descubrir una cura para sus males. Gillian, a ti te estoy especialmente agradecida por no conformarte jamás con un «puede pasar»; aunque a veces me quejara, en el fondo esa es la cualidad que más aprecio en ti.

Doy gracias a las estrellas por haber aterrizado en un equipo editorial como el de Razorbill. Son todos tan maravillosos que no sé ni por dónde empezar. Gracias a Natalie Sousa y Emily Osborne por las cubiertas que tan bien han capturado el espíritu de los libros; a Erin Gallagher y Anna Jarzab por su ayuda con el *marketing* online; a Jessica Shoffel por organizar la gira de presentación y por su estupendo trabajo publicitario; a Erin Dempsey y a todo el resto de la plantilla de Razorbill por estar siempre junto a mí. Sois estupendos del frexo.

También debo dar las gracias a mis amigos, los mejores de toda Tierra Solar. Laura Parker, gracias por prestarme tus conocimientos de francés. Jennifer Randolph, no sabes cuánto te agradezco que estuvieras ahí cada vez que te necesité. Lauren DeStefano, estás loca y eso me encanta. Carrie Ryan, quiero ser tú cuando sea mayor. Stephanie Perkins, eres demasiado estupenda para expresarlo en palabras. Elana Johnson, me inspiras. Heather Zundel, tienes el mayor corazón que he conocido en mi vida. Erin Anderson, ojalá los zombis nunca devoren tu cerebro. Christy Farley, ¡no sabes lo que me alegro de haberte robado!

Las Breathless Girls estuvieron a mi lado durante algunos de los mejores y peores momentos de la escritura de esta novela, y no me cabe duda de que su amistad la hizo mejorar. Muchísimas gracias a Andrea Cremer, Marie Lu y Jessica Spotswood: ¡que vuestras aventuras continúen!

Debo un agradecimiento especial a los alumnos de la Burns High School, que no dejan de pedirme que los mate en mis libros. Espero que disfrutaraís de vuestras horripilantes muertes, chicos.

Las librerías y las bibliotecas son lugares con magia, y estos son algunos de los

más mágicos que conozco: Malaprops, Books of Wonder, Fireside Books and Gifts, Little Shop of Stories, Anderson's Bookshop, Politics and Prose, Towne Center, Doylestown Bookshop, Blue Willow, Barnes & Noble (especialmente la sucursal de Dallas), Once Upon a Time, Blue Bicycle Books, BookPeople, la biblioteca pública de Morganton, la biblioteca pública de Irving y tantas otras.

Pero el foco más profundo de amor y gratitud que hay en mi corazón pertenece a mis padres, Ted y JoAnne Graham, que me hicieron despertar a esta vida, y a mi marido, Corwin Revis, cuyo amor brilla más que dos soles. Es imposible estar más cerca de lo que vosotros estáis de mí.

Gracias a todos.



BETH REVIS (Carolina del Norte, EEUU). Escritora norteamericana de fantasía y ciencia ficción, principalmente dedicada a un público juvenil. Ha saltado a la fama gracias a su primera trilogía publicada «Across the universe» que ha sido un *bestseller* entre el público americano y por el momento ha sido traducida a más de 20 idiomas.

Beth Revis vive en la actualidad en Carolina del Norte, con su marido y su perro, y cree firmemente que todavía quedan muchas cosas sorprendentes por descubrir en el universo.